



MASSILLON

SERMONES



BX1756  
.M32  
S4  
v. 3  
1854-55

008607



1080015989

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PBRO. M.  
MANUEL M. LABASTIDA

# SERMONES

DEL ILLMO. SEÑOR

## D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,

Presbitero de la congregacion del Oratorio,

UNO DE LOS CUARENTA DE LA ACADEMIA FRANCESA,

Y OBISPO DE CLERMONT.

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el Sr. D. Pedro Diaz de Guereña.

PRIMERA EDICION MEJICANA.

TOMO III.

MEJICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,  
Calle de Chiquis número 6.

1855.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria



VALVERDE Y TELLES  
45221  
12340 EMETERIO



BX 1756  
M32  
S4  
V.3  
1854-55



Stamp: DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON  
PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

SOBRE EL AYUNO.

Cum jejunatis, nolite fieri sicut  
hipocrita tristes.

Quando ayuneis no esteis tristes  
como los hipócritas.

MATTH. 6. v. 16.

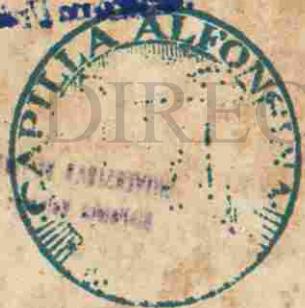
Este es el Evangelio que pone la Iglesia al principio de estos días de salud y de misericordia, como publicación de un ayuno solemne, impuesto á todo el cuerpo de los fieles para aplacar la indignacion del Señor, suspender las plagas que nos afligen, expiar nuestras iniquidades, acordarnos los caminos de la justicia de que nos hemos apartado, y restablecer la disciplina de las costumbres, tan desfigurada entre los cristianos; para semejar, en cuanto sea posible, la relajacion de estos últimos tiempos al celo y santa auste-

008607

BX 1756  
M32  
S4  
V.3  
1854-55



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON  
PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

SOBRE EL AYUNO.

Cum jejunatis, nolite fieri sicut  
hipocrita tristes.

Quando ayuneis no esteis tristes  
como los hipócritas.

MATTH. 6. v. 16.

Este es el Evangelio que pone la Iglesia al principio de estos días de salud y de misericordia, como publicación de un ayuno solemne, impuesto á todo el cuerpo de los fieles para aplacar la indignacion del Señor, suspender las plagas que nos afligen, expiar nuestras iniquidades, acordarnos los caminos de la justicia de que nos hemos apartado, y restablecer la disciplina de las costumbres, tan desfigurada entre los cristianos; para semejar, en cuanto sea posible, la relajacion de estos últimos tiempos al celo y santa auste-

008607

ridad de nuestros padres; para inspirar á los pecadores, con estas lúgubres exterioridades, deseos de compuncion; para confortar la fe y la piedad de los justos, y disponernos á todos para la alegría y la gracia de la resurreccion.

Estos son los fines que se propone la Iglesia en la institucion de la ley del ayuno; este es el fin del precepto; estas las gracias destinadas, segun los fines del mismo Dios, para este tiempo de renovacion y de arrepentimiento.

¿Qué cosa, pues, mas feliz podemos anunciar, que el principio de esta santa carrera, á unos pecadores que van á hallar en ella los medios de penitencia, á unas almas flacas, que verán apartarse las ocasiones del pecado, y que en todas partes se manifiestan facilidades para la salvacion; á unos justos, cuyo fervor entibiándose continuamente, debe renovar continuamente en ellos el temor de que se apague; finalmente, á todos los fieles, á los que las lágrimas y oraciones de la Iglesia van á abrir los tesoros del cielo y á atraer sobre ellos todas las bendiciones de la gracia?

Con todo eso, en vez de ver llegar éstos favorables dias con una alegría religiosa, los tememos, los miramos como dias funestos y desgraciados, y es necesario que hoy nos mande la Iglesia desterrar de nuestros ayunos el abatimiento y la tristeza: *Nolite fieri tristes*, ¡oh insensatos! dice san Ambrosio, pues vamos á triunfar de la carne y del demonio con los socorros de esta santa abstinencia; el dolor y la tristeza no convienen á la victoria. Tema el enemigo estos felices dias, aflíjase él de ver llegar este tiempo de propiciacion, de que va á servirse la gracia para librar del pecado á tantas almas delincuentes; tiemble de ver todas estas consoladoras exterioridades de penitencia y todo este aparato de misericordia que prepara la bondad de Dios

á los pecadores; pero vosotros, católicos, dice san Ambrosio, perfumad vuestras cabezas y formad pensamientos de alegría: *Ungite caput vestrum, nemo tristis coronatur, nemo maestus triumphat.*

Porque, católicos, hay muchos géneros de tristeza; hay una tristeza de penitencia que obra la salvacion, y cuyo mas suave fruto es la alegría del Espíritu Santo; hay una tristeza de hipocresía, que observando la letra de la ley, afecta exterioridades pálidas y desfiguradas para no perder con los hombres el mérito de su penitencia, y esta es rara; finalmente, hay una tristeza de corrupcion que opone á esta santa ley la grande repugnancia de la sensualidad, y esta se puede decir que es la mas universal impresion que en nosotros hace el precepto del ayuno y de la abstinencia.

De aquí se sigue que ó nos dispensamos de su observancia con frívolos pretextos, ó no la observamos como se debe. Importa, pues, examinar hoy las excusas de que nos valemos para dispensarnos de una ley tan santa, y los abusos que cometemos aun cuando la observamos.

Esta es la idea mas sencilla y natural para vuestra instruccion; es decir, que intento establecer la obligacion y la extension de la ley del ayuno, la obligacion contra los que la quebrantan, la extension contra los que mitigan la observancia, y por aquí empezaré la instruccion de esta santa carrera.

Pero antes de empezar, ¡gran Dios! oid Señor los mas sinceros gemidos de mi corazon. Bien sé que no es decente á un pecador el contar vuestras justicias y publicar vuestras leyes, y me acobardaria al empezar mi ministerio, si no supiera tambien que vuestro poder se sirve algunas veces con felicidad de los mas viles instrumentos para

que el hombre nada se atribuya á sí mismo, y para que se dé toda la gloria á vuestra gracia. Sed, pues, vos mismo, ¡oh Dios mió! el doctor interior de los fieles que me escuchan; inspirad deseos de penitencia, pues me mandais que la anuncie á vuestra pueblo; sostened el celo de los ministros que han de evangelizar á Sion; poned vos mismo en su boca palabras de vida y de salud; dad fuerza y virtud á nuestro ministerio; revestidnos de aquella dignidad y sabiduría con que fueron revestidos los primeros hombres apóstólicos, y que hizo que vuestro Evangelio triunfase de los filósofos y césares; de vos solo, ¡oh Dios mió! esperamos el aumento, y todos los rayos que van á salir de las cátedras evangélicas, como en otro tiempo de la montaña de Sinaí, solo conseguirán el formar rebeldes é incrédulos, si vuestro invisible dedo no graba él mismo en los corazones los preceptos y mandamientos de la santa ley. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Si hubiera de hablar en presencia de unos hombres rebeldes á la verdad y despreciadores de las leyes de la Iglesia, probaria este punto de disciplina, y empezando desde los siglos mas puros del cristianismo, os haria ver que la religion nació, por decirlo así, en el seno del ayuno y de la abstinencia; veríais á los discípulos, juntos todavía en Jerusalem, esperar con el ejercicio de los ayunos y de las comunes oraciones el ser revestidos de la virtud del Altísimo; veríais á los primeros fieles ensayarse para el martirio en los rigores de la abstinencia; veríais las legiones cristianas, aun en medio de los ejércitos idólatras, juntarse para celebrar con mas solemnidad los ayunos que se practi-

caban en aquellos felices tiempos, y hallar en la flaqueza de su cuerpo terrestre nuevas fuerzas para vencer á los enemigos del imperio; veríais que los tiranos conocian á los cristianos por el abatimiento de su rostro y por cierto olor de piedad y mortificacion que los distinguia de los demás hombres; veríais, finalmente, al hombre enemigo, atento siempre á hacer servir á la iniquidad las mas santas costumbres, inclinar desde entonces algunos espíritus inquietos á unas abstinencias nuevas y excesivas, y prohibir algunas de las viandas que el Señor ha criado y de las que podemos usar con acción de gracias, sin mas fundamento que la rebelion de la carne y el pretexto de la reparacion debida á la divina justicia. Tan persuadidos estaban entonces á que después de la muerte del Esposo era el ayuno como el natural estado de la Iglesia.

Pero yo supongo que hablo con unos fieles que aunque no necesitan de que justifiquemos para con ellos las santas tradiciones de nuestros padres, y aunque respetan las leyes de la Iglesia, no por eso dejan de violarlas, y aunque no dicen como el impío: no obedeceré: *Non serviam*; pero con todo eso, hallan siempre como aquellos hombres del Evangelio, algun pretexto para excusar su desobediencia: *Et ideo rogo te, habe me excusatum.*<sup>1</sup>

Para separar, pues, aquí lo verdadero de lo falso en una materia tan importante, advertid primeramente, católicos, que supuesto que la Iglesia nos impone una ley de ayuno y de abstinencia, solamente la imposibilidad de su cumplimiento puede justificar la inobservancia; y cuando digo la imposibilidad, abrazo con esta idea la dificultad fundada en un peligro evidente y considerable, pues convengo en que

<sup>1</sup> Lucas 14. v. 19.

cuando la Iglesia estableció esta ley, no quiso hacer una ley de muerte, sino solamente una ley de penitencia.

Supuesta esta verdad, examinemos si los pretextos con que algunos se excusan todos los días de esta santa ley, son dignos de la religion, y si se ofende con ellos aun á la simple equidad. En segundo lugar, si aun cuando son legítimas estas excusas, no sea tambien verdad el decir que no se quebranta menos el precepto por el modo con que se usa de la indulgencia de la Iglesia.

Nos decís en primer lugar, que os excusáis del ayuno fundados en razones legítimas; que vuestra conciencia nada os remuerde en este particular; que si no hubiérais de ser responsables en el tribunal de Dios mas que de la transgresion de este precepto, podríais presentaros en él con confianza; que nacísteis con un temperamento débil, incapaz de sufrir el rigor de esta ley, y que la poca salud que gozáis la debeis precisamente á infinitos cuidados y precauciones.

Pero pudiera preguntaros primeramente: ¿Si acaso esta debilidad proviene principalmente de las mismas precauciones y cuidados? ¿Sería tan débil vuestra salud si tuvierais menos proporcion para cuidar de ella, ó si la Providencia no os hubiera proporcionado con qué atender en este punto á vuestra repugnancia? ¿La delicadeza de complexion de que os quejáis, no es efecto de la vida sensual que siempre habeis hecho? ¿Es por ventura mas que una vida ociosa y un cuerpo acostumbrado á no poder pasarse sin todo aquello que le lisonjea? ¿Y qué? ¿quereis que lo que es para vosotros el mas poderoso motivo de penitencia, pueda servir de título legítimo para excusaros de ella, y que la sensualidad en que hasta ahora habeis vivido, tan opuesta al espíritu del Evangelio que os obliga á mas particulares

satisfacciones de austeridad y sufrimiento, os exima de las que son comunes á todos los fieles? Vuestra misma delicadeza es un delito que debeis expiar, y no excusa que os dispense de la ejecucion y del sufrimiento.

Tambien pudiera preguntaros: ¿si fundais estos motivos en vuestra clase y en vuestro nacimiento, mas que en necesidades reales y verdaderas? Si estuviérais menos satisfechos y menos pagados de vosotros mismos, si no estuviérais persuadidos á que en la clase en que nacísteis, todo cuanto os rodea no debe servir mas que á vuestra felicidad, ¿os parecerian tan poderosas estas débiles razones que alegais de vuestra salud? La vanidad que aun sin conocerlo vosotros os domina, es la causa de que vivais tan pagados de vuestra elevacion y de vuestros títulos, y de que mireis con desprecio todo lo que os molesta; pero Dios, que hace el mismo caso de vuestra vida que de la de una alma simple y vulgar; Dios, para cuya gloria no sois mas necesarios que un vil insecto de la tierra; Dios, en cuya presencia solo son dignas de estimacion vuestra alma y vuestra salud en cuanto las empleais en servirle, no mide vuestras enfermedades por vuestros títulos, sino por su ley; no juzga vuestras excusas por vuestra clase, sino por vuestros delitos.

David era un príncipe á quien sin duda debieran haber lisonjeado las delicias de su reino. Leed en aquellos divinos cánticos la historia de sus austeridades, y ved cuáles fueron las circunstancias tristes y edificantes de su penitencia; y si os parece que en este asunto os concede el sexo algun privilegio, Ester en medio de los placeres de una corte soberbia, sabia afligir su alma con el ayuno, y huir de los públicos regocijos, para ofrecer á Dios en lo interior de su retiro el pan de su dolor y el sacrificio de sus lágrimas. Judith, tan distinguida en Israel, lloró constantemente la

muerte de su esposo en el ayuno y el cilicio, y nada pudo mitigar el dolor de su pérdida, sino los santos rigores de su retiro y de su penitencia: las Paulas, las Marcelas, aquellas ilustres matronas romanas, descendientes de los dueños del universo, ¿qué ejemplos de austeridad no dejaron á los siguientes siglos?

¡Ah! en aquellos felices tiempos aun no se habia conocido que se debía usar de distincion entre los fieles cuando se trataba de una ley que era comun á todos.

Solamente se sabia que todos somos miembros de una cabeza crucificada; que el ser cristiano y no ser penitente era una monstruosidad y una novedad sin ejemplo; y aun los mismos paganos estaban tan persuadidos de esta verdad, dice San Leon, que aunque por otra parte creyesen la verdad del Evangelio, la sola austeridad de nuestras costumbres, que tenian por efecto necesario del bautismo, dilatava su conversion, y muchas veces hacia que retardasen hasta el tiempo de morir la pública profesion de la fe de Jesucristo.

Pero por otra parte, si la Iglesia hubiera de conceder privilegios y distinciones en este particular, debiera ser en favor de aquellas personas que nacidas en baja suerte y en una escasa fortuna, sienten la inclemencia de las estaciones, la infelicidad de los tiempos, el peso de los tributos y cargas públicas, y que reducidas á un pasar trabajoso, no ven sino desde lejos las delicias, y fundan toda su felicidad en poder defenderse del hambre y de la miseria. Pero vosotros para quienes parece que se hicieron los placeres; vosotros que nada padeceis en vuestro estado sino el disgusto de la saciedad, inseparable siempre de una felicidad sensual; aun no he dicho bastante; tú que acaso llevas solo mas delitos á la presencia de Dios, que un pueblo entero de fieles; que con un caudal de corrupcion, á la que en el

estado de la prosperidad todo le es favorable, no te has contentado con las regulares flaquezas, sino que acaso has llegado con tus pasiones hasta los mas abominables excesos; que por la excelencia que tu puesto ha dado á tus desórdenes y escándalos, acaso eres culpable en la presencia de Dios de los delitos de todos los que te rodean; ¡ah! la única distincion que en este punto pudieras pretender, seria una distincion de severidad y el que se dilatasen los rigores canónicos.

¡Qué abusos católicos! Los grandes y poderosos, los que solamente parece necesitan de la penitencia, y para los que principalmente la ha establecido la Iglesia en este santo tiempo, son los únicos que se excusan, cuando al mismo tiempo el pobre ciudadano, el artesano infeliz que come el pan con el sudor de su rostro, y cuyos dias de mayor abundancia serian para vosotros dias de austeridad y sufrimiento, respetan la ley de este tiempo santo, y aun en su misma escasez hallan de qué privarse para hacer penitencia. ¡Gran Dios! algun dia vengareis los intereses de vuestra ley contra los vanos pretextos de los antojos humanos. Los fariseos del Evangelio desfiguraban su rostro para dar á entender á los hombres que ayunaban; pero la hipocresía de nuestro siglo aun pasa mas adelante, y después de un año entero de placeres y excesos, finge al principio de estos santos dias un exterior pálido y macilento, para tener un indigno pretexto de violar la ley del ayuno y de la abstinencia.

Permitidme, señores, que yo os pregunte ahora: ¿os habeis privado ni de un solo deleite por razon de la debilidad de vuestra complexion? ¿Vosotros los que podeis sufrir la fatiga de unas vigiliass capaces de alterar el cuerpo mas robusto; que no os rendís á la aplicacion y estudio de un

juego excesivo, capaz de trastornar la mas fuerte cabeza; que teneis fuerza suficiente para sufrir las alteraciones de las asambleas y de los placeres, en las que el orden de las comidas, las horas del sueño y todo lo demás está tan desordenado, que no hay complexion, por robusta que sea, que no se resienta de estos desórdenes; vosotros que por adelantarse no excusais fatiga alguna en el servicio, y os acostumbrais á una vida que seria trabajosa aun para el mas penitente anacoreta; en una palabra, vosotros que cuando se mezcla el honor, el interés ó el deleite, seís sobrios, laboriosos, mortificados, sufridos, sin atender á vuestra salud, solamente os asustais con la austeridad del ayuno?

¡Ah! ¡oh Israel! dice el Señor por su profeta, solo por mí rehusas el padecer; pareces incansable en los caminos de la iniquidad, y todo te detiene para servirme. ¿Qué podrás responder para justificarte? *Narra siquid habes ud justificeris.*<sup>1</sup>

Sí, católicos, los placeres á nadie incomodan; lo que gusta nunca cuesta trabajo. Servir al mundo, á la fortuna, á las pasiones, nada tiene de penoso, porque somos mundanos, ambiciosos y sensuales. Pues sed cristianos y nada hallareis que exceda á vuestras fuerzas en el servicio de Jesucristo.

Mirad aquella alma fiel, á quien la misericordia de Dios ha sacado de los desórdenes de las pasiones. Cuando vivía como vosotros, entregada al mundo, á los sentidos y á los deleites, era en extremo delicada; miraba la ley de los ayunos y abstinencias como una ley homicida, y siempre hallaba nuevas razones para excusarse de ella; pero miradla después que ha entrado en los caminos de la gracia y de la

<sup>1</sup> Isai. 43, v. 26.

salvacion: lejos de mirar las dispensaciones como necesidades, las mira como delitos; ya no tiene por incompatible su salud con sus obligaciones; añade á los rigores de la ley rigores de supererogacion; sia tantos cuidados goza de mas perfecta salud, y como aquellos tres niños judíos, puede decirse que debe su fuerza y robustez á una vida mas austera y á la abstinencia de las viandas prohibidas. No se ha mudado su temperamento, sino su corazon; la gracia, y no la naturaleza, es la que se ha fortificado en ella; no obra en su cuerpo la mano del hombre, sino el dedo de Dios es el que ha obrado en su alma, y toda la novedad que se halla en ella, consiste en la renovacion del hombre interior. Mudad vuestro corazon y todo os será posible.

Pero finalmente, ¿aun cuando la abstinencia debilitara vuestro cuerpo, no debeis imprimir el sello doloroso de la cruz en una carne que tantas veces ha estado señalada con el vergonzoso carácter de la bestia? ¿un cuerpo de pecado, como es el vuestro, merece tantos cuidados? Os quejais de su flaqueza. ¡Ah! que aun experimentais demasiadamente los funestos efectos de su vigor. ¿No debeis, por último, debilitar á un enemigo que no guarda respeto alguno en su rebelion? ¿podeis, sin incurrir en pecado, ser aún idólatras de una carne que tantas veces ha sido el escollo de vuestra inocencia y de la de vuestros prójimos? ¿no es ya tiempo de que vosotros os disminuyais porque Jesucristo crezca? ¿que unos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justicia? ¿que la gracia se fortifique en vuestra enfermedad, y que aprendais á perder vuestra alma por salvarla?

¿Y os persuadís acaso que la Iglesia, estableciendo la ley del ayuno, no intenta extenuar vuestra carne? ¿os parece que quiso señalaros austeridades para que las pudiéseis

TOM. III.—P. 3.

cumplir sin trabajo? ¿os parece que porque el ayuno haga en vuestros cuerpos impresiones de flaqueza y abatimiento, que era el fin de la Iglesia al tiempo de instituirle, por eso habeis de estar excusados de él? ¿que porque produzca en vosotros el fruto sensible y exterior que ella ha deseado, os habia de declarar por eso incapaces de él? Su intencion es que padezcáis, y el fin que se propone en su precepto no puede servir de pretexto para excusaros.

Pero decís que la misma Iglesia, que impone este yugo, os le dispensa, y que solamente os excusáis de su ley con la autoridad de vuestros legítimos superiores.

Pero á esto responde vuestra propia conciencia por mí, que toda dispensa conseguida contra las intenciones y espíritu de la Iglesia, es una dispensacion vana, y que nada disminuye en la obligación de la ley; esto es, que cualquiera dispensacion que no suponga una verdadera imposibilidad de cumplir el precepto, no os excusa delante de Dios, y hace que vuestras trasgresion sea tan culpable como las de los trasgresores declarados de la misma ley. Esta es la doctrina de los santos. Si no se halla, pues, en vosotros cosa alguna que deba obligar á la Iglesia á que en vuestro favor mitigue su disciplina, la engañáis cuando conseguís estas dispensaciones. ¿Pero qué es lo que adelantais con engañarla? La haceis que consienta en la apariencia en vuestra trasgresion; ¿pero sois por eso menos trasgresores? ¿podrá serviros de título legítimo el artificio? ¡Ah! lo que yo hallo aquí en vuestro favor es, que añadís á la culpa de la trasgresion el delito de la mala fe y del engaño.

La Iglesia no se engaña de tal modo que no conozca estos desórdenes; mira con dolor que estos cobardes fieles limitan casi toda su sumision para con ella á hacer que ella misma consienta á la trasgresion de estos preceptos; y si

no obstante conocerlo, parece que aun favorece sus injustas súplicas, es por no exasperar su soberbia, por mantenerlos unidos consigo, á lo menos con los exteriores lazos de respeto y obediencia. Consiente el ver inutilizadas sus leyes por no verlas despreciadas. Es una madre compasiva, que de dos males sufre el menos peligroso. ¡Pero desgraciados los que la precisáis á estas condescendencias! Muy desesperada es la enfermedad cuando se le permite al enfermo que en todo haga su gusto. Acordaos de aquellos israelitas carnales que no contentándose con el maná, alcanzaron con Moisés, á fuerza de murmuraciones, pájaros del cielo; apenas tocaban á esta vianda, concedida á la dureza de sus corazones, inmediatamente quedaban heridos de muerte, y Dios castigó en sus personas la prudente condescendencia de su legislador. *Adhuc esca eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos.*<sup>1</sup> Acordaos tambien, y nunca os olvideis, de que la Iglesia muchas veces detesta mas los abusos que tolera, que los mismos que castiga.

Pero aun paso mas adelante: la observancia del ayuno cubria el rostro de los fariseos de una tristeza de hipocresía; ¿la imposibilidad en que vosotros os hallais de observarle, produce acaso en vuestro corazon aquella tristeza de fe, aquel sacrificio de un corazon humillado, mucho mas agradable á Dios que el sacrificio del cuerpo y la abstincencia de las viandas prohibidas? ¿llorais en vuestro interior la flaqueza de vuestra carne y la imposibilidad en que os pone de satisfacer á las leyes de la Iglesia? ¿llamais á Dios por testigo de vuestra necesidad, como Esther, y del horror que tiene vuestra alma á las viandas profanas y á los convites de los incircuncisos? *Tu scis necessitatem meam....*

<sup>1</sup> Psalm. 77. v. 30. y 31.

*quod non placuerit mihi convivium Regis.*<sup>1</sup> Señor, vos que penetráis lo íntimo de los corazones, bien veis el dolor de mi alma; bien sabéis que aborrezco las viandas de Asuero; pero vos sois testigo de la triste situación en que me hallo, y el deseo que tiene mi corazón de poder comer con vuestro pueblo las viandas permitidas por la ley santa: *Tu scis necessitatem meam. . . . quod non placuerit mihi convivium Regis.*

¿Son estos vuestros sentimientos? ¿se hallan en vosotros aquellas piadosas disposiciones de Uriás? ¿o había de comer y beber tranquilamente, mientras que Israel y Judá están debajo de las tiendas? *Israel, et Juda habitant in pabulionibus, et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam.*<sup>2</sup>

¿Por qué he de halagar yo á una carne pecadora, mientras que toda la Iglesia está cubierta de ceniza y de cilicio, y cuando todos mis hermanos han empezado la santa carrera de la penitencia? ¿por qué, Señor, no he de tener yo fuerza para satisfacer á vuestra justicia, pues la tengo aun para ofenderos? ¿por qué no dísteis, Señor, un cuerpo de hierro á una alma tan pecadora como la mía, para que á lo menos pudiese hallar el instrumento de mi penitencia en donde he hallado el origen de todos mis delitos?

Si tuviérais fe, católicos, os avergonzaríais en la presencia de Dios de una distinción tan poco conveniente á vuestra vida pasada. Miraríais esta singularidad como una especie de anatema y de separación del cuerpo de los fieles, como una lepra que os aparta de la sociedad, del comercio de los santos, de los sacrificios, de las expiaciones, del tem-

<sup>1</sup> Est. 14. v. 16. y 17.

<sup>2</sup> 2. Reg. 11. v. 11.

plo y del altar, recompensando de este modo con la fuerza y fervor del espíritu la flaqueza de la carne.

Entonces la Iglesia se portaría con vosotros como se portó en otro tiempo Judas Macabeo con aquellos israelitas que por enfermos no podían pelear con lo restante del pueblo, pero que al mismo tiempo tampoco hallaban consuelo, por no hallarse en estado de poder ir á exponer sus vidas con sus hermanos, y así dividió con ellos los despojos y el honor de la victoria. *Debilibus, et orphanis diviserunt spolia.*<sup>1</sup> Pero vosotros estais contentos con hallar razones que os eximan de la ley comun; sois trasgresores del precepto en la preparacion de vuestro corazón; y en vez de participar el mérito de la observancia con los que le cumplen, participais de la iniquidad de los pecadores declarados que le desprecian.

En segundo lugar, ¿recompensais con otras obras de mortificación el ayuno que no podeis observar? Porque aunque esteis dispensados de este precepto, no por eso lo estais de la penitencia: la intención de la Iglesia no es el descargaros de su cruz, ni aun puede hacerlo; lo que hace sí es mitigarla, y así es necesario que por algun camino sea para vosotros la Cuaresma tiempo de rigor y de trabajo. San Pablo dice que los que no distinguen el pan eucarístico de las viandas comunes, se hacen culpables del cuerpo del Señor; y yo os digo, que sean los que fueren vuestros males, si no distinguís con vuestro modo de vida el tiempo de Cuaresma de los demás tiempos, sois culpables de la ley del ayuno.

Ahora bien: ¿teneis mas oracion que en otro tiempo? ¿sois mas caritativos con los pobres, socorriéndolos con mas abun-

<sup>1</sup> 2. Machab. 8. v. 28.

dancia? ¿recompensais á Jesucristo en sus personas los alivios que teneis precision de concederos á vosotros mismos? ¿os absteneis de ciertas diversiones que acaso son permitidas en otro tiempo? Porque desengañaos, que es preciso satisfacer: en la ley antigua, los que no podian ofrecer el sacrificio de un cordero, tenian precision de ofrecer dos palomas. Dios quiere que se recompense por alguna parte. Supuesto, pues, que no podeis castigar vuestra carne con el ayuno, es necesario mortificarla, privándola de mil comodidades de que podeis absteneros; es necesario mortificar vuestro espíritu con el retiro, tener en este santo tiempo menos comercio con el mundo, cuidar mas de vuestros negocios domésticos, frecuentar mas los templos, los Sacramentos y los lugares de misericordia. Este es el ayuno que os pide la Iglesia, dice San Juan Crisóstomo; para esto no se necesita ni de fuerza ni de salud; basta la fe y temor de Dios, y esto es justamente lo que os falta. Por mas pecadores que seamos, no queremos padecer nada: en estando dispensados de la ley del ayuno, nos parece que lo estamos de todo; y porque no podamos hacer todo lo que debemos, juzgamos que estamos dispensados de hacer lo que podemos.

Finalmente, ¿atendeis solamente á la necesidad en el uso de las viandas prohibidas? ¿dejais aquellas que solo sirven de halagar el gusto y el apetito? ¿se observa en vuestras mesas la frugalidad de este tiempo de penitencia? ¿están selladas por alguna parte con el sello de la mortificacion? Porque bien conocéis que la intencion de la Iglesia en permitir el uso de las viandas prohibidas, es aliviar vuestra flaqueza, y no el ayudar á vuestra sensualidad; bien conocéis que aunque es verdad que no quiere aumentar vuestros males con una abstinencia que os seria dañosa, tampoco

pretende dar fomento á vuestra intemperancia, permitiéndoos manjares exquisitos, sazonados con demasiado esmero, sin los que pueden pasarse muy bien vuestras enfermedades: es verdad que consiente en que no sigais á los Moisés á la montaña para ayunar con ellos cuarenta dias; pero no por eso quiere que quedándoos en el valle, imiteis las alegrías profanas, los excesos y los festines de los israelitas, y que aun acaso adoreis el becerro de oro, como aquel pueblo infiel.

Confortémonos, pues, católicos, con las verdaderas intenciones de la Iglesia. ¿Es posible que mientras ésta gime, mientras que está cubierta con sus vestidos de luto y de tristeza, mientras que sus ministros lloran entre el vestíbulo y el altar, mientras que vuestros hermanos han tomado las armas espirituales de la penitencia para pelear contra la carne y la sangre; cuando todo anuncia los penosos misterios de un Dios que padece, acompañados de todo aquel aparato de trabajos, vosotros solos habeis de vivir encenagados en una delicadeza indigna?

Muchas veces alegais por excusa de vuestros desórdenes el comun ejemplo; ¿pues por qué ahora no os ha de animar éste á la virtud? ¡Ah! si vuestro cuerpo no puede tener parte en la exterior mutacion de la Iglesia, mudad á lo menos vuestro corazon y convertíos al Señor. Si no podeis rasgar con el ayuno ese vestido de carne que os rodea, rasgad, dice el Espíritu de Dios, vuestras almas con lágrimas de dolor y compuncion. Recoged el fruto de la abstinencia, si es que vuestra flaqueza no os permite cumplir la letra! Exceded á vuestros hermanos en las disposiciones del espíritu y del corazon, si no podeis imitarlos en los ejercicios del cuerpo. Tributad á la ley del ayuno con que no cumplís, una especie de respeto y reparacion pú-

blica, atendiendo mas cristianamente á todas las demás obligaciones. Reparad en algun modo á la vista de los demás fieles, con costumbres mas puras y mas exactas, esta especie de escándalo que os veis precisados á darles. En una palabra, vivid mas santamente que ellos y ayunareis con mas utilidad; y despues de haber demostrado la insuficiencia de las excusas que suelen alegarse para eximirse de esta santa ley, escuchad los abusos que suelen cometerse aun cuando se observa.

### SEGUNDA PARTE.

Apenas hay precepto acerca del cual mas universalmente nos engañamos, que acerca del precepto del ayuno. Como el espíritu de penitencia está casi apagado entre los fieles, y como la Iglesia acomodándose á nuestra flaqueza ha creído deber mezclar algunas mitigaciones con el rigor de esta ley, nos persuadimos á que cuanto ha quedado en ella amargo y penoso, no es proporcionado á nuestros tiempos. Remitimos á los siglos de su inocencia toda la severidad de su disciplina, dejando solamente para la relajacion de nuestras costumbres la indulgencia y la benignidad.

Importa, pues, católicos, examinar aquí los límites que aun quiere poner la Iglesia á su condescendencia, y separar las relajaciones introducidas por el abuso de las mitigaciones que ella tolera ó autoriza.

Me parece, pues, que para discernir los abusos que pueden introducirse en la observancia de este precepto, basta poner á la vista cuál es el fin de su institucion, porque todo lo que nos separe de este fin ó todo lo que se oponga á

él, destruirá sin duda la ley, que no era mas que un medio para conseguirle.

¿Cuál es, pues, el fin de la Iglesia en imponer esta penitencia á los fieles? 1.º Se propone debilitar nuestras pasiones debilitando la carne; expiar nuestras fragilidades pasadas y ponernos en estado de evitar otras nuevas. 2.º Se propone, mortificando al cuerpo, purificar el alma, apartarla de los sentidos, renovar su fe y elevarla al amor de los bienes eternos. Supuesto este principio como incontrastable, ¿cuántos transgresores hay, católicos, de esta santa ley!

El fin primario de su institucion es mortificar la carne, y de este modo, como dice San Juan Crisóstomo, servir de preservativo á la inocencia y de expiacion al delito; pero el ayuno, del modo que el abuso público le ha establecido hoy en el mundo, no puede ser camino para llegar á este fin. Porque os pregunto, ¿si el ayuno mortificara aún el cuerpo y las pasiones de la carne, seria ó por lo largo de la abstinencia, ó por la simplicidad de las viandas que se usasen, ó por la frugalidad que se observase en las mesas? Perdonadme estas menudencias, porque en esta materia son indispensables, y no abusaré de ellas.

¿Acaso lo largo de la abstinencia? Pero si es preciso para recoger el fruto y el mérito del ayuno que el cuerpo se debilite y desfallezca esperando su mantenimiento, para que expiando el alma sus deseos profanos, aprenda en este deseo natural cuál debe ser su hambre y su sed de la justicia eterna y de aquel feliz estado en que saciados con la verdad, estaremos libres de todas estas necesidades que acá tanto nos sujetan, ¡oh! ¿cuántos ayunos inútiles é infructuosos hay en la Iglesia!

¡Ah, católicos! aquellos primeros fieles que no le quebrantaban hasta despues de puesto el sol, que se habían

preparado para la hora de la comida con mil ejercicios santos y penosos; que en la misma noche que precedia á su ayuno, habian muchas veces velado en los templos y cantado himnos y cánticos sobre los sepulcros de los mártires; aquellos piadosos fieles podian referir solamente á lo dilatado de la abstinencia todo el mérito de su ayuno, y ella sola podia entonces debilitar la carne y las pasiones infames. Pero nosotros, católicos, no podemos buscar el mérito de nuestros ayunos en la duracion de la abstinencia, porque además de haber excusado la Iglesia á los fieles este rigor, consintiendo que se adelantase la hora de la comida, ¿qué indignas mitigaciones no se añaden á su condescendencia? Todo nuestro cuidado parece que se dirige á proceder de modo que se pueda llegar á la hora del comer sin haber advertido lo largo y riguroso del ayuno.

Y por eso (pues me obligais á decirlo aquí y á mezclar estas impertinentes menudencias con las grandes verdades de la religion), por eso se dilatan las horas del sueño para acortar las del ayuno; se teme el experimentar un solo instante el rigor de este precepto; se embota en el regalo del descanso el aguijon del hambre, del que ni aun el ayuno de Jesucristo estuvo exento. Se sustenta en el ocio de la cama á una carne que querria extenuar la Iglesia y afligirla con la penitencia, y en vez de tomar el alimento como un alivio necesario concedido á lo largo de la abstinencia, le tomamos con el cuerpo lleno aún de los vapores de la cena, y ni aun se experimenta el gusto que desearia tener el apetito para satisfacerse.

¡Ah! en este santo tiempo es cuando con el penitente rey se debia prevenir la aurora para unir nuestras oraciones con las de la Iglesia, para prolongar el mérito de nuestra abstinencia, para ofrecer al Señor las primicias de un día

que debe ser santificado con la penitencia, para aprovecharnos de todos los instantes preciosos de este tiempo de gracia y de bendicion, y finalmente, para quitar al cuerpo una pereza que hasta ahora ha sido tan funesta para nuestra inocencia.

Por eso se ha introducido el uso de tantas bebidas que autoriza la costumbre casi contra el espíritu de la ley. Continuamente nos estais preguntando si el usar de ellas es quebrantar el precepto (porque nunca se acaban las dudas y las preguntas acerca de la observancia de esta ley). Pudiera responderos desde luego que siendo la intencion de la Iglesia en establecer la ley del ayuno el mortificar los sentidos, y principalmente el del gusto, todo aquello de que useis fuera de las horas señaladas y que se dirija á halagarle, es una especie de trasgresion de la ley; tambien pudiera responderos que todo lo que mitiga la duracion de la abstinencia se opone á la obligacion. Pero aun cuando estas verdades fueran dudosas y en este modo de proceder no hubiera mas que peligro, ¿seria prudencia el exponerse á él? Lo cierto es que estas mitigaciones son nuevas, que la costumbre, por mas universal que sea, nunca justifica el abuso ni puede prescribir contra la ley.

Pero, finalmente, quiero conceder que estos alivios y otros muchos autorizados en el mundo sean inocentes; ¿pero no seria razon honrar la penitencia de la cuaresma privándonos de ellos? ¿no seria justo que en este tiempo, gobernados por un espíritu de religion y sufrimiento, os abstuviéseis de lo que en otro tiempo concedeis solamente al deleite? ¿cómo habeis de reparar vuestros ilícitos placeres sino privándoos, particularmente mientras dura esta santa carrera, de los que os parece que aun os son permitidos? ¡Ah! nuestros ayunos, católicos, están ya tan mitigados por

la tolerancia de la Iglesia, que por poco que excedais no podreis menos de ser prevaricadores. Parece que ella ha extendido su condescendencia hasta los últimos límites, que no separan mas que con un punto la trasgresion de la observancia, y que no pueden traspasarse, por poco que sea, sin ser culpables de infraccion.

Pero si no podemos fundar el mérito de nuestros ayunos en la duracion de la abstinencia, seria inútil quererle hallar en la simplicidad de las viandas de que usamos. En este tiempo de penitencia, decia antiguamente San Leon, en que la vida debiera ser simple y comp<sup>o</sup>, en que debiéramos sustentar á los miembros de Jesucristo con lo que nos cercenásemos á nosotros mismos, y que nuestra disminucion, por hablar con el apóstol, debiera servir de abundancia y de riqueza á nuestros hermanos, no solamente no usamos de mas simplicidad en las comidas, sino que se pone en ellas mucho mas cuidado y artificio, supliendo con mil aderezos la simplicidad de las viandas de que es preciso usar; se lisonlea mas al gusto, se aviva mas la sensualidad, la comida es mas exquisita y los gastos mas excesivos, y no solamente no son comidas santificadas con la penitencia, sino que se hacen célebres y famosas para el apetito.

No quiero hablar de la frugalidad que se usa en la única comida que permite la Iglesia. En este tiempo es en el que principalmente no nos señalamos mas límites que los del ansia del apetito, y en el que nos disponemos para la abstinencia de la noche, violando por la mañana la misma virtud de la templanza que la ley de Dios nos ordena perpetuamente; de modo que las colaciones mas sirven de régimen á la salud, que de reglamento de disciplina. De este modo todo el mérito de nuestros ayunos consiste en la

abstinencia de la noche; esto es, lo que en el principio no fué mas que una relajacion de la disciplina, ha venido ha ser la única austeridad; lo que nuestros padres hubieran mirado como una infraccion del precepto, lo tenemos nosotros por el mas alto punto de su observancia.

Porque bien sabeis, católicos, que este alivio se concedió muy tarde al ayuno de los fieles, y se pasaron sin él mas de mil años. El ayuno de todo el dia se terminaba por la noche con una sola comida y la accion de gracias. ¡Y qué comida! leed la historia de las primeras costumbres de los fieles; de yerbas y de legumbres; una comida de lágrimas y penitencia; en ella todo respiraba la mortificacion de Jesucristo; las conversaciones de piedad, la leccion de los libros santos y las exhortaciones al martirio eran su principal sazón, y entonces mas se comia para alargar los trabajos y satisfacer á la necesidad, que para halagar al apetito.

El único motivo que despues obligó á la Iglesia á aflojar en el rigor de su disciplina, fué el haberse entibiado la caridad. En la decadencia de las costumbres del cristianismo hizo, por decirlo así, lo que hacen los acreedores con las familias que han venido á pobreza; se compuso con nuestra flaqueza, se quedó con lo que pudo de las reliquias, y nos desobligó de lo demás, aunque por fuerza.

Pero estas son unas de aquellas vergonzosas gracias de que no se debiera usar sin dolor, y en vez de suspirar por las primicias del espíritu y por la edad floreciente de la Iglesia, y confundirnos de que con menos inocencia que nuestros padres, necesitamos de mas indulgencia que ellos, ¡á qué punto no ha llegado esta mitigacion conseguida de la Iglesia, que al principio era insensible! De todo nos valemos para ella. Si se usa de alguna distincion en la elec-

cion de viandas, se desquita en la cantidad, y nuestras collecciones son hoy mas abundantes, y están cargadas de mas manjares, que antiguamente la única comida que la Iglesia permitia á los fieles.

Sabed, pues, católicos, que aun hoy la colacion que la Iglesia os permite en una gracia concedida puramente á la necesidad, y así, en este punto nunca pueden ser demasiadas rigurosas las precauciones. Es aquella agua del Jordan, que no debe gustarse sino de paso y sin detenerse; es aquella miel de Jonatás, á la que con solo tocarla se corre peligro de ser prevaricador y digno de muerte. ¿Pero quién es el que se contiene dentro de estos sagrados límites? ¡Ah! no hay mas que algunas almas retiradas, algunos solitarios penitentes, algunas vírgenes puras y fervorosas, acostumbradas, ¡oh Dios mio! á llevar vuestro yugo desde la niñez; que nada añaden á las mitigaciones de la Iglesia, y que usan de su indulgencia sin abusar de ella. Parece que estas reliquias de severidad no han quedado mas que para ellas, cuando al mismo tiempo otras almas pecadoras y mundanas, despues de una vida llena de excesos y placeres, mitigan y cortan todo lo que aun tiene de penoso vuestra ley; disputan con nosotros y nos obligan á disfrazar vuestra santa palabra y á hablar de menudencias groseras que desdícen de la dignidad de nuestro ministerio.

Estos son nuestros ayunos, católicos; esto es lo mas penoso que la revolucion de todo el año ofrece á Dios en nuestras costumbres. Estas son las reliquias desconocidas de aquella venerable tradicion de penitencia que hemos conservado de nuestros padres; estos los ayunos tan famosos en otro tiempo entre los cristianos y consagrados con los memorables ejemplos de un Moisés, de un Elías y del mismo Jesucristo. A esto se reducen aquellas santas aus-

eridades, tan excesivas entonces, que hacian pasar á los cristianos por insensatos en el espíritu de los infieles y de las que se burlaban en sus impuros teatros y en sus profanas sátiras. Ved, finalmente, en lo que han venido á parar entre nosotros aquellos antiguos rigores, tan amados de la Iglesia, tan útiles á sus hijos y tan temibles á los tiranos.

Aun mas: ¿cómo nos disponemos para estas defectuosas reliquias de penitencia? Con excesos y alegrías profanas, y el efecto mas notable que produce la proximidad de la ley que debe purificarnos, es el aumentar el desórden, la corrupcion y la ignominia.

Acordaos, pues, católicos (para acabar de instruiros en orden á todo lo que me propuse), que la intencion de la Iglesia es que la penitencia de este santo tiempo sea como una expiacion de los placeres y delitos de todo el año. No porque para el pecador no debiera ser toda la vida una continuada penitencia, sino porque la Iglesia, que ve con dolor que son raros los verdaderos penitentes, ha instituido estos dias de salud para impedir á lo menos que el espíritu de penitencia no se extinga del todo entre los fieles. Mirad, pues, este tiempo como una corta recompensa que os pide. Haced á lo menos que lo que en él padecéis pueda reemplazar en la presencia de Dios lo que dejais de sufrir en lo restante del año, que estos cuarenta dias purifiquen los demás. Vuestra vida en otro tiempo toda estaba sepultada en los sentidos, en el ocio y en el regalo, y mientras vivisteis así, nada padecíais. Pues bien; sabeis que el pecador no se salva de este modo; aquí teneis ahora con qué reparar vuestra negligencia. Sujetaos, pues, con alegría á una ley tan suave; no murmureis de la pesadez de un yugo tan ligero; no pondereis sus incomodidades; no aca-

beis de afligir á la Iglesia quejándoos de su mitigacion y aun de su indulgencia como de un rigor. Antes bien confundíos de que despues de unos excesos y unos placeres que si se hubieran de expiar no bastaria una vida entera llena de trabajos, se os pida tan poco, y que el fervor y la alegría, por decirlo así, de este sacrificio de penitencia sea equivalente en la presencia de Dios.

Acordaos tambien de que supuesto que vais á satisfacer á su justicia durante este santo tiempo por vuestras pasadas infidelidades, no debeis añadir otras nuevas, destruir con una mano lo que edificais con la otra, aplacar á vuestro juez é irritarle al mismo tiempo. Os habeis de abstenen de unas viandas criadas por Dios y que son buenas en sí mismas, y cuyo uso es permitido en otro tiempo; ¿y no os habeis de abstener dei pecado, que en todos tiempos está prohibido por la ley de Dios? ¡Ah! ¿de qué servirian vuestros ayunos y vuestras abstinencias si no las acompañais con la pureza de conciencia, en la que solamente consiste el mérito en la presencia de aquel Señor que solo mira el corazon? Padeceríais y Dios detestaria vuestros trabajos; ayunaríaís, dice el profeta, y él despreciaría vuestros ayunos: ¿os parece que el ayunar consiste simplemente en abstenerse de las viandas prohibidas? este seria el ayuno de los judíos, que se atenian solamente á la letra que mata y á la carne que de nada sirve; el ayuno de los cristianos consiste principalmente en apartarse del vicio y en vencer las pasiones. Si no sois ni mas castos, ni mas caritativos, ni mas pacientes, ni mas humildes, no ayunais, ó á lo menos ayunais en vano: la ley de la abstinencia es un medio de conversion; si no os convertís no cumplís con ella, esto es, la cumplís sin fruto.

Acordaos, en tercer lugar, que supuesto que vais á satis-

facen á la justicia de Dios, no solamente se os prohiben los delitos, sino tambien las diversiones que en otro tiempo pudieran ser inocentes. Debeis miraros como penitentes públicos que van á aplacar la indignacion del Señor y á entrar en los penosos ejercicios de una disciplina santa. Las lágrimas, el silencio, el retiro y la oracion deben ser vuestras ocupaciones durante el tiempo de la penitencia que os impone la Iglesia; los juegos, los espectáculos, las concurrencias de diversion, todo está prohibido en consecuencia de esta obligacion; si participais de estas cosas, renunciáis á vuestra cualidad de penitente, abandonais la empresa é interrumpís vuestra carrera; lo que no es decente para la penitencia tampoco lo es para vosotros, y violais la ley de la Cuaresma, por decirlo así, siempre que mezclais los deleites del mundo con la santa tristeza de su abstinencia.

Acordaos, finalmente, de que la Iglesia en estos dias de penitencia quiere disponeros para la gracia de la resurreccion, para la participacion del Cordero y para la Pascua de los cristianos. Empezad, pues, en tiempo á desarraigar vuestras viciosas inclinaciones y á romper con vuestras malas costumbres; empezad á absteneros de los delitos que habeis de venir á llorar á los piés de los ministros al fin de esta santa carrera; no esperéis á que lleguen los solemnes dias para disponeros á recibir el adorable Sacramento; no lleveis á los santos misterios de la resurreccion delitos recientes cometidos y pasiones, por decirlo así, aun vivas; no obligueis entonces á los jueces de vuestras conciencias ó á que os concedan gracias peligrosas ó á que os separen del altar, al mismo tiempo que vuestros hermanos participan de él; disponeos en tiempo, probad, cesando en vuestros desórdenes, si os hallareís en estado de cumplir la palabra que entonces habeis de dar al sacerdote; si podreis aparta-

ros de aquella comunicacion, de aquel rencor, de aquella pasion que domina en vuestras costumbres; no os expongais al sacrilegio y al perjurio; poneos en estado de podernos alegar lo pasado para justificar vuestras promesas en orden á lo por venir; no os parezca mucho tiempo cuarenta dias de preparacion y de penitencia para disponeros á una comunion santa, siendo como sois un pecador tan inveterado, un pecador que acaso hasta ahora no ha dado paso alguno hácia la salvacion.

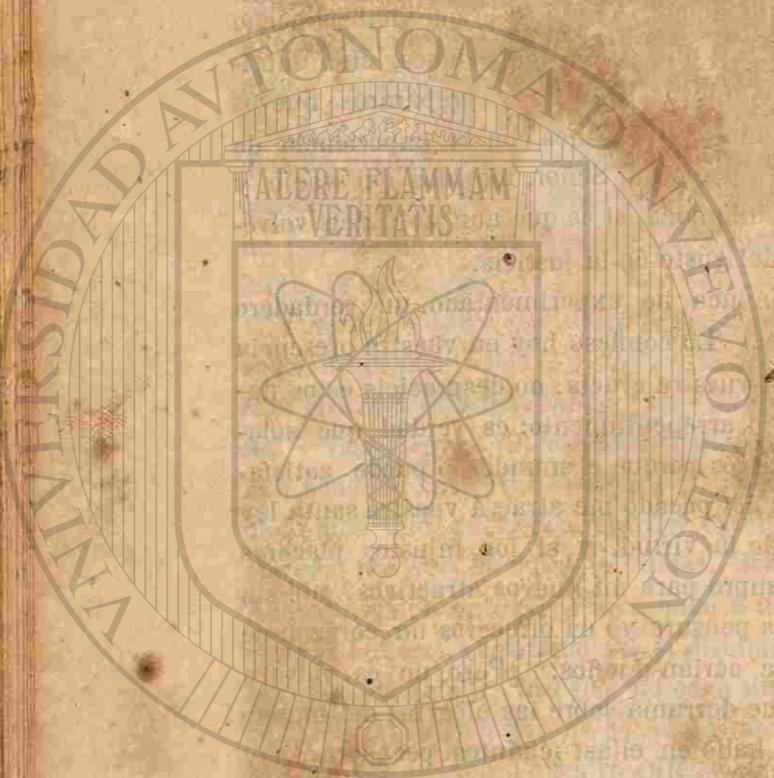
Y decidme, ¿qué otra cosa os ha quedado de vuestros pasados desórdenes mas que una secreta confusion? *¿Quem ergo fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis?*<sup>1</sup> Las alegrías de aquellos dias de disolucion que se han acabado se desvanecieron. ¿Qué otra cosa os ha quedado mas que un cansancio del deleite, remordimientos eternos, pesares, envidias, pérdidas, desaires, ¡qué se yo! Acaso tambien un cuerpo arruinado é incapaz de penitencia por haberse abandonado á la disolucion y á los excesos: ¡ah! los deleites todos se parecen unos á otros; los que gozáreis en lo sucesivo no os harán mas felices; suspenderán por un momento vuestro enfado y la secreta tristeza de vuestro corazon, pero no le curarán; irritarán vuestros deseos, pero no los fijarán; contemplad por lo pasado la felicidad que podeis prometeros de los delitos. Hasta ahora habeis intentado ser felices olvidándoos de Dios; ¿pero lo habeis conseguido? Habeis llegado con las pasiones y los excesos hasta donde habeis podido; ¿pero ha igualado vuestra felicidad á vuestros delitos? ¿y haciendo todos los dias nuevos progresos en los caminos de la perdicion, los habeis hecho en una vida feliz y tranquila? ¿no habeis conocido que vuestras inquietudes se aumentaban con vuestros pla-

<sup>1</sup> Rom. 6. v. 21.

ceres y que vuestros dias eran mas tristes á proporcion que iban siendo mas culpables? ¿Y qué es lo que habeis hecho entregándoos todos los dias á nuevas pasiones, sino fabricaros todos los dias nuevas cadenas y prepararos nuevos pesares? Desengañaos á lo menos con la experiencia de lo pasado y volveos por fin al Señor, movidos del vacío y del disgusto de la iniquidad, si es que aun no podeis volveros á él movidos del gusto de la justicia.

¡Gran Dios! yo nunca he experimentado un verdadero placer fuera de vos. Lo confieso hoy en vuestra presencia y doy esta gloria á vuestra gracia; no desprecieis estos flacos principios de mi arrepentimiento: es verdad que solamente me vuelvo á vos porque el mundo no puede satisfacerme; la molestia del pecado me atrae á vuestra santa ley mas que el deseo de la virtud, y si los injustos placeres pudieran tener siempre para mí nuevos atractivos, ¡ah! sin duda, Señor, jamás pensara yo en ofreceros un corazon de quien ellos siempre serian dueños. ¿Pero no es vuestra misma gracia la que derrama sobre las alegrías del mundo las amarguras que hallo en ellas? ¿cuántos pecadores hay que jamás se disgustan de él, en los que dura siempre la embriaguez y que sepultados hasta el fin en una profunda paz, no abren por último sus ojos sino cuando ya no es tiempo y cuando heridos de muerte y ya juzgados, están para ir á parecer ante vuestro terrible tribunal?

Llevad, pues, ¡oh Dios mio! estos primeros movimientos que vos obráis en mi alma hasta aquella feliz turbacion que causa una verdadera penitencia, y añadid al disgusto que me inspiráis de los placeres, el gusto de la justicia y de la virtud que acabe de triunfar de un corazon corrompido y de hacer de un vaso de ira y de ignominia, un vaso de honor y de misericordia. Amen.



## SERMON II.

### PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

#### MOTIVOS DE CONVERSION.

Rece nunc tempus acceptabile, ecce  
nunc dies salutis.

Este es el tiempo favorable, este es  
el tiempo de la salud.

2. Cor. 6. v. 2.

Dios, cuyas misericordias parecen ser mas abundantes á proporcion que crecen nuestros delitos, aumenta, por decirlo así, en este santo tiempo sus cuidados y sus ansias para atraernos á la penitencia.

Antiguamente, cuando su pueblo se apartaba de los caminos de sus mandamientos, le suscitaba profetas que le anunciaban las calamidades que habian de seguirse á sus pecados, para que con el miedo de estas imágenes se esforzasen á detener el curso de las calamidades públicas.

Entonces Jerusalem se cubria de ceniza y de cilicio; los sacerdotes lloraban entre el vestíbulo y el altar; los ancianos, juntos en el templo, animaban su flaca voz para invocar las misericordias del Dios de sus padres; la recién casada arrojaba los adornos de su juventud y de sus dias de alegría; las vírgenes desconsoladas hacian resonar las plazas públicas con sus gemidos, y el Señor, movido de sus lágrimas y de su arrepentimiento, dejaba caer de las manos el rayo destinado á castigar aquella ciudad infiel.

Nuestro ministerio, católicos, en estos dias de salud aun es el mismo. Como toda la carne ha corrompido su camino y como parece haberse borrado la fe y el temor del Señor del corazon de casi todos los hombres, nos envia hoy á nosotros, como en otro tiempo enviaba á sus profetas, para que os anunciemos, no calamidades futuras, sino para ponerlos á la vista los públicos azotes con que nos castiga y la justa pena de vuestros delitos; no quiere llamaros á sí con amenazas, sino con los verdaderos castigos que ya ha mucho tiempo derrama sobre nuestras cabezas; no es el Dios que nos envia un Dios irritado y dispuesto á hacer llover sobre vuestros delitos el fuego de su indignacion y de su ira, sino un Dios compadecido de vuestras desgracias, y que despues de haberos dado tan terribles señales de su venganza, os abre el seno de sus eternas misericordias.

*Este es, pues, el tiempo de salud y de propiciacion.* Católicos, esto es lo que venimos á anunciaros de parte del que nos envia. Salid de vuestras antiguas iniquidades, cesad en vuestros desórdenes, que han sido hasta ahora el origen de las calamidades que os afligen; ya han llegado los dias de perdon y de misericordia, todos los tesoros del cielo van á derramarse en la tierra, la voz de la sangre de Jesucristo clama por vosotros, su cruz ha de ser el remedio y la

expiacion de vuestros delitos. ¡Oh cuántos motivos de penitencia y salud!

1. Mas facilidad de parte de vuestras pasiones, las que debilitadas y descontentas con los excesos y disgustos inseparables del pecado, os han hecho conocer mil veces que no teneis que esperar felicidad verdadera acá en la tierra sino en la justicia y en la inocencia. *Primer motivo.*

2. Menos obstáculos por parte de la penitencia, la que se facilita con la ley de la mortificacion que impone la Iglesia á todos los fieles. *Segundo motivo.*

3. Las gracias mas abundantes por parte de Dios, y mas vivas con el ejemplo y con los méritos de Jesucristo, cuya memoria y misterios vamos á hacer presentes. *Tercer motivo.*

4. Mas socorros de parte de la Iglesia, cuyas lágrimas y oraciones mas largas, mas fervorosas y mas particularmente destinadas en este santo tiempo á la conversion de los pecadores, solicitan en favor vuestro las riquezas de la divina misericordia. *Cuarto motivo.*

Finalmente, mas razones deducidas de las calamidades públicas que nos afligen<sup>1</sup>, y que haciéndonos sentir la mano de Dios, que carga sobre nosotros, nos avisan al mismo tiempo que le aplaquemos, poniendo fin á los delitos que han traído sobre nosotros su indignacion. *Ultimo motivo.*

Recojamos todos estos motivos de penitencia. Este es todo el asunto de esta instruccion. *Imploramos, etc.*

<sup>1</sup> Se predicó este discurso en los últimos años del reinado de Luis XIV, despues de las batallas de Ochtet, de Ramilli y de Turin, y tomo de Lilla y Duay por los enemigos.

Convertíos á mí con todo vuestro corazon, nos dice hoy el Señor por boca de la Iglesia, con ayunos, con lágrimas y oraciones: desgarrad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no desea mas que arrepentirse de los males con que habia resuelto castigar vuestras infidelidades.

Y esto es, amados oyentes míos, lo que yo vengo á repetir aquí de parte de la Iglesia: santificad los días de misericordia en que vamos á entrar; no obstineis en adelante vuestros corazones, y no inutiliceis las gracias que os prepara la bondad de nuestro Dios; no dejéis pasar tantas ocasiones de salud como se os van á ofrecer en este santo tiempo, y dad, por último, el importante paso de la mudanza de vida que Dios os pide, que vosotros tanto tiempo ha os prometéis á vosotros mismos, y que la multitud y enormidad de vuestros pasados delitos os hacen tan indispensable y decisivo.

#### PRIMER MOTIVO.

Acordaos de toda la série de vuestra vida, y juzgad por aquel horroroso enlace de culpas con que habeis estado manchados, y en que actualmente vivís, cuál es vuestro estado en la presencia de Dios, y la triste suerte de vuestra alma. ¿Seria menester otro motivo para determinaros á mudar de vida? ¿cómo habeis vivido hasta ahora? ¿en qué se han pasado vuestros días y vuestros años? Desde que salisteis de las manos de Dios, ¿qué uso habeis hecho de vuestro entendimiento, de vuestro cuerpo, de vuestro corazon y de todo lo que en vosotros está destinado á glorificar al eterno Artífice que os lo dió? ¿qué uso habeis hecho de la

juventud, de los talentos, de las luces, del tiempo que debia ser el precio de vuestra eternidad? ¿qué uso de los bienes, de los empleos, de las dignidades, de la buena opinion en que debíais hallar los socorros y los recursos de vuestra santificacion eterna? ¿qué uso de las aflicciones, de las pérdidas, de las enfermedades, de las desgracias, las que segun los fines de Dios debian ser para vosotros lecciones de salvacion y motivos de penitencia? ¿qué uso, finalmente, de todos los misterios, de todas las solemnidades, de todas las instrucciones y de los demás socorros que os ha ofrecido la religion, y en los que tantos justos han hallado los apoyos de su fe, los consuelos de su piedad y la proporcion para una vida santa y fiel? Juntad todos los días que habeis pasado hasta ahora: ¿qué vacío! ¿qué abismos! ¿qué carrera continuada de excesos, de impiedades y de disoluciones! Y si ha habido algunos intervalos de fe, algunos vislumbres y algunos movimientos de gracia, algunas conversiones á Dios, han sido conversiones sin efecto, y que han añadido á los demás delitos el de haber despreciado estos auxilios.

¿Qué esperais, pues, amados oyentes míos, para volveros á Dios? Vuestros días corren, los años pasan, los placeres se disipan, la juventud se pierde, la vida huye; vuestros amigos, vuestros parientes, los compañeros de vuestros desórdenes y excesos, casi todos han desaparecido; habeis visto caer á vuestro lado vuestros iguales, vuestros concurrentes, vuestros envidiosos, vuestros protectores, vuestros vasallos y vuestros dueños. ¡Y qué sé yo si las circunstancias de su muerte inopinada y terrible á los ojos de la fe, debió haceros conocer tambien, con mas viveza, la nada de todo lo que pasa y la desgracia de una vida licenciosa y desarreglada! Vosotros mismos tocais ya el término fatal. Todo el tiempo que ha pasado de vuestra vida, no es mas

que como un punto que desaparece y haye de vosotros. Todo lo que os queda va á desaparecer en un instante; aprovechaos, pues, de este momento, para llorar los desórdenes de una vida en todo profana. Aun estais á tiempo, pero ya es hora de que empecéis. El largo uso de los deleites no os permite ya que os engañeis en orden á la falsa felicidad que promete el delito; todo lo habeis experimentado y de todo os habeis cansado, y cuanto habeis intentado para ser dichosos solo ha servido de empeorar nuestros males, y de aumentar vuestras inquietudes. Dios os llama á sí con los disgustos que derrama sobre la culpa, con el vacío que hallais en el mundo y en los placeres, con la nada y falsedad de todas las cosas humanas. ¿Qué pretexto podreis alegar para dilatar aún vuestra conversion? ¿no ha sido bastante culpable vuestra vida, para que por último interrumpais una tan funesta carrera, y os determineis á mudarla? ¿Esperais que vuestras cadenas se rompan por sí mismas, y un arrepentimiento que no os cueste violencia? ¿creeis que un solo movimiento de temor, estando ya para morir, exiará todos los delitos de vuestra vida? ¿habeis renunciado á la esperanza de vuestra salud, como aquellos impíos que no tienen Dios? Cuando no hubiérais tenido la desgracia de caer mas que una sola vez, seria corta la vida para llorar vuestra caída; y habiendo sido toda vuestra vida hasta ahora un continuado delito, ¿dudais aún el consagrar á Dios las reliquias de una vida empleada toda en el mundo y en las pasiones? Mañana os han de pedir vuestra alma; ¿y aun disputais á Dios este corto intervalo que os queda? ¿aun quereis quitarle aquellos instantes que faltan para llenar la medida y haceros mas irreconciliable vuestro juez? ¿no es bastante felicidad que el Señor, siempre bueno y misericordioso, se digne aceptar las tristes reliquias de vuestras

pasiones y de vuestra vida; que aun os alargue su mano para ayudaros á salir de un tan largo y penoso naufragio; que os reciba en el infeliz estado á que os ha reducido el mundo y sus deleites, inhábil ya para las pasiones, poco á propósito para su servicio, y que lo que es el desprecio del mundo y del desorden pueda servir aún de objeto de sus eternas misericordias?

¡Gran Dios! ¿qué es lo que aun puede retenerme en las sendas del pecado por donde tantos años ha que camino? Desengañado del mundo, en el que nada ha correspondido á mis deseos y vanas esperanzas; cansado de las pasiones, cuyos caminos han estado siempre para mí sembrados de espinas y amargura; fastidiado de los deleites, de los que la misma decencia empieza ya á privarme; poco movido con lo que mueve á otros pecadores con tanta eficacia; llevando á todas partes un corazon enfermo é inquieto, sin hallar nada que le fije ni le calme; buscando medios con que ocultarme los horrores de mi vida, sin poder conseguirlo; huyendo de todo lo que puede despertar los temores de la conciencia, y llevándolos siempre conmigo; apartando de mí todos los pensamientos de eternidad, sin poderla perder de vista; haciendo impíos esfuerzos para olvidaros, ¡oh Dios mio! y vos siguiéndome á todas partes. ¿Qué es lo que intento con huir de vuestra vista? ¿no os habeis de cansar de seguirme? ¿soy yo acaso alguna de aquellas ovejas que merecen vuestras ansias y vuestros cuidados?

¡Gran Dios! acabad mis penas curando mis heridas; fijad mis irresoluciones; aliviad mi corazon librándole de sus delitos; romped unas cadenas que yo detesto y no tengo valor para desatarlas; dejasos vencer de mis súplicas, y no mireis mis obras; escuchad mis deseos, y cerrad los ojos para no ver mis flaquezas; acabad el combate que siento den-

tro de mí mismo, tomad posesion de mi alma, haceos fuerte en mi corazon: ya no soy yo, ¡oh Dios mio! quien os resiste, sino mi flaqueza, la corrupcion que en mí domina, y el largo uso del pecado; tomadme, pues, por herencia vuestra, separadme del mundo y de las criaturas, pues no me formásteis para ellas; destruid en mí este hombre de pecado á quien aborrezco y que se ha hecho mas fuerte que yo mismo.

Pero si la multitud de vuestros delitos, amados oyentes míos, y los deseos que ya ha tanto tiempo que Dios os inspira de salir de este deplorable estado, deben por fin determinaros á dar este gran paso, el tiempo de penitencia que hemos empezado y los santos misterios que nos esperan, no os dejan pretexto alguna para diferirle.

#### MOTIVO SEGUNDO.

Amados oyentes míos, ¿de qué os servirán vuestros ayunos si no os convertís al Señor? ¿qué fruto sacareis de vuestras abstinencias, de nuestras instrucciones y de todos los penosos ejercicios de esta santa carrera, si no salís del abismo en que vivís, y si una vida llena de culpas pone siempre un inmenso caos entre vosotros y la gracia? Llevareis con los justos el yugo de la ley, pero no participareis con ellos de los consuelos y las gracias. Bien sabeis que lo que principalmente os pide el Señor es que mudéis vuestro corazon, que renoveis vuestra vida y que pongais fin á vuestros delitos.

No quiero decir que debais añadir al delito de vuestra impenitencia el de la transgresion de la ley del ayuno, y que con el pretexto de que la observancia de la letra de nada sirve al pecador obstinado en la culpa, os parezca inú-

til el sujetaros á este rigor. Este es el estado del impío, que ya nada espera de la misericordia de Dios, y que no hallando recurso en la religion, cuyos socorros parece que le cierran ya sus impiedades, le buscan en la desesperacion y en el terrible desprecio de su eterna salud. Pero vosotros amados oyentes míos, á quienes Dios llama aún á la verdad y á la justicia; vosotros á quienes todavía hace que oigais desde el fondo del abismo en que estais encenagados la voz de su misericordia; vosotros á quienes aun cada instante está alargando la mano para ayudaros á salir del sepulcro como á otro Lázaro; vosotros á quienes acaso ha señalado este tiempo de penitencia como el instante de vuestra salud y término feliz de vuestras desgracias y delitos, entrad con vuestros hermanos en esta santa carrera de penitencia, pedid á Dios que no corrais en ella en vano; ofrecedle este corto sacrificio para alcanzar el de vuestras pasiones; empezad por la letra para que se os dé el espíritu que vivifica; sujetaos á Dios, sometiéndoos á las leyes de la Iglesia, y él os sujetará los injustos deseos que os dominan; cuanto mas penosa os sea la ley, mas debeis cuidar de que este trabajo no sea infructuoso y sin mérito para vosotros. El cumplir con el precepto siempre es principio de salud, es unirse á los justos, es temer el desobedecer á Dios, es respetar sus santas leyes, es venerar la religion, y es no poner nuevos obstáculos á las gracias que Dios nos prepara en estos dias de propiciacion; en una palabra, el pecador que observa la ley puede á lo menos esperar siempre; el que la desprecia ya está condenado.

Y no obstante esto, ¿dónde están los que observan esta ley? ¿cuántos pretextos frívolos é inútiles se alegan para eximirse de ella? Sí, católicos, ¿qué de cosas no oponéis para excusaros de esta obligacion? Alegais enfermedades

quiméricas, ¡pero ay! ¿las oponéis al mundo, á las pasiones, á los deleites, que son mil veces mas molestos y penosos que esta ley de penitencia? Una salud flaca y gastada; ¿pero cómo usáis de ella para el pecado, para la ambición, para los negocios terrenos, infinitamente mas duros de sufrir que el yugo de Jesucristo? Alguna leve incomodidad que habeis ya experimentado en la práctica de la abstinencia! ¡ah! ¿no las experimentais mayores todos los dias en los excesos de la mesa y del juego y en el desorden de una vida absolutamente profana? ¿os absteneis por eso de estos desórdenes? ¿pues dónde está la buena fe y aquella equidad de que tanto os preciáis en vuestros procederes para con los hombres? ¡Solo habeis de ser falsos é injustos para con Dios! ¿Qué mas teneis que oponer? una larga costumbre de transgresiones, un hábito de violar la ley santa que ya os la hace impracticable. ¡Y qué! ¿por no haber observado hasta ahora el precepto, habeis de estar dispensados de él? ¿la antigüedad de la infracción os podrá hacer menos culpable? ¿podreis alegar por excusa la repetición del delito? Lo mismo que debiera asustaros es precisamente lo que os sosiega. Nosotros sí que debemos oponeros esta larga y culpable costumbre de transgresiones y servirnos de este motivo para avergonzaros, en vez de alegarla vosotros como una razon que os justifica. ¿Cuántos pecadores sensuales é inveterados se justificarian si el largo uso de la sensualidad bastara para dispensarlos en la presencia de Dios de ser castos? ¿Qué dignos sois de lástima, católicos, cuando os cegais en el negocio de la eternidad con unas razones pueriles, que daría vergüenza el proponerlas en presencia de hombres serios, aun en asuntos de poca importancia! Bien sé que continuamente se nos suele decir que esto no es un punto muy esen-

cial, que lo que importa es el vivir bien; pero que el usar mas de una vianda que de otra, nunca ha parecido tan gran delito que sea preciso declamar tanto contra él ni turbar las conciencias de los fieles.

Es decir, ¡oh Dios mio! que el último recurso del pecador para vivir tranquilo es envilecer en su alma la majestad de vuestros preceptos, como si vos no fuérais igualmente grande, cuando prohibís á Caín que derrame la sangre inocente, como cuando mandais al primer hombre que no pruebe de cierta fruta, con lo que solo pretendíais que su sumision y obediencia tributasen el debido respeto á vuestra gloria, y testificasen que el uso de las criaturas es un don de vuestra soberanía y de vuestra elemencia.

Sí, católicos, no se contenta el mundo con quebrantar la ley santa del ayuno y de la abstinencia, sino que la desprecia, la trata de impertinencia y la mira como una devoción popular. El violarla sin escrúpulo es preciarse de valor y de talento. De este modo se degrada la mas venerable tradicion de la Iglesia y la práctica mas antigua y mas universal que nos han dejado nuestros padres; de este modo la respetable institucion del ayuno, establecida por los apóstoles, consagrada por la costumbre de todos los siglos, honrada con el ejemplo de los profetas y del mismo Jesucristo, no es, en los discursos del mundo, mas que un ejercicio popular de devoción, en el que el rigor y la severidad pasan por excesos de espíritus apocados.

Pero, católicos, ¿el santo viejo Eleázaro era hombre de poco espíritu, cuando quiso más perder la vida que manchar su alma usando de viandas profanas y prohibidas por la ley? ¿el suplicio de la madre de los siete Macabeos será una historia irrisible, pues los mas crueles tormentos no pudieron vencerlos á que usasen de las viandas que Moisés

había prohibido al pueblo de Dics? ¿los tres niños hebreos en la corte del rey de Babilonia, no tendrían mas que unos pueriles temores, cuando prefirieron la santa simplicidad de las viandas permitidas al favor de un soberbio monarca? ¿y los libros santos que han consagrado con elogios la fe y el valor de estos antiguos justos, no habrían hecho mas que ensalzar con magníficos elogios un escrúpulo vano y pueril?

¡Ah! ¿quién sois vosotros para tener por puerilidad lo que los santos han tenido por fortaleza y grandeza? ¿acaso tenían ellos ideas menos nobles y menos sublimes de la majestad de la religion que vosotros? ¿estaban menos instruidos en la fe y en la dignidad de sus preceptos, cuya inteligencia solo se concede á los que los aman y observan? ¿eran acaso espíritus débiles los que tuvieron fuerza para vencer al mundo, y los que fueron mas prudentes que toda su prudencia? ¡En qué excesos no se cae por cegarse acerca de la infraccion de esta santa ley! Os haceis impíos para ser con mas tranquilidad trasgresores.

Por eso casi no han quedado ya señales de esta ley en el mundo; este sagrado tiempo apenas se distingue de los demás tiempos del año, sino en las mas frecuentes instrucciones que nosotros hacemos á los fieles. El luto solamente está en nuestros templos: aunque los ministros lloran entre el vestíbulo y el altar, la penitencia de estos santos dias no existe mas que en el lenguaje de la Iglesia. En lo exterior, los placeres, los juegos, las pasiones, los espectáculos, y aun los excesos de los banquetes, subsisten del mismo modo.

Id á las islas remotas, dice el espíritu de Dios; mirad aquel pueblo infiel, enemigo de Jesucristo, y que está en posesion de los sagrados lugares en donde en otro tiempo se cumplieron todos sus misterios; entrad en aquellas pro-

fanias ciudades en el tiempo destinado á la celebracion de sus ayunos: ¡qué recogimiento! ¡qué abstinencia! ¡qué purificaciones! ¡qué oraciones! ¡qué rigor en la observancia! ¡qué penas impuestas por la ley de su falso profeta, que es su ley pública, contra los transgresores, si es que se halla alguno! En lo exterior todo anuncia allí sus dias de ayuno y de abstinencia, y en medio de nuestras ciudades, al mismo tiempo que nos preciamos de ser el pueblo escogido y nos tenemos por la nacion santa, no se ven ni aun las mas leves señales de ella, y el único espectáculo que nos acuerda el establecimiento de la ley, es el grande número de los que la quebrantan. Buscad una sola familia en la que se observe universalmente la Cuaresma; buscad en el mundo una mesa que no esté cubierta de manjares prohibidos y en la que no se halle algun infractor del precepto. No basta violarle; lejos de ocultar su vergüenza y su trasgresion en el recinto de la familia, se quebranta públicamente; llevamos á nuestras casas cómplices de nuestra desobediencia; la autorizamos con nuestro ejemplo, los obligamos muchas veces con persuasiones, y como si no fuera bastante el delito de la infraccion, añadimos el del escándalo.

Decidnos ahora que esto no es un punto muy esencial. ¿Os parece poco el mudar las costumbres públicas, el rebelaros contra la Iglesia, el separaros como un anatema de todo el cuerpo de los justos, el no valeros de los socorros que os ofrece la religion, el ser ocasion de ruina y escándalo para vuestros hermanos; en una palabra, contribuir en cuanto está de vuestra parte á la relajacion de las costumbres y á la extincion de la fe y de la piedad entre los fieles?

Ved aquí, amados oyentes míos, unos motivos bastante poderosos para determinaros á que mudéis de vida. Pero

juntemos tambien á ellos la cruz y el ejemplo de Jesucristo que nos pone la Iglesia á la vista en estos dias de salud.

### MOTIVO TERCERO.

¿Puede por ventura seros inútil este grande espectáculo? El precio de su sangre que ha borrado los pecados del mundo y que va á derramarse con mas abundancia sobre vosotros, ¿podrá dejaros aún cubiertos de delitos y manchas?

Porque, católicos, su cruz es el único patrimonio que dejó á su Iglesia, y así, es preciso que participemos de su cáliz si queremos participar de su gloria y de su inmortalidad. Este es el espíritu de nuestra vocacion y el fundamento de nuestra esperanza. Fuera de esto nos distinguimos de las naciones infieles que no conocen á Jesucristo. Quitad de su moral las máximas de cruz, la mortificacion, la humildad, la abnegacion de sí mismo, el desprecio del mundo, el huir de los placeres, y todo lo demás nos puede ser comun con los filósofos que enseñaban una doctrina prudente, distante de los excesos y vicios.

Es, pues, la cruz de Jesucristo la que constituye el mayor distintivo de los cristianos y el único camino de salvacion que Jesucristo vino á manifestar á sus discípulos. ¿Pero cómo participamos de ella? ¿qué tenemos de comun con Jesucristo crucificado? ¿nuestras obras, nuestros pasos, nuestros desamparos, nuestros trabajos, nuestros placeres, nuestros temores, nuestras esperanzas están señaladas con el sello de la cruz? ¿en qué parte de nuestra vida se halla esta saludable señal?

Bien sé que el mundo nos provee de cruces y aflicciones, que nuestras mismas pasiones nos las proporcionan, y que

andamos discurriendo cómo formárnoslas nosotros mismos; pero estas son unas cruces del antojo, son el castigo de las pasiones y no el remedio de nuestros delitos; son funestas consecuencias del vicio y no frutos penosos de la virtud. ¿Pero dónde se halla en nuestras costumbres la cruz de Jesucristo? ¿qué es lo que padecemos por agradarle? ¿en qué nos oponemos á nuestras pasiones, á nuestro génio, á nuestro gusto, á nuestros deleites ni á nuestras inclinaciones para poder aspirar al título de discípulos suyos? ¿dónde está la cruz que llevamos y sin la que es preciso renunciar á Jesucristo? Llevamos sobre nosotros la cruz de nuestros delitos, la cruz de nuestras pasiones, la cruz de nuestra ambicion, la cruz de nuestros rencores y envidias, esto es, la cruz del mundo y del demonio. ¡Ah! la de Jesucristo no es tan pesada ni amarga, y con todo eso, la arrojamos de nosotros; la de Jesucristo hace felices á los que la llevan, y nosotros la tememos; la de Jesucristo suaviza á la misma cruz del mundo, y nosotros preferimos esta á aquella; la de Jesucristo es precio de la eternidad, y nosotros la despreciamos.

¡Qué locura, católicos! ya que no podemos evitar las cruces en la tierra, hagamos á lo menos que nos sean útiles; ya que es preciso que padezcamos por parte de nuestras pasiones, sea á lo menos reprimiéndolas para que nos sean útiles nuestras violencias; ya que es preciso que hallemos amarguras en la vida, aprovechémonos de ellas y hagámoslas amarguras de penitencia para no perderlo todo. Ya que es preciso que cueste trabajo el servir al mundo como el servir á Jesucristo, padezcamos por Dios lo que padecemos por el mundo; el trabajo será el mismo, pero la recompensa muy diferente.

¡Pero qué digo, católicos, que el trabajo será el mismo!

El Señor aligera el yugo que se lleva por él, y el yugo del mundo es un yugo de hierro que mortifica y oprime; las violencias de la cruz están mezcladas de mil consuelos, y las del apetito no tienen mas premio que otras nuevas. Los sacrificios de la gracia calman el corazón, y los de las pasiones le despedazan. Las santas inquietudes de la penitencia dejan al alma en paz y en alegría, y las agitaciones del pecado la turban y consumen. Las espinas de la virtud llevan consigo la suavidad y el remedio, y las del vicio dejan el aguijón en la conciencia y el gusano roedor que nunca muere. En una palabra, los rigores del Evangelio hacen felices á los hombres, y los disgustos del mundo hasta ahora no han hecho mas que miserables.

Las gracias que han de correr desde la cruz de Jesucristo os ofrecen, pues, amados oyentes míos, un recurso que acaso no hallarán vuestros delitos en otro tiempo, y aun las oraciones de la Iglesia mas largas y mas penetrantes hacen que durante esta santa carrera esté el cielo mas propicio á los pecadores.

#### MOTIVO CUARTO.

Los suspiros de esta Esposa casta que en este tiempo no se ocupa mas que en la conversion de sus hijos, que solamente aumenta la triste armonía de sus cánticos para llamar la atención y las misericordias del Señor sobre los escándalos que la afligen, abren los tesoros del cielo sobre las iniquidades de la tierra. Todo el cuerpo de los justos que ora y siempre es oído, hace que el Señor esté mucho mas atento á las necesidades de la Iglesia y á las miserias de nuestras almas.

No hablo de los ayunos, de las maceraciones ni de las

austeridades que practican los verdaderos fieles en estos dias de salud, las que ofrecen al Señor como un sacrificio de expiación para reconciliarle con su pueblo, ni de tantas almas justas que castigan su carne con el ayuno y el retiro, y cuya voz, como la de la sangre inocente, sube hasta el trono de Dios, no para solicitar sus venganzas, sino para atraer sus misericordias. ¡Ah! si sola Judith en Israel, afligiendo su alma con la ceniza y el cilicio, reconcilió al Señor con su pueblo y apartó de él los efectos de su indignacion y de su ira, ¿qué no debemos esperar nosotros de tantas almas fieles que derramadas por toda la tierra ruegan en este santo tiempo por vosotros, y ofrecen al Señor sus ayunos y sus maceraciones para alcanzar el perdón de vuestras culpas? ¿qué no debéis esperar de tantos santos pastores que ofrecen sus almas y sus trabajos para reengendraros en Jesucristo? ¿de tantos anacoretas penitentes, de tantas vírgenes puras que en lo interior de su retiro gimen como la paloma, desarmen el brazo del Señor dispuesto á caer sobre nosotros, y mudan sus rayos en rocíos de bendición y de gracia? ¿Cuántos socorros ofrece la religion á vuestra flaqueza? ¿qué puertas no os abre la bondad de Dios para que entreis en el seno de su misericordia y de su clemencia?

Pudiera tambien añadir las instrucciones que os ha de dar la Iglesia por boca de sus ministros. ¡Ah, católicos! si en otro tiempo solamente el leer la ley de Dios, casi olvidada entre los judíos, renovó á toda Jerusalem; si todo el pueblo se deshacia en lágrimas, si los mismos grandes y sacerdotes, movidos de la hermosura y de la magnificencia de los divinos preceptos, renunciaron á las alianzas profanas y despidieron las mujeres extranjeras, ¿qué poder no debe tener para con vosotros el celo de tantos ministros que van á anunciaros las palabras de vida eterna? ¿qué movimien-

tos no excitarán en vuestros corazones si no los cerrais vosotros á la ley de Dios, las máximas santas y sublimes del Evangelio, acompañadas de toda la fuerza y de todo el terror de nuestro ministerio?

Sí, católicos, la verdad tiene unos encantos de que apenas puede libertarse un buen corazón. Las reglas de la fe están llenas de nobleza y de equidad. Fuerzan á favor suyo á una razón sana y pura, traen á su partido, tarde ó temprano, á un entendimiento capaz y despejado. Las pasiones pueden cegarle por algún tiempo, la edad puede engañarle, los malos ejemplos pueden arrastrarle, las conversaciones de la impiedad y del libertinaje pueden perturbarle; pero por último, la luz de la verdad rompe la nube, y el peso y solidez de la religión toman en un buen talento el lugar de la vanidad que le habia divertido. Cansado de haber corrido tanto tiempo tras de los sueños y quimeras, desea la verdad y la realidad, y no la halla sino en la religión, en la verdad y en la magnificencia de sus promesas. Solamente un talento falso y superficial puede perseverar hasta el fin en la ilusión. El mundo no puede engañar siempre sino á unos hombres sin reflexión y sin talento. Y reparad en que el mismo mundo tiene por tales á los que en todo el discurso de su vida no han sabido separar algunos días para emplearlos en asuntos tan importantes y poner algún intervalo entre la vida y la muerte; el amor á las cosas frívolas, que al principio habia sido motivo de nuestros aplausos, luego que ya no le excusa la edad nos viene á hacer despreciables.

No resistais, pues, á Dios, amados oyentes míos, que en este tiempo de propiciación os franquea tantos medios de salud; no os opongais á tantos esfuerzos como va á hacer la Iglesia para atraeros á una vida mas pura y mas cristia-

na; no os obstineis en perecer cuando todo se dispone con ansia para libertaros del naufragio. ¿Qué otra cosa se necesita mas para determinaros á poner fin á vuestros desórdenes y á mudar, por último, una vida que os cansa, de la que el mundo murmura, cuya inutilidad, aun acaso la indecencia y ridiculez conoceis vosotros mismos? ¿qué mas puede hacer el Señor? El os mueve con secretos remordimientos, y vosotros resistís á los santos movimientos de la gracia; os ofrece todos los socorros de la religión y no os aprovechais de ellos; junta en vuestro favor todas las oraciones de la Iglesia y vosotros las inutilizais con vuestra impenitencia; hace que venguen en estas cátedras cristianas las promesas y las amenazas formidables de la ley, y aunque su espíritu las graba en vuestros corazones, en el instante siguiente se disipan de ellos. ¿Qué mas puede todavía hacer? ¿castigar vuestros delitos y los de vuestros semejantes con calamidades públicas, derramar sobre vosotros el terror de su ira, como en otro tiempo sobre aquellas ciudades que atrajeron sobre sí su indignación con los excesos de sus disoluciones y de sus iniquidades? Este, católicos, era el único recurso que quedaba á la misericordia de Dios para movernos; aunque nos hablaba en lo íntimo de nuestros corazones, era en vano, y así nos castiga para que le escuchemos.

#### MOTIVO QUINTO.

Como hemos llenado la medida de nuestros delitos, parece tambien que atraemos sobre nuestras cabezas su indignación. Nuestros enemigos nos insultan, los hijos de Amalec vencen al pueblo de Dios, nuestro antiguo valor parece que se ha mudado en cobardía, nuestras fronteras están

abiertas, aquellos muros inaccesibles en que poníamos nuestra confianza, se hallan derribados; nuestros vecinos, que antes apenas estaban seguros en sus mas distantes fortalezas, parece que meditan ya la conquista de nuestras provincias y que reparten entre sí anticipadamente nuestras tierras y casas; la justicia de nuestras armas parece que solo sirve para quitarlas la fuerza y la victoria; la paz, que en otro tiempo estaba en nuestra mano, se aparta mas y mas de nosotros, y cuanto mas la deseamos, se nos hace mas difícil; el azote de la guerra y de la desolacion derrama el luto y la miseria sobre nuestras ciudades y campos; el pueblo gime con el peso de las cargas que la desgracia de los tiempos hace indispensables; la Francia, que en nuestros primeros años vimos tan floreciente, se halla ahora sepultada en una profunda y amarga tristeza, y nuestros enemigos, tan envidiosos en otro tiempo de nuestras prosperidades, apenas pueden erer nuestras desgracias y pérdidas: ¿de qué proviene esta mudanza, católicos? Ya lo he dicho; la ira de Dios se derrama sobre nuestros delitos, la enormidad de éstos ha llegado ya hasta el trono de sus venganzas; el Señor nos mira desde lo alto de su eterna morada, como dice al profeta: *Prospexit de excelso sancto suo*.<sup>1</sup> Ha visto las abominaciones que hay entre nosotros; los fieles sin buenas costumbres, los grandes sin religion, y aun los mismos ministros sin devocion, las mujeres sin honestidad y sin pudor, haciéndose abominables con unas indecencias de que se hubieran avergonzado los siglos de nuestros padres y que llegan á ofender la vista de aquellos mismos á quienes pretenden agradar: *Prospexit de excelso sancto suo*.

1. Psalm. 101. v. 20.

Ha mirado desde lo alto del cielo y ha visto los adulterios y las abominaciones exaltadas en medio de su pueblo, los robos y las injusticias revestidas con títulos y dignidades públicas; los desórdenes y excesos mas terribles autorizados con grandes ejemplos; un lujo monstruoso é insensato crecer y aumentarse con la pública miseria; los teatros hechos lugares de prostitucion con el desorden declarado de aquellas desgraciadas víctimas á quienes van á oír los concurrentes, y las públicas costumbres convertidas en públicos escándalos. *Prospexit de excelso sancto suo*.

Miró desde lo alto del cielo, y vió el engaño, la ambicion, el cisma y la enemistad que deshonoraban su santuario. Los mismos ministros de la paz, divididos entre sí; la defensa de la virtud hecha el pretexto de las venganzas personales; el celo encendido por un vil interés; llamadas las pasiones en defensa de la religion que las condena; la devocion mudada en lucro y en una indigna hipocresía, y este reino, que en otro tiempo era la defensa de la fe y la porcion mas pura de su Iglesia, que ha venido á ser, por la licencia de las conversaciones y la impiedad de los dictámenes, el mas horroroso teatro de los filósofos é incrédulos. *Prospexit de excelso sancto suo*.

Miró desde lo alto del cielo, y vió á un piadoso soberano rodeado de una corte relajada, y al cortesano, que siempre habia sido entre nosotros imitador de su príncipe, hecho secreto censor de sus acciones: vió aborrecida la devocion del monarca, multiplicarse los delitos al paso que éste los reprime, y que el peligro á que se expone el escándalo aviva el gusto en los excesos: vió disfrazarse la ambicion con apariencias de virtud para granjearse los favores del soberano; enriquecerse la hipocresía con los beneficios destinados á la recompensa de la virtud, y mas afrentada

la religion con las costumbres y artificios de los hipócritas, que con las libertades de los mas declarados pecadores.

*Prospexit de excelso sancto suo.*

Y entonces derramó sobre nosotros el vaso de su indignacion y de su ira. Ha hecho que perezcan con los filos de las espadas de nuestros enemigos, nuestros hijos, nuestros esposos, nuestros hermanos y nuestros parientes; ha derramado sobre nuestros ejércitos un espíritu de terror y de espanto; ha desvanecido nuestros proyectos, y no habiendo sido para nosotros nuestras pasadas prosperidades mas que nuevos motivos de soberbia y de disolucion, ha recurrido á los castigos, para que ya que hemos sido ingratos á sus beneficios, no seamos insensibles á nuestra afliccion y nuestros trabajos.

Y no obstante, ¿cómo nos aprovechamos de estos públicos castigos? ¿qué oponemos á la ira de Dios para desarmarla? Quejas inútiles, terrores humanos acerca de la incertidumbre de los sucesos, é inquietudes por las miserias y cargas públicas. ¿Qué mas diré? Acoso tambien murmuraciones contra el gobierno; vanas reflexiones y continuas censuras contra los que están al frente de los negocios públicos; inútiles clamores contra los que están encargados de las empresas y proyectos, y aun muchas veces burlas y canciones satíricas y profanas, símbolo perpetuo de la ligereza de la nacion, en las que hallamos siempre el consuelo de nuestra desgracia, eternizando la memoria de nuestras pérdidas. Esto es lo que un santo padre reprendia ya en su tiempo á nuestros mayores. *Cantinelis infortunia sua solantur.*

¿Qué necios somos! Nos quejamos de los hombres como si ellos fueran los autores de nuestras calamidades; culpamos de nuestras desgracias á su imprudencia, á su poca ha-

bilidad y á sus engaños. No pasamos mas adelante, no vemos que los golpes que nos hieren vienen del cielo; que el mismo Dios es quien confunde los consejos y la prudencia de nuestros jefes, quien ciega á nuestros sábios y ancianos, quien derrama el terror y espanto sobre nuestros ejércitos, y que nuestras culpas son la única causa de nuestras desgracias; pongamos á Dios de nuestra parte, católicos: y entonces seremos los mas fuertes; obliguemos al Señor con un sincero arrepentimiento á que pelee por nosotros, y entonces, ó dará la paz á su pueblo, ó disiparemos á nuestros enemigos como polvos.

Casa de Israel, decia en otro tiempo el gran sacerdote Eliacim á los judíos, heridos como nosotros con la mano de Dios, y entregados á las tropas victoriosas de los Asirios; acuérdate de que Moisés, aquel siervo de Dios, rompió antiguamente la fuerza de Amalec, que confiaba en su poder, en el número de sus tropas y en la multitud de sus carros. *Memores estote Moysi servi Domini, qui Amalec confidentem in virtute sua, et in exercitu suo dejecit.*<sup>1</sup> De este modo, continuaba aquel venerable pontífice, se desaparecerán vuestros enemigos á vuestra vista, si permanecéis fieles en la práctica de los preceptos de la ley, y si os volveis al Señor con los gemidos de un corazon deshecho, y con un arrepentimiento vivo y sincero. *Sic erunt universi hostes Israel, si manentes permanseritis in jejuniis, et orationibus in conspectu Domini.*<sup>2</sup>

Y esto mismo es, católicos, lo que el santo pontífice<sup>3</sup> que

<sup>1</sup> Judith, 4. v. 13.

<sup>2</sup> Ibid. 14.

<sup>3</sup> El cardenal de Noailles, que estaba presente cuando se predicó este sermón en la catedral.

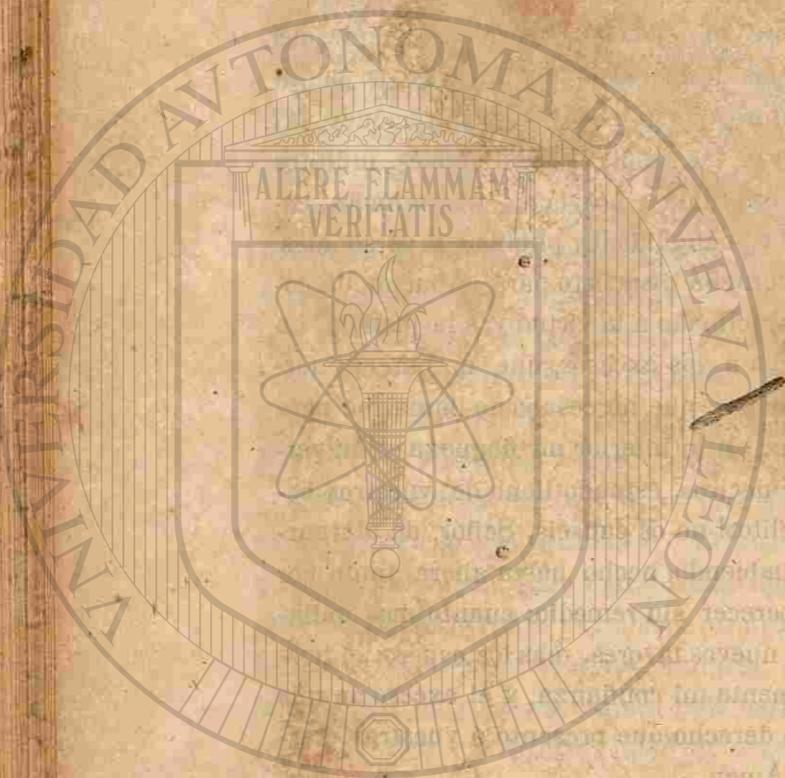
aquí nos honra con su presencia, y á quien ha suscitado el Señor para su pueblo en este tiempo de calamidad, os ha dicho ya con las mas vivas expresiones de su pastoral celo y de su cristiana elocuencia. Estos fueron los medios que os señaló, ordenando con toda solemnidad ayunos y oraciones para remediar las calamidades que nos afligen; católicos, os dijo, acabemos nuestros desórdenes, é inmediatamente se acabarán nuestras desgracias; seamos mas fieles, é inmediatamente seremos mas felices y estaremos mas tranquilos; cesen los escándalos que hay entre nosotros, y luego se enjugarán nuestras lágrimas; convirtámonos al Señor, y el Señor peleará por nosotros; hagamos las paces con Dios, y presto las haremos con los hombres.

Esto, católicos, es lo que os predica, aun mas con su ejemplo que con sus sermones. El padece con las desgracias que os afligen, pero aun padece mas con las iniquidades que las ocasionan; lleva con vosotros el peso de vuestras aflicciones y de vuestras pérdidas, pero todavía siente mas el peso de vuestras culpas; pide para vosotros al Señor unos dias mas tranquilos y mas dichosos; pero tambien los pide mas santos.

Consolad su celo, católicos, correspondiendo á su amor; consolad su piedad favoreciendo sus deseos; recompensad sus cuidados conformándoos con su ejemplo. Dios no ha abandonado aún á su pueblo, pues no obstante las muchas calamidades con que nos aflige, nos suscita todavía un pastor fiel, que puede reconciliarnos con el Señor, y detener el brazo de su indignacion y de su ira. No abuseis, pues, del don de Dios, amados oyentes míos, y no inutiliceis con la obstinacion de vuestros corazones tantos medios de santificacion como la bondad de Dios nos ofrece, y que son los mas felices recursos para vuestra salvacion.

¡Gran Dios! ¡cuántos justísimos motivos de condenacion tendreis algun dia contra mí? ¡qué no habreis vos hecho por salvarme, y qué habré yo dejado de hacer para perderme! Pusisteis, Señor, todos los medios para impedir la perdicion de vuestra criatura; las gracias, las inspiraciones, las ilustraciones mas vivas, las amarguras saludables, infinitos disgustos, pasiones impedidas, proyectos trastornados, esperanzas desvanecidas, calamidades públicas y personales: ¡qué mas diré? Un corazon dispuesto para lo bueno, un corazon naturalmente inclinado á la virtud y á la justicia, un corazon que se negaba á los excesos, que no parecia formado para los desórdenes que no cesaba de llamarme para vos, y de reprenderme en lo interior mi flaqueza y mi vergüenza. ¡Qué podré deciros, estando lleno de vuestros beneficios y de mis delitos! no os canseis, Señor, de alargarme vuestra mano; habiendo hecho hasta ahora tanto por mí, no me dejareis perecer sin remedio; cuanto mas indigno me contemplo de nuevos favores, mas los espero; el horror de mi estado aumenta mi confianza, y el exceso de mis miserias es el único derecho que presento á vuestras eternas misericordias. Amen.





## SERMON

### PARA EL JUEVES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE LA VERDAD DE LA RELIGION.

Amen dico vobis, non inveni  
tantam fidem in Israel.

Os digo de verdad, no he ha-  
llado tanta fe en Israel.

MATTH. 8. v. 10.

¿De qué provenia la incredulidad que Jesucristo reprende hoy á los judíos, y qué motivo podrán tener para dudar de la santidad de su doctrina y de la verdad de su ministerio? Si habian pedido milagros, los habia obrado á su vista tan convincentes, que nadie antes de él los habia hecho semejantes. Si habian deseado que su ministerio fuese autorizado con testimonios, ya Moisés y los profetas los habian dado, y el precursor habia dicho claramente: Ved ahí el Cristo y el Cordero que viene á borrar los pecados del mundo. Un gentil glorifica en el presente Evangelio

su omnipotencia; el Padre celestial desde lo alto del cielo habia declarado que este era su Hijo querido. Finalmente, los mismos demonios, acobardados con su santidad, salian de los cuerpos, confesando que era el santo y el Hijo de Dios vivo. ¿Qué podia, pues, oponer la incredulidad de los judíos á tantas pruebas y prodigios?

Ved aquí, católicos, lo que aun el dia de hoy se podia preguntar con mas admiracion á aquellos espíritus incrédulos que despues del cumplimiento de todas las profecías, despues de la consumacion de los misterios de Jesucristo, de la exaltacion de su nombre, de la manifestacion de sus dones, de la vocacion de los pueblos, de la destruccion de los ídolos, de la conversion de los césares y del consentimiento del universo, dudan aún é intentan ellos solos contradecir y trastornar lo que los trabajos de los hombres apostólicos, la sangre de tantos mártires, los prodigios de tantos siervos de Jesucristo, los escritos de tantos hombres grandes, las austeridades de tantos santos anacoretas y la religion de diez y siete siglos, han establecido tan universal y divinamente en el espíritu de casi todos los pueblos.

Porque, católicos, en medio de los triunfos de la fe se levantan aún en secreto entre nosotros algunos hijos de la incredulidad, á quienes ha entregado Dios á la vanidad de sus pensamientos, que blasfeman de lo que ignoran; algunos hombres impíos que mudan, como dice un apóstol, la gracia de nuestro Dios en lujuria, manchan su carne, desprecian toda dominacion, blasfeman de la Majestad, corrompen todos sus caminos como animales sin razon, y están guardados para servir algun dia de ejemplo á los terribles juicios de Dios sobre los hombres.

Y por si acaso entre tantos como junta la religion en este lugar se hallase alguna de estas almas, permitidme,

católicos, vosotros que conservais con respeto el depósito de la doctrina que habeis recibido de las manos de vuestros mayores y de vuestros pastores, que yo me valga de esta ocasion, ó para desengañarla ó para impugnaria; permitiéndeme que yo haga aquí lo que tantas veces hacian los primeros pastores de la Iglesia en presencia de su pueblo congregado, esto es, que yo haga la apología de la religion de Jesucristo contra la incredulidad, y que antes de instruiros acerca de vuestras obligaciones durante esta santa carrera, empiece poniendo los primeros fundamentos de la fe, pues sirve de mucho consuelo á los que creen, el conocer lo razonable que es su sumision, y el persuadirse á que la fe, que parece el escollo de la razon, es su único consuelo, su única guia y su único recurso.

Este es todo mi asunto. La incredulidad rehusa sujetarse á las verdades reveladas, ó por una afectacion vana de razon, ó por un errado dictámen de la soberbia, ó por un indiscreto deseo de independenciam. Hoy, pues, quiero manifestar que la sumision que rehusa la incredulidad por una vana afectacion de talento, es el uso mas prudente que puede hacer de la misma razon, que la sumision que rehusa por un errado dictámen de la soberbia, es el paso mas glorioso, y finalmente, que la sumision que desprecia por un indiscreto deseo de independenciam, es el sacrificio mas indispensable; y de aquí infiero los tres grandes caracteres de la religion, esto es, que es razonable, que es gloriosa y que es necesaria.

¡Oh Salvador mio, autor eterno y consumidor de nuestra fe! defended vos mismo vuestra doctrina. No permitais que vuestra cruz, que os ha sujetado todo el universo, sea aún la locura y el escándalo de los espíritus soberbios; triunfad tambien hoy con los ocultos prodigios de vuestra

gracia de la misma incredulidad, de la que en otro tiempo triunfásteis con las prodigiosas obras de vuestro poder, y destruid con aquellas vivas luces que alumbran los corazones con mayor eficacia que todos nuestros discursos, la soberbia que aun se levanta contra la ciencia de vuestros misterios. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Empecemos suponiendo desde luego, católicos, que la fe y no la razón es la que forma los cristianos, y que el primer paso que se pide á un discípulo de Jesucristo es que cuatve su entendimiento y que crea lo que no puede comprender. Con todo eso, afirmo que la misma razón nos guía á esta sumisión; que cuanto mas superiores son nuestros talentos, mas nos dan á conocer la necesidad de someternos, y que el partido de la incredulidad, lejos de ser el partido de la fuerza, del talento y de la razón, es el del error y de la flaqueza.

Así como la razón tiene sus límites, tiene tambien su uso en la fe, y como la ley buena y santa en sí misma no servia mas que para guiar los hombres á Jesucristo y paraba aquí como en su término, del mismo modo la razón, aunque buena y justa en sí misma, pues es un don de Dios y una participacion de la razón soberana, no debe servir ni se nos ha dado mas que para allanar el camino de la fe; pero es temeraria y sale de los términos de su primera institucion si quiere traspasar estos sagrados límites.

Supuesto esto, veamos quién usa con mas prudencia de su razón, ó el fiel que cree ó el incrédulo que rehusa el creer. La sumisión á las verdades que se nos proponen para que las creamos, puede tenerse por credulidad ó por

parte de la autoridad que nos la propone, y si ésta fuese leve, será flaqueza el creerla; ó por parte de las cosas que se nos quieren persuadir, y si éstas se oponen á los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad ó de la conciencia, será ignorancia el recibirlas como verdaderas; ó finalmente, por parte de los motivos que se alegan para persuadirnos, y si éstos son vanos, frívolos é incapaces de determinar á un entendimiento prudente, será imprudencia el dejarse engañar; luego es fácil inferir que la autoridad que pide á los fieles la sumisión, es la mayor, la mas respetable y la mejor fundada que hay en la tierra; que las verdades que se les quieren persuadir son las únicas que son conformes á los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad y de la conciencia; y finalmente, que los motivos con que se pretende persuadirlas son los mas decisivos, los mas triunfantes y los mas propios para sujetar los espíritus menos crédulos.

Cuando hablo de la autoridad de la religion cristiana, no es mi intento restringir la extension de esta voz solamente á la autoridad de los santos concilios, en los que la Iglesia por boca de sus pastores forma decisiones y propone á todos los fieles las reglas infalibles de culto y de doctrina. Como mi discurso no se dirige á la herejía, sino á la incredulidad, no considero tanto aquí á la religion como opuesta á las sectas que el espíritu de error ha separado de la unidad, esto es, como reducida á la sola Iglesia católica, cuanto como formando desde el nacimiento del mundo una sociedad aparte, único depósito del conocimiento de un Dios y de las promesas del mediador, absolutamente opuesta á todas las religiones que despues se han levantado en el universo; siempre impugnada y siempre la misma; y digo que su autoridad tiene en sí unas señales de verdad tan resplan-

decientes, que sin extravagancia no se la puede negar la sumision.

En primer lugar, la antigüedad en materia de religion es un carácter respetado de la razon, y puede muy bien decirse que una creencia consagrada por la religion de los primeros hombres y por la sencillez de los primeros tiempos, forma ya un género de prueba en su favor. No quiero decir que no se glorie muchas veces la mentira con los mismos títulos, ni que no haya entre los hombres errores inveterados que parece disputan á la verdad la antigüedad de su origen; pero es muy fácil al que quiere saber su historia, llegar á averiguar su nacimiento. La novedad es siempre el carácter mas constante y mas inseparable del error, y á todos los errores se les puede aplicar la sentencia del profeta: *Novi, recentesque venerunt, quos non coluerunt patres eorum.*<sup>1</sup>

Y á la verdad, si hay alguna religion verdadera en la tierra, debe ser la mas antigua de todas, porque si hay alguna verdadera religion en la tierra, esta debe ser la primera y mas esencial obligacion del hombre para con el Dios que quiere ser venerado en ella; luego es preciso que esta obligacion sea tan antigua como el hombre, y como está unida á su naturaleza, debe, por decirlo así, haber nacido con él. Y este, católicos, es el primer carácter que desde luego distingue la religion cristiana de las supersticiones y sectas. Esta es la mas antigua religion que hay en el mundo. Los primeros hombres, antes que un culto impío se fabricase divinidades de piedra y de madera, adoraron al mismo Dios que nosotros adoramos, le levantaron altares, le ofrecieron sacrificios, esperaron de su liberalidad

<sup>1</sup> Deuter. 32. v. 17.

la recompensa de su virtud, y de su justicia el castigo de su desobediencia. La historia del nacimiento de esta religion es la historia del nacimiento del mismo mundo. Los libros divinos, en que se ha conservado entre nosotros, incluyen los primeros monumentos del origen de las cosas. Aun son mas antiguos que aquellas producciones fabulosas del humano entendimiento que despues divirtieron tan vanamente la credulidad de los siguientes siglos; y como el error siempre nace de la verdad y es un vicioso imitador de ella, por eso las fábulas del paganismo tomaron su fundamento de los principales pasajes de esta divina historia; de modo que puede muy bien decirse que hasta el error tributa respetos en esta parte á la antigüedad y autoridad de nuestras Santas Escrituras.

Ahora bien, católicos, este solo carácter merece ya algun respeto. Las demás religiones que se precian de mas antiguo origen, no nos han dado mas pruebas de su antigüedad que unas relaciones fabulosas que por sí mismas se desvanecen. Han desfigurado la historia del mundo con un caos de siglos innumerables é imaginarios, de los que no ha quedado á la posteridad sucesó alguno y jamás los ha conocido la historia del mundo. Los autores de estas torpes ficciones no escribieron hasta muchos siglos despues de los hechos que nos refieren. Y basta decir que esta teología fué fruto de la poesía y que las invenciones de este arte fueron los mas sólidos fundamentos de su religion.

En la nuestra se halla una consecuencia de hechos razonable, natural y conformes entre sí; es la historia de una familia continuada desde su primera cabeza hasta el que la escribe, y justificada en todas sus circunstancias; es una genealogía en que cada jefe está señalado con sus propios caracteres, con sucesos que aun subsistian entonces, con

señales que aun se conocian en los lugares que habian habitado. Es una tradicion viva, la mas creida que entonees hubo en la tierra, pues Moisés no escribió mas de lo que habia oido decir á los hijos de los patriarcas, y éstos no contaban sino lo que sus mismos padres habian visto. En ella todo se mantiene, todo guarda consecuencia y se aclara por sí mismo. Los pasajes no son imitados ni los sucesos sacados de otra parte y acomodados al intento. Antes de Moisés el pueblo de Dios nada tenia por escrito; Moisés no dejó á la posteridad mas que lo que recogió de la viva voz de sus mayores, esto es, toda la tradicion del género humano, y así fué el primero que redujo á un libro la historia de las maravillas de Dios y de su manifestacion á los hombres, cuya memoria habia sido hasta entonces toda la religion, toda la ciencia y todo el consuelo de la familia de Abraham. La buena fe de este autor se manifiesta en la sencillez de su historia. No se vale de precauciones para ser creido, porque supone que aquellos para quienes escribe no necesitan de ellas para creer, y que solo refiere unos hechos públicos entre ellos, mas para conservar la memoria en sus descendientes que para instruirlos á ellos mismos.

Ved, católicos, por dónde empieza la religion cristiana á adquirirse estimacion en el espíritu de los hombres. Volved á todas partes, leed la historia de los pueblos y de las naciones y no hallareis cosa alguna tan bien fundada en la tierra. ¿Qué digo tan bien fundada? ni que tanto merezca la atencion de un talento despejado. Si los hombres nacieron para alguna religion, para ninguna mas bien que para esta. Si hay un Ser Supremo que haya manifestado la verdad á los hombres, sola esta es digna de los hombres y de él. En todas las demás su origen es fabuloso; en esta es tan seguro como todo el discurso de ella, y los últimos

siglos, que no la podemos negar, solo son pruebas de la certidumbre del primer siglo en que nació; luego si hay alguna autoridad en el mundo á quien deba ceder la razon, es á la de la religion cristiana.

Al carácter de su antigüedad debe añadirse el de su perpetuidad. Representaos aquí aquella variedad infinita de religiones y sectas que sucesivamente han reinado en la tierra; seguid la historia de las supersticiones de cada pueblo y de cada país; todas han durado cierto número de años y han caído despues con el poder de sus sectarios. ¿Dónde están los dioses de Emath, de Arphar y de Sepharvaim? Acordaos de la historia de aquellos primeros conquistadores; vencieron á los dioses de los pueblos, al mismo tiempo que vencian á los pueblos mismos, y destruian su culto cuando arruinaban su dominio. ¡Qué cosa tan grande es, católicos, el ver la religion de nuestros padres mantenerse sola desde el principio, sobrevivir á todas las sectas, y á pesar de la varia fortuna de los que la han profesado, pasar siempre de padres á hijos sin poder jamás ser arrancada del corazon de los hombres; luego no es un brazo de carne el que la ha conservado. ¡Ah! el pueblo fiel casi siempre ha sido débil, oprimido y perseguido. No, nuestros padres, como dice el profeta, no poseyeron la tierra con la espada: *Nec enim in gladio suo possederunt terram.*<sup>1</sup> Ya esclavos, ya fugitivos y ya tributarios de las naciones, vieron mil veces la Caldea, la Asiria y Babilonia; las potencias mas formidables de la tierra y todo el universo determinaron su ruina y la entera extincion de su culto; pero este pueblo tan débil, oprimido en Egipto, errante en el desierto, llevado despues cautivo á las provincias extranjeras, nunca pu-

<sup>1</sup> Psalm. 43. v. 4.

do ser exterminado, cuando al mismo tiempo otros muchos mas poderosos padecieron el destino de las cosas humanas, y su culto permaneció con él á pesar de los esfuerzos que casi cada siglo hizo para destruirle.

¿De qué proviene, pues, católicos, que un culto tan perseguido, tan penoso por sus observancias, tan riguroso por las penas con que castiga á sus transgresores y aun tan fácil en establecerse y arruinarse, aunque no fuera mas que por la inconstancia y rudeza del pueblo que desde el principio fué su depositario; de qué proviene que él solo se perpetuase en el mundo en medio de tantas revoluciones, cuando al mismo tiempo las supersticiones defendidas con el poder de los imperios y de los reinos, cayeron en la nada de donde habian salido? ¡Ah! ¿no se conoce que no fué el hombre, sino Dios, quien obró tantas maravillas? ¿que fué el brazo del Todopoderoso el que conservó su obra? Luego si ha perecido todo lo que inventó el espíritu humano, debe inferirse que lo que ha perseverado siempre, fué obra únicamente de la divina sabiduría: *Nonne Deus fecit hac omnia, et non homo?*

Finalmente, si á su antigüedad y perpetuidad se añade su uniformidad, no le queda á la razon pretexto alguno con que defenderse. Porque, católicos, todo se muda en la tierra, porque todo sigue la mutabilidad de su origen. Las ocasiones, las diferencias de siglos, los diversos humores de climas y la necesidad de los tiempos han introducido mil mudanzas en todas las leyes humanas. Solo la fe nunca se ha mudado; hoy se mantiene entre nosotros del mismo modo que la recibieron nuestros padres, y del mismo modo la recibirán de nosotros nuestros descendientes. Es verdad que con la sucesion de los tiempos se ha ido aclarando por la necesidad que ha habido de defenderla de

los errores con que la han querido manchar; pero lo que una vez ha parecido verdad de fe, siempre lo ha parecido: es fácil que una cosa dure cuando se acomoda al tiempo y á las circunstancias, y cuando se la pueda añadir ó quitar segun el gusto de los siglos y de los que gobiernan; pero el que una cosa en nada se mude, no obstante la mutacion de los tiempos y costumbres, el que todo padezca mudanza y ella sola se mantenga siempre la misma, es un privilegio propio solamente de la religion cristiana, y por razon de estos tres caracteres de antigüedad, de perpetuidad y de uniformidad que la son propios, su autoridad es la única en la tierra capaz de determinar á un espíritu prudente.

Pero si la sumision del mel es razonable por parte de la autoridad que se la pide, no lo es menos por parte de las cosas que se le proponen para creer. Veamos ahora, católicos, el fundamento del culto de los cristianos. En nuestra religion no tememos el que se vean de cerca nuestros misterios, como sucedia á los abominables de la idolatría, cuya vergüenza y horror se ocultaba en sus tinieblas. Una religion, dice Tertuliano, que temiese el ser examinada y que se profundizasen sus misterios, seria sospechosa: *Ceterum suspecta est lex, quæ probari non vult*. Quanto mas examinais el culto de los cristianos, mas bellezas y maravillas hallais en él. La idolatría inspiraba al hombre pensamientos insensatos acerca de la Divinidad; la filosofía pensamientos poco razonables de sí mismo; la concupiscencia pensamientos injustos para con los demás hombres. Admirad, pues, la sabiduría de una religion que remedia estas tres heridas, las que nunca pudo curar ni aun conocer la razon en todos los siglos.

Y primeramente, ¿qué otro legislador habló de la Divinidad como el de los cristianos? Mirad bien si podeis hallar

en otra parte ideas mas sublimes de su poder, de su inmensidad, de su sabiduría, de su bondad y de su justicia que las que nos dan nuestras Escrituras. Si hay un Ser Supremo y eterno, superior á nosotros, en quien viven todas las cosas, es preciso que sea como nos le representa la religion cristiana; solamente nosotros no le comparamos con la semejanza del hombre; nosotros solos le adoramos sentado sobre los querubines, llenándolo todo con su presencia, gobernándolo todo con sabiduría, criando la luz y las tinieblas como autor del bien y vengador del vicio; nosotros solos le honramos del modo que quiere ser honrado, esto es, no hacemos consistir el culto que le es debido en la multitud de víctimas ni en el exterior aparato de nuestros respetos, sino en la adoracion, en el amor, en la alabanza y la accion de gracias. Referimos á él el bien que hay en nosotros como á su principio, y atribuimos á nosotros mismos el vicio, como que únicamente tiene su origen de nuestra corrupcion. Nosotros esperamos hallar en él la recompensa de una fidelidad que es don de su gracia y el castigo de las transgresiones, que siempre son efecto del mal uso que hacemos de nuestra libertad. ¡Qué ideas, pues, podrán formarse mas dignas del Ser Supremo!

En segundo lugar, la vana filosofía habia degradado al hombre hasta hacerle semejante á las bestias, haciéndole buscar su felicidad en los sentidos, ó le habia elevado necesariamente hasta la semejanza de Dios, persuadiéndole á que podia hallar su felicidad en su propia sabiduría. Pero la moral de los cristianos evita estos dos excesos, aparta al hombre de los deleites carnales, descubriéndole la excelencia de su naturaleza y la santidad de su destino, y así corrige su soberbia, dándole á conocer su miseria y su bajeza.

Finalmente, la concupiscencia hacia al hombre injusto

para con los demás hombres. ¿Pues qué doctrina ha reglado jamás mejor nuestras obligaciones en este punto que la de los cristianos? Ella nos enseña á obedecer á los soberanos como establecidos por Dios, no solo por temor de su autoridad; sino por una obligacion de conciencia, á respetar á nuestros jefes, á sufrir á nuestros iguales, á ser afaibles con los inferiores y á amar á todos los hombres como á nosotros mismos; ella sola forma buenos ciudadanos, vasallos fieles, criados sufridos, amos humildes, magistrados incorruptibles, príncipes clementes y amigos verdaderos; ella sola hace inviolable la buena fe de los matrimonios, asegura la paz de las familias y mantiene la tranquilidad de los Estados; no solo prohíbe los hurtos, sino tambien el deseo de los bienes ajenos; no solo no quiere que se tenga envidia á la prosperidad del prójimo, sino que manda partir con él los propios bienes cuando está necesitado; no solo nos prohíbe los atentados contra su vida, sino que quiere que hagamos bien aun á los que nos hacen mal, que bendigamos á los que nos maldicen, y que no tengamos entre todos mas que un corazon y una alma. Dadme un reino, decia San Agustin á los paganos de su tiempo, compuesto todo de este género de gentes; ¡oh Dios! ¡qué paz! ¡qué felicidad! ¡qué imágen tan parecida al cielo seria la tierra! ¿Han podido llegar todas las ideas de los filósofos al plan de esta celestial república? ¿no es indubitable que si Dios ha hablado á los hombres para manifestarles los caminos de la salvacion, no pudo usar de otro estilo?

Es verdad que la religion añade á todas estas máximas tan dignas de la razon, algunos misterios que exceden nuestra capacidad; pero además de que la prudencia persuade la sumision en este punto á una religion tan venerable por su antigüedad, tan divina por su moral, tan superior en us

autoridad á quanto hay en la tierra, y únicamente digna de ser creída, los motivos de que se vale para persuadirnos, acaban de convencer á la incredulidad.

Primeramente. Estos misterios fueron profetizados muchos siglos antes de que se cumpliesen, y profetizados con todas las circunstancias de tiempos, de lugares y de los menores acontecimientos, y estas profecías no son profecías vagas destinadas á la simple credulidad del vulgo, que se creen en un rincón del mundo contemporáneas de los sucesos é ignoradas en lo restante del universo, sino unas profecías en las que ha consistido desde el nacimiento del mundo toda la religion de un pueblo entero; las que dejaban los padres á sus hijos como su mas rica herencia, que se conservaban en el templo santo como la mas sagrada prenda de las promesas divinas, y finalmente, cuya verdad afirma aun hoy á vista de todo el universo la nacion mas enemiga de Jesucristo, en la que primeramente estuvieron depositadas; unas profecías que no se ocultaban misteriosamente al pueblo, temiendo que descubriese su falsedad, como sucedia con aquellos vanos oráculos de las Sibilas, encerrados tan cuidadosamente en el capitolio, fabricados para mantener la soberbia de los romanos, expuestos solamente á la vista de los pontífices, y publicados de tiempo en tiempo por partes, para autorizar en el espíritu del pueblo ó una empresa peligrosa ó una guerra injusta: nuestros libros proféticos eran la diaria leccion de todo un pueblo; los jóvenes y los ancianos, las mujeres y los niños, los sacerdotes y el vulgo, los reyes y los vasallos debian continuamente tenerlos entre las manos; cada uno tenia derecho de estudiar en ellos sus obligaciones y de descubrir en ellos sus esperanzas; lejos de lisonjear su soberbia, no les hablaban mas que de la ingratitud de sus padres; en cada página les anun-

ciaban desgracias como justo castigo de sus culpas; reprendian á los reyes su disolucion, á los pontífices sus injusticias, á los grandes su profusion y al pueblo su inconstancia y su incredulidad; y con todo eso, tenian en grande estimacion estos santos libros, y por los oráculos que en ellos veian cumplirse todos los dias, esperaban con confianza el cumplimiento de aquellos de que hoy es testigo todo el universo. El conocimiento, pues, de lo futuro, es el carácter menos sospechoso de la Divinidad.

En segundo lugar, estos misterios están fundados en hechos milagrosos, tan patentes y tan públicos en Judea, tan confesados aun entonces por aquellos que tenian interés en negarlos, tan señalados con unos sucesos que interesaban á toda la nacion, tan repetidos en las ciudades, en los lugares, en el templo y en las plazas públicas, que es necesario cerrar los ojos á la luz para dudar de ellos. Los apóstoles los predicaron y los escribieron en la misma Judea poco tiempo despues de su cumplimiento, esto es, en tiempo en que los pontífices que habian condenado á Jesucristo, aun vivian y hubieran podido confundir y negar la impostura, si lo fuera. Jesucristo resucitando, segun su promesa, confirmó su Evangelio, y no puede presumirse ni que los apóstoles se engañaron en este hecho tan decisivo y tan esencial para ellos; en este hecho tantas veces anunciado, esperado como el punto principal á que se dirigia todo lo demás, en este hecho tantas veces confirmado, y en presencia de tan innumerables testigos, ni tampoco que ellos quisieron engañarnos é ir á predicar á los hombres una mentira, á costa de su sosiego, de su honor y de su vida, que era el único premio que esperaban de su impostura, si lo fuera. ¿Estos hombres que nos han dejado unas doctrinas tan prudentes y piadosas, habian de haber dado á la tierra un ejemplo de

extravagancia ignorado hasta entonces de todos los pueblos, y á sangre fria, sin fin, sin interés, sin motivo; se habian de haber entregado á los mas terribles tormentos y á padecer la muerte con una heróica piedad, solamente por defender la verdad de un hecho cuya falsedad conocerian ellos mismos? ¿habian todos estos hombres de haber muerto tranquilamente por otro hombre que los hubiera engañado, y que no habiendo resucitado como habia prometido, se hubiera burlado durante su vida de su credulidad y de su flaqueza? No tache, pues, el impio de credulidad á los incomprendibles misterios de la fe; demasiado crédulo es menester que él sea, para poderse persuadir á unas suposiciones tan increíbles.

Finalmente, la fe de estos misterios ha hallado docilidad en todo el universo: en los césares, á los que degradaba de la clase de los dioses; en los filósofos, á quienes convencía de ignorancia y vanidad; en los sensuales, á quienes no predicaba mas que cruces y trabajos; en los ricos, á quienes obligaba á la pobreza; en los pobres, á quienes mandaba que amasen su necesidad y abatimiento, y en todos los hombres, cuyas pasiones combatia. Esta fe, predicada por doce pobres, sin ciencia, sin talento y sin proteccion, ha sujetado los emperadores, los sábios, los ignorantes, las ciudades y los imperios. Unos misterios tan insensatos en la apariencia, han trastornado todas las sectas y todos los monumentos de una soberbia razon, y la locura de la cruz ha sido mas sabia que toda la sabiduría del siglo. ¿Pero qué digo? todo el universo ha conspirado contra ella, y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para asegurarla. Ser fiel y estar destinado á la muerte eran dos cosas inseparables, y con todo eso, el peligro era un atractivo nuevo; cuanto mas violentas eran las persecuciones, mayores progresos

hacia la fe, y la sangre de los mártires era la semilla de los fieles. ¡Oh Dios mio! ¿quién no ve en esto el dedo de vuestra mano? ¿quién por estas señas no conoce el carácter de vuestra obra? ¿dónde está el entendimiento que no conoce disiparse aquí la vanidad de sus dudas, y que aun se avergüenza de sujetarse á una doctrina que ha sujetado á todo el universo? Pero no solamente esta sujecion es razonable, sino que tambien es gloriosa para el hombre.

### SEGUNDA PARTE.

La soberbia es la raíz oculta de la incredulidad; en aquella ostentacion de talento que hace al incrédulo que desprecie la comun creencia, hay una deplorable singularidad que le lisonjea y hace que suponga en sí mas fuerzas y mas claras luces que en los demás hombres, por haberse atrevido á sacudir un yugo que sujeta á todos, y á oponerse temerariamente á lo que todos hasta él se han contentado con adorar.

Para quitar, pues, á la incredulidad este tan fatal consuelo, basta el evidenciar que no hay cosa mas gloriosa para la razon que la fe; gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo porvenir; gloriosa por la situacion en que al presente coloca al fiel; gloriosa, finalmente, por parte de los grandes modelos que propone á su imitacion.

Gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra. ¿Cuáles son las promesas de la fe, católicos? La adopcion de Dios, una compañía inmortal con él, la redencion perfecta de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas, la libertad de las pasiones, el fijar nuestros corazones con la posesion del verdadero bien, el ilustrar nuestros entendimientos con la luz inefable del entendimiento divino, y el hacernos

dichosos con la vista clara y permanente de la verdad; estas son las promesas de la fe; ella nos enseña que nuestro origen es divino y nuestras esperanzas eternas.

Ahora os pregunto: ¿puede avergonzarse la razón de creer unas verdades que tanto honran la inmortalidad de su naturaleza? ¿sería acaso, católicos, mayor felicidad para el hombre el tenerse por de la misma naturaleza que las bestias y esperar el mismo fin? ¿podrá parecerle al incrédulo que se hace mas honor en no tenerse mas que por un vil barro que organizó la casualidad, y que se disolverá del mismo modo, sin fin, sin destino, sin esperanza, sin mas uso de su razón y de su cuerpo que el de encenagarse brutalmente como las bestias en los deleites carnales? ¿juzgará mejor de sí teniéndose por un desgraciado, á quien la casualidad colocó en la tierra, sin esperar nada despues de su vida, cuya mas suave esperanza es volver á caer muy presto en la nada, sin estar unido á ningun sér fuera de sí, reducido á buscar su felicidad en sí mismo, sin hallar en sí mas que inquietudes y secretos temores? ¿es esta aquella terrible distincion que tanto lisonjea á la soberbia del incrédulo? ¡Gran Dios! ¿qué cosa tan gloriosa es para vuestra verdad el no tener mas enemigos que unos hombres de este carácter! Por lo que á mí toca, decia San Ambrosio á los incrédulos de su tiempo, me precio de creer unas verdades que son de tanto honor para el hombre. *Juvat hoc credere.* Esperar unas promesas de tanto consuelo. *Sperare delectat.* No creerlas seria castigarme infelizmente á mí mismo. *Non credidisse pena est.* ¡Ah! si me engaño, queriendo mas esperar la eterna compañía de los justos en el seno de Dios que en tenerme por de la misma naturaleza que las bestias, es un error que me agrada, el que estimo y del que no quiero desengañarme. *Quod si in*

*hoc erro, quod me Angelis post mortem sociare malo quam bestiis, libenter in hoc erro, nec unquam ab hac opinione, dum vivam, fraudari patiar.*

Pero si la fe es gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo porvenir, no lo es menos por parte de las circunstancias en que al presente constituye al fiel. Figuraos, católicos, un verdadero justo, que vive de la fe, y confesareis precisamente que no hay cosa mayor que él en la tierra; es dueño de sus deseos y de todos los movimientos de su corazón; ejerce un glorioso imperio sobre sí mismo; posee su alma en paciencia y en tranquilidad, y gobernando todas sus pasiones con el freno de la temperancia, es humilde en la prosperidad, constante en la desgracia, alegre en las tribulaciones, pacífico con los que aborrecen la paz, insensible á las injurias, compasivo en las aflicciones de los que le ultrajan, fiel en sus promesas, religioso en sus amistades é inexorable en sus obligaciones; no le mueven las riquezas porque las desprecia, no apetece los honores porque los teme, y es mayor que el mundo entero, porque le mira como un poco de polvo. ¡Qué elevacion esta!

La filosofía no destruía el vicio sino con el vicio mismo: enseñaba con el fausto á despreciar al mundo, por granjearse los aplausos del mismo mundo; mas buscaba el honor que resulta de la sabiduría, que la misma sabiduría; al mismo tiempo que intentaba destruir las demás pasiones, se levantaba siempre una pasión mas peligrosa sobre las ruinas de las demás, es á saber, la soberbia: semejante á aquel príncipe de Babilonia, que solamente arruinó los dioses de su nación para levantar sobre sus ruinas su impía estatua, y aquel coloso horrible de soberbia que quiso fuese adorado de toda la tierra.

Pero la fe eleva al justo sobre su misma virtud; le hace aun mayor en lo íntimo de su corazón y en la presencia de Dios, que en la de los hombres; el justo perdona sin soberbia, es desinteresado sin vanidad, sufre sin querer que lo conozcan los demás, modera sus pasiones sin conocerlo él mismo, él solo ignora la gloria y el mérito de sus acciones; en vez de mirarse á sí con complacencia, se avergüenza mas de sus virtudes, que el pecador de sus vicios; en vez de buscar aplausos, oculta sus obras de luz, como si fueran obras de tinieblas; en su virtud no tiene mas interés que el amor de su obligación; obra solamente en la presencia de Dios, y como si no hubiera mas hombres que él en la tierra. ¡Qué elevación! buscad, si podeis, alguna cosa mayor en la tierra; registrad todos los diversos géneros de gloria con que el mundo honra la vanidad de los hombres, y ved si todos juntos pueden llegar á este grado de grandeza á que eleva la fe al hombre justo.

¿Qué cosa puede hallarse, amados oyentes míos, mas honorífica para el hombre que este estado? ¿os parece que es mas glorioso, mas respetable, mas grande, cuando sigue las impresiones de un instinto brutal, cuando se halla esclavo del rencor, de la venganza, de la concupiscencia, de la ambición, de la envidia y de todos los monstruos que sucesivamente reinan en el corazón?

Porque vosotros, los que os preciáis de no creer, ¿sabéis lo que es ser incrédulo? es ser un hombre sin buenas costumbres, sin probidad, sin fe, sin carácter determinado; que no tiene mas regla que sus pasiones, mas ley que sus injustos pensamientos, mas dueño que sus deseos, mas freno que el temor de la autoridad, ni mas Dios que á sí mismo; es un hijo desnaturalizado, pues cree que solamente la casualidad le dió padres; un amigo infiel, pues no mira á los

hombres mas que como unos tristes frutos de un conjunto fortuito y casual, á los que solo está unido con lazos perecederos; es un señor cruel, pues se persuade á que es el mas fuerte y mas feliz, y que siempre tiene razón; y así de hoy en adelante, ¿quién podrá fiarse de vosotros? Vosotros no teméis á Dios, no respetáis á los hombres, no esperáis nada despues de esta vida; la virtud y el vicio os parecen preocupaciones de la niñez y efecto de la credulidad de los pueblos: los adulterios, las venganzas, las blasfemias, las mas horribles perfidias, las abominaciones que apenas pueden nombrarse, no son para vosotros mas que prohibiciones humanas y preceptos establecidos por la política de los legisladores; los mas horrorosos delitos y las mas puras virtudes son iguales para vosotros, pues muy prontamente una eterna aniquilación igualará al justo con el impío, y los confundirá para siempre en el horror del sepulcro. Sois un monstruo en la tierra; ¿se lisonjea acaso vuestra soberbia con la idea que se os acaba de hacer presente de vosotros mismos? ¿cómo podeis sufrir ni aun su imagen?

Por otra parte, quereis acreditar vuestro irreligion de fuerza de entendimiento; pero averiguad el origen de vuestro libertinaje, y hallareis que es la corrupción de vuestro corazón. ¿Hubiérais pensado jamás en ser impío si hubiérais podido juntar la religion con vuestros deleites? Empezásteis á dudar de una doctrina que se oponia á vuestras pasiones, y luego que empezó á seros incómoda la tuvisteis por falsa, y habeis intentado persuadiros lo que quisiérais que fuera cierto, esto es, que todo muere con nosotros, que las penas eternas eran terrores de la educación, que las inclinaciones que nacieron con nosotros no podian ser delitos, y todas aquellas máximas del libertinaje que ha

vomitado el infierno; fácilmente creemos lo que deseamos. Solomon no adoró los dioses de las mujeres extranjeras sino por hallar tranquilidad en sus disoluciones; si los hombres nunca hubieran tenido pasiones ó si á éstas las hubiera autorizado la religion, nunca hubiera habido incrédulos en la tierra; y prueba de esta verdad es, el que en los instantes en que os hallais disgustados del delito, os volveis sin conocerlo á la religion: en los instantes en que se hallan mas en calma vuestras pasiones, se minoran vuestras dudas, tributais en lo íntimo de vuestros corazones, aun á pesar vuestro, un secreto respeto á la verdad de la fe, y por mas que querais debilitarle, no podeis extinguirle; al primer amago de muerte levantais los ojos al cielo, reconocéis al Dios que os castiga, os arrojaís en el seno de vuestro Padre y del autor de vuestro ser; temeis la eternidad que os habeispreciado de no creer, y humillados bajo la mano del Todopoderoso, dispuesta á caer sobre vosotros y deshaceros como á un gusano de la tierra, confesais que él solo es grande, sábio, inmortal, y que el hombre no es mas que mentira y vanidad.

Finalmente, si necesitara de nuevas pruebas para mi asunto, os manifestaria cuán gloriosa es la fe para el hombre por parte de los grandes modelos que propone á nuestra imitacion. Acordaos de Abraham, de Isaac y de Jacob, decian en otro tiempo los judíos á sus hijos; acordaos de aquellos hombres santos que os han precedido, los que por su fe han merecido un testimonio tan glorioso, decia San Pablo á los fieles,<sup>1</sup> despues de haberlos contado de siglo en siglo en aquel excelente capítulo de su carta á los hebreos, sus nombres y las mas maravillosas circunstancias de su vida.

<sup>1</sup> Hebr. 11. v. 39.

Esta es la utilidad de la fe cristiana; acordaos de todos los grandes hombres que han vivido sujetos á ella en todos los siglos: príncipes magnánimos, conquistadores religiosos, pastores venerables, filósofos ilustrados, mártires gloriosos, anacoretas penitentes, vírgenes puras y constantes y héroes en todo género de virtud. La filosofía enseñaba una sabiduría pomposa; pero el sábio que ésta pretendia formar, no se hallaba en parte alguna; pero en la fe, ¡qué multitud de testigos! ¡qué tradicion continuada de héroes cristianos desde la sangre de Abel hasta nosotros!

Ahora, pues, os pregunto: ¿os avergonzareis de seguir las pisadas de tantos hombres ilustres? Poned á un lado todos los grandes hombres que la religion ha dado al mundo en todos los siglos, y á otro el corto número de espíritus perversos y desesperados que ha producido la incredulidad. ¿Os parece mas glorioso el seguir este último partido y tomar por vuestra guia y modelo aquellos hombres, de cuyo nombre no nos podemos acordar sin horror, aquellos monstruos que por pura permission de la Providencia produjo la naturaleza de tiempo en tiempo, que seguir á los Abrahames, los Josés, los Moisés, los Davides, los hombres apostólicos y los justos del Antiguo y Nuevo Testamento? Contemplad, si podeis, este paralelo. ¡Ah! en otro tiempo, decia San Gerónimo, aunque con distinto motivo, si juzgais que voy errado, tengo por cosa gloriosa el engañarme siguiendo á tales guías: *Si me deprehenderit errantem, parce-re me, queso, errari cum talibus.*

Y ahora, católicos, permitidme que dejando por un instante á los incrédulos, dirija á vosotros mis palabras. La incredulidad declarada podrá ser un vicio raro entre nosotros, pero no es menos rara la sencillez de la fe; nos horrorizaria sin duda el separarnos de la creencia de nuestros

padres, pero queremos criticar su buena fe; no dudamos del fundamento de nuestros misterios, pero obedecemos como filósofos, imponiéndonos nosotros mismos el yugo, callando las verdades santas, abrazando unas como razonables, disputando de otras y midiéndolas con nuestras débiles luces, y nuestro siglo con especialidad está lleno de estos medio fieles, que con pretexto de separar de la religion lo que la credulidad ó las preocupaciones la pueden haber añadido, quitan á la fe todo el mérito de la sumision.

Pero, católicos, la santidad de nuestra fe quiere que no hableis de ella sino con una religiosa circunspeccion. La fe es una virtud casi tan delicada como la castidad; cualquiera duda, cualquiera palabra la ofende; un leve soplo, por decirlo así, la mancha, y con todo eso, ¿qué libertades no se usan hoy en las conversaciones acerca de lo mas respetable que se halla en la fe de nuestros padres? ¡Ah! en la ley antigua no podia el hombre tomar en su boca el solo nombre del Señor, y hoy lo mas augusto de la religion es el asunto de las conversaciones mundanas; de todo se habla y en todo se decide con libertad. Unos hombres vanos, de un talento superficial, sin mas conocimiento de la religion que algo mas de temeridad que los ignorantes y el pueblo, sin mas ciencia que unas dudas vulgares y comunes, las que han aprendido, pero no las han formado; unas dudas tantas veces aclaradas y que solo parece que subsisten para honra de la verdad; unos hombres que con una vida distraida jamás han dedicado una hora de atencion seria á las verdades de la religion, cortan y deciden en unos puntos para los que apenas bastaria una vida entera dedicada al estudio y acompañada de talento y devocion.

Tambien algunas personas de un sexo en el que su mayor mérito debiera ser la ignorancia en ciertos puntos, en

los que á lo menos la educacion y el bien parecer piden que aunque sepan, afecten ignorar; unas personas que tienen mas conocimiento del mundo que de Jesucristo, que no saben de la religion ni aun lo que deben saber para reglar sus costumbres, proponen dificultades y quieren que se las expliquen; temen excederse en la creencia, dudan de todo menos de sus miserias y del visible desorden de su vida. ¡Oh Dios! de este modo entregais los pecadores á la vanidad de sus pensamientos, y permitís que los que quieren ver con demasiada claridad vuestros adorables secretos, nunca se conozcan á sí mismos. La fe, pues, es gloriosa para el hombre, como habeis visto. Solo resta probar que le es necesaria.

### TERCERA PARTE.

La necesidad de la fe es entre todos sus caractéres el que hace mas inexcusable al incrédulo. Los demás motivos de que nos valemos para atraerla á la verdad le son como extraños, por decirlo así; pero este se saca de su propio caudal, quiero decir, del mismo carácter de su corazon.

Digo, pues, que la fe es absolutamente necesaria al hombre en los oscuros caminos de esta vida, porque su razon es flaca y es necesario ayudarla, porque está corrompida y es preciso curarla, porque está vacilante y es menester fijarla. La fe, pues, es el único socorro que la ayuda y aclara, el remedio que la cura, el freno y la regla que la sujeta y la fija. Escuchadme aún por un breve rato, que no seré molesto.

Digo en primer lugar, que la razon es flaca y que necesita de socorros. ¡Ah, católicos! no nos conocemos ni á nosotros mismos ni á cuanto existe fuera de nosotros. Ig-

noramos cómo hemos sido formados, los grados imperceptibles con que nuestro cuerpo recibió la formación y la vida, los infinitos resortes y el divino artificio que hace mover toda nuestra máquina. Aquella ilustre madre de los macabeos decia antiguamente á sus hijos: Yo no sé cómo aparecísteis en mis entrañas; yo no os dí el alma, el espíritu ni la vida que en ellas recibísteis; yo no dispuse la maravillosa estructura de vuestros miembros ni coloqué cada uno en su lugar; la mano invisible del Autor del universo fué la que lo hizo todo. *Nescio qualiter in utero meo apparuistis: nec enim ego spiritum et animam donavi vobis, et vitam, et singulorum membra non ego ipsa compegi: sed mundi Creator, qui formavit hominis naturam.*<sup>1</sup> Solamente nuestro cuerpo es ya un misterio en que el entendimiento humano se pierde y se confunde, y cuyos secretos jamás conocerá, y solo el que presidió á su formación puede conocerlos.

Tampoco conocemos aquel soplo de la Divinidad que nos anima, aquella porcion de nosotros mismos que nos hace capaces de amar y de conocer. No sabemos cómo se forman sus deseos, sus temores, sus esperanzas, ni cómo ella puede suministrarse á sí misma sus ideas y sus imágenes. Nadie hasta ahora ha podido comprender cómo este sér espiritual, tan distante por su naturaleza de la materia, se ha podido unir á ella en nosotros con unos lazos tan indisolubles; cómo estas dos sustancias no forman mas que un mismo todo, y cómo son comunes á ambas los bienes y los males. Nosotros somos un misterio para nosotros mismos, como decia San Agustin, y aun nos costaria trabajo el decir en qué consiste esta vana curiosidad que quiere saberlo todo, y cómo se formó en nuestra alma.

1 2. Machab. 7. v. 22. et 23.

En lo exterior no hallamos mas que enigmas. Vivimos como extranjeros en la tierra y entre objetos que no conocemos. La naturaleza es para el hombre un libro cerrado, y parece que el Criador para confundir la soberbia humana quiso cubrir de tinieblas la superficie de este abismo.

Levantad los ojos, ¡oh hombres! contemplad aquellos grandes cuerpos de luz que están colgados sobre vuestra cabeza, que nadan, digámoslo así, en esos espacios inmensos en que vuestro entendimiento se anega. ¿Quién formó el sol, dice Job, y quién dió nombre á la infinita multitud de estrellas? Comprended si quereis su naturaleza, su uso, sus propiedades, su situacion, su distancia, sus apariciones y la igualdad ó desigualdad de sus movimientos. Nuestro siglo ha descubierto algo, esto es, ha conjeturado algo mejor que los siglos anteriores; ¿pero qué es lo que hemos averiguado si se compara con lo que todavía ignoramos?

Bajad á la tierra y decidnos, si es que lo sabeis, ¿quién detiene á los vientos en los lugares en que están encerrados? ¿quién dirige el curso de los rayos y de las tempestades? ¿cuál es el fatal punto que pone límites al ímpetu de las olas de la mar? ¿y cómo se forma el prodigio tan regular de sus movimientos? Explicadnos los efectos prodigiosos de las plantas, metales y elementos; averiguad cómo se purifica el oro en las entrañas de la tierra; explicad si podeis el infinito artificio que entra en la formación de los insectos que vemos arrastrar sobre la tierra, dadnos la razon de los diferentes instintos de los animales; á cualquiera parte que os volvais, no os ofrece la naturaleza mas que enigmas, ¡oh hombres! ¿No conoceis los objetos que teneis á vuestra vista, y quereis ver con claridad las eternas profundidades de la fe? La naturaleza es para vosotros un misterio, ¿y quereis una religion que no los tuviese? ¿ignorais

los secretos del hombre? ¿y quereis conocer los secretos de Dios? ¿no os conoceis á vosotros mismos y quereis profundizar lo que tanto os excede? El universo, que Dios entregó á vuestra curiosidad y á vuestras disputa, es un abismo en que os perdeis; ¿y quereis que en los misterios de la fe, los que solamente ha expuesto á vuestra docilidad y á vuestro respeto, no hubiese nada que se ocultase á vuestras débiles luces? ¡Qué desórden! Si exceptuando la religion todo lo demás fuera perceptible, tendríais alguna aparente razon para desconfiar de sus tinieblas; pero supuesto que aun en lo exterior todo es oscuro para vosotros, el secreto de Dios, dice San Agustin, debe hacerlos mas respetuosos y mas atentos, pero no mas incrédulos: *Secretum Dei intentos debet facere, non adversos.*<sup>1</sup>

Fúndase, pues, primeramente la necesidad de la fe en la flaqueza de la razon; pero al mismo tiempo se funda tambien en que ésta está profundamente viciada. Y á la verdad, ¿qué cosa habia mas natural para el hombre que el conocer á su Dios, el autor de su sér y de su felicidad, su principio y su fin? ¿qué el adorar su sabiduría, su poder, su bondad y todas las divinas perfecciones, de las que grabó tan profundas y tan bien impresas señales en su obra? Estas luces nacieron con nosotros; con todo eso, recorred los siglos de las tinieblas y de la supersticion que precedieron al Evangelio, y ved hasta qué punto degradó el hombre á su Criador y con quién comparó á su Dios. No hay cosa tan despreciable entre las criaturas de que su impiedad no se fabricase dioses, y el hombre fué la mas noble divinidad que adoró el hombre.

Si pasais de la religion á la moral, todos los principios

<sup>1</sup> Tract. 28. in Joann.

de la equidad natural estaban borrados, y el hombre no llevaba ya escrita en su corazon la obra de aquella ley que en él habia grabado la naturaleza. Platon, aquel hombre tan sábio; que segun San Agustin se acercó tanto á la verdad, pretendió no obstante aniquilar la santa institucion del matrimonio, y permitiendo una brutal confusion entre los hombres, confundia los nombres y los derechos paternos, que la misma naturaleza ha respetado siempre aun entre los animales, y daba á la tierra unos hombres absolutamente ignorantes de su origen, que todos por decirlo así, naciesen sin padre, y por consiguiente sin union, sin amor, sin afecto, sin humanidad, todos expuestos á ser incestuosos ó parricidas sin saberlo.

Otros enseñaron á los hombres que el soberano bien consistia en el deleite; ¿y cuál pudo ser la intencion del primer autor de esta secta? Es evidente que sus discípulos no buscaban mas felicidad que la de las bestias; las vergonzosas disoluciones se hicieron máximas de filosofía. Roma, Atenas, Corinto vieron en sus ciudades tales excesos, que no parecian hombres. Aun es poco esto. Los mas abominables vicios se vieron allí consagrados, se les levantaron templos y altares; la deshonestidad, el incesto, la crueldad, la perfidia y los mas vergonzosos delitos fueron ensalzados á divinidades; el culto llegó á ser un desórden y una pública prostitucion; y unos dioses tan malvados no se honraban sino con culpas, y el apóstol que nos lo refiere cuida de advertirnos que este desórden no existia solamente entre el pueblo, sino tambien entre los sábios y filósofos que se habian extraviado con la vanidad de sus discursos, y á quienes Dios habia entregado á los corrompidos deseos de su corazon. ¡Oh Dios mio! cuando permitísteis que la sabiduría humana cayese en tan mons-

truosos desórdenes, quisísteis enseñar al hombre que la razón sola, entregada á sus propias tinieblas, es capaz de todo, y que ella no puede guiarse á sí misma sin caer en unos abismos de donde solamente vuestra fe y vuestra luz puede sacarla.

Finalmente, si el estar viciada la razón nos da á conocer la necesidad que tenemos de un remedio que la cure, sus inconstancias y sus eternas variedades enseñan también al hombre que no puede vivir sin un freno y una regla que la fije.

Y si fuera permitido á la brevedad de un discurso el decirlo todo, os refiriera aquí las vanas disputas, las infinitas cuestiones y las opiniones diferentes que antiguamente dividieron las escuelas de la filosofía pagana. Y no juzguéis que esto era en aquellas materias que parecia haberlas entregado Dios á las disputas de los hombres, sino sobre la naturaleza del mismo Dios, sobre su existencia, sobre la inmortalidad del alma y sobre la verdadera felicidad.

Unos dudaban de todo, á otros les parecia que todo lo sabian; unos no querian Dios alguno, otros se los fabricaban á su fantasía, esto es, algunos pensaban que era un Dios ocioso, que miraba con indiferencia todas las cosas humanas, que dejaba tranquilamente á la casualidad el gobierno de su propia obra, como si fuera un cuidado indigno de su grandeza é incompatible con su descanso; otros le tenían por esclavo de los hados y sujeto á unas leyes que él mismo no se habia impuesto; unos creian que estaba incorporado con todo el universo, que era el alma de este vasto cuerpo y parte de un mundo que todo es obra suya. No sé lo que diga, pues no puedo decirlo todo. Cuantas eran las escuelas, otras tantas eran las opiniones en un punto tan esencial. Cuantos siglos ha habido, otras tantas han sido

las extravagancias acerca de la inmortalidad y naturaleza del alma: en unas partes la tuvieron por un conjunto de átomos, en otras por un fuego sutil; unos decian que era un aire delicado; en otra escuela se enseñaba que era una porción de la Divinidad; unos la hacian morir con el cuerpo, otros la hacian vivir antes que el cuerpo; algunos la hacian pasar de un cuerpo á otro, del del hombre al del caballo, de la condicion de una naturaleza racional á la de los animales incapaces de razón.

También hubo quien enseñase que la verdadera felicidad del hombre se hallaba en los sentidos; muchos la pusieron en el entendimiento; otros creian hallarse solamente en la reputacion y en la fama, muchos en la inaccion y en la pereza, y lo mas deplorable es que la existencia de Dios, su naturaleza, la inmortalidad del alma, el fin y la felicidad del hombre, puntos todos tan esenciales para su destino, tan importantes para su eterna felicidad ó desdicha, eran no obstante unos problemas que por ambos partidos solamente estaban destinados á dividir el ocio de las escuelas y la vanidad de los sofistas, y unas cuestiones inútiles, en las que nadie se interesaba por averiguar la verdad, sino solamente por la gloria de haber vencido; así, ¡oh gran Dios! os burlábais de la sabiduría de los hombres.

Si entramos en los siglos cristianos, ¿quién podrá referir aquí aquella variedad de sectas que en todos los tiempos han dividido la unidad por seguir extrañas doctrinas? ¿qué abominaciones las de los gnósticos? ¿qué extravagancias las de los valentinianos? ¿qué fanatismo el de Montano? ¿y qué contradicciones las de los maniqueos? Registrad todos los siglos uno á uno, y como es necesario que haya herejías para probar á los justos, vereis que en cada edad ha sido la Iglesia tristemente despezada por ellas.

Basta el acordarse de las disensiones del siglo pasado. Despues que nuestros hermanos se separaron de nosotros, ¿qué monstruosa variedad no se observa en su doctrina? ¿cuántas sectas han nacido de una secta? ¿cuántas asambleas particulares de un mismo cisma? *Aquel ilustre reino<sup>1</sup> que nos era tan amado por su vecindad, por sus desgracias y por unos augustos y sagrados lazos,<sup>2</sup> ¿já cuántos diferentes partidos sobre la religion se halla hoy entregado?* ¿con cuántas opiniones y sectas se halla hoy despezada aquella Iglesia tan venerable y en otro tiempo tan fecunda de santos? Allí cada uno es para sí mismo su ley y su juez, y la religion dominante es, por decirlo así, el no tener ninguna. ¡Oh fe! ¡oh don de Dios! ¡oh luz divina que vienes á iluminar un lugar oscuro, y qué necesaria eres para el hombre! ¡Oh regla infalible bajada del cielo y dada en depósito á la Esposa de Jesucristo, siempre la misma en todos los siglos, siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones y de los intereses, y cómo es preciso que sirvas de freno á las eternas inconstancias del espíritu humano! ¡oh columna de fuego, tan oscura y luminosa al mismo tiempo, y cuánto importa el que siempre guies el campo del Señor, el tabernáculo y las tiendas de Israel por entre los peligros del desierto, los escollos, las tentaciones y los caminos oscuros y desconocidos de esta vida!

¿Qué utilidad sacareis vosotros, católicos, de este discurso, y qué podré deciros para concluir? Vosotros decís que teneis fe; manifestad vuestra fe por vuestras obras. ¿De qué os habrá servido el creer si vuestras costumbres han desmentido vuestra creencia? El Evangelio aun es mas

<sup>1</sup> Inglaterra.

<sup>2</sup> Jacobo II, rey de Inglaterra, y la reina su mujer, estaban en San German de Layes.

religion de corazon que de entendimiento. La fe de los verdaderos cristianos no es una simple sujecion de la razon; es un piadoso movimiento del alma, es un continuo deseo de ser semejantes á Jesucristo, es una aplicacion infatigable á destruir cuanto se halla en nosotros opuesto á la vida de la fe. Hay una incredulidad de corazon tan peligrosa para la salud eterna como la del entendimiento. Un hombre que se obstina en no creer despues de todas las pruebas de la religion, es un mónstruo que horroriza; pero un cristiano que cree y vive como si no creyese, es un insensato cuya locura es incomprendible; el uno se condena como desesperado, el otro como insensato, que se deja llevar tranquilamente de las olas y que cree poder salvarse de este modo. Haced, católicos, cierta vuestra fe con vuestras obras; y si os horrorizais solo con oír nombrar al impío, horrorizaos tambien de vosotros, pues la fe nos enseña que la suerte del mal cristiano no será diferente de la suya, y que tendrá el mismo destino que los infieles. *Partem ejus cum infidelibus ponet.* Conformad vuestra vida con vuestra creencia. Esta es la fe de los justos y la única á quien están hechas las promesas eternas. Amen.



Basta el acordarse de las disensiones del siglo pasado. Despues que nuestros hermanos se separaron de nosotros, ¿qué monstruosa variedad no se observa en su doctrina? ¿cuántas sectas han nacido de una secta? ¿cuántas asambleas particulares de un mismo cisma? *Aquel ilustre reino<sup>1</sup> que nos era tan amado por su vecindad, por sus desgracias y por unos augustos y sagrados lazos,<sup>2</sup> ¿já cuántos diferentes partidos sobre la religion se halla hoy entregado?* ¿con cuántas opiniones y sectas se halla hoy despezada aquella Iglesia tan venerable y en otro tiempo tan fecunda de santos? Allí cada uno es para sí mismo su ley y su juez, y la religion dominante es, por decirlo así, el no tener ninguna. ¡Oh fe! ¡oh don de Dios! ¡oh luz divina que vienes á iluminar un lugar oscuro, y qué necesaria eres para el hombre! ¡Oh regla infalible bajada del cielo y dada en depósito á la Esposa de Jesucristo, siempre la misma en todos los siglos, siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones y de los intereses, y cómo es preciso que sirvas de freno á las eternas inconstancias del espíritu humano! ¡oh columna de fuego, tan oscura y luminosa al mismo tiempo, y cuánto importa el que siempre guies el campo del Señor, el tabernáculo y las tiendas de Israel por entre los peligros del desierto, los escollos, las tentaciones y los caminos oscuros y desconocidos de esta vida!

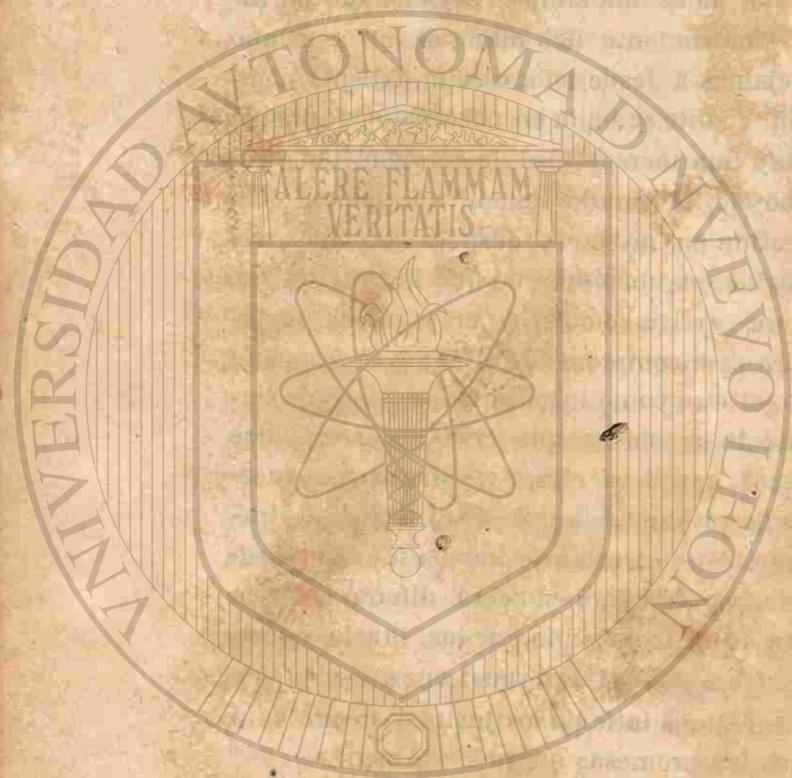
¿Qué utilidad sacareis vosotros, católicos, de este discurso, y qué podré deciros para concluir? Vosotros decís que teneis fe; manifestad vuestra fe por vuestras obras. ¿De qué os habrá servido el creer si vuestras costumbres han desmentido vuestra creencia? El Evangelio aun es mas

<sup>1</sup> Inglaterra.

<sup>2</sup> Jacobo II, rey de Inglaterra, y la reina su mujer, estaban en San German de Layes.

religion de corazon que de entendimiento. La fe de los verdaderos cristianos no es una simple sujecion de la razon; es un piadoso movimiento del alma, es un continuo deseo de ser semejantes á Jesucristo, es una aplicacion infatigable á destruir cuanto se halla en nosotros opuesto á la vida de la fe. Hay una incredulidad de corazon tan peligrosa para la salud eterna como la del entendimiento. Un hombre que se obstina en no creer despues de todas las pruebas de la religion, es un mónstruo que horroriza; pero un cristiano que cree y vive como si no creyese, es un insensato cuya locura es incomprendible; el uno se condena como desesperado, el otro como insensato, que se deja llevar tranquilamente de las olas y que cree poder salvarse de este modo. Haced, católicos, cierta vuestra fe con vuestras obras; y si os horrorizais solo con oír nombrar al impío, horrorizaos tambien de vosotros, pues la fe nos enseña que la suerte del mal cristiano no será diferente de la suya, y que tendrá el mismo destino que los infieles. *Partem ejus cum infidelibus ponet.* Conformad vuestra vida con vuestra creencia. Esta es la fe de los justos y la única á quien están hechas las promesas eternas. Amen.





## SERMON

PARA EL

### VIERNES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

Andistis quia dictum est antiquis: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.

Habeis oído que se dijo á los antiguos: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos.

MATTH. 5. v. et. 44.

Comunmente se cree que el legislador de los judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido además de esto á que entre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia

TOM. III.—P. 13.

al corazón del hombre, se contentó con reglar la venganza y ponerle límites, no porque quisiese con esto, como dice San Agustín, autorizar los males menores, para prevenir los mayores excesos. Esta ley, como todas las demás, tenía su santidad, su bondad y su justicia; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad. Era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado; pero no tocaba al corazón y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazándole con la misma pena con que él hubiese molestado á su hermano, ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dejándole el temor de que si se excedía en la satisfacción, se exponía á padecer él mismo el exceso de su venganza.

Aun la moral de los filósofos había puesto el perdón de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad, que regla de disciplina; y consistía en que les parecía que la venganza tenía en sí no sé qué bajeza, que hubiera disfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría, y porque les parecía cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Y así el perdón de los enemigos solo se fundaba en el desprecio que de ellos se hacía. Se vengaban, menospreciando la venganza, y la soberbia fácilmente se desquitaba del gusto de vengarse de los que los habían ofendido, en la gloria que se sentía en despreciarlos.

Pero la ley del Evangelio en órden al amor de los enemigos no lisonjea á la soberbia ni condesciende con el amor propio. El cristiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesucristo, los títulos que en un enemigo le presentan un hermano, y la esperanza de hallar en el juez inmortal la mis-

ma indulgencia que él hubiere usado con los hombres. Su caridad no debe tener límites, porque la caridad no los tiene; no conoce excepcion de lugares, ni de tiempos, ni de personas, y nunca debe apagarse. Y aun cuando la religión de los cristianos no tuviera mas prueba contra la incredulidad que lo grande de esta máxima, tendría siempre este grado de santidad, y por consiguiente de verosimilitud, sobre las sectas que se han visto en el mundo.

Manifestemos, pues, los motivos y las reglas de este esencial punto de la ley. Los motivos, probando la equidad del precepto con los mismos pretextos que parece la impugnan. Las reglas, descubriendo la ilusion con que cada uno justifica en sí mismo las infracciones. Esto es, la injusticia de nuestros ódios y la falsedad de nuestras reconciliaciones. Imploramos, etc. *Ave María.*

#### PRIMERA PARTE.

Los tres principios mas comunes que unen á los hombres entre sí y que forman las conexiones y amistades humanas, son el gusto, la concupiscencia y la vanidad. El gusto: seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, la que haciéndonos hallar en alguna persona mas semejanza con nuestras inclinaciones, y aun acaso mas complacencia en nuestros defectos, nos une á ella y nos hace hallar en su trato una suavidad que se muda en enfado para con los demás hombres. La concupiscencia: buscamos amigos útiles; estos son merecedores de nuestra amistad desde el punto que son necesarios para nuestros placeres ó para nuestra fortuna. El interés es un grande atractivo para la mayor parte de los corazones; los títulos que nos hacen poderosos se mudan muy presto en cualidades que nos hacen parecer

amables, y jamás faltan amigos á los que pueden pagar la amistad de los que los aman. Finalmente, la vanidad: siempre estimamos á los amigos que nos honran; con tener su amistad nos parece que participamos de la distincion que ellos tienen en el mundo; queremos adornarnos con su reputacion, por decirlo así; y no pudiendo llegar á su mérito, nos honramos con su compañía, para dar á entender, á lo menos, que no hay mucha distancia de ellos á nosotros, y que solamente gustamos de nuestros semejantes.

Estos son los tres poderosos lazos de las amistades humanas. La religion y la caridad á casi nadie juntan, y de aquí proviene que luego que los hombres nos disgustan, que no son favorables á nuestros intereses, ó que ofenden nuestra reputacion y nuestra vanidad, se rompen los lazos humanos y frágiles que nos unian á ellos, se aparta de ellos nuestro corazon, y no halla en ellos mas que sentimiento y amarguras; y estos son los tres mas universales principios de los rencores que entre sí mantienen los hombres, los que de las dulzuras de la sociedad hacen una carnicería eterna, que emponzoñan todo el gusto de las conversaciones y toda la inocencia de los comercios, y que combatiendo á la religion en lo vivo, se nos presentan, no obstante, bajo de unas apariencias de equidad, que los justifican á nuestra vista y nos tranquilizan.

Dije, luego que los hombres nos disgustan; y este es el primer pretexto y la primera raíz de nuestra desunion y de nuestros rencores para con nuestros prójimos. Decís que sois incompatibles con aquella persona; que en ella todo os disgusta y enfada; que la tenéis una antipatía de que no sois dueños; que todas sus acciones son las mas propias para enfadaros; que el verla no serviría mas que de aumentar la natural aversion que la tenéis, y que la naturaleza

ha puesto en nosotros rencores y amores, semejanzas y aversiones de las que solo ella puede dar razon.

A esto pudiera desde luego responderos, estableciendo los fundamentos de la doctrina cristiana en orden al amor de nuestros prójimos. ¡Aquel hombre, aunque os desagrada, aunque no sea de vuestro gusto, deja de ser vuestro hermano, hijo de Dios, ciudadano del cielo, miembro de Jesucristo y heredero de las eternas promesas? ¿su condicion y su génio, sea el que fuere, borra alguna de aquellas augustas señales que recibió en el sagrado bautismo, que le unen á vosotros con lazos divinos é inmortales, y os le deben hacer amable y respetable? ¿cuando Jesucristo nos manda amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, quiere acaso imponer un precepto que no cueste repugnancia al corazon, y en cuyo cumplimiento no hallemos pena ni dificultad? ¡Ah! ¿qué necesidad había de que nos mandase amar á nuestros prójimos, si en virtud de este precepto solamente estuviéramos obligados á amar á aquellos que nos agradan y para con los que sentimos una inclinacion natural? En este particular no necesita el corazon de preceptos; él mismo es su propia ley. El precepto, pues, supone dificultad de nuestra parte: Jesucristo previó que nos había de costar trabajo el amar á nuestros prójimos, que habíamos de hallar en nosotros antipatías y repugnancias que nos apartarian de ello, y por eso unió tan gran mérito á la observancia de este solo punto, y nos declaró tantas veces que en su observancia consistía la de toda ley: luego la aversion á nuestros prójimos, lejos de justificar nuestro despego para con ellos, nos hace mas precisa la obligacion de amarlos, y nos pone personalmente en el caso del precepto. Pero además de esto, ¿un cristiano se debe gobernar por el gusto y por el génio, ó por los principios de la ra-

zon, de la fe, de la religion y de la gracia? ¿y desde cuándo el gusto natural, contra el cual nos manda pelear el Evangelio, se ha hecho privilegio que nos exima de sus reglas? Si la repugnancia que sentimos á nuestras obligaciones fuera título de excepcion, ¿qué fiel no estaria dispensado de toda la ley? Y quanto mas desarreglado tuviera su corazon, mas fácilmente hallaria en él su justificacion y su inocencia. ¿Consiste, por ventura, nuestra ley en nuestros gustos? ¿acaso la religion es el descanso y no el remedio de la naturaleza? ¿no se tiene por flaqueza, aun segun el mundo, el no reglar nuestros pasos y nuestros pensamientos, nuestros ódios y nuestros amores para con los demás hombres, mas que por la extravagancia de un gusto de que no podemos darnos razon á nosotros mismos? ¿y esta especie de hombres honran, no digo á la religion, pero ni aun á la humanidad? ¿no sirven aun al mismo mundo de un espectáculo de desprecio, de irrision y de censura? ¿qué confusion seria la sociedad si solamente el gusto decidiera de las obligaciones y respetos, y si no hubiera otra ley que uniese á los hombres entre sí? ¿pues si las reglas de la sociedad piden que no sea el gusto solamente el único principio de nuestra conducta para con los demás hombres, ¿habia de ser el Evangelio mas indulgente en este punto? ¿el Evangelio que nos predica que nos neguemos á nosotros mismos? ¿el Evangelio que nos manda que en todo nos violentemos, y que nos opongamos á nuestros gustos y aficiones? ¿el Evangelio, finalmente, que quiere que el fin de nuestras acciones sea superior á la carne y á la sangre, y que sacrificuemos á la santidad de la fe y á lo sublime de sus reglas, no solamente nuestras voluntariedades, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones?

Luego es necedad el alegar por excusa la aversion á vuestros prójimos, quando ésta es vuestro mismo delito. Os quejais de que vuestro prójimo os desagrada, y que no está en vuestra mano el sufrirle y contemporizar con él; ¿pero os parece que vosotros no desagradareis á nadie? ¿nos podreis asegurar que gustais á todo el mundo, y que todos os aplauden y aprueban vuestra conducta? Pues si quereis que os disimulen lo molesto de vuestras acciones, atendiendo á la sencillez de vuestro corazon y á las cualidades esenciales de que os preciais; si os parece ajeno de razon el enfadarse por ciertas bagatelas y por algunas prontitudes de que muchas veces no somos dueños; si quereis que se juzgue de vosotros por la conducta, por la realidad y por la rectitud de vuestros procederes y no por aquellas acciones que son efecto de la indisposicion del ánimo, en orden á las que es imposible estar siempre alerta contra sí mismo, usad de la misma equidad con vuestro prójimo; aplicaos á vosotros la misma regla; sufridle del mismo modo que vosotros teneis necesidad de que os sufran, y no justifiqueis vuestro desvío con las injustas aversiones que pueden tener para con vosotros mismos. Y esta regla es mas equitativa, porque basta mirar lo que sucede todos los dias en el mundo, para quedar convencidos de que los que mas publican los defectos de sus prójimos son los mas insufribles, el terror de la sociedad y los mas molestos á los demás hombres.

Y aquí pudiera preguntaros, amados oyentes míos, ¿si esa oposicion que os hace tan insufrible vuestro hermano, no depende mas de vosotros, esto es, de vuestra soberbia, de la extravagancia de vuestro humor y de la incompatibilidad de vuestro génio, que de él? Quisiera preguntaros, ¿si todo el mundo ve en él lo que os parece que veis vosotros?

¿si sus amigos, sus parientes y sus iguales le miran con los mismos ojos que vosotros? Y aun quisiera preguntaros, ¿si no son sus buenas prendas lo que en él os desagrada? ¿si no mueven mas la aversion que le teneis sus talentos, su reputacion, su fama y su fortuna, que sus defectos? ¿y si no ha sido hasta ahora todo su pecado para con vosotros la clase en que se halla ó el mérito que la adorna? Muy fácil es el engañarse á sí mismo en este punto; la envidia es una pasion que tiene grande habilidad para disfrazarse; como esta pasion es en sí vil y cobarde y nos manifiesta interiormente nuestra bajeza, siempre se nos presenta con exterioridades extrañas que nos la ocultan; pero registrad bien vuestro corazon, y hallareis que todos aquellos sujetos que os hacen sombra ó que son mas estimados que vosotros, tienen la desgracia de desagradaros; que solamente estimais á los que nada os pueden disputar; que todo lo que os excede ó iguala, os enfada y molesta, y que para poder aspirar á vuestra amistad, es necesario no formar derecho alguno á vuestras pretensiones ni á vuestras esperanzas.

Pero paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos. Quiero concederos que vuestro prójimo tiene aún mas defectos de los que le imputais. ¡Ah! ¿sois tan benignos y cariñosos con aquellos de quienes esperais vuestra fortuna y vuestra colocacion, siendo así que su génio, su soberbia y sus modales os irritan; sufrís su altivez, sus desaires y sus desprecios; disimulais sus inconstancias y sus desigualdades, y no desistís por eso; siempre es vuestra paciencia mas fuerte que vuestra oposicion y repugnancia, y nada dejais de hacer por agradarlos? ¡Ah! si mirárais á vuestro prójimo como á aquel de quien depende vuestra eterna salud, como á quien sois deudor, no de una fortuna de barro y percedera, sino de la misma dicha de vuestra eternidad,

¿seguiríais para con él la extravagancia de vuestro gusto? ¿no venceríais la injusta oposicion que os separa de él? ¿os costaria tanto trabajo el combinar vuestras inclinaciones con vuestros intereses eternos, y el hacerlos una violencia útil y necesaria? ¿nada rehusais padecer por el mundo y por la vanidad, y teneis por injusticia el que se os pida únicamente que deis un paso trabajoso por la eternidad?

Y no me digais que estas son unas repugnancias de la naturaleza, de las que no podemos dar razon, y que nosotros no somos dueños de nuestros gustos y de nuestras pasiones, porque aunque en parte decís bien, hay otro amor de la razon y de la religion, que debe siempre vencer á la naturaleza. El Evangelio no os pide que os guste vuestro hermano, lo que os pide es que le ameis; esto es, que le sufrais, que le excuseis, que oculteis sus defectos, que le sirvais; en una palabra, que hagais por él lo que quisiérais que los demás hicieran por vosotros. No consiste la caridad en un gusto ciego y antojadizo, en una inclinacion natural, en una simpatía de génios y temperamentos, sino en un amor justo, ilustrado, racional, en un amor que nace de los movimientos de la gracia y de los fines de la fe: el amar á nuestros prójimos solamente por gusto, no es propiamente amarlos; esto es amarse á sí mismo: solamente la caridad es quien hace que los amemos como se debe, y la que puede formar amigos sólidos y verdaderos, porque el gusto continuamente se muda y la caridad nunca muere; el gusto se busca á sí mismo, y la caridad no mira mas intereses que los del objeto que ama; el gusto no resiste á una pérdida, á un mal proceder, á una desgracia, y la caridad es mas fuerte que la muerte; el gusto solamente ama lo que le acomoda, y la caridad se acomoda á todo, y todo lo sufre por el objeto amado; el gusto es ciego, y muchas veces

nos hace amables los vicios de nuestros prójimos, y la caridad nunca aplaude la iniquidad, y solo ama la verdad en los demás hombres; luego son mucho mas constantes los amigos que nos da la gracia, que los que hace la inclinacion natural, pues el mismo gusto que une los corazones, muchas veces en el instante siguiente les separa; pero los lazos formados por la caridad duran eternamente. La injusticia é inconstancia de nuestro gusto es el primer principio de nuestro amor y de nuestro aborrecimiento; el segundo es el interés, porque no hay cosa mas frecuente que el oiros justificar vuestros rencores, diciéndonos que tal persona no ha omitido diligencia alguna para perderos; que ha trastornado vuestra fortuna; que todos los dias os está armando nuevos lazos; que en todos los negocios os encontráis con él, y que es cosa muy difícil el haber de amar á un enemigo tan declarado contra vosotros.

Pero supongo que decís verdad, y os respondo: ¿Por qué quereis añadir á los demás males que os ha hecho vuestro prójimo, el de aborrecerle, que es el mayor de todos, pues con los demás solo ha conseguido quitaros unos bienes frívolos y perecederos, y este pierde vuestra alma y os priva para siempre del derecho que teneis al reino inmortal? Mas daño os haceis á vosotros mismos aborreciéndole, que cuanto pudo hacerlos toda su malicia. Quiero concederos que ha trastornado vuestra fortuna temporal; pero si vosotros le aborreceis, trastornais todo el fundamento de vuestra salud eterna: demos que os ha usurpado el patrimonio de vuestros padres; pero para vengaros es preciso que renunciéis la herencia del Padre celestial y el eterno patrimonio de Jesucristo; luego viene á caer la venganza sobre vosotros mismos, y para consolaros en los males que os ha he-

cho vuestro prójimo, os disponeis á vosotros mismos un mal sin fin y sin medida.

Además de esto, ¿el odio á vuestro prójimo os restituye las utilidades que él os ha quitado? ¿mejorais así su condicion? ¿qué provecho sacais de vuestro rencor y sentimiento? Os consolais, decís, con aborrecerle, y este es el único consuelo que os queda; ¿pero qué consuelo es, ¡gran Dios! el del aborrecimiento? ¿esto es, el de una pasion infame y violenta, que despedaza el corazon, que derrama la inquietud y la tristeza en nuestras almas y que empieza castigándonos y haciéndonos infelices? ¿Qué gusto tan cruel el del aborrecimiento, esto es, el llevar sobre el corazon un peso de amargura que emponzoña toda la vida! ¿qué modo tan bárbaro de consolarse! ¿No sois dignos de lástima cuando buscáis un alivio para vuestros males, que no hace mas que eternizar con el aborrecimiento una ofensa transitoria?

Pero dejemos este estilo humano. Hablemos con el estilo del Evangelio, al que están consagrados nuestros labios. Si fuérais cristianos, amados oyentes míos, si no hubiérais perdido la fe, lejos de aborrecer á aquellos de quienes se ha valido Dios para trastornar vuestras esperanzas y vuestros proyectos de fortuna, los miraríais como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, como ministros de vuestra santificacion y como felices escollos que han servido para libertaros del naufragio. En el estado de elevacion y crédito os hubiérais perdido, os hubiérais olvidado de Dios; vuestra ambicion se hubiera aumentado con vuestra fortuna y os hubiera sobrecogido la muerte en la confusion del mundo, de las pasiones y de las esperanzas humanas; pero el Señor, para preservar vuestra alma, os suscitó con su gran misericordia unos obstáculos que os detuvieron en el camino; se sirvió de un envidioso y de un

rival para abatiros, para apartaros de los favores y ponerle entre vosotros y el precipicio en que íbais á caer y á perecer sin remedio. Favoreció, por decirlo así, su ambicion y sus intentos, y por un exceso incomprendible de bondad para con vosotros, trastornó los vuestros; ensalzó á vuestro enemigo en lo temporal para salvaros á vosotros en lo eterno. Debeis, pues, adorar los designios de su justicia y de su misericordia para con los hombres, mirar á vuestro prójimo como la feliz ocasion de vuestra salud, pedir á Dios que pues se sirvió de su ambicion ó de su mala voluntad para salvaros, le inspire un sincero arrepentimiento y no permita que perezca el que tanto ha contribuido á vuestra eterna salud.

Sí, católicos, nuestros ódios únicamente provienen de nuestra poca fe. ¡Ah! si miráramos todo lo que pasa como un humo que no tiene consistencia, si estuviéramos persuadidos á que cuanto hay en el mundo es nada y que la salvacion es el principal negocio, que nuestro tesoro y nuestras verdaderas riquezas solamente existen en la eternidad, á la que hemos de pasar dentro de un instante; si estuviéramos persuadidos á esto, miraríamos á los hombres que se resienten, se alteran y tienen entre sí disputas y quimeras por las dignidades de la tierra, como á niños que riñen entre sí por unos juguetes que solo sirven de diversion á su edad, en la que los ódios y rencores pueriles solo se fundan en unas bagatelas que solamente la infancia y falta de razon aumenta á su vista. Estos viven tranquilos en medio de los mayores y mas funestos sucesos, de la pérdida del patrimonio de sus padres, de la ruina de su familia, y sienten vivamente el que los quiten los frívolos objetos que sirven de diversion á su niñez. De este modo, ¡oh Dios mio! los hombres insensatos y pueriles no sienten la pérdida de

su patrimonio celestial, de aquella inmortal herencia que les dejó Jesucristo, y de la que ya gozan sus hermanos en el cielo; miran con tranquilidad la pérdida del reino de Dios y de los verdaderos bienes, y se enfurecen unos contra otros, como niños, cuando se llega á sus pueriles diversiones, y cuando los quitan los juguetes que no tienen mas valor que para engañar su débil razon y para servir de divertimento á su niñez.

Luego el interés es para el cristiano un pretexto indigno y culpable del ódio á sus prójimos; pero aun admite menos excusa la vanidad, que es la última raiz.

Porque, católicos, nosotros queremos que nuestros defectos sean aplaudidos y aprobados como si fueran virtudes, y aunque conozcamos nuestras flaquezas, somos tan injustos que queremos que no las vean los demás y que nos alaben ciertas cualidades que nosotros nos reprendemos á nosotros mismos como vicios. Quisiéramos que los hombres no abriesen la boca sino para publicar nuestras alabanzas, y que el mundo, que á nadie perdona, que no disimula aun á sus soberanos, admirase en nosotros lo que en los demás censura.

A la verdad, os quejais de que vuestro enemigo os ha desacreditado en público y en secreto, que á la calumnia ha añadido la murmuracion, que os ha tocado en lo mas vivo y sensible, y que no ha omitido diligencia alguna para quitaros el honor y la reputacion con los hombres.

Pero antes de responderos os podia decir desde luego: Dudad siempre de lo que os cuentan que ha dicho vuestro prójimo, porque las mas inocentes conversaciones llegan siempre á nuestra noticia emponzoñadas por la malicia de las lenguas por donde pasan. Hay muchos aduladores indignos que quieren agradar á costa de los que no agradan.

Hay muchos espíritus viles y perversos que solo se deleitan en descubrir mal donde no le hay y en ver reinar la discordia entre los hombres. Hay muchos génios indiscretos é inconsiderados que refieren, sin ser del caso y con un tono malicioso, lo que solo se habia dicho antes con inocente intencion. Hay muchos hombres naturalmente ponderativos, en cuya boca todo crece, todo se aumenta, todo excede los límites de la verdad sencilla y natural. No quiero mas testigos que á vosotros mismos. ¿No os ha sucedido alguna vez que hayan dado siniestro sentido á vuestras mas inocentes conversaciones y añadido á ellas algunas circunstancias que no os habian pasado por el pensamiento? ¿no os quejásteis entonces de la injusticia y de la maldad de la relacion? ¿pues por qué no habreis podido ser engañados en la que os han necho? Si lo que pasa por tantos conductos se altera regularmente y nunca llega á nosotros como se dijo en el principio, ¿por qué habeis de querer que solamente las conversaciones que se dirigen á vosotros, estén libres de este destino y merezcan mas atencion y creencia?

Me respondereis sin duda que aquí no vienen estas máximas generales, pues los hechos de que os quejais no son dudosos. Está muy bien; pero os pregunto: ¿vuestro prójimo no tiene las mismas quejas de vosotros? ¿han hallado en vosotros sus defectos mas indulgencia y caridad? ¿habeis hecho siempre justicia á sus buenas prendas? ¿habeis impedido el que se hable mal de él en vuestra presencia? ¿no habeis contribuido á la malignidad de estas conversaciones con una fingida moderacion y con unas medias palabras, que solo sirvieron de encender el fuego de la detraction y de dar armas contra vuestro prójimo? Os pregunto: ¿habeis usado de esa circunspeccion con los demás hombres?

¿os habeis compadecido de las flaquezas ajenas? ¿no está siempre vuestra lengua bañada de hiel y ajenjos? ¿no ha corrido siempre peligro entre vuestras manos la reputacion mas bien fundada? ¿los lances mas funestos y secretos no se hacen públicos inmediatamente por vuestra malicia é imprudencia? ¡Oh hombre! ¿y qué delicado eres en lo que mira á tu propia persona! Nosotros necesitamos valernos de todo el terror de nuestro ministerio y de los mas poderosos motivos para persuadirte á que perdoñes á tu prójimo una sola conversacion ó una palabra que acaso dijo por descuido, por casualidad, movido de la ocasion ó de un justo sentimiento; ¿y la libertad de tus conversaciones para con los demás no ha de conocer ni aun los límites de la cortesía y buena crianza que prescribe el mundo?

Quiero concederos que en nada faltais á la moderacion que debeis tener con vuestro prójimo. ¿Pero qué haceis con aborrecerle? ¿borrais con eso las siniestras impresiones que pudieron dejar sus dichos en el espíritu de los demás hombres? Haced una nueva llaga en vuestro corazon y os atravesais vosotros mismos un puñal que da la muerte á vuestra alma; le quitais la espada de sus manos, si es licito decirlo así, para atravesaros vosotros con ella. Hacednos ver en la inocencia de vuestras costumbres y en la integridad de vuestra conducta, la injusticia de sus dichos. Disipad con una vida irreprochable las ideas que puede haber dado contra vosotros. Haced con las virtudes opuestas á los vicios que os imputa, que caiga sobre él la bajeza y la iniquidad de sus calumnias. Este es el modo justo y lícito de vengaros. Triunfad de su malicia con vuestras costumbres y con vuestro silencio. De este modo pondreis, como dice la Escritura, carbones encendidos sobre su eabeza; el público se pondrá de vuestra parte, á

vuestro enemigo no le quedará mas que la vergüenza de sus excesos é imposturas. Pero el aborrecerle es venganza de cobardes, es el triste consuelo de los culpados; en una palabra, es el recurso de aquellos que no le pueden hallar en la virtud y en la inocencia.

Pero finalmente, dejemos todas estas razones y vamos al punto esencial. Se os manda que améis á los que os maltratan y calumnian, que rogueis por ellos, que pidais á Dios que los convierta, que mude su perverso corazon, que los inspire pensamientos de paz y de caridad y que los coloque en el número de sus santos. Se os manda que los mireis anticipadamente como á ciudadanos de la Jerusalem celestial, con los que habeis de bendecir eternamente las riquezas de la divina misericordia, reunidos con ellos en el seno de Dios, participando de su misma felicidad, formando con ellos una misma voz para cantar las alabanzas inmortales de la gracia. Se os manda que mireis las injurias como beneficios, como castigo de vuestros ocultos pecados por los que tantas veces habeis merecido ser confundidos en la preseecia de los hombres, y como premio del reino de Dios, el que solo está prometido á los que sufren con piedad las persecuciones y calumnias.

Porque finalmente, es preciso venir á parar en esto. El amor propio bastaria para amar á los que nos aman, á los que nos alaban y á los que publican nuestras virtudes falsas ó verdaderas. En esto consistia, dice Jesucristo, toda la virtud de los paganos: *Nam et ethnici hoc faciunt.*<sup>1</sup> Pero la religion pasa mas adelante, quiere que amemos á los que nos aborrecen y despedazan; á este precio quiere que compremos las misericordias de Dios, y nos declara que

<sup>1</sup> Math. 5. v. 47.

no podemos esperar perdon para nosotros si no perdonamos á nuestros prójimos.

Y á la verdad, decidme, ¿cómo quereis que Dios olvide los delitos y los horrores de toda vuestra vida, y que se muestre insensible á los ultrajes que tantas veces habeis hecho á su gloria, cuando al mismo tiempo vosotros no podeis olvidar ni aun una sola palabra ofensiva; cuando al mismo tiempo sois tan vivos, tan delicados, tan furiosos en orden á los intereses de vuestra fama; cuando acaso gozais de una reputacion que jamás habeis merecido, y estaríais cubiertos de una eterna confusion si os conocieran por lo que sois; en una palabra, cuando ni aun las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios? ¡Oh, Señor! ¿qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores cuando pronuncieis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion!

Acaso me direis que estais convencidos de las obligaciones que os impone la religion en este punto. Pero en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la religion; que si sufrís con paciencia algunas palabras y algunas acciones de cierta naturaleza, quedareis afrentados para siempre con los hombres; que el perdonar una ofensa por motivo de religion es una cobardía y una mancha, á la que nunca perdona el mundo, y que en este particular no conoce el honor excepcion ni privilegio.

¿Qué honor es este, católicos, que no podeis comprarle sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion? ¿Qué dignos sois de lástima si no podeis libertaros de la ignominia sino á costa de un pecado! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la religion, y que aun los mas prudentes, en medio de

conocer la locura de este abuso, no obstante, son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en la presencia de un príncipe que con una prudencia superior á la del mundo, y justamente indignado contra un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del Estado, ha hecho ver á sus vasallos cuál sea el verdadero honor, y que quitándoles de las manos las armas criminales, ha declarado perpetuamente infames aquellas venganzas, á las que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿Es posible, católicos, que una máxima abominable, autorizada únicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores, que la han derivado hasta nosotros, haya de vencer todas las reglas del cristianismo y las reglas mas inviolables del Estado? ¿no ha de ser afrenta el manchar las manos con la sangre del prójimo, y lo ha de hacer obedecer á Dios y al que ocupa su lugar en la tierra? ¿es posible que la fama ha de consistir en el furor, y la cobardía en el generoso respeto á la religion y al soberano? ¿Temeis el ser tenidos por cobardes? manifestad vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id al frente de nuestros ejércitos á desafiar los peligros y á buscar la fama en la obligacion; asegurad vuestra reputacion con acciones dignas de conservarse en nuestras historias, y de ser contadas entre los memorables sucesos de un reinado tan glorioso. Este es el valor que pide el Estado y autoriza la religion. Despreciad, pues, las venganzas bárbaras y personales; miradlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardía; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo, y á la que

muchas veces resiste el corazón. El mismo mundo, lejos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; así pareceréis mas grande, y enseñareis á vuestros iguales que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria, que todo lo que afrenta á la humanidad no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio, que manda perdonar, ha formado mas héroes que el mismo mundo, que quiere la venganza.

Acaso tambien me direis que no os pertenecen estas máximas, que habeis olvidado los motivos de queja que teniais contra vuestros prójimos, y que el ruido de vuestras disensiones y rompimientos se acabó con una reconciliacion. Pero yo os digo que tambien os engañais en esto, y así, despues de haber manifestado la injusticia de vuestros odios, es preciso haceros conocer la falsedad de vuestras reconciliaciones.

## SEGUNDA PARTE.

No hay precepto en toda la ley de Dios que deje menos lugar á la duda y al engaño, que el que nos obliga á amar á nuestros prójimos; y no obstante, no hay ninguno acerca del cual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Verdaderamente casi todos nos dicen que han perdonado de todo corazón á su prójimo, y que en este punto se halla tranquila su conciencia; y no obstante, no hay cosa mas rara que el perdonar: apenas hay reconciliacion que mude los corazones y que no sea una falsa apariencia de amistad, ya sea que se considere en su principio, ya sea que se examine en sus medios y en sus consecuencias.

Dije en su principio, porque, católicos, para que una re-

conciliacion sea sincera y real, es preciso que nazca de la caridad y de un amor cristiano á nuestro prójimo. Pero por lo comun los motivos humanos son la principal causa de una obra que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros enemigos, por evtiar el ruido que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas consecuencias acaso serian contra nosotros mismos; por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podriamos asistir si nos obstinásemos en permanecer irreconciliables con nuestros prójimos; nos reconciliamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por adquirir fama de moderacion y de grandeza de alma, ~~por~~ no dar al público un espectáculo que no corresponderia á la idea que queremos se forme de nosotros; por atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido antes tan confidente nuestro, que tiene bien merecido que usemos con él de respetos y que le hagamos callar con la reconciliación. ¿Qué mas he de decir? Acaso tambien nos reconciliamos como Saúl, para ofender con mas seguridad al enemigo, y engañar sus precauciones y vigilancias.

Estos son los mas frecuentes motivos de las reconciliaciones que se ven todos los dias en el mundo, y es esto tan evidente, que muchos pecadores en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso, se reconcilian todos los dias con sus prójimos, y no pudiendo vencerse en órden á las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, parecen héroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas; pero estos son héroes de la vanidad y no de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que en ésta es verdaderamente penoso y heróico en la presencia de

Dios, que es el olvido de la injuria y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro prójimo, y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones examinados los motivos, no lo son menos si se atiende á sus medios. ¡Mirad cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos para llegar á efectuarla! ¡qué atenciones no hay que guardar! ¡qué arbitrios no hay que vencer! ¡qué intereses que conciliar! ¡qué obstáculos que quitar y qué pasos que medir! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habilidad de vuestros amigos; es un negocio mundano y no un paso de religion; es un tratado que se concluye felizmente, y no cumplimiento de la obligacion de la fe; es obra del hombre y no de Dios; en una palabra, es una paz que nace de la tierra y no una paz que viene del cielo.

Porque á la verdad, los hombres que con su industria y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro prójimo, ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazon? ¿han podido restituiros este tesoro que habíais perdido? Estos bien habrán podido hacer que cesen los escándalos de un rompimiento declarado y restablecer entre vosotros y vuestro prójimo las obligaciones exteriores de la sociedad; pero no han podido mudar vuestro corazon, el que solamente Dios tiene en sus manos; no han extinguido el ódio, al que solamente puede aniquilar la gracia. Es verdad que os habeis reconciliado; pero aun no amais á vuestro prójimo, porque si le amárais sinceramente, no hubiera habido ne-

cesidad de tantos mediadores para reconciliarnos con él. El amor es medianero é intérprete de sí mismo. La caridad es aquella palabra compendiosa que hubiera excusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tuvieron que emplar para reducirnos; la caridad no es tan mesurada, manifiesta con sencillez lo que sinceramente siente; pero vosotros pusisteis mil condiciones antes de rendiros, disputásteis todos vuestros pasos, no quisisteis pasar de cierto punto y pedísteis que vuestro prójimo se adelantase; la caridad, católicos, no conoce regla alguna de estas; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria y amar al prójimo como á sí mismo.

Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien y aun acaso irritar mas á nuestro prójimo; pero digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto y con unas precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne; corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazon; unen las personas, pero no los afectos; restablecen la correspondencia, pero dejan los mismos sentimientos; en una palabra, hacen que cese el escándalo del odio, pero no el pecado. Jesucristo nos manda simplemente que nos reconciliemos con nuestro prójimo: *Vade reconciliari fratri tuo.*<sup>1</sup> No nos dice: No te adelantes demasiado, porque puede tu prójimo abusar de tu bondad; asegúrate antes de que él ha de andar la otra mitad del camino; no le busques tú, no sea que mire esa

<sup>1</sup> Matth. 5. v. 24.

accion como apología de sus quejas, como una confesion tácita de tu mal proceder y como una sentencia que pronuncias contra tí mismo. Jesucristo nos dice simplemente: Vé á reconciliarte con tu prójimo. Quiere que únicamente la caridad sea la medianera de vuestra reconciliacion. Supone que para amar á nuestros prójimos no tenemos necesidad de medianeros y que nuestro corazon no debe necesitarlos.

Estos son los medios de las reconciliaciones, y siendo casi siempre humanos los motivos y los medios viciosos, las consecuencias no pueden menos de ser vanas é inútiles. Digo las consecuencias, porque, católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias vemos en el mundo? ¿cuál es su fruto? ¿qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo? Vedlo aquí.

Nos decís primeramente que os habeis reconciliado con vuestro prójimo, que le habeis perdonado de todo corazon, pero que habeis hecho ánimo de no verle mas y de no tratar en adelante con él; y de este modo vivís tranquilos. Creeis que no manda mas el Evangelio y que ni el confesor tiene derecho para pedirnos mas. Pero yo os digo claramente que no habeis perdonado á vuestro prójimo, y que para con él estais aún en un rencor, en la muerte y en el pecado.

Porque os pregunto: ¿se puede temer el ver á lo que se ama? ¿y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro hermano, qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso? Decís que le habeis perdonado, que le amais, pero que por evitar casualidades y por temor de que su presencia despierte en vosotros algunas ideas molestas, os parece mas seguro el privaros de su vista. ¿Pero qué amor es este que solamente con la presencia del objeto amado se

irrita contra él y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amais, y acaso quereis decir que no intentais dañarle ni ofenderle; pero no basta esto; la religion os manda tambien que le ameis, porque para no querer dañiar á un amigo basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no quereis.

Decidme: ¿quisiérais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿estaríais satisfechos de su bondad y de sus misericordias si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabeis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubiéseis tratado á vuestro prójimo. Si el príncipe os mandara que nunca pareciéseis en su presencia, ¿creeríais que estábais muy adelante en su gracia? Continuamente estais diciendo que es desgraciado el hombre á quien no se le permite presentarse ante el soberano, y nos quereis persuadir á que amais á vuestro prójimo y que no teneis ya rencor alguno contra él, cuando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita.

¿Y qué señal mas evidente se puede dar del ódio al prójimo que no poder sufrir ni aun su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento, porque hay algunos ódios mas moderados y tranquilos, que á lo menos se ocultan, se vencen, dan en lo exterior lo que es debido á la atencion y á la buena crianza, y que aunque niegan el corazon á la obligacion, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro ódio ha llegado á tal exceso, que no se puede disimular que no conoce moderacion ni cortesía, ¡y con todo eso nos quereis persuadir que no aborreceis! Manifestais aún las mas violentas señales de rencor, ¡y quereis que las tengamos por señales indubitables de un amor cristiano y sincero.

Pero por otra parte, ¿se hicieron los cristianos para no verse y para vivir privados de toda correspondencia entre sí? ¡Los cristianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo padre, los discípulos de un mismo maestro, los herederos de un mismo reino, las piedras de un mismo edificio, las porciones de una misma masa, los cristianos que son la participacion de un mismo espíritu, de una misma redencion y de una misma justicia! Los cristianos, que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse y para no poder sufrirse mutuamente entre sí: toda la religion nos enlaza y nos une unos con otros; los sacramentos de que participamos, las preces públicas y las acciones de gracia que cantamos, el pan de bendicion que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregacion de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos enlaza mutuamente. Toda la religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras y de méritos; todo nos enlaza, todo nos une, todo hace de nosotros y de nuestros prójimos una familia, un cuerpo, un corazon y una alma; ¡y os parece á vosotros que amais á vuestro prójimo, que conservais con él los mas sagrados lazos de la religion, al mismo tiempo que estais rompiendo los de la sociedad y no podeis sufrir ni aun su presencia?

Aun mas; ¿cómo podreis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debéis vivir eternamente con él, ser feliz con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios y cantar con él las eternas alabanzas de la gracia.

¡Ah! ¿cómo podreis esperar el estar eternamente unidos con él y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y si su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciad, pues, á las promesas y á las esperanzas de la fe, separaos como un anatema de la comunión de los fieles; privaos del altar y de los tremendos misterios, desterraos de la congregacion de los santos, no vayais á ofrecer vuestros dones y vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estais, se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los altares, y os intiman que salgais de la congregacion de los santos como un publicano y un infiel.

Acaso atemorizados con estas grandes verdades nos direis por último que os conformareis con ver á vuestro prójimo, con vivir en paz con él, que no faltareis á la correspondencia regular; pero que en lo demás sabeis muy bien lo que habeis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

¡No faltareis á las correspondencias regulares! ¿Y os parece, amados oyentes míos, que esto es perdonar, reconciliarse con su prójimo y amarle como á sí mismo? Sabed que la caridad que nos manda el Evangelio está en el corazón; ésta no consiste en una simple correspondencia, en una vana exterioridad, en una ceremonia inútil, sino en una disposicion verdadera, en un amor efectivo, en un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amais como judíos y fariseos, pero no amais como cristianos y como discípulos de Jesucristo. La ley de la caridad es la ley del corazón; arregla los pensamientos, muda las inclinaciones; derrama el aceite de la paz y de la suavidad sobre

las llagas de una voluntad irritada y herida; y vosotros haceis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisáica y superficial que solo regla las exterioridades, que no dirige sino los movimientos y que solamente se cumple con vanas apariencias.

Pero no solamente se os manda que no falteis para con vuestro prójimo á las reglas de la buena crianza, y que cumplais con las mútuas obligaciones que nos impone la sociedad; esta es una ley que os prescribe el mundo, estas son sus reglas y sus costumbres; pero Jesucristo os manda que le ameis, y mientras tengais apartado de él vuestro corazón, de poco sirve el que le concedais aquellas exterioridades de buena crianza; negais á la religion lo que la es mas esencial, solamente os aventajais á los pecadores que reusen el ver á sus prójimos, en que os sabeis contener por respeto al mundo, y no sabeis violentaros por la salvacion.

Y á la verdad, católicos, que si los hombres solamente estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaria sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores y mantener aquel mútuo comercio de cuidados, atenciones y cortesías, en que consiste toda la armonía del cuerpo político; pero nosotros estamos mútuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fe, de la esperanza, de la caridad y de la religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los legisladores. Por eso cumpliendo en orden á vuestros prójimos con correspondencias exteriores, cumplís con las obligaciones de la sociedad civil, pero no con las de la religion. No turbais el orden político, pero trastornais el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hom-

bre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar satisfecho y no pediros mas, pero nada habeis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros, y vuestra condenacion es indefectible. Decidnos ahora que no faltareis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la religion; luego ésta no pediria mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias. No pediria cosa alguna real y verdadera que mudase el corazon. Y el gran precepto de la caridad, en la que únicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no seria mas que una falsa apariencia y una vana hipocresía.

Pero no me creais á mí en este punto, consultad al público. Mirad si no obstante las apariencias de que usais con vuestro prójimo, no es fama pública en el mundo que no le amais, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Mirad si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexion, no fingen tambien el apartarse de vuestro prójimo; mirad si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro prójimo; mirad si los que esperan de vosotros algunos favores no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte no haciéndosela á él: bien veis que el mundo os conoce mejor que os conoceis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazon, y que no obstante las vanas apariencias que usais con vuestro hermano, es tan evidente que le teneis un ódio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo así que en todo lo demás tenemos que contradecirle.

En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias suceden en el mundo. Nos volvemos á ver pero no nos reunimos, nos prometemos una mútua amistad pero no la cumplimos, nos juntamos pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve yo razon para decir que son eternos los rencores y casi todas las reconciliaciones fingimientos; que perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor, que dejamos de tratar á nuestro prójimo como á enemigo pero que nunca le miramos como á hermano.

Y esto es lo que estamos viendo todos los dias. Vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escándalo, y que no obstante esto mantienen ideas muy opuestas, públicos y declarados afectos de envidia, de celos y mútuos rencores; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domésticas y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman, que quisieran arruinarse mútuamente, que aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio; y no obstante, por ambas partes se vive con fama de piedad y en el ejercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos de gran reputacion en el mundo, y no obstante, fiados en que se tributan mútuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los Sacramentos y asisten á los sagrados misterios; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrúpulo en el tribunal de la penitencia,

y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo; en vez de acusarse á sí mismos le acusan á él, ponderan los exteriores respetos que le rinden como señales de que no está irritado el corazón. ¿Qué mas diré? Aun los mismos ministros de la penitencia, que debieran ser jueces de nuestros ódios, son las mas veces sus apolo-gistas; se dividen con el público, toman partido en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes, publican la equidad de su queja y hacen que el único remedio destinado á curar el mal, solo sirva de revestirle con apariencias de bien y hacerle mas incurable.

¡Gran Dios! vos solo podéis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazón, manteniendo en él ódios injustos. Haced, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ¡oh Dios mio! tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, cuando tengo tanta necesidad de que useis conmigo de indulgencia y de una gran misericordia?

¿Iguales acaso las injurias de que yo me quejo á aquellas con que mil veces he deshonrado vuestra suprema grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, cuando vuestra majestad soberana ha tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas?

¡Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¡yo que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo! ¡yo que dada tengo que sea digno de alabanza, aun segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas

mis excesos! ¡yo que debiera mirar los mayores ultrajes como un castigo muy benigno! ¡yo, finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si vos no os olvidais de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

¡Pero no, Dios mio! vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi prójimo. Recibid, Señor, este sacrificio que os hago de mis resentimientos; no juzgéis de su valor por lo leve de las ofensas que yo olvido, sino por la soberbia que las habia aumentado y me las habia hecho tan sensibles; y pues me habeis prometido el perdon de mis ofensas luego que yo perdone las de mi enemigo, cumplid, Señor, vuestras promesas; con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen.





## SERMON

PARA EL

### PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

Non in solo pane vivit homo, sed in  
omni verbo, quod procedit de ore Dei.

El hombre no vive solamente con pan,  
sino con todas las palabras que salen de  
la boca de Dios.

MATTH. 4. v. 4.

En nada se conoce tanto el poder y lo sublime de la palabra del Evangelio, como en los símiles de que usa Jesucristo para anunciarnos sus efectos. Ya dice que es una espada sagrada que separa al padre del hijo, al esposo de la esposa, al hermano de la hermana y al hombre de sí mismo; que cautiva todo espíritu bajo el yugo de la fe; que sujeta los Césares, triunfa de los prudentes y sábios, y levanta el estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ído-

TOM. III.—P. 17.

los é imperios, y en esto nos quiso representar su fuerza, á la que no ha podido resistir el mundo entero.

Ya dice que es un divino fuego derramado en un instante por toda la tierra, que deshace las montañas, despuebla las ciudades, puebla los desiertos, reduce á cenizas los templos profanos, abrasa los hombres y los hace correr á la muerte, como insensatos, á vista de las naciones, y en estas parábolas se nos representa la prontitud de sus operaciones y la rapidez de sus victorias.

Ya que es una levadura misteriosa que une y junta toda la masa, que ata todas sus porciones, que las imprime una fuerza y una virtud comun, que confunde las distinciones de judío y de gentil, de griego y de bárbaro, y da á todos el mismo nombre y el mismo ser; y en esto se conoce su santidad y su oculta virtud, la que ha purificado todo el universo y ha hecho de todos los pueblos uno solo.

Otras veces que es una semilla, que aunque parece al principio que se pierde en la tierra, crece despues y da ciento por uno, y el principio de su fecundidad no es el obrero que la siembra, sino el Autor invisible que da el incremento.

Pero hoy la compara Jesucristo al pan que sirve de sustento al hombre: *Non in solo pane vivit homo*, y con esto nos quiere enseñar que la palabra evangélica es un sustento fuerte y sólido, pernicioso muchas veces á los que le reciben con corazon enfermo y corrompido, y útil solamente á las almas que le comen con una ansia santa y que vienen á oirla con un corazon bien dispuesto.

Para reducirme, pues, á esta idea, nada diré de las maravillas que obró en otro tiempo en todo el mundo esta palabra anunciada por doce pobres. Pasaré en silencio la santidad de su doctrina, lo sublime de sus consejos, la pru-

dencia de sus máximas, y ciñéndome á la instruccion y á lo que puede haceros útil la palabra del Evangelio que hoy se predica, os enseñaré primeramente cuáles son las disposiciones con que debéis venir á este santo lugar para oirla; y en segundo lugar, con qué espíritu debéis despues escucharla. Estas son dos obligaciones no solamente despreciadas, sino tambien ignoradas de la mayor parte de los fieles que vienen á los piés de los púlpitos cristianos, y esta es la raiz mas comun del poco fruto de nuestro ministerio. Imploramos, etc. *Ave María*.

#### PRIMERA PARTE.

Lo que distingue á los justos de los cristianos carnales, dice San Agustin, no es el cuerpo de las obras exteriores, sino el espíritu invisible que las anima. Las acciones de la devocion son muchas veces comunes á los buenos y á los malos, y sola la disposicion del corazon es la que los distingue. Todos corren, dice el apóstol, pero no todos llegan al fin de la carrera, porque no es uno mismo el espíritu que les impele.

Aplicaré, pues, esta máxima á mi asunto. Entre todas las obligaciones de la piedad cristiana no hay absolutamente otra con que mas cumplan exteriormente, tanto los justos como los pecadores, como en venir á oír la palabra del Evangelio; todos vienen en tropel como en otro tiempo los israelitas al pié del santo monte, á oír las palabras de la ley; apenas basta el recinto de nuestros templos para recibir la multitud de fieles, ni aun en la hora en que se celebran los terribles misterios se ven tantos adoradores al rededor de los altares. Cesan las concurrencias profanas para venir á aumentar el concurso en el tiempo del ser-

mon, y los siglos en que se ha visto entibiarse el celo de los cristianos en orden á las demás obligaciones de la religion, parece que no le han podido entibiar en orden á esto. Con todo eso, entre todos los ministerios confiados á la Iglesia para perfeccionar á sus escogidos, casi no hay otro mas inútil que el de la predicacion, y el mas poderoso medio de que se ha valido siempre la religion para la conversion de los hombres, es hoy el mas débil de todos sus recursos. Vosotros mismos, católicos, sois bien funesta prueba de esta verdad. Nunca han sido tan frecuentes las instrucciones como en nuestros dias, y nunca han sido mas raras las conversiones.

Importa, pues, manifestar aquí las causas de un abuso tan comun y deplorable. La primera consiste sin duda en la falta de las disposiciones que deben traerlos á este santo lugar para oír en él la divina palabra. Y á la verdad que si San Pablo mandaba antiguamente á los fieles que se probasen antes de ir á comer el pan de vida, si les declaraba que el no distinguirle de las viandas comunes era hacerse culpables del cuerpo del Señor, igual razon tengo yo para deciros que debeis probaros y preparar vuestra alma antes de venir á participar del sustento espiritual que distribuimos al pueblo, y que el no distinguirle de la palabra de los hombres cuando le venís á recibir, es hacerlos culpables de la misma palabra de Jesucristo.

La primera disposicion que os pide la santidad de esta palabra, cuando venís á oirla, es un deseo de que os sea útil. Antes de venir á nuestros templos debeis en lo interior de vuestra casa encomendaros al Padre de las luces y pedirle que os dé aquellos oídos del corazon con los que únicamente se oye su voz, que dé á su palabra aquella virtud, aquella oculta fuerza, aquellos atractivos que son

tan poderosos y felices para la conversion de los pecadores, que venza aquella insensibilidad que habeis opuesto hasta ahora á todas las verdades que habeis oido, que fije aquellos movimientos instantáneos que habeis experimentado tantas veces al tiempo de oírnos, y que nunca han producido efecto alguno para vuestra eterna salud, que nos dé á nosotros áquel celo, aquella sabiduría, aquella dignidad, aquella plenitud de su espíritu, aquellas vivas luces, aquella divina vehemencia siempre persuasiva que nunca habla en vano y forma en nuestros corazones el amor á las verdades que pone en nuestra boca; que nos haga insensibles á vuestras alabanzas y á vuestras censuras, para que os seamos mas útiles en vuestras necesidades; que el deseo de vuestra salvacion supla en nosotros el defecto de los talentos que nos niega la naturaleza, y que honremos nuestro ministerio no intentando agradaros, sino salvaros.

Y á la verdad, católicos, si antiguamente los israelitas cuando estaban para acercarse á la montaña de Sinaí á oír en ella las palabras de la ley que les habia de anunciar el ángel, tuvieron precision por orden de Dios, de purificarse, de lavar sus vestiduras y de abstenerse aun de las santas obligaciones del matrimonio para disponerse á esta grande accion y no llegar al pié de la montaña con cosa alguna que no fuese digna de la santidad de la ley que iban á escuchar, ¿no es mas razonable, dice San Juan Crisóstomo, que cuando venís á oír las divinas palabras de una ley mas santa, vengais á lo menos con unas disposiciones de fe, de devocion y aun de respeto exterior, que denoten en vosotros un deseo sincero de conformar vuestras costumbres con las máximas que os anunciamos? ¿Es posible, católicos, que los preceptos de Jesucristo, las palabras de vida eterna se han de oír con menos precauciones

que los preceptos de una ley figurativa? ¿Es acaso porque no os la baja á anunciar un ángel del cielo? ¿Pero no somos nosotros aquí como él, los enviados de Dios, y no os hablamos como él en su lugar? ¿tenia el ángel en la montaña alguna señal mas visible de la divinidad que nosotros? El ángel escribia la ley sobre las tablas de piedra, y la gracia de nuestro ministerio las graba en los corazones; él prometia leche y miel, y nosotros anunciamos los verdaderos bienes; él habla á los jefes de las tribus, á aquellos héroes que vencieron á los pueblos de Canán y conquistaron sus ciudades, y nosotros hablamos en presencia de los reyes y príncipes de la tierra, y en la presencia de un rey aun mucho mayor por su piedad que por sus conquistas; los relámpagos y rayos que acompañaban á sus amenazas contra los transgresores de la ley aterraban al pueblo, que estaba amedrentado al pié de la montaña: ¿pero qué eran aquellas amenazas y maldiciones temporales de que sus ciudades serian arruinadas, llevados cautivos sus hijos y mujeres, si las comparais con la eterna desgracia que no cesamos de pronosticar á los transgresores de la ley de Dios? Separad lo que nosotros somos del ministerio con que cumplimos, y no hallareis aquí cosa alguna menos respetable y terrible que en el monte de Sinaí.

Y con todo eso, ¿con qué disposiciones venís á una accion tan santa y tan digna de respeto? Os trae el deseo de satisfacer una vana curiosidad, el pasar el tiempo, el asistir á un espectáculo de la religion en que quereis divertirnos, el seguir una costumbre recibida en el mundo, y aun acaso el deseo de agradar al soberano, imitando su respeto á la divina palabra, y granjearos su atencion mas que las divinas misericordias; y acaso tambien unos fines mas infames, de los que no me atrevo á hablar por no ofender la

gravidad de nuestro ministerio. No venís aquí guiados por motivo alguno de vuestra salvacion, no os disponeis con fin alguno de la fe, no os acompaña pensamiento alguno de devocion, y por decirlo de una vez, el venir á oír la divina palabra no es en vosotros ejercicio de religion.

Y esta es la primera razon de la inutilidad de nuestro ministerio. Porque ¿cómo quereis que un medio absolutamente profano sirva de disposicion para la gracia, y que entre la multitud de fieles que se juntan en este santo lugar os distinga la bondad de Dios para disponer vuestro corazon á la divina palabra, cuando habeis venido aquí con unas disposiciones las mas propias para apartar de vosotros esta misericordia? Católicos, así como la religion no tiene en cierto modo cosa mayor que el depósito de la doctrina y de la verdad, la devocion no conoce tampoco cosa mas importante y que pida mas religiosas precauciones que el oír la é instruirse con ella.

La segunda disposicion que os debe traer á este santo lugar es una disposicion de dolor y confusion, fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oido. Debeis acordaros de tantos movimientos de compuncion como ha obrado el Señor en vuestros corazones por medio del ministerio de la palabra, sin que hayan producido efecto para vuestra eterna salud; de tantas piadosas resoluciones inspiradas en este santo lugar que parecian prometer una mudanza de vida, y que al salir de él se deshicieron contra el primer escollo; porque lo que aquí mas debe atemorizaros es, que todas las verdades que en vosotros han hecho algunas leves impresiones, son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el tribunal de Jesucristo; todas las veces que la palabra del Evangelio no os ha movido á penitencia, os ha-

beis hecho con ella más indignos de conseguir la gracia del arrepentimiento. En esto no conoce medio la fe, y si no salís de aquí mudados, siempre salís en algún modo más culpables, porque habeis añadido á los demás delitos el del desprecio de la santa palabra.

En estas reflexiones debiera ejercitarse vuestra fe, y temblando acerca de lo pasado, debeis preguntaros á vosotros mismos cuando venís al templo: ¿Voy á oír una palabra que me ha de juzgar, ó unas verdades que me han de libertar? ¿voy á ofrecer á la misericordia de Dios un corazón dócil y dispuesto, ó á su justicia nuevos motivos de condenacion contra mí? ¿Es posible que ha tanto tiempo que me están anunciando unas verdades cuya fuerza no puede debilitar en mi entendimiento toda la condescendencia de que uso con mis pasiones, y que en mi interior me hacen confesar, aun á pesar mio, el desorden de mis caminos, y con todo eso, no he dado hasta ahora un paso para salir de ellos? ¿que ha tanto tiempo que me están avisando que el cuerpo del cristiano es templo de Dios, sin que por eso yo sea más casto? ¿que ha tanto tiempo que oigo decir que es preciso sacarse el ojo que escandaliza y arrojarle de sí, sin que con todo eso yo me haya separado de aquellas conexiones tan incompatibles con mi salvacion? ¿que ha tanto tiempo que me están diciendo que el dilatar de día en día la penitencia es querer morir en el pecado, sin que por eso me halle más dispuesto á salir de mi estado deplorable y á empezar de veras la obra de mi salvacion?

¡Gran Dios! ¿no os habeis de cansar de darme un corazón sensible á unas verdades que siempre me mueven sin mudarme jamás? ¿no castigareis el abuso de vuestra palabra, quitándola para conmigo aquella fuerza que aun la dejais para que me llame á la penitencia? Y á la verdad,

católicos, ¿cuántos fieles de los que me oyen, sensibles en otro tiempo á las verdades que les anunciamos, no vienen ya hoy á ofrecerlas más que un corazón tranquilo y obstinado? Despreciaron aquellos felices momentos en que la gracia queria abrirles este camino de conversion, y despues de tan dilatado y funesto desquido nos oyen con indiferencia, y las más terribles verdades que proferimos no son para ellos más, como dice San Pablo, que el sonido del metal y el ruido de una campana.

Ahora os pregunto, católicos: ¿habeis conocido hasta ahora aquel sentimiento de dolor por lo poco que os habeis aprovechado de los sermones que habeis oido? Mujeres del mundo, ¿puede la pompa exterior con que venís al templo dar á entender esta disposicion? ¿no os disponeis para venir á oír los sermones en que se condena al mundo, con los mismos cuidados de indecencia y vanidad que para asistir á los espectáculos profanos? ¿qué diferencia haceis de unos á otros? ¿no parece ó que nosotros os hemos de anunciar aquí las insensatas máximas de los teatros, ó que solamente venís á insultar con un adorno indecente, aun segun el mundo, las santas máximas del Evangelio?

¡Pero qué es lo que digo, amados oyentes míos! Lejos de avergonzaros de las muchas verdades que hasta ahora habeis oido sin fruto, ¡ah! acaso estais contentos de haber sido insensibles á ellas, acaso os haceis fuerza y teneis por deplorable vanidad el oírnos con indiferencia; acaso teneis por valentía y grandeza de ánimo que lo que mueve á los demás os deje á vosotros solos serenos y tranquilos; acaso haceis ostentacion de vuestra insensibilidad, y os parece que seria cobardía el dejarse mover de las verdades que en otro tiempo triunfaron de los filósofos y césares; de unas verdades bajadas del cielo y que tienen en sí unas se-

ñales tan divinas de elevacion y de sabiduría; de unas verdades que tanto honor hacen al hombre y las que únicamente son dignas de la razon; de unas verdades de tanto consuelo para el corazon y las que únicamente pueden darnos la paz y la tranquilidad en nuestro interior; de unas verdades, finalmente, que nos proponen unos intereses tan grandes, á los que no podemos mostrarnos indiferentes sin locura y extravagancia. Os preciais del poco efecto de nuestro celo y de que todos vuestros discursos os dejan del mismo modo que os hallan, y con esto os parece que honrais á vuestro entendimiento: no quiero deciros que os preciais de estar en lo profundo del abismo y en aquel estado de reprobacion en que casi no hay remedio, aunque esto merece horror y lástima á un mismo tiempo; pero sí os digo que la mas segura señal de un talento frívolo y ligero, de una capacidad corta y limitada, de un corazon perverso é incapaz de elevacion y grandeza, es el no hallar cosa alguna que le mueva, que le asuste, que le satisfaga, que le interese en las verdades tan prudentes y sublimes de la moral de Jesucristo.

Porque á lo menos los pecadores de otra especie conservan todavía algunas reliquias de respeto y alguna sensibilidad á la verdad, que persevera en ellos aun en medio de una vida delincuente, pero que siempre es señal de un buen corazon, de un corazon que todavía gusta del bien, de un entendimiento claro, el que aunque arrastrado del mundo y de las pasiones, sabe hacerse justicia, conoce la fuerza de la verdad que le condena y nos deja esperanzas de salud y de arrepentimiento. Estos pecadores confiesan á lo menos que tenemos razon: es verdad que no mudan sus costumbres; pero á lo menos los mueve la verdad, los asusta, los agita, excita en ellos algunos débiles deseos de salvacion

y esperanzas de convertirse en adelante; no quisieran ser tan sensibles á las amenazas de la fe, casi temen el oírnos por no perder aquella falsa tranquilidad en que consiste toda la dulzura de sus delitos; cuando salen de nuestros sermones procuran divertirse para desvanecer la turbacion y la tristeza que han dejado en su alma las verdades que han oido; inmediatamente van á buscar en medio del mundo y de los placeres una mano lisonjera que les arranque el secreto aguijon que la divina palabra ha dejado en sus corazon y que cierre la herida de donde habia de salir el remedio; temen el que se rompan sus grillos, vuelven la cabeza por no ver la luz que viene á turbar la tranquilidad de su sueño. Es cierto que aman sus pasiones, pero á lo menos no insultan á la verdad; al contrario, respetan su poder buscando defensas contra ella; son unos pecadores cobardes, que temen no poderse defender contra Dios, huyen de él y no quieren encontrarle. Pero vosotros os preciais locamente de esperarle con tranquilidad y de no temerle; teneis por grandeza de ánimo y por verdadera filosofía, el no dejaros sobrecoger de los temores vulgares; os parece que un religioso temor afrentaria la soberbia de vuestro entendimiento, y al mismo tiempo que en lo oculto sois una alma la mas cobarde y tímida, la que mas se abate al primer peligro que la amenaza, la menos constante contra los sucesos, y á la que mas agitan las esperanzas y frívolos temores de la tierra; os preciais de valientes contra la verdad, esto es, se halla en vosotros cuanto tiene de bajo é infame el temor, y os avergonzais de tener lo grande y razonable que en él se halla. No teneis valor contra el mundo, y os preciais de un valor insensato contra Dios.

Esta es la segunda disposicion con que debeis venir á oír nuestras instrucciones; un verdadero dolor por el poco

fruto que hasta ahora habeis sacado de ellas. La última es un vivo reconocimiento á este medio de salvacion que Dios os prepara, conservándoos el depósito de la verdad y continuando entre vosotros la sucesion de ministros autorizados para anunciaros su santa palabra.

Y á la verdad, el mas terrible castigo con que en otro tiempo castigaba Dios las iniquidades de su pueblo, era el escasearle su palabra. Irán, dice por su profeta, desde el Oriente al Occidente á buscar alguno que les anuncie mi palabra y no le hallarán;<sup>1</sup> y no solamente no suscitaba algun verdadero profeta en Israel, sino que permitia que se levantasen en medio de su pueblo falsos doctores que apartaban las tribus de su cénito y las predicaban unos dioses que no habian conocido sus padres.

Es, pues, católicos, una muy singular misericordia de Dios, que no obstante las iniquidades que parece han llegado entre nosotros á lo sumo, os suscite aún profetas y pastores que os anuncien una palabra santa é irreprochable; es una proteccion muy singular del Señor el no haber permitido que haya prevalecido entre nosotros el error contra la verdad como en otros pueblos vecinos, y que la pavesa del cisma y de la novedad que se levantó el siglo pasado y que hubo de abrasar toda la Europa, no asolase todo su patrimonio, y que en nuestras provincias, donde parece habia nacido y en donde habia hecho tan funestos progresos, no ocupase el lugar de la fe de nuestros padres.

Sí, católicos, su bondad es únicamente quien ha conservado la paz á este rebaño, la libertad á nuestro ministerio, la sucesion legítima á nuestros pastores, las venerables y

<sup>1</sup> Amós. 8. v. 13.

antiguas costumbres en el culto y el depósito de la doctrina y de la verdad en nuestras iglesias. ¿Cuántos infelices, en aquellos lugares en donde domina el error, hallan hoy al pié de los mismos púlpitos en que sus mayores oyeron las palabras de vida eterna y el Evangelio de paz, una doctrina de muerte, de rebelion y de mentira? ¿cuántas almas separadas de la unidad, aunque dispuestas á recibir la verdad y á amarla, perecen solamente porque se las propone el error revestido de apariencias de verdad y porque se valen para perderlas de la misma docilidad que debiera salvarlas?

¿Qué cosa habeis hecho vosotros que merezca el que se os haya separado de tantas naciones engañadas? ¿por qué no habeis sido comprendidos en la misma condenacion? ¿por qué habeis habitado en esta feliz tierra de Jessen, que es la única ilustrada con las luces del cielo, al mismo tiempo que todo lo restante del Egipto está cubierto de tinieblas? ¿no es únicamente la misericordia de Dios la que os ha separado de tantos pueblos que se precian de su error y de su cisma? Vosotros aun estais á vista de vuestros pastores, aun recibís la doctrina de los apóstoles de mano de sus sucesores, la verdad llega aún á vosotros desde una fuente pura y divina, aun resuenan por todas partes en los púlpitos cristianos máximas de fe y de piedad, y todavía os ofrece la bondad de Dios mil medios de salvacion solamente con conservar el de la instruccion y la doctrina.

No obstante esto, ¿venís á oírnos con un corazon movido de agradecimiento? ¿mirais como un beneficio especial de Dios el depósito de la verdad y de la santa palabra que se os ha conservado y que aun se os anuncia? ¿decís alguna vez con el profeta: No ha hecho otro tanto con otras

muchas naciones, á las que no se ha dignado manifestar sus juicios y sus justicias?<sup>1</sup>

¡Ah! que solamente venís aquí con el disgusto que inspira la irreligion y la vanidad; no teneis instantes mas molestos que los que empleais en oír las verdades que habian de ser todo el consuelo de vuestra vida. Os enfada el que la religion del soberano os haga de este ejercicio una especie de obligacion y de bien parecer. Aun nosotros mismos tenemos precision de respetar vuestros enfados y disgustos, mezclando muchas veces la verdad con adornos humanos que siempre la debilitan; parece que venimos aquí á suplicaros algun favor y vosotros á oírnos como á importunos que os piden gracias. En los espectáculos profanos no teneis por mal empleados los instantes que se ocupan en unos frívolos placeres; allí cesan todos los cuidados de los negocios, de la fortuna, de la familia, y el entendimiento, que nació para cosas mas serias, olvidándose de todo, se sustenta con ansia con unas aventuras quiméricas. De allí siempre salís satisfechos, preocupados, poseidos de unas máximas lascivas, que se han cantado en un teatro reprehensible. Repasais en la memoria los pasajes que han hecho mas peligrosas impresiones en vuestro corazon, y aun al pié de los altares os estais acordando de ellos. Estas imágenes, tan funestas para la inocencia, no pueden borrarse, y al salir de oír la divina palabra, lo mas que se os acuerda acaso son los defectos del que os la ha predicado.

Católicos, ya no castiga Dios de un modo sensible el desprecio de su palabra; bien pudiera trasladar su Evangelio á aquellas naciones bárbaras que nunca han oído hablar de él, y abandonar de nuevo su heredad; pudiera sacar de

1 Psalm. 147. v. 20.

lo íntimo de sus desiertos á los pueblos infieles y feroces y entregarles nuestros templos y nuestras casas, como hizo en otro tiempo con aquellas Iglesias tan célebres que habian ilustrado los Tertulianos, los Ciprianos, los Agustinos, y en las que al presente no se hallan mas señales del cristianismo que los ultrajes que allí recibe Jesucristo y las cadenas de que allí están cargados los fieles; bien pudiera hacerlo; pero se venga mas en secreto y acaso mas terriblemente; todavía os deja el espectáculo y todo el aparato exterior de la predicacion del Evangelio, pero separa su fruto para los sencillos é ignorantes que habitan en los campos; el temor que nace de la fe no es mas que para ellos. No saca á sus profetas de las ciudades, pero les quita, si es lícito decirlo así, la fuerza y la virtud de su ministerio. No llueve de estas santas nubes mas que aridez y sequedad. Os suscita nnos profetas que os representan la verdad muy hermosa, pero no os la hacen amable; que os agradan, pero no os convierten: deja que se debilite entre nuestros labios el santo terror de su doctrina, no saca de los tesoros de su misericordia aquellos hombres extraordinarios, suscitados otras veces en los siglos de nuestros padres, que renovaban las ciudades y los reinos, que cautivaban á los grandes y al pueblo, que mudaban los palacios de los reyes en casas de penitencia; un San Bernardo y un San Vicente Ferrer en las Galias, un San Raimundo en la Italia, un Santo Domingo en toda la Europa, un San Francisco Javier en el Nuevo Mundo, y permite que nosotros, que somos unos hombres flacos, hayamos sucedido á aquellos hombres apostólicos.

¿Qué mas diré? Juntamos aquí, como en otro tiempo San Pablo en Atenas, unos oyentes ociosos, movidos de la curiosidad, y que solamente vienen á oír alguna cosa nueva,

cuando al mismo tiempo los que en vuestros Estados evangelizan á vuestros vasallos, ven á sus piés, como en otro tiempo Esdras, unos israelitas sencillos que no pueden contener sus lágrimas luego que oyen las palabras de la ley. Nosotros divertimos el tiempo y la ociosidad de los príncipes y grandes de la tierra, cuando al mismo tiempo otros santos ministros hacen que renazca Jesucristo en los corazones y recogen en las aldeas una abundante cosecha. En una palabra, nosotros discurrimos y ellos convierten. De este modo, ¡oh Dios mio! poneis ocultamente en ejecución vuestros severos y terribles juicios.

Pero, católicos, permitásenos decir lo que Pablo y Bernabé decían en otro tiempo á los judíos infieles: Vosotros érais los primeros á quienes se debían anunciar las palabras de salvación; pero ya que las despreciáis y que os tenéis por indignos de la vida eterna, nos vamos á predicar á las naciones abandonadas, á aquellos pobres pueblos sepultados en la ignorancia, que cultivan vuestros campos, y que recibirán con fe y agradecimiento la gracia que vosotros despreciáis. *Vobis oportebat primum loqui verbun Dei: sed quoniam repellitis illud, et indignos vos judicatis eterna vite, ecce convertimur da gentes.*<sup>1</sup> Nuestros trabajos serán mucho mas útiles, nuestro yugo mas suave y nuestro ministerio de mas consuelo. No contaremos entre nuestros oyentes nombres celebrados en la historia; pero contaremos los nombres de los que están escritos en el cielo. No veremos juntos allí todos los títulos y todas las grandes dignidades de que se forma la gloria y figura del mundo que pasa; pero veremos la fe, la devoción, la inocencia en que consiste toda la gloria del cristiano, que dura eternamente.

<sup>1</sup> Act. 13. v. 46.

No oiremos los vanos aplausos que se dan al lenguaje del hombre y no al de la fe; pero veremos correr las lágrimas, que son el inmortal idioma de la gracia. Nuestros púlpitos no estarán rodeados de tanta pompa; pero nuestro auditorio será un espectáculo digno de los ángeles y de Dios.

Estas son las disposiciones con que os debéis preparar para nuestros sermones. Ahora es necesario instruiros acerca del espíritu con que debéis oírnos.

### SEGUNDA PARTE.

Para instruiros en orden á la disposicion con que debéis oír la divina palabra, basta el proponeros cuál sea su autoridad y su fin. Su autoridad, que es divina, os pide una disposicion de respeto y docilidad. Su fin, que es la conversion de los corazones, una disposicion fiel, que solamente busque en ella luces para salir de sus errores y remedios para curar sus males.

Digo primeramente que su autoridad es divina; y así, católicos, la palabra que os anunciamos no es nuestra, sino del Señor que nos envia. Desde que nos colocó en el santo ministerio por medio de una vocacion legítima, quiere que nos mireis como á embajadores suyos que os hablan de su parte y que no hacen mas que ofrecer su débil voz á su divina palabra. Es verdad que nosotros conservamos este tesoro en vasos de barro; pero por eso nada pierde de su majestad; somos semejantes á aquellos vasos de tierra de que se sirvió Gedeon en otro tiempo contra los enemigos del Señor; el sonido podrá ser vil y despreciable; pero la verdad, aquella luz divina que Dios ha puesto en nosotros, no por eso deja de haber bajado del cielo, destinada como las lámparas de Gedeon á atemorizar hoy tambien á las almas fieles.

Debeis, pues, manifestar primeramente una piadosa docilidad á la autoridad de esta divina palabra, y oirla como discípulos y no como jueces. Las reglas del culto y de la devocion que os proponemos son las decisiones del Evangelio, las leyes de la Iglesia y las máximas de los santos. No venimos á proponeros aquí nuestras opiniones, nuestras preocupaciones ni nuestros discursos. Esta cátedra no es para disputar, sino para anunciar la verdad. En la cátedra de la paz y de la unidad no se debe proponer cosa alguna que admita contradiccion. Nosotros hablamos aquí en nombre de la Iglesia, y en este punto no somos mas que intérpretes de su fe y de su doctrina.

No obstante, ¡cuántos hombres que se tienen por sábios y se precian de su capacidad y talento, vienen aquí con un ánimo dispuesto á no dejarse sorprender de los terrores de la divina palabra! No se precian, como los pecadores de que hemos hablado, de ser insensibles á la verdad; pero miran nuestro ministerio como un arte lleno de exageraciones ó hipérboles. Las mas santos movimientos de celo no son para ellos mas que una frases estudiadas de un humano artificio; las mas terribles amenazas, ímpetus de una vana elocuencia; las máximas mas indefectibles, discursos en que tiene mas parte la costumbre que la verdad; las sentencias mas propias para aterrar las conciencias, modos de hablar que cada uno puede mitigar libremente. Este, católicos, es el deplorable estado de la mayor parte de los que aquí asistís. Continuamente oponéis en vuestro interior á las verdades que anunciamos las máximas, y preocupaciones del mundo que las contradicen; sois ingeniosos para debilitar en vuestro interior, con especiosas razones, lo que llamais exceso en nuestras máximas; venís aquí á impugnar la verdad y no á ceder á su fuerza y á su luz; parece

que no venís mas que á disputar con Dios, á debilitar la eterna inmutabilidad de su palabra, á defender la mentira contra los intereses de la verdad, y á ser secretos apologistas del mundo y de las pasiones en el mismo santo lugar destinado á condenarlas y combatirias. ¡Ah! permitid á lo menos que esta verdad triunfe en su templo. No la disputéis esta corta victoria, pues tantas veces ha triunfado de todo el universo; oprimidla en hora buena en el mundo, en aquellas asambleas de vanidad que junta el error, y en las que el error preside; ¿no os basta haberla desterrado del mundo y que no se atreva á parecer en él sin exponerse á las burlas y censuras? Dejadnos á lo menos el triste consuelo de publicarla á vista de estos altares que ella ha levantado y que á lo menos deben servir de asilo.

Nos acusais de que exageramos, ¡oh gran Dios! y vos nos juzgareis acaso algun dia de que hemos debilitado la fuerza y la virtud de vuestra palabra por no haberla meditado suficientemente al pié de los altares, y acaso tambien de haber acomodado la santa severidad de vuestro Evangelio á las condescendencias y mitigaciones de nuestro siglo! ¡y acaso algun dia nos pondreis entre los obreros de iniquidad, porque la tibieza y negligencia de nuestras costumbres habrá quitado á la palabra que anunciamos aquel terror y aquella vehemencia divina que no se puede hallar sino en una boca consagrada con la piedad y la penitencia!

¡Y qué? ¿os parece, católicos, que las eternas verdades que nos propuso Jesucristo no son suficientes para asustar las conciencias, sin que el entendimiento del hombre las añada terróres extraños? ¿exageraria San Pablo cuando aquel gobernador romano, á pesar de la soberbia de una falsa sabiduría y de las preocupaciones de un culto idólatra, temblaba, como dice San Lucas, oyéndole hablar de la

justicia, de la castidad y del terrible espectáculo del juicio venidero? ¿exageraria San Pablo cuando los habitantes de las ciudades venian hiriendo sus pechos, deshaciéndose en lágrimas á sus piés y llevando á las plazas públicas los libros lascivos ó impíos, y los demás instrumentos de sus pasiones, para sacrificarlos al Señor?

Nos acusais tambien de que añadimos nuevos terrores á las palabras del Evangelio: ¿pero dónde están las conciencias que turbamos? ¿dónde están los pecadores que asustamos? ¿dónde las almas que atemorizadas al salir de nuestros sermones, van á esconderse en lo mas retirado de los desiertos y á expiar con santos excesos de penitencia las disoluciones de sus pasadas costumbres? En los antiguos siglos se vieron muchos ejemplares de estos; ¿pero en el nuestro se ve por ventura alguno? ¡Ah! ojalá pudiérais convencerme de haber inspirado á una sola alma estos saludables temores, decia antiguamente San Ambrosio á algunos sábios mundanos de su tiempo, que le acusaban de que exageraba los peligros y la corrupcion del mundo y de que hacia que muchas doncellas cristianas tomasen el partido de la santa virginidad; y yo os lo puedo decir con mucha mas razon que aquel grande hombre: *Utinam convincerem.* ¡Ojalá me pudiérais manifestar las resultas de una indiscrecion tan feliz! *Utinam tanti criminis probaretur effectus!*<sup>1</sup> ¡Ojalá tuviérais algunos ejemplares con que argüirme, para justificar vuestras censuras! *Utinam me exemplis potius argueretis, quam sermonibus caderitis!* ¡Ah! yo sufriera con gusto la calumnia si se me pudiera manifestar el suceso que se me reprende. *Non vererem injuriam, si efficaciam recognoscerem.*

1 S. Ambros, de Virginit. lib. 1. c. 5.

¡Ah! acaso nosotros condescendemos con vuestra flaqueza, acaso respetamos demasiado unas costumbres autorizadas con un largo uso, por temor de que no parezca que censuramos los grandes ejemplos que las autorizan; casi no nos atrevemos á hablar de ciertos desórdenes porque no parezca que nuestras censuras se dirigen mas á las personas que á los vicios: nos contentamos con manifestaros de lejos unas verdades que debiéramos poner muy cerca de vuestra vista, y aun vuestra salvacion padece muchas veces por el exceso de nuestras precauciones y de nuestra tímida prudencia. ¿Qué mas diré? La flaqueza nos arranca muchas veces elogios en donde el celo debiera colocar anatemas y censuras. Nos dejamos deslumbrar, como el mundo, con los nombres y con los títulos. Lo que animó á los Ambrosios nos acobarda á nosotros, y muchas veces, porque debemos respetaros, os ocultamos la verdad, á la que debiéramos respetar aun mas que á vosotros; y con todo eso, nos acusais de que exageramos, de que ponderamos las verdades y de que formamos fantasmas á nuestro modo para asustar á los que nos escuchan!

¿Pero qué utilidad sacaríamos de un artificio tan indigno de la verdad que se nos ha confiado? Las declamaciones excesivas y pueriles podrian convenir á la elocuencia venal de aquellos sofistas que en las escuelas de Grecia procuraban atraer discípulos ponderándoles la sabiduría de su secta; pero nosotros, católicos, ¡ah! nosotros quisiéramos poder suavizaros el yugo en vez de hacéroslo mas pesado; quisiéramos poder facilitaros el camino, y no poner en él nuevos obstáculos. ¡Ojalá pudiéramos, como el pastor del Evangelio, llevaros sobre nuestros hombros para excusaros las fatigas del camino! ¿Cómo habiamos nosotros de disgustaros de la empresa de la salvacion, representándoos en ella

dificultades quiméricas, cuando debemos allanaros las que efectivamente se hallan en ella, y daros la mano para sostener vuestra flaqueza?

Meditad la ley de Jesucristo, católicos; ¿pero qué digo? no hagais mas que abrir el Evangelio y leer. Entonces conoceréis que nosotros cubrimos con un velo de discrecion la severidad de sus máximas; entonces, lejos de quejaros de nuestros excesos, supliríais vosotros mismos nuestro silencio y nuestras mitigaciones, y os diríais lo que nosotros tememos deciros porque no lo podreis sufrir. ¡Gran Dios! el compendio de vuestra santa ley se reduce á llevar cada dia su cruz, á despreciar el mundo y todo cuanto en él hay, á vivir como extranjeros en la tierra, á no estar unidos mas que á vos solo, á negarse á todo lo que lisonjea los sentidos, á negarse continuamente á sí mismos, á tener por felices á los que lloran y están afligidos. ¿Y qué podrá añadir el entendimiento humano al rigor de esta doctrina? ¿qué cosa mas triste ni mas formidable podremos anunciar al amor propio? Luego vuestras reprensiones no son mas que un vano lenguaje del mundo, y uno de aquellos modos de hablar que todos se apropian y ninguno examina; vuestra conciencia le desmiente en lo interior, y cuando hablais con sinceridad, confesais que tenemos razon y que el Evangelio es un predicador mucho mas severo y mas terrible para el mundo y para los que le aman, que lo que podemos ser nosotros. Esta es la primera obligacion que pide de vosotros la autoridad de la divina palabra; un espíritu de docilidad.

En segundo lugar, debeis á la autoridad de esta divina palabra un espíritu de sinceridad y aplicacion á vosotros mismos; es decir, que debeis ser unos rigurosos censores de vuestras propias conciencias; que por una parte debeis

tener continuamente presente el estado de vuestra alma, y por otra las verdades que os anunciamos; debeis gobernaros por esta regla, ilustraros con esta luz, juzgaros por esta ley, oír, como si solamente se dirigiesen á vosotros, las santas máximas que se predicán á todos, miraros como si estuviérais aquí solos en presencia de Jesucristo que habla á vosotros solos por nuestra boca, y que acaso nos envia aquí solamente para vosotros. Porque, católicos, aquí ninguno recibe para sí la palabra que á él se dirige y que le condena, ninguno cree que es interesado en ella; parece que nosotros nos formamos unas ideas voluntarias para impugnarla, y que la realidad del pecado, contra quien dirigimos nuestros discursos, no se halla en parte alguna; el lascivo no se reconoce ni aun en las mas vivas y mas semejantes imágenes de su pasion; el hombre que es cargado de bienes mal adquiridos, y acaso de la sangre y de los despojos de los pueblos, conviene con nosotros en condenar esta injusticia en los demás, y no ve que se está juzgando á sí mismo; el cortesano poseido de la ambicion y que todos los dias sacrifica á este ídolo la conciencia y la probidad, confiesa la bajeza de esta pasion en sus semejantes, y la mira en sí, ó como virtud ó como la principal ciencia de la corte. Cada uno se mira siempre á sí mismo por aquellas circunstancias favorables que le impiden el que se conozca como es en sí; por mas que los señalemos con el dedo, por decirlo así, siempre hallan en sí mismos algunos coloridos agradables que mudan la semejanza, y dicen en su interior: yo no soy aquel hombre; y al mismo tiempo que acaso el público nos está aplicando unas verdades tan parecidas, nosotros solos, ó no queremos conocernos en ellas, ó solo descubrimos en ellas los defectos de nuestros prójimos; para nuestro retrato buscamos ideas extrañas; somos dies-

tros para hacer que caiga sobre otros el golpe que la verdad solamente dirigia hácia nosotros; la malicia de las aplicaciones es el único fruto que sacamos de la pintura que se hace en el púlpito de nuestros vicios, y juzgamos temerariamente á nuestros prójimos en lo que debiéramos juzgarnos á nosotros mismos. De este modo, ¡oh Dios mio! los hombres perdidos abusan de todo, y la misma luz de la verdad cierra sus ojos á sus propios desórdenes, y no los abre sino para ver en los demás, ó lo que no hay ó lo que debiera ocultarlos.

Estas son las obligaciones que os pide la autoridad de la divina palabra; veamos ahora las que son inseparables de su fin. Bien sabéis, católicos, que su fin es la conversion de los corazones, el establecimiento de la verdad, la destruccion del error y del pecado y la santificacion del nombre de Jesucristo: en ella todo es grande, todo majestuoso, todo digno del ejercicio mas sublime de la jerarquía, y de aquí se infiere fácilmente que debéis oírlos con un religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos, y con una disposicion de fe que no busque en ellos cosa alguna humana, frívola, ni que no corresponda á la excelencia y dignidad de su fin.

Dije, una disposicion de religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos: porque por mas ilustrados que esteis, no debéis tomar motivo del talento que suponeis en vosotros para despreciar las instrucciones que da la Iglesia á los fieles. Agustín, ya célebre en Milan por sus talentos y por su elocuencia, no se desafiaba de asistir continuamente á las instrucciones públicas del grande Ambrosio; la suave conmocion del espíritu os enseñará siempre aquí lo que acaso ignorais. Si teneis la ciencia que hincha, os confirmareis en la caridad que edifica; si

vuestro entendimiento no aprende nada nuevo, acaso vuestro corazon sentirá aquí cosas nuevas; á lo menos aprendereis que es nada vuestra sabiduría si ignorais la ciencia de la salvacion, que no sois mas que una nube sin agua, aunque elevada por vuestros talentos y por la ciencia en que excedeis á los demás hombres, pero vacía de gracia, y juguete de los vientos y de las pasiones en la presencia de Dios; y finalmente, que una alma sencilla y pura lo aprenderá todo en un instante en el seno de Dios, y será transformada de claridad en claridad; al contrario vosotros, despues de una vida llena de vigiliias y trabajos, despues de un inútil conjunto de noticias y luces, no tendreis acaso mas premio que las tinieblas eternas.

¡Qué engaño es, católicos, desterrarse de estos santos concursos con pretexto de saber bastante, y acaso tambien con el de estar suficientemente instruidos en las obligaciones de la piedad, de que tanto tiempo ha que hacemos profesion, y que con la leccion de libros cristianos y un poco de reflexion en el retiro, se adelanta mas y son mas útiles que todos nuestros discursos! Pero, amados oyentes míos, si haceis profesion de la piedad y de la justicia, ¿qué mayor consuelo podeis tener que el oír publicar las maravillas del Señor, los preceptos de su santa ley y las verdades que amais, que practicais y cuyo conocimiento debéis desear que se comunique á todos los hombres? ¿qué espectáculo de mas consuelo para vosotros que el ver aquí juntos á vuestros hermanos á los piés del altar, oyendo atentamente la palabra de vida, apartados de los espectáculos del mundo y de las ocasiones del pecado, formando santos deseos, abriendo sus corazones á la voz de Dios, concibiendo acaso las primicias del Espíritu Santo y los principios de su penitencia, y el poderos unir á ellos para alcanzar del

Padre de las misericordias que acabe de perfeccionar en su alma la saludable obra que en ella ha comenzado?

No quiero decir que la meditacion de las divinas Escrituras no provea á la piedad cristiana de muchos consuelos. Pero el Señor une á la virtud de nuestro ministerio y á la vocacion legitima, unas gracias que no hallareis en otra parte. Las mas sencillas verdades en boca de los pastores ó de los que os hablan en su lugar, sacan de la gracia de su mision una fuerza que no tendrian por sí solas, y el mismo libro de Isaías que leído en un carro por aquel eunuco de la reina de Etiopía era para él un libro cerrado que divertia su ociosidad sin ilustrar su fe, explicado por San Felipe se hizo inmediatamente para él una palabra de vida y de salud. Finalmente, sois deudores de este ejemplo á vuestros hermanos, de esta edificacion á la Iglesia, de este respeto á la palabra de Jesucristo, de esta uniformidad al espíritu de paz y de unidad que á todos nos enlaza. Apartaos enhorabuena de aquellas concurrencias profanas y pecaminosas, en donde siempre gime la piedad, en donde siempre es extranjera y oprimida; pero este es su propio lugar, esta es la asamblea de los santos, pues nuestro ministerio se instituyó y se continúa en la Iglesia para formarlos.

Dije, en segundo lugar un espíritu de su fe, y está disposición encierra en sí otras dos: un amor á la divina palabra independientemente de los talentos del hombre que os la anuncia, y un gusto formado por la religion, que no viene á buscar aquí vanos adornos, sino las sólidas verdades de la salvacion; esto es, no oirlas ni con ánimo de censurar ni con espíritu de curiosidad.

Y á la verdad, vuestro amor á la palabra de Jesucristo debe cegaros, por decirlo así, para que no veais los defec-

tos de los que os la anuncian; os debe parecer hermosa, divina, digna de vuestros respetos aun en una boca rústica y grosera, bajo cualquiera color que os la presente, ya sea vestida de pomposos adornos, ya con sencillez y desnuda; con tal que conozcais en ella sus celestiales rasgos, siempre tiene los mismos derechos sobre vuestro corazón. ¿Acaso puede perder algo de su santidad por pasar por canales menos brillantes y ricos? Que el Señor hablase en otro tiempo desde una zarza vil y despreciable á la vista, ó desde una nube de gloria, que intimase sus oráculos en medio del desierto y en un tabernáculo cubierto de pieles de animales, ó en el templo de Salomon, el mas magnífico que se levantó jamás á la gloria de su nombre, ¿perdía acaso su palabra algo de su dignidad? ¿y mientras era el mismo Señor el que hablaba en todas partes, hacia en esto alguna distincion la fe de Israel?

Con todo eso, entre todos los que nos escuchan hay en el dia de hoy muy pocos que no se tengan por jueces y censores de la divina palabra. No vienen aquí mas que para decidir del mérito de los que la predicán, para hacer necias comparaciones y para dar su voto sobre la diferencia de dias é instrucciones que les corresponden; se precian de que no todo les agrada, pasan sin cuidado por las verdades mas terribles y que les harian mas al caso, y todo el fruto que sacan de un discurso cristiano se reduce á haber reparado mas que otros en los defectos. De modo que á la mayor parte de nuestros oyentes se les puede aplicar lo que fingidamente decia José á sus hermanos cuando ya era el salvador de Egipto: Vosotros no habeis venido aquí á buscar trigo y mantenimientos, sino como espías, á registrar los parajes mas flacos de la provincia: *Exploratores estis:*

*ut videatis infirmiora terra venistis.*<sup>1</sup> Vosotros no venís á oírnos para sustentarnos con el pan de la divina palabra y buscar socorros y remedios útiles á vuestros males, sino para observar á dónde dirigir algunas vanas censuras y hacer gala de nuestros defectos, los que acaso son para vosotros un terrible castigo de Dios, que os niega por vuestros delitos otros ministros mas cabales que pudieran reducirnos á la penitencia: *Exploratores estis: ut videatis infirmiora terra venistis.*

Pero decidme con sinceridad, católicos: por mas débil que sea nuestro estilo, ¿no decimos siempre lo bastante para confundiros, para disipar vuestros errores y para haceros confesar en lo interior unos desórdenes de que no os podreis justificar con vosotros mismos? ¿se necesitan tan sublimes talentos para decirnos que los fornicarios, los avaros y los hombres sin misericordia nunca entrarán en el reino de Dios? ¿que si no haceis penitencia perecereis? ¿y que de nada sirve el ser dueño del mundo entero si se pierde el alma? ¿La fuerza de todas estas divinas verdades no consiste en su misma sencillez? ¿podrán ser menos terribles en la boca del predicador menos conocido? Por otra parte, si fuera lícito alabarnos á nosotros mismos, como decia en otro tiempo el apóstol á los fieles ingratos que atendian mas á censurar la sencillez de su exterior y de su estilo, y su figura despreciable á los ojos de los hombres, como dice él mismo, que á compadecerse de las fatigas y de los infinitos peligros en que se habia visto por anunciar el Evangelio y convertirnos á la fe; si fuera lícito, os diriamos: Hermanos míos, nosotros sufrimos por vuestra causa todo el peso de un ministerio penoso; nuestros cuidados,

1. Génes. 42. v. 9.

nuestras vigiliias, nuestras oraciones, los infinitos trabajos que pasamos para venir á estas cristianas cátedras, no tienen mas objeto que vuestra salvacion. ¡Ah! ¿no hemos de merecer á lo menos que respeteis nuestras fatigas? ¿el celo con que lo sufrimos todo por asegurarnos la salvacion, ha de ser el funesto motivo de vuestras burlas y censuras? Pedid á Dios en hora buena que para gloria de su Iglesia y honor de su Evangelio suscite á su pueblo obreros poderosos en palabras, unos hombres á quienes solamente la divina gracia haga elocuentes, y que anuncien el Evangelio de un modo digno de su grandeza y santidad; pero si nosotros faltamos en esto, supla vuestra fe lo que falta á nuestros discursos; dé vuestra devocion á la verdad en vuestros corazones lo que pierdo en nuestras bocas, y no obligueis á los ministros del Evangelio con vuestras injustas displicencias á que para agradaros recurran á los vanos artificios de una elocuencia humana, á lucir mas que á instruir, y á tener que ir á casa de los filisteos, como antiguamente los israelitas, para aguzar sus instrumentos destinados á cultivar la tierra; esto es, á buscar en las ciencias profanas ó en el estilo de un mundo enemigo, adornos extraños para hermohear la sencillez del Evangelio y dar á los instrumentos y á los talentos destinados á hacer crecer y fructificar la santa semilla, un brillo y una sutileza que embota su fuerza y su virtud, y pone un falso resplandor en lugar del celo y de la verdad: *Descendebat ergo omnis Israel ad Philisthim, ut exacueret unusquisque vomerem suum, et ligonem.*<sup>1</sup>

Y este, católicos, es el último defecto opuesto á este espíritu de fe; un espíritu de curiosidad. No distinguís como

1. 1. Reg. 13. v. 30.

debeis la santa gravedad de nuestro ministerio, de aquel arte vano y frívolo que no tiene mas fin que la colocacion de los discursos y la gloria de la elocuencia. Asistís á nuestros sermones, como en otro tiempo San Agustin, cuando aun era pecador, á los de San Ambrosio. No asistia, dice este ilustre penitente, por aprender allí de la boca del hombre de Dios los secretos de la vida eterna, que habia ya tanto tiempo que buscaba, ni para hallar allí remedio á las vergonzosas é inveteradas heridas de mi alma, las que solo vos conociais, ¡oh Dios mio! sino por examinar si su elocuencia correspondia á su fama, y sus discursos eran dignos de los aplausos que le daba todo su pueblo. Yo no me interesaba en las verdades que él predicaba; solamente me movia la hermosura y suavidad del discurso: *Rerum autem incuriosus, et contemptor adstabam, et delectabar suavitate sermonis.*<sup>1</sup>

Y este es tambien hoy el deplorable estado de muchos de los fieles que me oyen, los que cargados de culpas, como Agustino, atados como él con las mas vergonzosas pasiones, lejos de venir á buscar aquí remedios para sus males, vienen á buscar vanos adornos que divierten á los enfermos sin curarlos, que hacen que nosotros gustemos al pecador, pero no que el pecador se disguste de sí mismo. Vienen, segun parece, á decirnos lo que en otro tiempo decian los habitantes de Babilonia á los israelitas cautivos: Cantadnos los cánticos de Sion: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.*<sup>2</sup> Vienen á buscar la armonía y el concierto en las verdades serias de la moral de Jesucristo, en los suspiros de la triste Sion extranjera y cautiva, y quieren

<sup>1</sup> Conf. lib. 5 cap. 13.

<sup>2</sup> Psalm. 136. v. 3.

que nosotros nos dediquemos á halagar el oido cuando publicamos las terribles amenazas y máximas severas del Evangelio: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.*

¡Oh vosotros los que me escuchais y á quienes se dirige este discurso! entrad dentro de vosotros mismos por un instante; vuestro estado ya es como deplorable á la vista de Dios; vuestras llagas inveteradas casi no dejan esperanza de remedio, vuestros males urgen, el tiempo es corto; Dios, cansado ya de sufriros, va por último á heriros y sorprenderos. Estas son las eternas desgracias que os pronosticamos y que suceden todos los dias á vuestros semejantes. Vosotros no estais lejos de su cumplimiento; nosotros os manifestamos la terrible espada del Señor que está sobre vuestra cabeza, dispuesta á caer sobre vosotros, y lejos de atemorizaros por las consecuencias de vuestra suerte y de tomar las medidas para apartar de vosotros la espada que os amenaza, os divertís en examinar si brilla y reluce; buscáis aun en los terrores de la predicacion las pueriles bellezas de una elocuencia intempestiva. ¡Gran Dios! ¡qué digno de burla y de desprecio parece el pecador cuando se mira á vuestras luces!

Porque, católicos, ¿acaso estamos aquí nosotros en un púlpito profano para granjearnos con artificiosas palabras los votos de una asamblea ociosa ó en la cátedra cristiana y en lugar de Jesucristo para instruiros, reprenderos y santificaros en el nombre y en la presencia del que nos envia? ¿Es esto por ventura una disputa en que se interesa la fama, un ejercicio de entendimiento y de ociosidad, ó el mas santo y mas importante ministerio de la fe? ¡Ah! ¿por qué venís á reparar en nuestros cortos talentos y á buscar prendas humanas en donde solo Dios es quien habla y obra? ¿no son algunas veces los instrumentos mas viies los mas

propios para el poder de su gracia? ¿cuando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unas débiles trompetas? ¿qué nos importa el agradaros si no os mudamos? ¿de qué nos sirve ser elocuentes si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reino de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos, y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos y vuestra salud eterna. Amén.



## SERMON

PARA

### EL LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA VIDA ETERNA.

*Ibunt hi in supplicium æternum, justi  
autem in vitam æternam.*

Estos irán á un eterno suplicio, y los  
justos á la vida eterna.

MATTH. 25. v. 46.

Ved aquí, católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes, de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos, de los vastos proyectos de los conquistadores, de los monumentos de la gloria humana, de los cuidados de la

TOM. III.—P. 21.

proprios para el poder de su gracia? ¿cuando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unas débiles trompetas? ¿qué nos importa el agradaros si no os mudamos? ¿de qué nos sirve ser elocuentes si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reino de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos, y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos y vuestra salud eterna. Amén.



## SERMON

PARA

EL LUNES DE LA

**PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.**

SOBRE LA VERDAD DE OTRA VIDA ETERNA.

*Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.*

Estos irán á un eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

MATTH. 25. v. 46.

Ved aquí, católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes, de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos, de los vastos proyectos de los conquistadores, de los monumentos de la gloria humana, de los cuidados de la

TOM. III.—P. 21.

ambicion, de las distinciones de los talentos, de las inquietudes de la fortuna, de la prosperidad de los imperios y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solucion que nos manifestará por último los misterios de la Providencia en orden á los diversos destinos de los hijos de Adan, y que justificará su conducta en el gobierno del universo. Esta vida no es mas que un rápido instante y el principio de otra vida eterna; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar, ó en las delicias de una felicidad inmortal, y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

Con todo eso, la imágen de este grande espectáculo, que en otro tiempo fué suficiente para asustar la ferocidad de los tiranos, para hacer temblar la constancia de los filósofos, para turbar las delicias y el regalo de los césares, para domesticar á los pueblos mas bárbaros, para formar tantos mártires, para poblar los desiertos y sujetar todo el universo al yugo de la cruz; esta imágen tan terrible, hoy ya casi no está destinada mas que para asustar la timidez del pueblo sencillo; aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares, que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sábios del mundo, y el fruto que regularmente sacamos de este género de discursos, es el que al salir de ellos pregunten si todo sucederá como lo hemos dicho.

Porque, católicos, vivimos en un tiempo en que ha naufragado la fe de muchos, en que una fatal filosofía, como un mortal veneno, se esparce ocultamente y pretende justificar las abominaciones y los vicios contra la fe de las penas y de las recompensas futuras. Esta plaga ha pasado de los palacios de los grandes hasta el pueblo, y en todas

partes se ofende á la piedad de los justos con conversaciones de irreligion y máximas de libertinaje.

Y á la verdad, católicos, no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste, y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres. Conoce muy bien que la fe de lo por venir es un freno que incomoda las pasiones humanas, y que nunca podrá conseguir el que los hombres disolutos estén sosegados y tranquilos, si antes no los hace incrédulos.

Quitemos, pues, católicos, á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas que han de sobrevivir á sus desórdenes, que no todo muere con el cuerpo, que esta vida acabará sus delitos, pero no sus desgracias, y para mejor confundir la impiedad, impugnemos los vanos pretextos en que se funda.

Primeramente, nos dice el impío, ¿quién sabe si todo muere con nosotros? ¿es cierta la otra vida de que nos hablan? ¿quién ha vuelto de allá para decirnos lo que allí pasa?

En segundo lugar, ¿es compatible con la grandeza de Dios, dicen tambien, el abatirse á cuidar de lo que pasa entre los hombres? ¿Qué le importa el que unos gusanos de la tierra, como nosotros, se degüellen, se engañen, se despedacen, que vivan con placeres ó con templanza? ¿no es soberbia del hombre el creer que cuida de él un Dios tan grande?

Finalmente, añaden, ¿qué apariencia puede haber de que

habiendo Dios hecho nacer al hombre segun él es, castigue como delitos unas inclinaciones á los placeres que se hallan dentro de nosotros y que nos dió la naturaleza? Esta es toda la filosofía de las almas sensuales, la incertidumbre de la eternidad, la grandeza de un Dios á quien no puede ofender una vil criatura, y la flaqueza natural del hombre, á la que sería cosa indigna acusar de delito.

Manifestemos, pues, desde luego contra la incertidumbre de los impíos, que la verdad de la otra vida se justifica con las mas puras luces de la razon: en segundo lugar, contra la indigna idea que se forman de la grandeza de Dios, que esta verdad corresponde á su sabiduría y á su gloria; finalmente, contra el pretexto sacado de la flaqueza del hombre, que se justifica por el mismo juicio de su propia conciencia. La certidumbre de la otra vida, su necesidad y el dictámen interior de la conciencia que nos la persuade, serán el asunto de mi discurso.

¡Oh Dios mió! no mireis el ultraje que hacen á vuestra gloria las blasfemias de la impiedad. Considerad y ved solamente de lo que es capaz un entendimiento á quien no iluminais. Reconoced en los monstruosos extravíos del espíritu humano la severidad de vuestra justicia, cuando ésta le abandona, para que cuanto mas descubra yo aquí las insensatas blasfemias del impío, le tengais por mas digno de vuestra piedad y de las riquezas de vuestra misericordia.

*Ave María.*

### PRIMERA PARTE.

Sin duda que es cosa terrible el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene la fe; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesucristo, que su ser no es un extravagante conjunto, ni un funesto efecto de la casualidad; que un Artífice sábio y omnipotente ha presidido á nuestra formacion y á nuestro nacimiento; que un soplo de inmortalidad anima nuestro barro; que una porcion de nosotros mismos nos ha de sobrevivir, y que nuestra alma al salir de esta casa terrestre, ha de volver al seno de Dios, de donde habia salido, y ha de ir á habitar la region eterna de los vivos, en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras.

Por esta verdad empezó San Pablo á anunciar la fe en el Areópago.<sup>1</sup> Nosotros somos la descendencia inmortal de Dios, decia á aquella asamblea de sábios, y el Señor ha establecido un dia para juzgar al universo. Por esta parte empezaron los hombres apostólicos á poner los primeros cimientos de la doctrina de la salud entre las naciones infieles y corrompidas. Pero nosotros, católicos, que llegamos al fin de los siglos, despues que la plenitud de las naciones ha entrado en la Iglesia, despues que todo el universo ha creído, despues que han sido aclarados todos los misterios, cumplidas todas las profecías, Jesucristo glorificado, abierto y franqueado el camino del cielo; nosotros que venimos al mundo en los últimos tiempos, cuando el dia del Señor está mucho mas cercano que cuando creye-

<sup>1</sup> Act. 17. v. 19. et 31.

ron nuestros padres; ¡ah! ¿cuál debe ser nuestro ministerio sino el preparar á los fieles para esta grande esperanza y enseñarlos á estar dispuestos para parecer ante Jesucristo, que está para venir, é impugnar todavía aquellas máximas monstruosas é insensatas que borró del universo la primera predicacion del Evangelio?

La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir; ningun muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte; gocemos de lo presente y dejemos al acaso lo porvenir, ó lo que no existe, ó á lo menos lo que no quisiéramos conocer.

Digo, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata por las razones en que se funda, y terrible por sus consecuencias. Estadme atentos.

Es sospechosa por razon del principio de que procede; porque, católicos, ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo porvenir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad ó por los de las pasiones, basta averiguar su origen.

El impío nació con los principios de religion natural comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazón una ley que prohibia la violencia, la injusticia, la perfidia y todo cuanto él no quisiera padecer en sí mismo; la educacion fortificó estos dictámenes de la naturaleza; le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los ejemplos; y aunque halló en sí inclinaciones opuestas á la obligacion, cuando le sucedia dejarse arrastrar de ellas, su co-

razon se ponía en su interior de parte de la virtud contra su propia flaqueza.

De este modo empezó á vivir el impío en la tierra. Adoró con todos los demás hombres un Ser Supremo, respetó sus leyes, temió sus castigos y esperó sus promesas; ¿de qué proviene, pues, que ya no conoce á Dios, que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una quimera y el alma un aliento que perece con el cuerpo? ¿por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿por qué medios ha podido conseguir el deshacerse de sus antiguas preocupaciones, tan recibidas entre los hombres, tan conformes á los dictámenes de su corazón y á las luces de su entendimiento? ¿Las ha examinado? ¿ha consultado? ¿se ha valido de todas aquellas serias precauciones que pide el negocio mas importante de su vida? ¿se ha retirado del comercio de los hombres para dar mas lugar á las reflexiones y al estudio? ¿ha purificado su corazón temiendo que le engañasen las pasiones? ¿Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras ideas de que ha sido imbuida el alma desde el principio!

Escuchadlos, católicos, y admirad aquí la justicia de Dios para con los hombres corrompidos que entrega á la vanidad de sus discursos. A proporcion que se han ido des- arreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; á proporcion que se ha ido entorpeciendo, ha procurado persuadirse que el hombre era semejante á la bestia; para hacerse impío ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la religion como un negocio sério, no examinándola sino para deshonorarla con blasfemias y graciosidades sacrílegas; no ha llegado á ser impío sino procurando obstinarse contra los gri-

tos de su conciencia y entregándose á los mas infames deleites. Este es el camino por donde ha llegado á los conocimientos raros y sublimes de la incredulidad; estos son los grandes esfuerzos que ha hecho para llegar á descubrir una idea que todos los hombres hasta él habian ignorado ó detestado.

El desórden del corazon es la raiz de la incredulidad. Sí, católicos, enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen la eternidad, que tengan á los adulterios, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente: si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era ó porque ocultaban mejor sus desórdenes, para dar mas crédito á su impiedad, ó porque saciados de los deleites, habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raiz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon antes que naufragase su fe; tenían interés en creer que todo muere con el cuerpo antes de háberselo llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleites pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud.

¡Oh qué consuelo, católicos, para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor y á todos los pensamientos de humanidad, antes de renunciar á la fe y dejar de ser hombre para no ser cristiano!

Ved ya la incertidumbre del impío sospechosa en su principio. Pero en segundo lugar, es insensata por las razones en que se funda.

Porque, católicos, para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilo en órden á todo lo que

nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincentes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan sério como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frívolas; aun menos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fe de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las preocupaciones de su educacion, si no se hallara como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; ¿y podrá estar bien asegurado de esto? ¿cuáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuelve de allá para decirnos cuál de los dos se engañó. Apurad aun mas, y os espantareis de ver la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera.

Ved aquí las invencibles razones que opone el impío á la fe de todo el universo; ved aquí aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo mas evidente y mejor fundado que hay en la tierra. No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. ¡Oh hombre! abre aquí los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío; ¿y no han de bastar todas las pruebas de la religion para hacerte fiel? ¿dudas si hay otra vida, y no obstante vives como si no la hubiese? ¿no tienes mas fundamento de tu opinion que tu

propla incertidumbre, y reprendes nuestra fe como una credulidad vulgar?

Pero yo os suplico, católicos, que me digais de parte de quién está la credulidad en este punto, si está de parte del impío ó del fiel. El fiel cree en la eternidad fundado en la autoridad de las divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion merece la mayor creencia; en el testimonio de los hombres apostólicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doctrina ha dado la conversion del universo un testimonio que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío. En el cumplimiento de las profecías, esto es, en la única señal de verdad que no puede imitar la impostura. En la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion, y que han confesado los justos y los pueblos mas sábios y políticos. En una palabra, en unas pruebas que aun cuando no fueran ciertas, á lo menos son verosímiles. El impío niega la eternidad, fundado en una simple duda, ó en una pura sospecha: ¿quién hizo esta eternidad, nos dice? ¿quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo porvenir; y si no, dígala y nos daremos por vencidos. No hace mas que desconfiar de que hay otra vida despues de esta, y lo cree así sin mas fundamento que su desconfianza.

Ahora os pregunto, ¿cuál de los dos es el crédulo? ¿es acaso el que funda su creencia en lo que por lo menos tiene mas verosimilitud entre los hombres y es mas conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda, se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso, al impío le parece que se aprovecha mas

de su razon que el fiel. Nos mira como á los hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espíritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon y no á la opinion comun. ¡Oh Dios! ¡qué terrible sois cuando entregais el pecador á su ceguedad, y cómo sabeis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

Pero quiero pasar mas adelante; aun quando hubiera algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo por venir, y aun cuando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo, contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad, digo que aun cuando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo menos desear que fuese verdadero lo que propone la fe en orden á la inmortalidad de nuestras almas, una agencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su origen es celestial y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la impiedad fuese falsa; una doctrina tan funesta y de tanto abatimiento para el hombre, que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo, que no le da ni fin, ni destino, ni esperanza, que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos y dolorosos que vive en la tierra. Aun en iguales circunstancias, un entendimiento sublime quisiera mas engañarse honrándose, que abrazando un partido ignominioso á su sér. ¿Qué alma puede ser la que el impío ha recibido de la naturaleza, pues escoge el creer, fundado en tan débiles razones, que solo ha sido hecho para la tierra, y se complace en mirarse como un vil conjunto de barro, y compañero de los bueyes y toros? ¡Pero qué digo, católicos! ¡qué mónstruo debe ser el impío en el universo, pues solamente desconfía de la opinion comun porque es demasiado gloriosa para su natura-

leza, y porque cree que solamente la vanidad de los hombres la ha introducido en la tierra, y les ha persuadido á que eran inmortales!

Pero no, católicos, estos hombres de carne y sangre, tienen razon para rehusar el honor que la religion hace á su naturaleza, para persuadirse á que su alma es toda de barro, y que todo muere con el cuerpo; unos hombres sensuales, impúdicos, afeminados, que no tienen mas freno que un brutal instinto, mas regla que el exceso de sus deseos, mas ocupacion que el excitar con nuevos artificios el apetito, ya casi amortiguado; á unos hombres de esta condicion no les debe costar mucho trabajo el creer que no tienen en sí principio alguno de vida espiritual; que todo su sér consiste en el cuerpo; y como imitan las costumbres de las bestias, merecen excusa cuando se atribuyen su naturaleza; pero no juzguen de los demás hombres por sí mismos; aun hay en la tierra algunas almas continentes, castas y sóbrias que no acusan á la naturaleza de las vergonzosas inclinaciones de su voluntad; no degraden, pues, á toda la humanidad por haberse ellos indignamente degradado; busquen á sus semejantes entre los hombres, y hallándose casi solos en el universo, verán que mas son mónstruos que obras regulares de la naturaleza.

Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazon y su gloria decidir en favor de la fe, sino porque ésta cederia tambien en interés propio suyo; porque, católicos, ¿qué aventura el impío, como ya he dicho otra vez, en creer? ¿Qué malas consecuencias puede tener su credulidad, aun cuando se engañara? El viviria con rectitud, con honor, con inocencia; seria pacífico, afable, justo, sincero, religioso, amigo generoso, esposo fiel y amo equitativo; moderaria

unas pasiones que pudieran serle causa de todas las desgracias de su vida; se abstendria de los deleites y excesos que le prepararían una vejez dolorosa y una triste suerte; gozaria de la reputacion de la virtud y de la estimacion de los pueblos: esto es lo que aventura, aun cuando todo se acabara con esta vida; este seria el único modo de pasarla feliz y tranquilamente; y en creer no se halla mas inconveniente que este. Aun cuando no hubiera premios eternos, ¿qué perderia por esperarlos? Lo mas que perderia serian algunos placeres sensuales y rápidos, que muy presto ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fe, sin buenas costumbres, sin conciencia y aun acaso despreciado y deshonorado en su pueblo. No me parece que puede haber mayor desgracia que el persuadirse á que ha de reducirse á la nada, aun cuando su error no tuviera otras consecuencias. Pero si hay una vida eterna y si se engaña no queriendo creerla, ¿á qué no se expone? á la pérdida de los eternos bienes y de la posesion de vuestra gloria, ¡oh Dios mio! con la que habia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es mas que el principio de sus desgracias; hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida, una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes, y ved qué partido debe tomar el impío. ¿Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿Se fiará de lo presente, que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo por venir, que no tiene mas límites que la eternidad y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿qué hombre prudente, aun cuando fuera igual la incertidumbre, se atre-

verá á dudar en este punto? ¿y qué nombre daremos al impío cuando no teniendo en su favor mas que unas dudas frívolas, y viendo por parte de la fe la autoridad, los ejemplos, la prescripción, la razón, la voz de todos los siglos, y al mundo entero, él solo toma el funesto partido de no creer? Muere tranquilo como si no hubiera de vivir mas; pone su eterno destino en manos de la casualidad, y va con indiferencia á experimentar la decision de tan importante suceso, ¡oh Dios mio! ¿Es este un hombre á quien gobierna una razón clara, ó un furioso que no espera mas remedio que su desesperacion? Luego la incertidumbre del impío es una necesidad si se atiende á las razones en que se funda.

Pero en último lugar tambien es terrible por sus consecuencias. Permítame aquí que deje por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiéndome para prueba de lo que siente en su interior.

Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros, si el hombre nada debe esperar despues de esta vida, si esta es nuestra patria, nuestro origen y la única felicidad que podemos prometernos, ¿por qué no somos felices en ella? Si no nacemos mas que para los deleites de los sentidos, ¿cómo no pueden éstos satisfacernos y dejan siempre molestias y tristezas en nuestro corazón? Si el hombre en nada excede á la bestia, ¿por qué no pasa sus días como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar mas felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿de qué proviene que le inquieten las riquezas, que le fatiguen los honores, que le cansen los deleites, que las ciencias le confundan y aviven

su curiosidad en vez de satisfacerla, que la fama le moleste y embarace, que todas estas cosas juntas no puedan llenar la inmensidad de su corazón, y que siempre le queda algo que desear? Las demás criaturas, contentas con su suerte, parecen felices á su modo en la condicion en que las colocó el Autor de la naturaleza; los astros tranquilos en el firmamento no dejan su puesto por ir á iluminar otros países; la tierra arreglada en sus movimientos no se sube á ocupar el lugar de los astros; los animales andan por los campos sin envidiar la suerte del hombre que habita en las ciudades y suntuosos palacios; los pájaros se alegran en los aires sin pensar si hay criaturas mas felices que ellos en la tierra. Todas las cosas son felices, por decirlo así, cada una ocupa su lugar en la naturaleza. Solamente el hombre está inquieto y descontento, solamente el hombre está entregado á sus deseos; se deja despedazar de los temores, halla su suplicio en sus esperanzas, y su tristeza y desgracia en medio de sus placeres; solamente el hombre no halla en la tierra en donde poder fijar su corazón.

¿De qué proviene esto? ¡Oh hombre! ¿no consiste en que la tierra no es tu propio lugar, en que fuiste hecho para el cielo, en que tu corazón es mayor que el mundo, en que la tierra no es tu patria y en que todo lo que no es Dios es nada para tí? Responded, si teneis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazón, y sereis fiel. En segundo lugar, si todo muere con el cuerpo, ¿quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos y en todos los países; que su alma era inmortal? ¿de dónde le pudo venir al género humano esta extraña idea de inmortalidad? ¿un pensamiento tan distante de la naturaleza del hombre, si solamente hubiera nacido para las funciones de

los sentidos, cómo había de haber podido prevalecer en la tierra? Porque si el hombre fué hecho para lo temporal como la bestia, no puede haber cosa mas incomprensible para él que la idea de la inmortalidad. Unas máquinas fabricadas de barro, que no hubieran de tener mas vida ni mas objeto que una felicidad sensual, ¿hubieran podido nunca atribuirse ó hallar en sí mismas tan nobles pensamientos y tan sublimes ideas? Con todo eso, esta idea tan extraordinaria ha llegado á ser la idea de todos los hombres; esta idea tan opuesta á los sentidos, pues á lo que ven los ojos, el hombre muere como la bestia, se ha establecido universalmente en la tierra. Este pensamiento, que ni aun hallar hubiera podido un inventor en el mundo, ha hallado una docilidad universal en todos los pueblos, así en los mas bárbaros como en los mas civiles, en los mas cultivados como en los mas rústicos, y en los mas infieles como en los mas sujetos á la fe.

Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recorred todas las naciones; leed la historia de los reinos y de los imperios; escuchad á los que vienen de las islas mas remotas; todos los pueblos del universo han creído siempre, y aun hoy creen, la inmortalidad del alma. El conocimiento de un solo Dios ha podido borrarse en la tierra; su gloria, su poder, su inmensidad, han podido aniquilarse, si es lícito decirlo así, en el espíritu de los hombres: algunos pueblos enteros de bárbaros puede ser que vivan todavía sin culto, sin religion y sin Dios en este mundo; pero todos esperan otra vida; las ideas de la inmortalidad del alma no se han podido borrar de su corazón; todos se figuran una region en donde han de habitar nuestras almas, despues de nuestra muerte, y aunque se hayan olvidado de Dios, no han podido olvidarse de sí mismos.

¿De qué proviene, pues, que unos hombres tan diferentes en génio, en culto, en países, en opiniones, en intereses y aun en la figura, y que apenas parecen entre sí de una misma especie, no obstante convengan todos en este punto y todos quieran ser inmortales? Esto no ha sido por una secreta inteligencia, porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la crianza, porque los usos, las costumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones, no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en que esta opinion sea una secta, porque además de ser la religion universal del mundo, este dogma nunca tuvo protector ni cabeza. Los hombres se le han persuadido ellos mismos, ó por mejor decir, la naturaleza se le ha enseñado sin socorro de maestro, y es el único que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos y se ha mantenido siempre en la tierra. ¡Oh tú, cualquiera que creas ser un conjunto de barro, sal del mundo en donde eres solo de esta opinion! Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie y semejantes á las bestias, ó por mejor decir, horrorízate de tí mismo al verte solo en el universo, rebelde contra toda la naturaleza, y desconocido á tu propio corazón, ó acaba de conocer en la comun opinion de todos los hombres la impresion comun del autor que los formó á todos.

Finalmente, y concluyo con esta última razon. La universal sociedad de los hombres, las leyes que nos unen unos con otros, y las obligaciones mas sagradas é inviolables de la vida civil, todo está fundado sobre la verdad de la otra vida; y así, si todo muere con el cuerpo, es preci-

so que el universo reciba otras leyes, otras costumbres, otros usos, y que todo mude de cara en la tierra; si todo muere con el cuerpo, las máximas de la equidad, de la amistad, del honor, de la buena fe, del reconocimiento, no son mas que errores vulgares, pues no debemos obligacion alguna á unos hombres que nada son para nosotros, á los que no estamos unidos con lazo alguno comun de culto y de esperanza, que mañana han de caer en la nada y acabarse para siempre. Si todo muere con nosotros, los dulces nombres de padre, de hijo, de amigo y de esposo, son unos nombres fabulosos y unos vanos títulos que nos divierten, pues la amistad, aun la que proviene de la virtud, no sería un vínculo durable. Nuestros padres, que nos han precedido, ya no existirían, nuestros hijos no serían nuestros sucesores, porque la nada en la que nosotros habríamos de venir á parar, no produce efecto alguno. El sagrado lazo del matrimonio no sería mas que una union casual y fortuita, resultarían unas criaturas semejantes á nosotros, pero no tendrían de comun con nosotros mas que la nada.

¿Qué mas diré? Si todo muere con nosotros, los anales domésticos y la sucesion de nuestros antepasados no es mas que una sucesion quimérica, pues no hubiéramos tenido abuelos ni habríamos de tener nietos; los cuidados de la fama y de la posteridad serían cuidados frívolos, el honor que se tributa á la memoria de los hombres ilustres sería un error pueril, porque es cosa ridícula el honrar á lo que no existe; la religion de los sepulcros sería una ilusion vulgar, las cenizas de nuestros padres y de nuestros amigos un vil polvo, merecedor de ser arrojado al aire y que á nadie pertenecería; las últimas voluntades de los que mueren, tan sagradas aun entre los pueblos mas bárbaros, no

serían mas que el último sonido de una máquina que se deshace, y para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes no son mas que una necia servidumbre, los reyes y los sábios unas fantasmas elevadas por la flaqueza de los pueblos, la justicia una usurpacion de la libertad de los hombres, la ley de los matrimonios un escrúpulo vano, la vergüenza una preocupacion, el honor de la rectitud una quimera, los incestos, los parricidios y las infames perfidias, juguetes de la naturaleza y nombres inventados por la política de los legisladores.

A esto se reduce la sublime filosofía de los impíos, esta es la fuerza, la razon y la sabiduría que nos están continuamente ponderando. Confesad sus máximas y todo el universo vendrá á reducirse á un horrible caos, todo quedará confundido en la tierra, se trastornarán todas las ideas del vicio y de la virtud, se desvanecerán las mas inviolables leyes de la sociedad, perecerá la disciplina de las costumbres, el gobierno de los Estados é imperios quedará sin regla, se desconocerá toda la armonía del cuerpo político, y el género humano no será mas que un conjunto de insensatos, de bárbaros, de impúdicos, de furiosos, de malvados, de desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que sus pasiones, y el temor de la autoridad superior sin mas lazo que la irreligion y la independencia, y sin mas Dios que ellos mismos. Este es el mundo de los impíos, y si este fatal plan de república os agrada, formad, si podeis, una sociedad de estos hombres monstruosos. No podemos deciros mas, sino que sois dignos de ocupar lugar en ella.

¿Qué digno es del hombre, católicos, el esperar un destino eterno, reglar sus costumbres por la ley y vivir como que algun dia ha de dar cuenta de sus acciones en presen-

cia de aquel Señor que pesará los talentos y sorprenderá á los sábios en su sabiduría! Luego la incertidumbre del impío es sospechosa en su principio, insensata por las razones en que se funda y funesta por sus consecuencias, y despues de haberos manifestado que no hay cosa mas opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad, acabaré de confundir sus pretextos, probando que no hay cosa mas opuesta á la idea de un Dios sábio y al dictámen de la propia conciencia.

#### SEGUNDA PARTE.

Sin duda, católicos, que admira el que el impío busque en la misma grandeza de Dios la proteccion de sus delitos, y que no hallando en su interior cosa alguna que pueda justificar los horrores de su alma, quiera hallar en la terrible majestad del Ser Supremo una indulgencia que no puede hallar en la misma corrupcion de su corazon.

Y á la verdad, ¿puede convenir á la grandeza de Dios, dice el impío, el ocuparse en lo que pasa entre los hombres, el contar sus vicios ó sus virtudes, el estudiar hasta sus pensamientos y sus infinitos y frívolos deseos? Los hombres, unos gusanos de la tierra que solo con que el Señor los mire desaparecen, ¿pueden merecer el que los observe con toda atencion? El dar á un Dios que nos dicen ser tan grande, una ocupacion que no seria digna ni aun de un hombre, ¿no es pensar de él con demasiada bajeza?

Pero antes de aclarar toda la extravagancia de esta blasfemia, os suplico, católicos, que advertais que el mismo impío es quien en esto degrada la grandeza de Dios y le hace semejante al hombre. Porque ¿necesita Dios acaso acercarse á observar á los hombres para conocer sus acciones

y pensamientos? ¿necesita de cuidado y observacion para ver lo que pasa en la tierra? ¿no vivimos, no nos movemos y no estamos en él? ¿podemos nosotros evitar el que nos vea, ó puede él dejar de ver nuestros delitos? ¡Qué locura, pues, la del impío cuando supone que lo que pasa en la tierra serviria de cuidado y de ocupacion á la Divinidad si quisiera observarlo! La única ocupacion de Dios es el conocerse y gozar de sí mismo.

Supuesta esta reflexion, respondo primeramente: si fuera conveniente á la grandeza de Dios dejar á los buenos y á los malos sin castigo y sin recompensa, lo mismo importaria el ser justo, sincero, amable y caritativo, que cruel, falaz, pérfido y desnaturalizado; Dios, en tal caso, no amaria mas la virtud, la vergüenza, la restitud y la religion, que la deshonestidad, la mala fe, la impueteza y el perjurio, pues el justo y el injusto, el puro y el impuro tendrian la misma suerte, y la eterna aniquilacion los igualaria y confundiria muy presto para siempre en el horror del sepulcro;

Pero ¡qué digo, católicos! acá en la tierra parece que el mismo Dios se declara contra el justo en favor del impío. eleva á éste como al cedro del Líbano, le llena de honores y riquezas, favorece sus deseos y facilita sus proyectos, porque los impíos casi siempre son felices en la tierra; por el contrario, parece que se olvida del justo, le abate, le aflige, le entrega á la calumnia y al poder de sus enemigos, porque en la tierra la aficcion y el oprobio son regularmente el patrimonio de los justos. ¡Qué mónstruo seria la divinidad si todo se acabara con el hombre, y si no hubiera mas bienes ni mas males que esperar que los de esta vida! En este caso la divinidad seria la protectora de los adulterios, de los sacrilegios y de los mas horribles delitos, la perseguidora de la inocencia, del pudor, de la piedad y

de las mas puras virtudes; sus favores serian premio del delito y sus castigos la única recompensa de la virtud. ¡Oh qué Dios de tinieblas, de flaqueza, de confusion y de iniquidad se forma el impío!

¿Os parece, católicos, que seria propio de la grandeza de Dios dejar al mundo que crió, en un desorden tan universal? ¿el ver prevalecer casi siempre al impío contra el justo? ¿al inocente destronado por el usurpador? ¿al padre hecho víctima de la ambicion de un hijo desnaturalizado? ¿al esposo espirando con los golpes de una esposa bárbara é infiel? ¿Estaría Dios mirando con indiferencia en lo sublime de su grandeza estos fatales sucesos sin interesarse en ellos? Por lo mismo que es Dios grande, ¿habia de ser un Dios sin poder, ó injusto ó bárbaro? Por lo mismo que los hombres son tan miserables, ¿les habia de ser permitido el ser ó disolutos sin pecado ó virtuosos sin mérito?

¡Oh Dios mio! si este fuera el carácter de vuestro Ser Supremo, si os hubiéramos de adorar formando de vos unas ideas tan infames, yo no os reconoceria por mi Padre, por mi protector, por consolador de mis trabajos, por alivio de mi flaqueza y remunerador de mi fidelidad. No seríais sino un bárbaro tirano que sacrificaría todos los hombres á sa vana fiereza, y que solamente los hubiera sacado de la nada para hacerlos servir de juguete á sus pasatiempos ó á sus antojos.

Porque por último, católicos, si no hubiera eternidad, ¿qué fin hubiera podido proponerse que fuese digno de su sabiduría en criar á los hombres? ¿no habia de haber tenido mas fin en formarlos que en formar las bestias? ¿el hombre, este ser tan noble que halla en sí tan altos pensamientos, tan vastos deseos, ideas tan grandes, capaces de amor, de verdad y de justicia, el hombre que entre todas las cria-

turas es la única copaz del alto destino de conocer y de amar al Autor de su ser; este hombre no habia de haber sido hecho mas que para la tierra, para pasar un corto número de dias, como las bestias, en ocupaciones frívolas ó en deleites sensuales? ¿se habia de reducir su suerte á hacer una figura tan ridícula? ¿no habia de haber venido á la tierra mas que para servir de irrisión y ser tan digno de lástima? Y despues de esto, ¿habia de volver á caer en la nada sin haber hecho uso alguno del vasto entendimiento y del gran corazon que le dió el Autor de su ser? ¡Oh Dios mio! ¿qué seria de vuestra sabiduría si no hubiera hecho una tan grande obra mas que para un poco de tiempo, si no hubiera criado á los hombres mas que para servir de juguete á vuestro poder y divertirlos con la variedad de estos espectáculos? *Nunquid enim vane constituisti omnes felices hominum?*<sup>1</sup> Luego el Dios que se forman los impíos solo es grande por ser mas injusto, mas inconstante y mas despreciable que el hombre. Seguid estas ideas si podeis conformaros con su extravagancia.

¿Qué cosa, pues, hay mas digna de Dios, católicos, que el velar sobre el universo; gobernar los hombres que ha criado, con leyes de justicia, de verdad, de caridad, de inocencia, y de hacer de la razon y de la virtud el vínculo y el fundamento de la sociedad humana? ¿qué cosa mas digna de Dios que amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable, el aborrecer en ellas los vicios con que desfiguran su imágen, el no confundir para siempre al justo con el impío, el hacer felices en su compañía á las almas que solamente han vivido para él, el entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de

<sup>1</sup> Psalm. 88. v. 48.

él su felicidad? Este es el Dios de los cristianos, esta la divinidad sabia, justa y santa que nosotros adoramos, y la ventaja que llevamos al impío consiste en que este es el Dios de un corazón inocente y de una razón pura, el Dios que nos anuncian todas las criaturas, que han invocado todos los siglos, que han reconocido hasta los sabios del paganismo, y cuya idea ha grabado la naturaleza en lo más profundo de nuestro ser.

Però supuesto que este Dios es tan justo, dice el impío, ¿cómo ha de castigar como delitos unas inclinaciones al deleite que nacieron con nosotros, y que él mismo nos dió? Última blasfemia de la impiedad y última parte de este discurso. Voy á concluir.

Però primeramente, seais quien fuéreis los que hablais tan neciamente, si quereis justificar todas vuestras obras con las inclinaciones que os mueven á ellas, si todo lo que deseamos es lícito, si nuestras inclinaciones deben ser la única regla de nuestra obligación, fundados en este principio no teneis más que hacer que envidiar la fortuna de vuestro prójimo para que os sea permitido el despojarle de ella, desear su mujer con un corazón corrompido para autorizar la transgresion, violando la santidad del lecho nupcial, sin que á esto puedan oponerse los más sagrados derechos de la sociedad y de la naturaleza; no teneis más que desconfiar de un enemigo para tener derecho á perderle, no tener paciencia para sufrir la autoridad de un padre ó la severidad de un amo, para bañar vuestras manos en su sangre; en una palabra no teneis más que hacer que tener en vosotros las inclinaciones á todos los vicios para que todos os sean permitidos; y como cada uno halla en sí estas funestas raíces, ninguno estará exento de este horrible privilegio. Necesita, pues, el hombre de otras leyes para

governarse más que sus pasiones, y otra regla más que sus deseos.

Aun en los siglos paganos se reconoció la necesidad de una filosofía, esto es, de una luz superior á los sentidos, que arreglase las costumbres é hiciese de la razón freno para las pasiones humanas. Sola la naturaleza los guiaba al conocimiento de esta verdad y los enseñaba que el ciego instinto no debía ser la única guía de las acciones del hombre; y así es preciso, ó que este instinto no provenga de la primera institucion de la naturaleza, ó que sea un desorden, pues todas las leyes que ha habido en el mundo solo se han hecho para moderarle; ninguno de aquellos hombres que en todos los siglos han sido reputados por sabios y virtuosos, siguió sus impresiones. En todos los pueblos se han tenido siempre por monstruos y oprobio de la humanidad aquellos hombres infames que se entregaban sin cautela y sin vergüenza á la brutal sensualidad; y una vez establecida la máxima de que nuestras inclinaciones y deseos no son pecaminosos, no puede subsistir la sociedad entre los hombres, deben separarse para vivir seguros, ir á habitar á los bosques y vivir como las bestias.

Por otra parte, hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir, al Autor que le formó. Así como hay en nosotros inclinaciones al vicio, ¿no las hay también á la virtud, al pudor y á la inocencia? Si la ley de los miembros nos lleva hácia los deleites de los sentidos, ¿no tenemos otra ley escrita en nuestros corazones, que nos llama á la castidad y á la templanza? ¿Por qué ha de decidir el impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos inclina á los sentidos es más conforme á la naturaleza del hombre? ¿es acaso por ser más violenta? Pues su misma violencia prueba su desorden, porque lo que proviene de la natura-

leza debe ser moderado. ¿Es acaso por ser siempre la mas fuerte? Muchas almas hay justas y fieles en las que siempre está sujeta á la razon. ¿Es por ser mas agradable? La prueba de que este placer no puede hacer feliz al hombre, es que siempre le sigue inmediatamente el disgusto; además de que la virtud tiene en sí mas atractivos que el vicio para el justo. ¿Es, finalmente, por ser mas digna del hombre? Me parece que no os atreveréis á decirlo, pues es la que confunde al hombre con las bestias. ¿Pues por qué os declarais en favor de los sentidos contra la razon, y quereis que sea mas conforme al hombre el vivir como una bestia que como una criatura racional?

Finalmente, si todos los hombres estuvieran corrompidos y si todos se entregaran ciegamente, como los animales irracionales, á su brutal instinto y al imperio de los sentidos y de las pasiones, acaso tendríais razon para decirnos que estas eran unas inclinaciones inseparables de la naturaleza, y hallaríais en el comun ejemplo excusa á vuestros desórdenes. Pero miradlo bien. ¿No hallais algunos justos en la tierra? No hablo aquí de aquellos vanos discursos que tantas veces haceis contra la piedad, y cuya injusticia conoceis vosotros mismos; hablad de buena fe y dad gloria á la verdad. ¿No hay algunas almas fieles, castas, timoratas, que viven en el temor del Señor y en la observancia de su santa ley? ¿Pues por qué vosotros no habeis de tener el mismo imperio que estos justos sobre vuestras pasiones? ¿No han heredado ellos de la naturaleza las mismas inclinaciones que vosotros? ¿los objetos de las pasiones no despiertan en su corazon los mismos pensamientos que en el vuestro? ¿no tienen dentro de sí las raíces de las mismas miserias? ¿Qué mas tienen los justos que vosotros sino la fuerza y la fidelidad que á vosotros os falta?

¡Oh hombre! ¡imputas á Dios una flaqueza que es obra de tus propios desórdenes! ¡acusas al Autor de la naturaleza de los desórdenes de tu voluntad! ¡no te basta el ultrajarle, sino que quieres hacerle responsable de los ultrajes que le haces! ¡y quieres que el fruto de tus delitos sea título de tu inocencia! ¡Qué quimeras no se forma un corazon corrompido para justificarse á sí mismo la vergüenza y la infamia de sus vicios!

Luego Dios es justo, católicos, cuando castiga las trasgresiones de su ley. No se consuele, pues, el impío con decirse á sí mismo que la recompensa del justo será la resurreccion á una vida inmortal, y el castigo del pecador la eterna aniquilacion de su alma, porque este es el último recurso de la impiedad.

¿Pero qué castigo podrá ser para el impío el dejar de ser? El mismo desea esta aniquilacion, él se la propone como su mas suave consuelo; vive tranquilo en medio de sus placeres con esta agradable esperanza. ¿Pero os parece que el Dios justo habia de castigar al pecador dándole un destino á medida de sus propios deseos? ¡Ah! Dios no castiga de este modo. Porque ¿qué pesar pudiera hallar el impío en su aniquilacion? ¿Seria acaso el ser privado de su Dios? Nunca le amó, no le conoció, no le quiso y no tuvo mas Dios que á sí mismo. ¿Seria acaso el dejar de ser? ¿pero qué cosa podria haber de mas consuelo para un mónstruo que sabe que despues de la muerte no podria vivir sino para padecer y expiar los horrores de una vida abominable? ¿seria por haber perdido los deleites del mundo y todos los objetos de sus pasiones? Pero el que no existe ya no los desea. Imaginad, si podeis, una suerte mas feliz para el impío, y esta seria por último el feliz término de sus excesos, de sus horrores y de sus blasfemias.

No, católicos, la esperanza del impío perecerá, pero sus delitos no perecerán con ella. Sus tormentos serán tan eternos como lo hubieran sido sus deleites si él fuera dueño de su suerte; él hubiera querido poderse eternizar en la tierra con el uso de los sensuales placeres; la muerte ha terminado sus delitos, pero no sus infames deseos; el justo Juez que penetra los corazones, proporcionará el castigo á la ofensa, las eternas llamas á unos deleites que hubiera querido que fuesen inmortales, y la misma eternidad será una justa compensacion y una igualdad de su delito: *Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.*<sup>1</sup>

¿Y qué debemos inferir de este discurso? Que es digno de lástima el impío por buscar en una funesta incertidumbre acerca de las verdades de la fe, la mas suave esperanza de su suerte. Que es digno de lástima por no poder vivir tranquilo, sino viviendo sin fe, sin culto, sin Dios y sin confianza. Que es digno de lástima, si para que no sea eternamente infeliz, es menester que el Evangelio sea una fábula, la fe de todos los siglos una credulidad, el dictámen de todos los hombres un error vulgar, los primeros principios de la naturaleza y de la razon, preocupaciones de la niñez, la sangre de tantos mártires á los que la esperanza de la otra vida mantenía en los tormentos, un juego concertado para engañar á los hombres, la conversion del universo una empresa humana, el cumplimiento de las profecías una casualidad; y por decirlo de una vez, si para que no sea eternamente desgraciado es preciso que sea falsa toda la doctrina mas bien fundada del mundo. ¡Qué locura es el aspirar á vivir tranquilos entre tantas suposiciones insensatas!

<sup>1</sup> Matth. 25.

¡Oh hombres, yo os manifestaré un camino mas seguro para que vivais sosegados! Temed la eternidad que tantos esfuerzos haceis para no creer. No nos preguntéis ya qué es lo que pasa en la otra vida de que hablamos, sino preguntaos á vosotros mismos, ¿qué es lo que haceis en esta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos, sosegad vuestro corazón llamando á Dios y no dudando que os mira; la paz del impío no es mas que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad no sacudiendo el yugo de la fe, sino experimentando su suavidad; poned en ejecucion las máximas que os ordena, y no rehusará vuestro entendimiento el someterse á los misterios que ella manda creer: luego que dejéis de vivir como los que limitan toda su felicidad al corto espacio de esta vida, dejará de pareceros increíble la eternidad; entonces lejos de temerla la deseareis, suspirareis por aquel día feliz en que el hijo del hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incrédulos y á llevar á su reino á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad. Amen.





## SERMON

PARA EL MARTES

### DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL RESPETO EN LOS TEMPLOS.

Intravit Jesus in templum Dei, et eiciebat omnes vendentes, et ementes in templo.

Entró Jesus en su templo y echó de él á todos los que allí compraban y vendian.  
MATT. 21. v. 12.

¿De qué proviene hoy, católicos, en Jesucristo este celo y esta indignacion que manifiesta en su rostro? ¿no es este aquel rey pacífico que se habia de manifestar en Sion acompañado solamente de su agrado? ¿no le vimos juzgar á una mujer adúltera sin condenarla? ¿no vimos á sus piés á la pecadora de la ciudad, perdonándola con mansedum-

bre sus desórdenes y escándalos? Cuando sus discípulos quisieron hacer que bajase fuego del cielo sobre una ciudad ingrata é infiel, ¿no les reprendió diciendo que aun no conocian el nuevo espíritu de clemencia y de caridad que había venido á traer á la tierra? Acaba de derramar lágrimas por las desgracias que amenazan á Jerusalem, á aquella ciudad pecadora, homicida de los profetas, que va á sellar el decreto de su reprobacion con la injusta muerte que muy presto ha de dar al que Dios había enviado para ser su Salvador. En todas partes se manifiesta compasivo y misericordioso, y su grande afabilidad es causa de que le llamen amigo de los pecadores y de los publicanos.

¿Pues qué ultrajes son estos que hoy triunfan de toda su clemencia y arman sus manos benéficas con la vara del furor y la justicia? Son, católicos, los ultrajes que profanan su santo templo, que deshonoran la casa de su Padre, que hacen del lugar de oracion y del sagrado asilo de los penitentes, cueva de ladrones y casa de negociacion y de avaricia; esto es lo que arma sus ojos de rayos, cuando solo quisiera derramar sobre los pecadores sus misericordias. Esto lo que le obliga á acabar un ministerio de amor y de reconciliacion, con una accion de severidad y de indignacion semejante á aquella con que había empezado. Porque debeis advertir, católicos, que lo que aquí hace Jesucristo al tiempo de acabar su carrera, lo había ya hecho otra vez, cuando despues de treinta y tres años de una vida retirada entró la primera vez en Jerusalem para empezar allí su mision y cumplir con la obra de su Padre. Parecia que él mismo se había olvidado de aquel espíritu de afabilidad y de longanimidad que debía distinguir su ministerio del de la antigua alianza, como le habían anunciado los profetas.

Sin duda que en aquella ciudad sucedian otros muchos escándalos además de los que se veian en el templo, y que no eran menos dignos del celo y de los castigos del Salvador; pero pudo disimularlos por algun tiempo y dilatar su castigo, como si mancharan menos la gloria de su Padre. No se declara desde luego contra la hipocresía de los fariseos y la corrupcion de los escribas y pontífices; pero no puede dilatar el castigo de los profanadores de su templo; su celo no sufre dilacion en este punto, y apenas entra en Jerusalem, cuando va corriendo á aquel santo lugar á vengar el honor de su Padre, que es ultrajado en él, y la gloria de su casa, á la que allí se afrenta.

A la verdad, católicos, que entre todas las culpas que ultrajan la grandeza de Dios, no hallo otra mas digna de sus castigos que la profanacion de sus templos, y estas culpas son tanto mas graves, cuanto deben ser mas santas las disposiciones que nos pide la religion para asistir á ellos.

Porque, católicos, supuesto que nuestros templos son un nuevo cielo en donde habita Dios con los hombres, debemos estar en ellos con las mismas disposiciones que los bienaventurados en el templo celestial; es decir, que siendo el altar de la tierra el mismo que el del cielo, y siendo él mismo el Cordero que en él se ofrece y sacrifica, tambien deben ser semejantes las disposiciones de los que le rodean: la primera disposicion de los bienaventurados que asisten delante del trono de Dios y del altar del Cordero, es una disposicion de pureza y de inocencia: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.*<sup>1</sup> La segunda, una disposicion de religion y de abatimiento interior: *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas.*<sup>2</sup> Finalmente, la última, una

1 Apocalip. 14. v. 5.

2 Ibid. 7. v. 11.

disposicion de decencia y de modestia en el exterior: *Amic-  
ti stolis albis.*<sup>1</sup> Tres disposiciones eh que se encierran to-  
dos los pensamientos de fe que nos deben acompañar en  
los templos; una disposicion de pureza y de inocencia, una  
disposicion de adoracion y de abatimiento interior, y una  
disposicion de decencia y de modestia exterior en el adorno.  
Invoquemos el Espíritu Santo, etc. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

Todo el universo es un templo que llena Dios con su glo-  
ria y su presencia. En cualquiera parte que estemos, dice  
el apóstol, siempre está cerca de nosotros; en él vivimos,  
nos movemos y estamos; si subimos á los cielos está allí; si  
bajamos á los abismos allí le encontramos; si subimos so-  
bre las alas de los vientos y atravesamos los mares, su ma-  
no es quien nos guía, y es el Dios de las islas remotas en  
donde no le conocen, como de los reinos y regiones que le  
invocan.

No obstante esto, los hombres le han consagrado siempre  
ciertos lugares que él ha honrado con su especial presen-  
cia. Los patriarcas le levantaron altares en algunos luga-  
res en donde se les había aparecido; los israelitas en el de-  
sierto miraban al Tabernáculo como el lugar en donde con-  
tinuamente residia su gloria y su presencia; y habiendo lle-  
gado despues á Jerusalem, solamente le invocaban con la  
solemnidad de los inciensos y de las víctimas en el augusto  
templo que despues le edificó Salomon: este fué el primer  
templo que los hombres consagraron al verdadero Dios, es-  
te era el mas santo lugar del universo, el único en que era

<sup>1</sup> Jbid. 7. v. 9.

permitido ofrecer al Señor dones y sacrificios: los israelitas  
estaban obligados á ir á adorarle allí desde todos los para-  
jes de la tierra: estando cautivos en los reinos extraños,  
volvian continuamente hácia aquel santo lugar su vista,  
sus votos y sus respetos; en meéio de Babilonia, Jerusalem  
y su templo eran siempre el único motivo de sus alegrías y  
de sus penas, y el objeto de su culto y de sus oraciones. Da-  
niel quiso mas exponerse al furor de los leones, que faltar  
á esta debida obligacion y privarse de este consuelo, y aun  
muchas veces vió Jerusalem ir á los príncipes infieles, atraí-  
dos de la santidad y fama de su templo, y tributar adoracio-  
nes á un Dios que no conocian; y el mismo Alejandro, ad-  
mirado de la majestad de aquel lugar y de la augusta gra-  
vedad de su venerable pontífice, se acordó de que era hom-  
bre, y humilló su soberbia cabeza delante del Dios de los  
ejércitos que allí se adoraba.

En los principios de la ley de gracia las casas de los fie-  
les sirvieron de iglesias domésticas. La crueldad de los  
tiranos obligaba á aquellos primeros discípulos de la fe á  
buscar lugares oscuros y escondidos para ocultarse del fu-  
ror de las persecuciones, celebrar en ellos los santos mis-  
terios é invocar el nombre del Señor: la majestad de las  
ceremonias no se introdujo en la Iglesia hasta los Césa-  
res; la religion tuvo sus Davides y Salomones, que se aver-  
gonzaron de habitar en palacios soberbios, al mismo tiem-  
po que el Señor no tenia donde reclinar su cabeza; levan-  
táronse poco á poco suntuosos edificios en nuestras ciuda-  
des; el Dios del cielo y de la tierra volvió, si es lícito de-  
cirlo así, á tomar posesion de sus derechos, y los mismos  
templos en que tanto tiempo habia sido invocado el demo-  
nio, le fueron restituidos como á su legítimo dueño, y con-  
sagrados á su culto, se hicieron su morada.

Pero nuestros templos, católicos, no estan vacíos como el de Jerusalem, en el que todo era sombra y figura: el Señor entonces aun habitaba en los cielos, como dice el profeta, y su trono estaba sobre las nubes; pero despues que se dignó manifestarse á la tierra, conversar con los hombres y dejarnos en las místicas bendiciones la verdadera prenda de su cuerpo y de su sangre, que realmente se contienen debajo de estos sagrados signos, el altar del cielo ya no excede al nuestro; la víctima que en él sacrificamos es el Cordero de Dios, el pan que en él comemos es el sustento inmortal de los ángeles y de los bienaventurados espíritus; el vino místico que en él bebemos, es aquella nueva bebida con que santamente se embriagan en el reino del Padre celestial; el sagrado cántico que en él cantamos es el que en la armonía del cielo resuena sin cesar al redor del trono del Cordero; finalmente, nuestros templos son aquellos nuevos cielos que el profeta prometia á los hombres. Es verdad que no vemos en ellos con claridad todo lo que se ve en la celestial Jerusalem, porque acá en la tierra no vemos sino por entre un velo y como en enigma; pero le poseemos, le gustamos, y el cielo no tiene cosa alguna en que haga ventaja á la tierra.

Digo, pues, católicos, que siendo nuestros templos un nuevo cielo, á quien el Señor llena con su gloria y su presencia, la pureza y la inocencia deben ser la primera disposicion que nos dan derecho para presentarnos en ellos, como á los bienaventurados en el templo eterno: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei,*<sup>1</sup> porque el Dios en cuya presencia estamos es un Dios santo.

Verdaderamente, católicos, la santidad de Dios esparci-

<sup>1</sup> Apocalip. 14. v. 15.

da par todo el universo es uno de los mayores motivos que nos propone la religion para obligarnos á proceder en todas partes con inocencia y pureza, como que estamos en su presencia. Como todas las criaturas están santificadas con la íntima residencia de la Divinidad que habita en ellas, y como todos los lugares están llenos de su gloria y de su inmensidad, las divinas Escrituras nos amonestan continuamente que en todas partes respetemos la presencia de Dios que nos ve y nos está mirando; que no presentemos á sus ojos cosa alguna que sea capaz de ofender la santidad de su vista, y que no manchemos con nuestros delitos la tierra, pues toda es templo suyo y habitacion de su gloria. El pecador que vive con una conciencia impura, es una especie de profanador, indigno de vivir en la tierra, porque en todas partes, solamente con el estado de su corazon corrompido, deshonorra la presencia de un Dios santo, que siempre está junto á él, y profana todos los lugares en que comete sus delitos, porque todos están santificados con la inmensidad del Dios que los llena y los consagra.

Pero si por estar Dios presente en todas partes debemos en todas ellas presentarnos á su vista puros y sin mancha, es indubitable que aquellos lugares que le están particularmente consagrados en este mundo, nuestros santos templos, en los que por decirlo así, reside la misma Divinidad corporalmente, piden con mucha mas razon que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, para no deshonorra la santidad del Dios que los ocupa y habita en ellos.

Por eso, católicos, cuando el Señor permitió á Salomón que levantase á su gloria aquel templo tan famoso por su magnificencia y tan venerable por el esplendor de su culto y majestad de sus ceremonias, ¿qué precauciones tan severas no tomó para que no abusen los hombres del favor

que les hacia en escoger entre ellos una mansion especial, y para que no se atreviesen á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicias? ¿Qué barreras no puso entre sí y el hombre, por decirlo así? Y cuando se acercó á nosotros, ¿qué distancia no dejó su santidad entre el lugar que llenaba con su presencia y aquel en donde el pueblo le invocaba con sus súplicas?

Oidlo, católicos. En el recinto de aquel vasto edificio que consagró Salomon á la majestad del Dios de sus padres, solo escogió el Señor para su morada el lugar mas retirado é inaccesible; éste era el Sancta Sanctorum, esto es, el único lugar de aquel inmenso templo que se miraba como mansion y templo del Señor en la tierra. Aun mas. ¿Con qué terribles precauciones prohibia la entrada? Rodeábale un muro exterior y muy apartado, al que solamente podian arrimarse los gentiles y extranjeros que querian instruirse en la ley. En segundo lugar, le ocultaba tambien otra muralla, aun mucho mas apartada, y allí solamente tenian derecho para entrar los israelitas, y aun para esto era preciso que no estuviesen manchados y que hubiesen cuidado de purificarse con la virtud de los ayunos y de las abluciones señaladas, antes de que se atreviesen á acercarse á un lugar que todavía distaba tanto del Sancta Sanctorum. En tercer lugar, otra muralla mas interior le separaba tambien de lo restante del templo, y allí solamente entraban los sacerdotes para ofrecer todos los dias sacrificios y renovar los panes sagrados que estaban sobre el altar. Cualquiera otro israelita que se atreviese á acercarse, mandaba la ley que fuese apedreado como profanador y sacrilego, y aun un rey de Israel, el temerario Ozías, que amparado de la dignidad real creyó poder entrar á ofrecer inciensos, quedó inmediatamente cubierto de le-

pra, degradado de la dignidad real y separado para siempre de la sociedad y comercio de los hombres. Finalmente, despues de tantas barreras y separaciones estaba el Sancta Sanctorum, aquel lugar tan terrible y tan oculto, cubierto con un velo impenetrable é inaccesible á todos los mortales, á todos los justos, á todos los profetas y aun á todos los ministros del Señor, menos al soberano pontífice, y aun este no podia entrar allí mas que una vez al año, despues de mil severas y religiosas precauciones, y llevando en sus manos la sangre de la víctima, la que únicamente le abria las puertas de aquel lugar.

Y no obstante esto; ¿qué habia en el Sancta Sanctorum, en aquel lugar tan formidable y tan inaccesible? Las tablas de la ley, el maná y la vara de Aaron, figuras vacías y sombra de lo por venir. El Santo Dios, que algunas veces anunciaba él mismo allí sus oráculos, todavía no habitaba en él, como habita en el santuario de los cristianos, cuyas puertas se abren sin distincion á todos los fieles.

Es verdad, católicos, que la bondad de Dios en la ley de amor y de gracia no ha puesto estas terribles barreras entre su Majestad y nosotros; que destruyó aquel muro de separacion que tanto le apartaba del hombre, y que permite á todos los fieles que se acerquen al Sancta Sanctorum, en donde ahora habita él mismo; pero no por eso pide su santidad menos pureza é inocencia en los que vienen á ponerse á su vista. Su fin ha sido solamente el hacernos mas puros, mas santos y mas fieles, y darnos á conocer cuál deba ser la santidad del cristiano, pues tiene precision de sufrir todos los dias al pié del altar y del santuario terrible, la presencia del Dios á quien invoca y adora.

Por eso el apóstol San Pedro llama á todos los cristianos

una nacion santa: *Gens sancta*,<sup>1</sup> porque todos tienen derecho para venir á presentarse delante del altar santo; una descendencia escogida, porque todos están separados del mundo y de todos los usos profanos, consagrados al Señor y destinados únicamente á su culto y á su servicio: *Genus electum*.<sup>2</sup> Y finalmente, un real sacerdocio, porque todos participan en algun modo del sacerdocio de su Hijo, gran sacerdote de la nueva ley, y porque el privilegio de entrar en el Sancta Sanctorum, que antiguamente solo estaba concedido al soberano Pontífice, es ya como derecho comun y diario de todos los fieles: *Regale sacerdotium*.<sup>3</sup>

Y así solamente la santidad de nuestro bautismo y de nuestra consagracion es la que nos abre estas sagradas puertas. Si somos unos cristianos impuros, hemos en algun modo perdido este derecho, ya no tenemos parte en el altar, no somos dignos de la congregacion de los santos, y el templo de Dios no es para nosotros.

Y por eso, católicos, nuestros templos solamente debieran ser casa de los justos. Cuanto en ellos se obra, supone la justicia y la santidad en los asistentes. Los misterios que en ellos celebramos son misterios santos y terribles que piden unos ojos puros; la hostia que allí se ofrece es la reconciliacion de los penitentes ó el pan de los fuertes ó perfectos; los sagrados cánticos que allí se oyen son los gemidos de un corazon arrepenido ó los suspiros de una alma casta y fiel, y esta es la razon porque cuida la Iglesia de purificar todo lo que se ha de poner sobre el altar; consagra con palabras de bendicion aun las mismas piedras de

1 1. Petri, cap. 2. v. 9.

2 Ibid.

3 Ibid.

estos santos edificios, como para hacerlas dignas de sufrir la presencia y la vista del Dios que habita en ellos. Expone á las puertas de nuestros templos una agua santificada con sus oraciones, y encarga á los fieles que la echen sobre sus cabezas antes de entrar en este santo lugar, como para acabar de purificarlos de algunas leves manchas que podian haberles aún quedado, para que no se ofenda la santidad del Dios en cuya presencia van á parecer.

Antiguamente no concedia la Iglesia sepultura á los cuerpos de los fieles en el recinto de sus sagrados muros, no admitia los despojos de su mortalidad en este santo lugar; solamente las preciosas reliquias de los mártires tenían derecho para ser colocadas en él, y la parecia que el templo de Dios, este nuevo cielo que llena con su presencia y su gloria, no debia servir de asilo á las cenizas de los que no contaba todavía el número de los bienaventurados.

Tambien los penitentes estaban excluidos por mucho tiempo de la asistencia á los santos misterios. Postrados á las puertas del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, estaban privados de concurrir con los demás fieles como anátemas. Solamente sus lágrimas y maceraciones les abrian por último aquellas sagradas puertas, y así, ¡qué alegría no experimentaban cuando despues de haber gemido mucho tiempo y pedido su reconciliacion, se hallaban en el templo entre sus hermanos; cuando volvian á ver aquellos altares, aquel santuario, aquellas reliquias de los mártires, aquellos ministros ocupados con tanta devocion en los terribles misterios; cuando oían pronunciar sus nombres en el altar con los demás fieles, y cuando cantaban con ellos himnos y cánticos. ¡Qué lágrimas de gozo y de religion no deramaban entonces! ¡Qué pesar no tenían de haber estado privados tanto tiempo de tan grave consuelo! Un solo dia,

¡oh Dios mío! pasado en vuestra santa casa, exclamaban con el profeta, consuela mas el corazon que años enteros pasados en los deleites y en los tabernáculos de los pecadores! Estos eran antiguamente los templos de los cristianos. Apartaos de estos sagrados muros, decia entonces en alta voz el ministro desde lo alto del altar á toda la congregacion de los fieles, vayan fuera de estos sagrados muros los inmundos, los impuros, los sectarios de los demonios, los adoradores de los ídolos, las almas que han vuelto á su vómito y los partidarios de la mentira y de la vanidad: *Foris canes, et venefici, et impudici, et homicidae, et idolis servientes, et omnis qui amat, et facit mendacium.*<sup>1</sup>

Es verdad que la Iglesia no hace ya esta severa distincion, porque siendo ya imposible por la multitud de fieles y por la depravacion de las costumbres, abre indistintamente las puertas de nuestros templos á los justos y á los pecadores; quita el velo de su santuario aun delante de los ojos profanos, y sus ministros no esperan á que los pecadores y los inmundos hayan salido para empezar los terribles misterios; pero la Iglesia supone que si no estais justificados cuando venís aquí á presentaros delante de la Majestad de un Dios santo, venís á lo menos con deseos de justicia y de penitencia; supone que si aun no estais purificados de todos vuestros delitos, á lo menos estais movidos á penitencia, que venís á llorar al pié de los altares y que vuestra confusion y el sincero arrepentimiento de vuestras culpas darán aquí principio á vuestra justificacion y á vuestra inocencia.

Los deseos de una vida mas cristiana, si sois pecador, son los que únicamente os pueden autorizar y dar derecho

<sup>1</sup> Apocalip. 22. v. 15.

para presentaros aquí en el santo lugar; si no venís á él á llorar vuestros delitos, si llegais al pié de los altares con la voluntad depravada, aunque es verdad que la Iglesia, que no ve los corazones y que no juzga de lo oculto, no os cierra estas sagradas puertas, Dios os desprecia invisiblemente, sois á su vista un anatema y un excomulgado, no tenéis derecho al altar y á los sacrificios, venís á manchar con vuestra presencia la santidad de los terribles misterios, á ponerlos en un lugar que no os pertenece, del que el ángel del Señor; que vela á la puerta del templo, os arroja invisiblemente, como arrojó en otro tiempo al primer pecador de aquel lugar de inocencia y santidad que santificaba el Señor con su presencia.

Y á la verdad, católicos, que el conocerse reos de los mas vergonzosos delitos y venir aquí á presentarse en el lugar mas santo de la tierra, venir á parecer delante de Dios sin tener á lo menos algun movimiento de vergüenza y de dolor, sin pensar en los medios de salir de un estado tan deplorable, sin desearlo por lo menos, y sin formar algunos pensamientos de religion, traer al pié de los altares los cuerpos y las almas manchadas, pretender que los ojos del mismo Dios, por decirlo así, se familiaricen con el pecado sin manifestarle á lo menos el dolor que se tiene de venir de este modo á su presencia cubierto de confusion y de oprobio, sin decirle como Pedro: Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador,<sup>1</sup> ó como el profeta: Apartad, Señor, vuestra vista de mis iniquidades, y cread en mí un corazon puro<sup>2</sup> para que yo me haga digno de parecer aquí en vuestra presencia, es profanar el templo de Dios,

<sup>1</sup> Luc. 5. v. 8.

<sup>2</sup> Psalm. 50. v. 11. 12.

ultrajar su gloria, su majestad y la santidad de sus misterios.

Porque, amados oyentes míos, seais quien fuéreis los que aquí asistís, vosotros venís á ofrecer espiritualmente con el sacerdote el terrible sacrificio; venís aquí á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; venís á aplacar su justicia con la dignidad y excelencia de estas santas ofrendas, y á representarle el derecho que teneis á sus misericordias, despues que la sangre de su Hijo os ha purificado, y que en cierto modo formais con él un mismo sacerdote y una misma víctima. Pero cuando os presentais aquí con un corazón corrompido y obstinado, sin pensamiento alguno de fe, sin deseo alguno de arrepentimiento, estais contradiciendo el ministerio del sacerdote que ofrece por vosotros; contradecís las oraciones que dirige al Señor, con las que suplicais por boca del sacerdote que mire con ojos propicios las santas ofrendas que están sobre el altar, y que las acepte como precio y abolicion de vuestros delitos; insultais al mismo amor de Jesucristo, que renueva el gran sacrificio de vuestra redencion, y os ofrece á su Padre como una porcion de esta Iglesia pura y sin mancha que ha lavado con su sangre; insultais á la piedad de la Iglesia, que creyendoos unidos á su fe y á su caridad, os pone en la boca, por medio de los cánticos con que acompaña los santos misterios, expresiones de dolor, de religion y de penitencia; engañais, finalmente, la fe y la piedad de los justos que aquí están presentes y que os miran como que formais con ellos un mismo corazón, un mismo espíritu y un mismo sacrificio; se unen á vosotros y ofrecen al Señor vuestra fe, vuestros deseos y vuestras oraciones como bienes propios suyos. Estais, pues, allí como un anatema, separado de to-

do el resto de vuestros hermanos, como un impostor que niega en secreto todo lo que está pasando en público, y venís á insultar la religion y á no participar de la redencion y del sacrificio de Jesucristo, al mismo tiempo que él renueva su memoria y ofrece el precio de él á su Padre.

¿Qué se infiere de aquí, católicos? ¿acaso el que los pecadores se deben desterrar de nuestros santos templos? No lo permita Dios. ¡Ah! por lo mismo deben venir á solicitar al pié de los altares las misericordias del Señor, que está siempre dispuesto para oír en ellos á los pecadores. Por lo mismo, deben valerse de todos los socorros que aquí ofrece la religion á la fe para excitar en nosotros algunos movimientos de arrepentimiento y devocion; ¿y á dónde hemos de ir, católicos, cuando por nuestra miseria hemos caido en la desgracia de Dios, ni qué otro recurso puede quedarnos? Aquí es donde solamente pueden hallar asilo los pecadores; aquí corren las aguas vivas de los Sacramentos, las únicas que tienen fuerza para purificar sus conciencias; aquí están formados los tribunales de misericordia á cuyos piés se les perdonan sus pecados y se les liberta de sus cadenas; aquí se ofrece por ellos el sacrificio de propiciacion, el que únicamente es capaz de aplacar la justicia de Dios irritada con sus delitos; aquí las verdades de salud eterna, introducidas en sus corazones, les inspiran el aborrecimiento al pecado y el amor á la justicia; aquí se ilustra su ignorancia, se disipan sus errores, se alienta su flaqueza y se fortifican sus buenos deseos. Aquí, en una palabra, ofrece la religion remedios á todos sus males. Luego los pecadores son los que con mas frecuencia deben venir á los templos santos, y cuanto mas antiguas é inveteradas sean sus llagas, mas prisa deben darse á venir á buscar aquí su salud.

Esta es la primera disposicion que aquí nos pide á nosotros, como á los bienaventurados en el cielo, la presencia de un Dios santo. *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.*<sup>1</sup>

Pero si solamente el estar en pecado sin remordimiento, sin deseo alguno de mudar de vida, y con una voluntad actual de perseverar en él, es una especie de irreverencia que profana la santidad de nuestros templos y de nuestros misterios, ¿que será, ¡oh gran Dios! el escoger estos lugares santos y la hora de los terribles misterios, para venir á inspirar aquí pasiones vergonzosas, para permitirse en ellos la licencia de unas miradas impuras, para formar en ellos deseos pecaminosos, para buscar en ellos unas ocasiones que solamente la decencia impide en otras partes, para hallar acaso en ellos unos objetos que en todos los demás lugares aparta de nuestra vista la vigilancia de los que nos gobiernan? ¿Qué será el hacer que lo mas santo de la religion sirva para facilitar el pecado, y el escoger vuestra presencia, ¡oh gran Dios! para ocultar el secreto de una pasion impura, y hacer de vuestro santo templo casa de iniquidad, y un lugar mas peligroso que aquellas asambleas de pecado que la religion prohíbe á los fieles? ¿Qué delito el venir á crucificar de nuevo á Jesucristo en el mismo lugar en que todos los días se le ofrece por nosotros á su Padre! ¡qué delito es el valerse para facilitar nuestra perdicion, de la misma hora en que se celebran los misterios de eterna salud y de la redencion de todos los hombres! ¡qué locura el escoger la presencia de nuestro Juez para hacerle testigo de nuestros delitos y hacer de su presencia el motivo mas funesto de nuestra condenacion! ¡qué abandono de Dios y qué se-

<sup>1</sup> Apoc. 14. v. 5.

ñal de reprobacion el mudar los sagrados asilos de nuestra reconciliacion en ocasiones de desorden y de libertad!

¡Gran Dios! cuando os ultrajaron en el Calvario, en donde aun érais un Dios que padecía, se abrieron los sepulcros que estaban al rededor de Jerusalem y resucitaron los muertos, como para venir á reprender á sus descendientes el horror de su sacrilegio. ¡Ah! vivificad las cenizas de nuestros padres, que en este santo templo esperan la feliz inmortalidad; haced que salgan sus cadáveres de estos soberbios sepulcros que les ha fabricado nuestra vanidad, y que inflamados con una santa indignacion contra las irreverencias que de nuevo os crucifican, y que profanan el sagrado asilo de los despojos de su mortalidad, se dejan ver sobre esos sepulcros; y pues son inútiles nuestras instrucciones y amenazas, vengan ellos mismos á reprender á sus descendientes su irreligion y sus sacrilegios! Pero ¡oh Dios mio! si el terror de vuestra presencia no basta á contenerlos en el debido respeto, no serán mas religiosos ni mas fieles aunque resucitaran los muertos, como vos mismo dijisteis.

Pero si la presencia de un Dios santo nos pide aquí, como á los bienaventurados en el cielo, una disposicion de pureza é inocencia, la presencia de un Dios terrible y lleno de majestad pide una disposicion de temor y de recogimiento: segunda disposicion, que está señalada en el profundo abatimiento con que están los bienaventurados en el templo celestial. *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas.*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Apoc. 7. v. 11.

## SEGUNDA PARTE.

Dios es espíritu y verdad, y por eso principalmente quiere que le honremos en espíritu y verdad; y así esta disposición de abatimiento profundo que le debemos en nuestros templos, no consiste solamente en la postura exterior de nuestros cuerpos, sino que incluye también en sí, como la de los bienaventurados en el cielo, un espíritu de adoración, de alabanza, de oración y de acción de gracias: *Benedictio, et claritas, et gratiarum actio*.<sup>1</sup> Este es el espíritu de religión y de abatimiento que nos pide Dios en el templo santo, semejante al de los bienaventurados en el templo celestial. *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas*.<sup>2</sup>

Dije un espíritu de adoración, porque como aquí es donde Dios manifiesta sus maravillas y su suprema grandeza, y á donde baja desde el cielo para recibir nuestros respetos, el primer pensamiento que debe formarse en nosotros cuando entramos en este santo lugar, es un pensamiento de terror, de silencio, de recogimiento profundo y de abatimiento interior á vista de la majestad del Altísimo y de nuestra propia bajeza, no pensar mas que en el Dios que se nos manifiesta, sentir todo el peso de su presencia y de su gloria, recoger toda nuestra atención, todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos, toda nuestra alma, para ofrecérsela y ponerla toda entera á los piés del Dios que adoramos. Olvidar todas las grandezas de la tierra, no mirar mas que á él, no pensar mas que en él, no cono-

<sup>1</sup> Apoc. 7. v. 12.

<sup>2</sup> Ibid.

cer cosa mayor que él, y confesar con nuestro profundo abatimiento, como los bienaventurados en el cielo, que él solo es poderoso, solo inmortal, solo grande, solo digno de todo nuestro amor y de nuestros respetos.

Pero ¡oh católicos! ¿dónde se hallan en nuestros templos aquellas almas respetuosas y poseidas de un santo temor, que á vista de estos sagrados lugares sientan todo el peso de la majestad del Dios que los habita, y que no hallen mejor situación para sostener el resplandor de su presencia, que la inmortalidad de un cuerpo abatido y la profunda religión de una alma que adora? ¿dónde están los que solamente piensan en la grandeza de Dios y se olvidan aquí de todos los demás cuidados de la tierra? Me tomo la libertad de decir en la presencia de un rey cuyo profundo respeto al pié de los altares honra la religión, que algunos vienen al santo templo no á honrar al Dios que en él habita, sino las mas veces á honrarse á sí mismos con un vano exterior de piedad, y á valerse de unos fines y de unos intereses que condena la verdadera devoción; vienen á doblar la rodilla, como Naamán, delante del altar profano, para granjearse las atenciones y seguir el ejemplo de un príncipe que adora; vienen aquí á buscar otro Dios distinto del que se manifiesta en nuestros altares, á hacer la corte, no al Señor soberano, sino á otro príncipe; á buscar otras gracias distintas de las del cielo y á granjearse las atenciones, no del remunerador inmortal, sino de otro remunerador. Es en su templo un Dios desconocido, aun en medio de una multitud de adoradores, como lo era antiguamente en la pagana Atenas; aquí todas las miradas se dirigen al príncipe, al mismo tiempo que él solamente mira á Dios; todos los votos se dirigen á él, sin que su profundo abatimiento al pié de los altares pueda enseñarnos

á respetar aquí al Señor en cuya presencia un gran rey, dueño del universo, por decirlo así, baja su cabeza y se olvida de toda su majestad, enseñándonos solamente á valernos de su religion y de los favores con que honra á la virtud, para valernos de ésta, con el fin de subir por este medio á nuevos grados de grandeza en la tierra. ¡Oh Dios mio! ¡no es esto lo que anunciábais á vuestros discípulos cuando les decíais que vendria tiempo en que se apagaria la fe, en que serviria la devocion de vergonzoso comercio, y en que viviendo los hombres en la tierra sin Dios, no os conocerian mas que para haceros servir á sus injustos deseos!

Esta disposicion de abatimiento tambien encierra en sí un espíritu de oracion, porque cuanto mas admiramos aquí la grandeza y el poder del Dios que adoramos, tanto mas nos avisan nuestras infinitas necesidades que recurramos á Aquel de quien solamente podemos conseguir la libertad y el remedio. Por eso el templo es la casa de oracion, á la que todos deben venir á exponer al Señor sus mas ocultas miserias; en donde con súplicas comunes se le aplaca en orden á las calamidades públicas; en donde juntos los ministros levantan las manos por los pecados del pueblo, y en donde los ojos del Señor siempre están abiertos para ver nuestras necesidades, y sus oídos atentos á nuestros clamores.

No quiero decir que no se pueda orar en todas partes, como dice el apóstol; pero el templo es el lugar en donde el Señor se manifiesta mas propicio, y en donde nos ha prometido estar siempre presente para oír nuestras súplicas y recibir nuestros respetos. Sí, católicos, aquí es á donde debemos venir á llorar con la Iglesia los escándalos que la afligen, las divisiones que la despedazan, los peli-

gros que la rodean, la obstinacion de los pecadores y la tibieza de la caridad entre los fieles; aquí venimos á implorar con ella las misericordias del Señor para su pueblo, que proteja á esta monarquía, cuyos soberanos se honran con el augusto título de la fe, y al príncipe que es su protector y modelo; á pedirle que cesen las guerras y los públicos castigos, la extincion de los cismas y errores, el conocimiento y el amor de la justicia y de la verdad para los pecadores y la perseverancia para los justos. Debeis, pues, venir aquí con un espíritu atento y recogido, con un corazon dispuesto y que no presente cosa alguna á la vista de Dios que pueda apartar las gracias que la Iglesia solicita para vosotros, y presentaros con un exterior humilde que demuestre que está adorando y suplicando.

No obstante, católicos, mientras que los ministros al rededor del altar levantan aquí las manos por vosotros, mientras piden la prosperidad de vuestras casas, la abundancia de vuestros campos, la felicidad de vuestros ejércitos, la conservacion de vuestros parientes y de vuestros hijos, que exponen su vida por el bien del Estado; mientras piden el fin de las guerras, de las disensiones y de todas las desgracias que nos afligen, el remedio de vuestras caidas y los socorros para vuestra flaqueza; mientras que están hablando á favor vuestro con un Dios santo, vosotros no os dignais ni aun de acompañar sus oraciones con vuestra atencion y respeto; deshonrais la santa gravedad de los gemidos de la Iglesia con un espíritu distraido y con unas indecencias que apenas podrian tolerarse en aquellos infames lugares donde vais á oír las canciones profanas, sin que haya mas distincion que el que allí una armonía lasciva os mueve y os hace estar atentos, y aquí estais impacientes oyendo la santa armonía de los divinos

cánticos, y para haceros atender es preciso valerse de los mismos atractivos, y muchas veces de las mismas bocas que corrompen todos los días los corazones en los teatros impuros y lascivos.

Por eso, católicos, en vez de que las públicas oraciones debieran detener el brazo del Señor, que ha tanto tiempo está levantado sobre nuestras cabezas; en vez de que las rogativas pedidas por el príncipe y mandadas por los pastores, y que por todas partes resuenan en nuestros templos, debieran, como antiguamente, suspender los castigos del cielo, traernos unos días serenos y tranquilos, reconciliar los reyes y los pueblos, y hacer que bajase la paz del cielo y la tierra; ¡oh! aun duran los días malos, los tiempos de turbación, de luto y de desolación no se acaban, la guerra y el furor parece que han establecido para siempre su morada entre los hombres. La esposa desconsolada pide su esposo, el padre afligido espera en vano á su hijo, el hermano vive separado de su hermano. Aun nuestras mismas felicidades se visten de luto, y nos vemos precisados á llorar nuestras propias victorias. ¿De qué proviene esto, católicos? ¡Ah! proviene de que no son oídas las oraciones de la Iglesia, que son el único principio de las gracias que Dios derrama sobre los reinos y sobre los imperios, y en que obligais al Señor á que aparte sus oídos y sus ojos por las irreverencias con que las acompañais, haciendo que sean inútiles para la tierra.

Pero no solamente debéis presentaros aquí, católicos, como quien suplica y con un espíritu de oración por ser este el lugar en donde el Señor derrama sus favores y sus gracias, sino que como aquí se renueva también la memoria de las que habeis recibido, debéis venir con un espíritu de reconocimiento y de acción de gracias, pues á cualquiera

parte que volvais la vista todo os acuerda los beneficios de Dios y os representa sus eternas misericordias con vuestras almas.

Y primeramente, aquí es donde os hicisteis fieles con el sacramento que nos reengendra, aquí fué donde la bondad de Dios, uniéndoos por el bautismo á la esperanza de Jesucristo, os distinguió de tantos bárbaros que no le conocen y de tantos herejes que aunque le conocen, no le glorifican como deben; aquí fué donde prometisteis al Señor vuestra fe, y aun se conservan escritas sobre el altar vuestras promesas; aquí está el libro de la alianza que contraísteis con el Dios de vuestros padres; y así no debéis venir aquí sino para ratificar las promesas de vuestro bautismo y para dar gracias al Señor por el inestimable beneficio que os hizo en asociaros á su pueblo y honraros con el nombre de cristianos; debéis conservar un amor tierno y un respeto filial al dichoso seno de que nacisteis en Jesucristo, y la gloria de esta casa debe ser gloria vuestra.

¿Qué haceis, pues, cuando en lugar de ofrecer á los pies de los altares vuestras acciones de gracias á vista de un tan señalado beneficio, venís á deshonrarlos con vuestras irreverencias? Sois unos hijos desnaturalizados que profanais el lugar de vuestro nacimiento segun la fe; unos cristianos pérfidos que venís á retractar vuestras promesas delante de los mismos altares que fueron testigos de ellas, que venís á romper el tratado en el mismo sagrado lugar en que se hizo, á borraros del libro de la vida donde estaba escrito vuestro nombre con los de los fieles, á abjurar la religion de Jesucristo en la misma fuente en donde la recibisteis, á hacer gala de las pompas del siglo al pié del altar donde solemnemente las renunciásteis, y hacer profesión del mundo en donde la habíais hecho del cristianismo.

Aun no lo he dicho todo. También en este santo lugar se ven por todas partes tribunales de reconciliación y de misericordia, en donde tantas veces habeis dejado el vergonzoso depósito de las infidelidades con que habeis manchado la gracia de vuestro bautismo y humillado la cabeza debajo de la sagrada mano que os ha justificado con la virtud del santo ministerio; aquí es donde mil veces os ha dicho Jesucristo por boca de sus ministros: Hijo, tus pecados quedan perdonados; vé en paz y no vuelvas á pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Aquí es donde deshechos en lágrimas le habeis dicho muchas veces: Padre mio, yo pequé contra el cielo y contra vos. ¡Y es posible, católicos, que en el mismo lugar en que tantas veces habeis hallado la gracia del perdón, no solo os habeis de olvidar del beneficio, sino que habeis de venir á empezar de nuevo vuestras ofensas? ¡aquí mismo donde tantas veces habeis detestado las miradas que fueron tan funestas á vuestra inocencia, habeis de venir á renovarlas, y aquí, finalmente, en donde tantas veces os habeis manifestado penitente, habeis de parecer aún mundano y profano? ¡Ah! ¡en vez de venir aquí á reconocer en los sagrados tribunales los desórdenes de vuestra vida, en vez de venir á renovar á su vista aquellas promesas de penitencia, aquellos sentimientos de compunción, aquellos movimientos de confusión y vergüenza, de que tantas veces han sido depositarios; venís con la cabeza levantada, mirando á todas partes, y acaso, como se explica el apóstol, con los ojos llenos de delitos y adulterios, á renovar en su presencia las mismas infidelidades que allí habian expiado vuestras lágrimas, y hacerlos públicos testigos de las mismas prevaricaciones de que habian sido los secretos confidentes y el feliz remedio?

¡Qué mas he de decir, católicos! El templo, en tercer lugar, es la casa de la verdad y de la doctrina; aquí es donde por boca de los pastores os anuncia la Iglesia las máximas de la eterna salud y los misterios del reino de los cielos, ignorados de tantas naciones infieles, lo que debe ser para vosotros nuevo motivo de agradecimiento. ¡Pero ay! que mas os sirve de motivo de condenación: aquí mismo donde desde los púlpitos cristianos os decimos todos los días de parte de Jesucristo, que los impuros no poseerán el reino de los cielos, venís á formar deseos profanos; aquí mismo donde se os advierte que habeis de dar cuenta hasta de una palabra ociosa, venís á proferir palabras de pecado; aquí mismo, finalmente, en donde os anunciamos que el que escandaliza será desgraciado, venís á servir vosotros mismos de tropiezo y de escándalo. ¡Por qué os parece, católicos, que la palabra del Evangelio que predicamos á los príncipes y grandes de la tierra, no es mas que un metal que suena, y que es ya casi inútil nuestro ministerio? Bien puede suceder que nuestras ocultas flaquezas sirvan de obstáculo al fruto y adelantamiento del Evangelio, y que Dios no eche su bendición á un ministerio cuyos ministros son desagradables á sus ojos; pero además de esta razón de tanto abatimiento para nosotros, la que á la verdad no podemos disimularos, ni disimularla á nosotros mismos, la profanación de los templos y el indecente y poco respetuoso modo con que asistís á ellos para oírnos, acaban de quitar su fuerza y su virtud á la palabra de que somos ministros. El Señor, apartándose de este santo lugar por vuestras profanaciones, ya no da en él las gracias, que son las únicas causas de que fructifiquen su doctrina y su palabra. No mira estas asambleas, santas en otro tiempo, mas que como una concurrencia de mundanos, de sensuales, de ambi-

ciosos y de profanadores. ¿Pues cómo quereis que no aparte de aquí su vista y que aquí fructifique la palabra de su Evangelio? Reconciliad primeramente con él estas casas de verdad y de doctrina por medio de vuestros respetos, con vuestro recogimiento y devocion, y entonces el mismo Señor suplirá nuestros defectos, abrirá vuestro corazon para que reciba nuestras instrucciones, y su palabra no se volverá á él vacía.

Y á la verdad, católicos, ¿de qué sirven las dedicaciones de los templos y las oraciones tan solemnes que usa la Iglesia para consagrarlos, si vosotros los profanais todos los dias con vuestra asistencia, y si borrais de estas paredes aquellos caracteres de santidad y de oracion que en ellas dejaron las bendiciones del pontífice y que atraian sobre los asistentes las propicias miradas del Dios que aquí se invoca?

Pero finalmente, diré el último motivo que hace que vuestras irreverencias sean aun mas culpables y mas vergonzosas á la religion: venís al templo á ofrecer en algun modo con el sacerdote el terrible sacrificio, á renovar la oblacion de la cruz, y á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; y vosotros, católicos, mientras que se celebran unos misterios tan augustos, mientras duran aquellos terribles momentos en que se abre el cielo sobre nuestros altares; en un tiempo en que se trata el negocio de vuestra eterna salud entre Jesucristo y su Padre; mientras que la sangre del Cordero corre sobre el altar para lavar vuestras manchas; mientras que los ángeles del cielo tiemblan y adoran; cuando la gravedad de los ministros, la majestad de las ceremonias y aun la piedad de los verdaderos fieles, que todo inspira terror, la reconocen y respetan, apenas doblais la rodilla, apenas mirais hácia el al-

tar santo, en donde se consuman por vosotros unos misterios tan felices; estais en el templo como forzados, medís la duracion y lo largo del sacrificio saludable, contais los momentos de un tiempo tan precioso para la tierra y tan lleno de maravillas y de gracias para los hombres. Vosotros á quienes estorba tanto el tiempo, que le gastais inútilmente y que casi no sabeis en qué emplearle, ¿os quejais de la santa gravedad del ministro y de la circunspeccion con que trata las cosas santas! ¡Ah! ¿quereis que vuestros esclavos os sirvan con tanto respeto y precaucion, y habeis de querer al mismo tiempo que un sacerdote revestido de toda su dignidad, que un sacerdote que representa á Jesucristo y que hace su oficio de mediador y de pontífice con su Padre celestial, trate precipitadamente los santos misterios y deshonne la presencia del Dios á quien está sirviendo, y que haga el sacrificio con una celeridad escandalosa? ¡Oh Dios mio! ¿á qué tiempo hemos llegado? ¿quién habia de creer que vuestros mas preciosos y mas señalados beneficios habian de llegar á ser molestos á los cristianos de nuestros siglos?

¡Ah! los primeros fieles, que á diferentes horas del dia se juntaban en el templo á vista de su pastor para celebrar allí las alabanzas del Señor con himnos y cánticos, y que casi no salian de aquellos sagrados lugares, se apartaban de ellos con pesar para cumplir con los negocios del siglo y con las obligaciones de su estado. ¡Qué delicia seria, católicos, el ver en aquellos felices tiempos la asamblea santa de los fieles en la casa de oracion, colocado cada uno en el lugar que correspondia á su estado! En una parte los solitarios, los santos confesores y los simples fieles; en otra las vírgenes, las viudas y las mujeres ligadas con el santo vínculo del matrimonio; todos atentos á los santos misterios.

rios, todos mirando con lágrimas de gozo y de religion cómo corría sobre el altar la sangre del Cordero que aun humeaba, por decirlo así, y que poco antes había sido crucificado á su vista; rogando por los príncipes, por los césares, por sus perseguidores, por sus hermanos, exhortándose mutuamente al martirio, gustando el consuelo de las divinas Escrituras explicadas por sus santos pastores, y figurando en la Iglesia de la tierra la alegría, la paz, la inocencia y el profundo recogimiento de la Iglesia del cielo. ¡Qué hermosas y qué resplandecientes eran entonces las tiendas de Jacob, aun estando como estaba la Iglesia oprimida y oscurecida! Aun los enemigos de la fe, los mismos profetas de los ídolos, viendo su buen orden, su majestad y su inocencia, no podían menos de admirarlos y respetarlos, y hoy los mas rápidos momentos que aquí consagrais á la religion y que debieran santificar lo restante de vuestros dias, suelen ser ellos mismos vuestros mas graves delitos.

Finalmente, católicos, es necesario añadir á todas estas disposiciones de oracion, de adoracion y de reconocimiento que os pide la santidad de nuestros templos, la modestia exterior y la decencia de nuestros adornos y galas, que es la última disposicion de los bienaventurados en el templo celestial. *Amicti stolis albis.*<sup>1</sup> Seré muy breve.

¿Es posible, mujeres del mundo, pues á vosotras es á quienes principalmente se dirige esta parte de mi discurso, es posible, vuelvo á decir, que haya de haber necesidad de instrueros en este asunto? ¿Qué fin tiene todo ese aparato, no digo solamente de fausto y de vanidad, sino de inmodestia y de disolucion, con que os presentais en esta casa de oracion y de lágrimas? ¿Venís á disputar á Jesucristo las aten-

<sup>1</sup> Apocalip. 7. v. 9.

ciones y los respetos de los que le adoran? ¿Venís á insultar los misterios que obran la salud de los fieles, intentando corromper su corazon al pié de los altares en donde se ofrecen por ellos estos misterios? ¿Quereis que no haya lugar alguno en la tierra, ni aun el mismo templo, asilo de la religion y de la piedad, en que la inocencia pueda estar defendida de vuestra profana y lasciva desnudez? ¿No tenéis en el mundo bastantes teatros impuros, bastantes asambleas de deleites, en que poder gloriaros de ser la piedra de escándalo para vuestros prójimos? Vuestras mismas casas abiertas á la diversion y á la alegría, ¿no son suficientes para que os dejeis ver en ellas con una indecencia que en otro tiempo solamente convendria á las casas de disolucion y de escándalo? Esto da motivo á que no respetándoos vosotras á vosotras mismas, se os falte al respeto de que ha sido siempre tan celosa la política de nuestra nacion, porque solamente el pudor merece ser venerado. *Numquid domos non habetis ad manducandum, et bibendum?*<sup>1</sup> Como reprendia San Pablo antiguamente á los fieles: ¿es posible que aun habeis de manchar el santo templo con vuestras inmodestias? ¡Ah! cuando os presentais en los palacios donde habita el soberano, dais á entender con la dignidad y decencia del vestido grave y sério, el respeto que debéis á la majestad de su presencia; ¿y delante del Soberano del cielo y de la tierra os habeis de presentar sin precaucion, sin decencia y sin modestia? ¿y habeis de parecer á su vista con una desvergüenza que ofende aun á los ojos prudentes y juiciosos? Venís á turbar la atencion de los fieles, que creian hallar aquí un lugar de paz y de silencio y un asilo contra todos los objetos de la vanidad, y aun á turbar

<sup>1</sup> 1. Corinth. 11. v. 22.

el profundo recogimiento y la santa gravedad de los ministros, que están atentos al rededor del altar, y á ofender con la indecencia de vuestros adornos la pureza de su vista, mientras se ocupan en las cosas santas.

Por eso queria el apóstol que las mujeres cristianas entrasen en el templo cubiertas con un velo, por causa de los ángeles, esto es, de los sacerdotes que en él están continuamente presentes delante de Dios, y cuya inocencia y pureza debe igualar á la de los espíritus celestiales. Es verdad que en esto nos avisais tambien, ¡oh Dios mio! cuál deba ser la santa gravedad y el inviolable recogimiento de vuestros ministros en nuestros templos; que nosotros debemos tener aquí grabado en nuestra frente el santo terror de los misterios que ofrecemos, y el vivo é íntimo conocimiento de vuestra presencia, que solamente con el espectáculo de nuestra modestia debemos aquí inspirar respeto al pueblo que nos rodea, que cuando estamos en el altar ocupados en el santo ministerio no debemos manifestarnos mas enfadados, mas distraídos y mas precipitados que la misma multitud que aquí asiste, y no autorizar sus irreverencias con las nuestras; porque, ¡oh Dios mio! la desolacion del santo lugar empezó por el mismo santuario; en él se debilitó el respeto de los pueblos por no haber mantenido la santa gravedad del culto y la majestad de las ceremonias, y vuestra casa no empezó á ser lugar de disolucion y de escándalo hasta que nuestros mismos ministros la hicieron casa de negociacion, de impaciencia y de avaricia. Pero católicos, aunque nuestro mal ejemplo autorice vuestras profanaciones no las excusa.

Y verdaderamente parece que Dios nunca las ha dejado sin castigo. A las vergonzosas indecencias de los hijos de Helí, que por tanto tiempo profanaroo su casa, se siguie-

ron las mas funestas calamidades; el Arca santa vino á ser presa de los filisteos, fué colocada al lado de Dagon en un templo infame, se marchitó la gloria de Israel, el Señor se retiró de su pueblo, se apagó la luz de Judá, faltó el pontífice, y Jacob se halló de repente sin altar y sin sacrificio.

No hay que dudar, católicos, que las desgracias del siglo pasado, el furor de las herejías, la ruina de los altares y de tantos y tan augustos templos, fueron funestas consecuencias de las irreverencias de nuestros padres. Era muy justo que el Señor abandonase unos templos en que habia sido ultrajado tanto tiempo: temamos, católicos, el preparar á nuestros nietos las mismas calamidades, imitando los desórdenes de nuestros predecesores; temamos el que irritado el Señor abandone algun dia estos templos que nosotros profanamos, y que vengan tambien á ser presa del error y asilo de la herejía; y qué sé yo si ya empieza á prepararnos estas desgracias, permitiendo que la pureza y sencillez de la fe se altere en los espíritus, multiplicando unos hombres que se precian de sábios, de los que tanto abunda este siglo, que todo lo miden con las luces de una débil razon, que quisieran ver claramente los secretos de Dios, y que en vez de hacer de la religion el motivo de su culto y de su accion de gracias, la hacen motivo de sus dudas y de sus censuras. ¡Terrible sois, Señor, en vuestros juicios! y algunas veces vuestros castigos son tanto mas rigurosos cuanto son mas lentos y mas tardos.

Traigamos, pues, á la memoria, católicos, todos estos grandes motivos de religion; vengamos á este santo lugar con una devocion tierna y atenta, con un espíritu de oracion, de compuncion, de recogimiento, de accion de gracias, de adoracion y de alabanza; no salgamos jamás de nuestros templos sin sacar alguna nueva gracia, pues está aquí

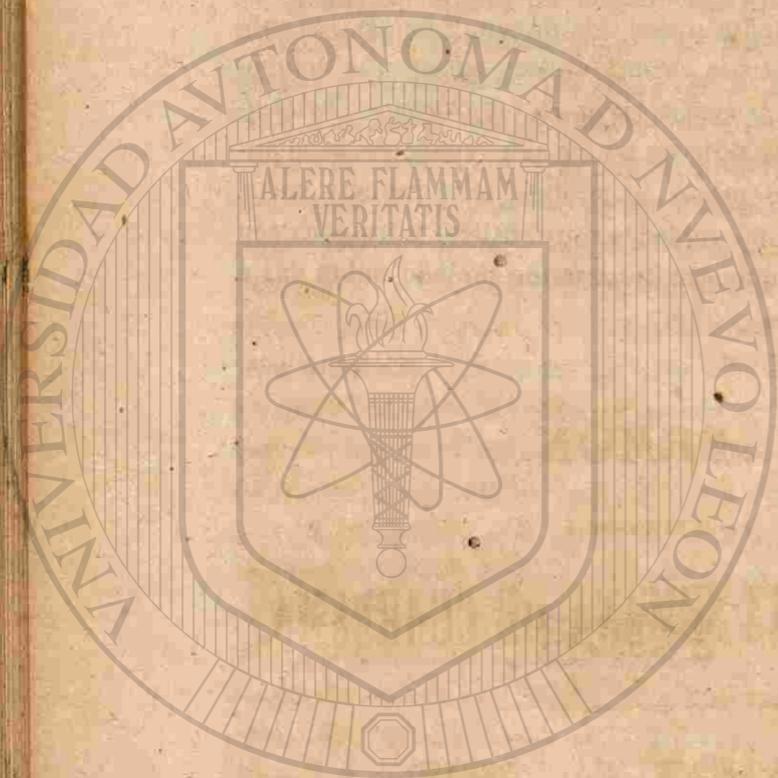
el trono de misericordia desde donde se reparten á todos los hombres; no salgais jamás sin un nuevo gusto para el cielo, sin nuevos deseos de acabar vuestros desórdenes y de uniros únicamente con Dios, sin envidiar la felicidad de los que le sirven, que pueden adorarle continuamente á los piés de los altares, y que están particularmente consagrados á este santo ministerio por su estado y por sus ejercicios. Decidle, como decia antiguamente aquella reina extranjera á Salomon: Bienaventurados vuestros siervos, que siempre están en vuestra presencia y no tienen mas habitacion que vuestra santa casa: *Beati servi tui, qui stant coram te semper.*<sup>1</sup> Y si las obligaciones de vuestro estado no os permiten el venir á adorar aquí al Señor en las diferentes horas del dia en que se juntan sus ministros para alabarle, á lo menos dirigid siempre hácia este santo lugar vuestras súplicas y vuestros deseos, como hacian en otro tiempo los israelitas; sean nuestros templos el mas suave consuelo de vuestras penas, el único asilo de vuestras aflicciones, el recurso en vuestras necesidades, el mas seguro alivio de las molestias, cumplimientos y penosas sujeciones del mundo; en una palabra, buscad en él el principio de aquella paz inalterable, cuya plenitud y consumacion no hallareis sino con los bienaventurados en el templo eterno de la celestial Jerusalem. Amen.

NOTA ACERCA DEL SERMON SIGUIENTE.

En el tercer domingo de Cuaresma se hallará otro sermón sobre la recaída, intitulado: *De la inconstancia en los caminos de la salvacion.* Este se compuso primero; pero

1. 3. Reg. cap. 10. v. 8.

juzgando despues el ilustrísimo señor Massillon que no se habia extendido bastante acerca de las verdades contenidas en la segunda parte, la trabajó de nuevo, y de las tres subdivisiones que contiene, formó los tres puntos que componen el sermón *De la inconstancia en los caminos de la salvacion.* No obstante, no he tenido por conveniente el suprimir éste, por no privar al público de la primera parte, en que se hallan unas verdades muy útiles, y tratadas con aquella elegancia que este ilustrísimo prelado sabia dar á todo lo que escribia.



## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA RECAIDA EN EL PECADO.

*Et fuit novissima hominis illius pejora prioribus.*

Y el último estado de este hombre se halla peor que el primero.

MATTH. 12. v. 45.

¡Qué terrible pintura de la recaída nos presenta hoy el Evangelio, católicos! de aquel pecado tan común que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el común estado de los cristianos! No podemos idear cosa mas horrible que la suerte de un hombre poseído del demonio, en-

TOM. III.—P. 29.

tregado al furor y á la discrecion de este enemigo del género humano, aunque propiamente hablando no es mas que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupcion; pero si se ha de creer á nuestro Divino Maestro, es mucho mas deplorable el estado de una alma infiel, que despues de haber salido de sus primeros desórdenes, despues de haber gustado el don celestial, se deja arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseida de un solo demonio, sino que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada y se establece allí para no volver á salir. *Et intrantes habitant ibi.*<sup>1</sup>

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro divino Salvador que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fiant novissima hominis illius pejora prioribus.* Porque nos da á entender que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra reprobacion, y que muy rara vez nos volvemos á Dios, cuando despues de haberle dejado, no hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, católicos, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea tan horrible, y por qué es tan difícil el levantarse despues de haber recaído? ved aquí las razones, oidlas vosotros los que hasta ahora no habeis desmentido vuestra fidelidad para con Dios, á fin de que os sirvan de preservativos contra tan gran desgracia; y vosotros, que acaso habeis caminado hasta ahora en la alternativa de reconciliaciones y pecados, que despues de haber dado algunos pasos para vuestra conversion volveis atrás, y que le-

<sup>1</sup> Matth. II. v. 45.

jos de vivir asustados por vuestro estado, confiais en algunos transitorios movimientos con que os volveis á Dios, escuchad tambien estas razones, y ved si está bien fundada la funesta tranquilidad en que vivís.

Digo, pues, que el pecado de recaída imprime en nosotros como una señal de reprobacion, y que rara vez nos volvemos á levantar. ¿Por qué? porque es uno de aquellos vicios que no tienen excusa y del que todo debe temerse. Primeramente, no tiene excusa un pecador que recayó, porque su pecado no es inadvertencia, fragilidad ni ignorancia, sino la mas odiosa ingratitude, la mas infame perfidia y el mas declarado desprecio. En segundo lugar, todo debe temerse del pecado de recaída, porque comunmente guia á la impenitencia y á un estado fijo y tranquilo de pecado. Dos motivos de que me he de valer hoy para haceros temblar acerca del estado del pecador que recae; lo enorme del pecado de recaída, y el peligro de la recaída; este es el pecado menos excusable y mas peligroso de todos, etc. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Así como el agradecimiento es la obligacion mas esencial de la criatura para con el Criador, y el respeto de que se muestra mas celoso el soberano bienhechor de los hombres, la ingratitude es el vicio mas injusto y del que comunmente se muestra mas ofendida su bondad. Pues amados oyentes míos, si despues de haberos levantado en este santo tiempo por la gracia de los Sacramentos, volveis á caer y á vivir en vuestros antiguos desórdenes, no solamente sois ingratos, sino que vuestra ingratitude está acompa-

ñada de las mas abominables circunstancias. Idlas notando conmigo.

Primeramente, quanto mayor es el beneficio, tanto es mas abominable la ingratitude con que se olvida. Ahora bien, amados oyentes míos, ¿qué beneficio mas señalado que el de vuestra libertad, la que recibisteis cuando movidos del horror de vuestros delitos venisteis á descubrirlos al pié de los altares y á prometer á Dios una vida mas retirada? Acordaos del infeliz estado de que entonces os sacó la gracia: érais hijos de ira, miembros del Antecristo y mónstruos de iniquidad; estábais cargados de mil anatemas que debian haceros eternamente enemigos de Dios; no teníais parte en la esperanza de los cristianos; ya estábais juzgados y vuestra condenacion era indefectible. ¿Podia ser mas terrible vuestra desgracia? Pues oponed á esta deplorable situacion el estado en que os colocó la gracia de los Sacramentos: os hizo hijos de Dios, herederos del cielo y de las futuras promesas, y miembros del mismo Jesucristo; vuestra alma hermoçada con la justicia, se hizo morada del Espíritu Santo; recibisteis la caridad, aquel don que durará eternamente, mas precioso que todas las grandezas de la tierra, con cuya posesion gozais de todos los demás bienes, sin el que nada seríais, aun cuando fuérais monarcas. ¿Qué se puede añadir á la magnificencia de este beneficio? ¿puede pagarse dignamente, aun cuando se emplee toda la vida en agradecimientos? ¡Ah! los santos en la inmortal morada de la gloria parán eternas gracias por él, y con todo eso, les parecerá corta la misma eternidad para emplearse en un respeto tan justo y de tanto consuelo.

Pero vosotros, amados oyentes míos, apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude.

Es verdad que el favor que no existe no despierta tanto el agradecimiento, y que el haber mucho tiempo que se recibió el beneficio, suele hacer que nos olvidemos del bienhechor; pero aquí aun están vivos en vuestra alma los dones de la gracia, no podreis extinguirlos sino con vuestras infidelidades. Estos dones son eternos por su naturaleza, y hubiérais podido conservarlos siempre si hubiérais sabido conocer el don de Dios, y no destruir lo que su mano misericordiosa acaba de edificar en vuestras almas.

Pero aun cuando no fuérais el mas ingrato de todos los pecadores por razon de la grandeza del beneficio, acordaos, en segundo lugar, del modo con que se os concedió. ¿En qué peligro estabas, alma infiel, cuando Dios movió tu corazón? ¡Ah! bien lo sabes; te hallabas en lo profundo del abismo y de la disolucion, dispuesta á caer en el último grado de insensibilidad, de donde es imposible salir, y acaso hubieras perecido sin remedio, si te hubiera negado su gracia en aquellas circunstancias. ¿Qué tiempo escogió para concedértela? ¡Ah! acaso las mismas circunstancias del delito fueron ocasion de algunas vivas reflexiones acerca de la infamia y breve duracion del placer que acababas de preferir á tu Dios, y en aquel fatal momento, en que debiera haber arrojado sobre tí todos sus rayos, derramó sobre tu alma un rocío de gracia. ¿Puede haber cosa que mas mueva que el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le está ultrajando? ¿qué era lo que pasaba en tu corazón cuando se dignó mirarle con ojos de misericordia? ¿gozabas acaso tanta felicidad en los deleites que te pudieses pasar sin tu Dios? ¿no estabas entregado á los amargos disgustos consiguientes á las pasiones, desamparado de las criaturas que habias preferido al Criador, cansado de los placeres y sin hallar en el pecado mas que funestos remor-

dimientos? Y cuando te hallabas en este estado, abandonado de los falsos dioses en quienes habias puesto tu confianza, se sintió movido de amor para contigo; te visitó en tu aflicción, se hizo tu consolador y tu amigo en la adversidad. ¡Ah! ¿pudo escoger circunstancias mas propias para hacerte estimar su beneficio y obligarte á su agradecimiento y á una fidelidad eterna? Y no obstante esto, luego que el mundo ofrece á tu vista el menor vislumbre de fortuna ó de placer, te vuelves á alistar bajo sus estandartes, te olvidas del beneficio y de tu mismo bienhechor, le das á conocer que solamente te habias vuelto á él cuando el mundo no hacia caso de tí, y le arrojas otra vez indignamente de tu alma. ¿Puede haber ingratitud mas digna de todos los castigos?

En tercer lugar. No hablo del gran número de delitos que os ha perdonado el Señor; ¿con qué conciencia venís-teis al sagrado tribunal de la penitencia? Allí vésteis horrorizarse al ministro de Jesucristo, y aun no podíais sufrir su presencia sin temblar á sus piés, llenos de confusion y de espanto. ¿Cuánto tiempo habia que estaban señalados todos vuestros días y todos vuestros instantes con las mas vergonzosas caidas? Con todo eso, el Señor no quiso entrar en cuentas con vosotros. Mil años, dice el profeta, no son á su vista mas que un dia, y la infinidad de pecados de que érais culpables, no han sido en su presencia mas que como un solo pecado, que inmediatamente os perdonó. Desde entonces miró todas vuestras culpas como si nunca las hubiérais cometido; su bondad las selló en un saco y las arrojó á lo profundo del mar; las borró del libro de la muerte donde estaban escritas con caracteres inmortales. Quanto mas se olvidó el Señor de las ofensas, mas debíais vosotros conservar la memoria de su bondad y evitar otras nue-

vas; pero si despues de esto quereis volver al pecado, ¿qué es lo que vais á hacer, católicos? Mirad que así como vuestra ingratitud es la mas abominable, las resultas de vuestra culpa deben ser las mas funestas; con el paso que vais á dar, haceis como que revivan todos vuestros antiguos desórdenes, vais á ratificar con ese nuevo pecado todas vuestras culpas pasadas; antes del fatal momento de vuestra recaída, sucedia con vuestros antiguos delitos lo que con aquellos huesos áridos y secos de que vió cubiertos los campos de Babilonia el profeta Ezequiel; el campo de vuestra alma estaba cubierta de estos tristes despojos y de aquellas inanimadas reliquias de vuestros pasados desórdenes; estaban muertos á la vista de Dios; su gracia omnipotente habia dado el fatal golpe á todos esos mónstruos, y dormian en vuestro corazon un sueño eterno; pero el ingrato consentimiento que vais á prestar á esa nueva ofensa, será la funesta señal que los resucitará á todos; luego que salga de lo profundo de vuestra corrupcion ese soplo de muerte, los vereis revivir en vuestra presencia, y volver á tomar su antigua fuerza y vigor. *Insuffla super interfectos istos, et reviviscant.*<sup>1</sup> Un ejército de mónstruos resucitará en vuestro corazon, se formarán de aquellos huesos áridos unos enemigos furiosos, poderosos y formidables, y ocuparán el campo de vuestra alma, el que será destruido y arruinado como en otro tiempo. *Steteruntque super pedes suos, exercitus grandis nimis valde.*<sup>2</sup> ¡Oh gran Dios! ¡y qué poderosa es la malicia de una sola ofensa, pues por decirlo así, puede dar alma y vida á lo que ya no existe, y casi obligaros á revocar vuestras gracias!<sup>3</sup>

1 Ezech. 37, v. 9.

2 Ibid.

3 Rom. 11. v. 9.

No quiero decir, católicos, que Dios se arrepiente de sus dones, ni que un pecado perdonado pueda imputarse otra vez; pero es tal la malicia de la recaída, que el acto con que recaéis es como una acción que da nuevo consentimiento á todos vuestros primeros vicios, retractáis vuestras lágrimas y vuestro dolor, os arrepentís de haberos arrepentido, decís á Dios con las disposiciones de vuestro corazón: Señor, olvidaos de mis lágrimas y de mis protestas, pues yo mismo me he olvidado de ellas; yo os vuelvo el perdón que me concedisteis; tomad vuestras gracias y vuestros beneficios, pues yo voy á entrar en mis antiguos caminos. Y así, Dios que juzga al hombre por el estado de su corazón, empieza á imputar lo que vosotros mismos dejáis de aborrecer y llorar. En segundo lugar. Es tal la malicia de la recaída, que despierta y reproduce en vosotros, por decirlo así, toda la corrupción que habían introducido en vuestros corazones los desórdenes antiguos, y ella sola os comunica tanta flaqueza y tanta insensibilidad en orden á la salud eterna, tanta separación de Dios y tanta ansia por el mal, como pudieran inspiraros vuestros pasados desórdenes todos juntos. En tercer lugar, finalmente, añade á aquel primer estado de corrupción en que estábais, la circunstancia de una nueva caída; esto es, un nuevo grado de miseria y de flaqueza tan monstruoso, que mil pecados repetidos antes de vuestra reconciliación y de vuestra recaída, no os hubieran apartado tanto de Dios, ni sepultado tan profundamente en el deplorable abismo. Estos son los horrores de la ingratitud y las terribles consecuencias de una sola culpa.

En segundo lugar, el pecador que recae, añade á la ingratitud la perfidia; quebranta la fe que prometió á un Dios terrible en el lugar santo, á vista de los altares, y de la que fueron testigos todos los celestiales espíritus; quebranta una

alianza sellada con lo mas sagrado y augusto de la religion, confirmada con la sangre del Cordero y con las mas irrevocables solemnidades; hace traición á unas promesas juradas en manos del ministro de la reconciliación, que las habia recibido en nombre de Jesucristo. No fueron estas promesas como aquellos juramentos, cuyo quebrantamiento puede excusar la precipitación; son unas promesas hechas con madurez. Y despues de haber resistido mucho tiempo á la gracia que se las pedia, despues del augusto aparato con que fué acompañada esta grande acción, despues de haber jurado al pié de los altares y á vista del cielo y de la tierra una fidelidad eterna á su Dios, quebranta su fe y falta á su promesa. ¡Ah! ¿os preciais de ser fieles con las criaturas, amados oyentes míos, sois religiosos en vuestras palabras, y queréis ser tenidos por tales, y no os avergonzáis de ser pérfidos con vuestro Dios? ¿la probidad y buena fe, cuando tratáis con vuestro Padre y vuestro Señor, no os parece una virtud tan apreciable? ¿no teneis por bajeza el ser tantas veces cobarde, infiel y sin honor á su vista? ¡Ah! en otro tiempo se quejaba el Señor por su profeta de que el pecador no le distinguía del hombre: *Existimasti inique quod ero tui similis.*<sup>1</sup> Pero hoy os pregunto yo: ¿tratáis con él como con los hombres? ¿os preciais á lo menos de ser en la religion lo que sois en la sociedad, franco, sincero, fiel, incapaz de faltar á vuestra palabra y de violar la religion de vuestras promesas? ¿acaso recibisteis del cielo solamente para los hombres un corazón noble, generoso, recto é incapaz de vilezas? ¿por qué no le habeis de emplear en servir al que os le dió? Y en vosotros particularmente, amados oyentes míos, la perfidia es tanto mas

<sup>1</sup> Psalm. 49. v. 21.

culpable, cuanto vuestras promesas de fidelidad estuvieron acompañadas de mas señales de dolor y de buena fe, porque permitidme que os traiga aquí á la memoria aquellos felices instantes en que movidos del arrepentimiento, venisteis á derramar la amargura de vuestro corazon al pié de los sagrados tribunales de la penitencia. ¡Qué suspiros! ¡qué sinceros pesares por lo pasado! ¡qué tiernas protestas de una eterna fidelidad para lo sucesivo! ¡con qué compuncion os quejábais á Dios de haberle conocido tan tarde! ¡Cuántas veces le repetisteis, al levantaros de los piés del sacerdote, y despues de haber soltado la carga de vuestros delitos, que aquel momento de penitencia era el mas suave y mas feliz de vuestra vida, y que en la realidad nunca habeis estado tranquilos sin él? ¡Ah infiel! ¡y despues de unas muestras tan tiernas de reconciliacion, vuelves de nuevo á declararle la guerra? Vas á olvidarte de unas promesas que aun cuando no fuera suficiente el respeto debido al Señor á quien las hiciste para que nunca las violases, solamente tus suspiros y lágrimas bastaban para hacerlas sagradas. ¡Ah! las piedras de este templo, que fueron testigos de tus suspiros y de tus protestas, se levantarán contra tí delante del Señor, dice Habacuc; esos sagrados tribunales que acaban de ser depositarios de tus juramentos, de tus lágrimas y de tus culpas, perecerán algun dia delante de todo el universo junto: *Lapis de pariete clamabit: et lignum, quod inter juncturas est, respondebit.*<sup>1</sup> Allí reconecerás tus lágrimas, tus suspiros, tus protestas, tus promesas de fidelidad, grabadas con caractéres inmortales, y serás condenado por tu propia boca.

Sin duda, amados oyentes míos, que os habeis horroriza-

<sup>2</sup> Habac. 2. v. 11.

do siempre que habeis oído contar la historia de los trabajos del Salvador ó que os han hablado de la perfidia del discípulo que le entregó; nunca habeis oído el nombre de este mónstruo sin horrorizaros de nuevo; pero aun me parece mas infame vuestra recaída despues de los gemidos de la penitencia, porque á lo menos no se lee que Judas hiciese á Jesucristo grandes protestas de fidelidad; de casi todos los demás discípulos las refiere el Evangelio. *Vamos á morir con él*, decia Santo Tomás.<sup>1</sup> *Señor, manifestadnos vuestro Padre, y eso nos basta*, decia San Felipe.<sup>2</sup> *Aun cuando todos los demás os abandonaran*, decia San Pedro, *yo nunca os abandonaré.*<sup>3</sup> Solamente Judas no habla en parte alguna, y á lo menos, con aquel afectado silencio y con aquella indiferencia, nos dispone, como anticipadamente, á su perfidia. Pero vosotros, amados oyentes míos, como si pretendiérais entretener á Jesucristo con las mas fervorosas exterioridades de fidelidad, le habeis llamado vuestro querido, como la esposa, vuestro libertador, como la hija de Sion, vuestra porcion, vuestra herencia, el Dios de vuestro corazon, como el penitente rey, y con todo eso, estos afectos no eran mas que preludios de vuestra perfidia. ¡Oh alma infiel! ¡qué vil y qué despreciable te has hecho á su vista despues que has vuelto á tus antiguos caminos! *Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas.*<sup>4</sup>

En tercer lugar, á la ingratitud de la perfidia añadís tambien el desprecio. Si vuelvo á edificar lo que habia destruido, dice San Pablo, me declaro prevaricador,<sup>5</sup> esto es,

<sup>1</sup> Joan. 11. v. 16.

<sup>2</sup> Ibid. 14. v. 8.

<sup>3</sup> Matth. 26. v. 33.

<sup>4</sup> Jerem. 2. v. 36.

<sup>5</sup> Galat. 2. v. 18.

transgresor declarado de la ley. ¿Es posible que os háyais de volver á Satanás despues de haber gustado y examinado las utilidades que se hallan en el servicio de Jesucristo? ¿despues de haber comparado la dulzura y la gloria de su yugo, con la vergüenza y servidumbre del pecado? La comparacion manifiesta la ventaja de uno de los dos extremos que se comparan; comparais el cielo con la tierra, la iniquidad con la justicia, los deleites de los sentidos con los de la gracia, á Jesucristo con Belial, y no obstante, os declarais á favor de este último, y afirmais que es mayor, mas amable y mas digno de ser servido que vuestro Dios. ¡Oh Señor! ¡qué ultraje de vuestra gloria, siendo vos, Señor, un Dios á quien ofende toda division y á quien insulta el igualaros á las criaturas, aun en el amor y en el respeto!

Y á la verdad, católicos, que cuanto en sí tiene de infame un desprecio, se halla en este. Vuestra eleccion no puede ser ciega ni se puede excusar con la ignorancia. Vosotros habeis visto, habeis conocido, habeis experimentado por ambas partes; tampoco puede vuestra eleccion ser indiferente ni podeis alegar engaño en ella. ¡Ah! estábais instruidos tanto de vuestra propia flaqueza, como del peligro de las ocasiones, y en este punto os habia hecho muy hábiles una funesta experiencia. Finalmente, tampoco puede ser una eleccion tranquila, sin remordimiento, sin el secreto aviso de la conciencia, como cuando caísteis antes de vuestra confesion. ¡Ah! es preciso que tembleis antes de pasar adelante; vuestro corazon casi se negará á sí mismo; la memoria de la gracia que recibísteis en vuestra reconciliacion, que indignamente habeis profanado, se os presentará con mil temores secretos.

Esto era lo que en otro tiempo reprendia San Cipriano á los fieles que durante la persecucion habian tenido la des-

gracia de recaer en la idolatría. Antes de vuestra regeneracion en Jesucristo, amados hermanos míos, les decia, ofendíais á un Dios que nunca habíais conocido, adorábais sin remordimientos á vuestros ídolos, y aquella funesta seguridad podia minorar á la vista de Dios el horror de vuestras idolatrías; pero cuando atemorizados con las amenazas del tirano fuísteis llevados al capitolio y os acercásteis al altar sacrílego: *Cuando ad capitolium ventum est,*<sup>1</sup> atemorizados con la memoria de la gracia que poco antes os habia llamado á la luz del Evangelio y sacado de los desórdenes de vuestras primeras costumbres; acobardados con la enormidad de una apostasía que iba á hacer inútiles todos los trabajos de vuestra penitencia y todos los dones que habíais recibido con la fe de Jesucristo, empezaron á temblar vuestros pasos, *labavit gressus*, á turbarse vuestra vista, *caligavit aspectus*, á conmovirse vuestras entrañas, *tremuerunt viscera*, á caerse vuestras manos por su propio peso y á negarse al detestable ministerio del incensar, *brachia conciderunt*; vuestra lengua temblando al mismo tiempo de ir á negar á Jesucristo, se detuvo y no pudo pronunciar sin mucho trabajo las palabras de blasfemia, *lingua hæsit*. En una palabra, os acercásteis al altar, á donde os llevaron para sacrificar á los ídolos, temblando y confusos, como si os condujeran allí para ser vosotros mismos sacrificados: *Ara illa quo moriturus accedit, rogus illi fuit*. Pues, alma infiel que me oyes, tal será tu angustia cuando estés para recaer en pecado. Y no obstante estas vivas luces, prosigue San Cipriano, que os manifestaban el horror de vuestra apostasía, os postrásteis delante del ídolo y declarásteis en presencia del cielo y de la tierra que Jesucristo era un impos-

1 Ciprian. de lapsis.

tor y que no queríais tener comercio con él. ¡Ah, hermanos míos! continuaba aquel elocuente obispo; y también yo pudiera deciros lo mismo, ¿por qué no habeis vivido hasta ahora en las tinieblas de vuestra primera ignorancia? ¿para qué habeis conocido al Señor de la gloria? Mas útil os hubiera sido el no haber entrado jamás en los caminos de la justicia, que el volver atrás despues de haberlos conocido. ¿Para qué os manifestariamos la vanidad de los ídolos? en tal caso no seríais mas que unos ciegos, y ahora sois despreciadores de Jesucristo; no seríais mas que unos insensatos adoradores del demonio, y ahora sois blasfemadores declarados del verdadero Dios.

Pero, católicos, la razon de parecerme que el desprecio del pecador que va á recaer deja menos esperanza de perdon, es porque una recaída tan pronta y repentina es señal casi infalible de la poca sinceridad de los pasos que acaba de dar para reconciliarse con Dios, porque es una prueba casi cierta de que no dió á Jesucristo el beso de paz sino para entregarle, y de que no recibió los Sacramentos sino para profanarlos; y á la verdad, católicos, el arrepentirse y volver á caer inmediatamente, el purificarse y volverse á manchar de nuevo, ¿es penitencia ó burla? ¿Puede haber cosa que mas insulte á Dios, que el que una vil criatura se humille en su presencia exteriormente, que le pida la gracia, que le haga repetidas protestas de fidelidad, y que al mismo tiempo le ultraje en su corazon, que prefiera á él los mas indignos objetos, que le niegue por su Señor y su dueño, que desmienta en alta voz lo que le parece que estaba confesando? Despues de un ultraje semejante, la debe quedar cerrado para siempre el seno de la divina misericordia.

Pero dirá alguno: ¿por ventura no puede ser sincera la

conversion que precede á la recaída? Bien sé, católicos, que el sacramento de la penitencia no fija la inconstancia del corazon humano; que no arranca de él aquella raíz de corrupcion que solamente puede consumir la inmortalidad, como dice San Pablo, y no es mi intento decir aquí absolutamente que cuando uno vuelve á caer en el pecado, despues de haber sido penitente, haya profanado la penitencia. Pero en primer lugar, el que ha salido verdaderamente justificado de los piés de los altares, y cuando la gracia santificante que sigue al sacramento, ha criado en el hombre un corazon nuevo, no se pasa en un instante del estado de justicia al de pecado. La gracia de la santificacion deja en el alma inclinaciones é impresiones durables, como el hábito del vicio. Es verdad que se puede recaer; pero esto es despues de muchos dias y de muchos años, despues que el tiempo ha entibiado insensiblemente la caridad, despues que mil ocultas infidelidades han preparado el alma para una nueva caída y dispuesto el espíritu de Dios á que la abandone. Ved ahora, amados oyentes míos, si es esta la imagen de vuestras recaídas, y si la gracia del sacramento conserva por mucho tiempo vuestra inocencia.

En segundo lugar, en el sacramento de la penitencia recibís, además de la gracia santificante, otras gracias de conversion, que son efecto de la primera; unos socorros que deben facilitaros el ejercicio de vuestras obligaciones, daros nuevas fuerzas contra el vicio y defenderos contra las ocasiones; y no obstante esto, al salir del tribunal de la penitencia os hallais el mismo, se observan las mismas caídas en las mismas circunstancias, la presencia del objeto que triunfaba de vuestra flaqueza, triunfa todavía, la injusta ocasión de ganancia que engañaba vuestra avaricia, la engaña todavía, la complacencia que os hacia infieles á vues-

tra obligacion, aun produce el mismo efecto; no se os ve apartados de aquellas concurrencias, de aquellos lugares, de aquellas conversaciones, de aquellos placeres de que tantas veces os habeis confesado, no dejais de cultivar aquellas amistades que fueron siempre fatales á vuestra inocencia, no os privais del juego que ha sido siempre la mas importante ocupacion de vuestra vida; nada minorais en vuestros gastos, con los que padecen los acreedores, los criados y aun los pobres; nada cercenais al sueño, en el que con la vanidad de vuestros pensamientos y con el regalo de vuestra cama, haceis que descanse vuestra imaginacion sobre ideas peligrosas siempre para vuestra alma; nada enmendais de una vida inútil que os condena, no se os ve tomar precauciones para lo por venir, ni medidas para expiar lo pasado; no conocéis las maceraciones, las viglias y todo el aparato de la penitencia, despreciáis la oracion, el recogimiento, el retiro y todos aquellos socorros que son tan necesarios para la piedad. En una palabra, aun sois el mismo, y en vosotros el penitente se parece en todo al pecador. ¡Ah! luego no fué el dedo de Dios el que arrojó de vuestro corazon al demonio; si fuera así, el reino de Dios, dice Jesucristo, estaria establecido dentro de vosotros mismos: *Si in digito Dei iijicio dæmonia, profecto pervenit in vos regnum Dei.*<sup>1</sup> Cuando vos, ¡oh Dios mio! habeis curado á una alma, se deja ver que se ha mezclado en esta obra vuestra mano omnipotente; vuestros milagros y las transformaciones de vuestra gracia son durables, y no se parecen á aquellas ilusiones de los impostores, que desaparecen inmediatamente despues de haberlas visto.

La penitencia verdadera, católicos, es un nuevo estado

<sup>1</sup> Luc. 11. v. 20.

del corazon, que muda nuestras acciones y corrige nuestros desordenados afectos; es un nuevo gusto que nos hace amargo el pecado y agradable el don celestial; es un nuevo amor que nos hace amar lo que habiamos despreciado y despreciar lo que habiamos amado; es un dolor eficaz que renuncia efectivamente al pecado; un dolor justo que le castiga, un dolor sobrenatural que le detesta por un motivo semejante al que tiene Dios para aborrecerle; finalmente, un dolor prudente que nunca le parecen bastantes todas las medidas para evitarle. Juzgad por esta pintura los que estais continuamente recayendo, si son verdaderas vuestras penitencias, y si al salir del sagrado tribunal os hallais profanador ó penitente.

No me atreviera á decirlo aquí, católicos, si antes que yo no lo hubieran dicho los santos; todos tuvieron á la penitencia de estos pecadores que continuamente recaen, por públicas irrisiones de los Sacramentos, por atentados semejantes á los de los infieles, que venian á nuestros templos á pisar los santos misterios, ó que en los teatros infames exponian la verdadera representacion á la burla de los espectadores. Por eso en aquel tiempo, cuando un infiel despues de haberse purificado con los penosos ejercicios de la penitencia pública volvia á caer, no se le admitia mas en el número de los penitentes públicos; no porque se desesperase de su salvacion, sino porque además de temerse que si se hacia muy comun el remedio vendria á ser despreciado, se suponía que un fiel que despues de las lágrimas y trabajos de la primera penitencia volvia á caer, no habia sido mas que un impostor y solo penitente en la apariencia; y que así, ofrecer la sangre de Jesucristo á un pecador que habia abusado de ella, era exponerla. Hasta en las figuras de la ley estaba anunciada esta verdad. Aquel

cuya lepra volvía á manifestarse después de haber sido curada una vez, tenía obligación de comparecer delante del sacerdote que le había curado, y éste le declaraba inmundo por toda su vida, esto es, excomulgado, separado del altar, de los sacrificios y del comercio de sus hermanos: *Inmunditia condemnabitur.*<sup>1</sup>

¡Dios mio, y se usaba de toda esta severidad, por una sola recaída! se desconfiaba de una penitencia que solamente había tenido segunda infidelidad. ¡Ah! juzgad, amados oyentes míos, lo que los santos hubieran pensado de vosotros, y lo que aun hoy piensa la Iglesia; juzgad de las quejas que algunas veces formais contra los ministros de los Sacramentos, que hallándoos siempre infieles no se atreven por último á absolveros hasta haber hecho largas experiencias, temiendo echar lo santo á los perros. ¡Ah! bien sé que nosotros no debemos agravar el yugo, bien sé que comprende la misma maldición de Dios al que añade un solo punto á su ley por un exceso de rigor, que al que le quita por una culpable cobardía, y que no debemos con una ostentación de severidad dar motivo á los pecadores para que se aparten de las cosas santas: ¿pero se han de abrir inmediatamente los tesoros del santuario á unos profanos que los han manchado mil veces? ¿se ha de entregar sin precaución la sangre de Jesucristo á unos pérfidos que siempre le han hecho traición? ¿se ha de dar crédito á unas promesas continuamente violadas? ¿no debemos cerrar por algun tiempo el cielo, como Elías á los adoradores de Baal, que claudican hácia una y otra parte, en frase de la Escritura, y que viniendo á invocar al Señor en una solemnidad, van desde allí á sacrificar al ídolo? ¿no debemos saber, como Eliseo,

<sup>1</sup> Levit. 13. v. 8.

detener algunas veces el aceite de la gracia y la virtud de los Sacramentos, cuando solamente nos presentan unos vasos llenos, quiero decir, unos corazones poseidos siempre de las mismas pasiones? ¡Ah! ¿qué haríamos en concederos el perdón que Dios os niega, sino multiplicar vuestros delitos y cargaros con una nueva maldición? ¡Ojalá, almas infieles que me oís, ojalá hubiérais hallado cerrados todos los tribunales á vuestras vergonzosas recaídas, y que vuestros desórdenes no hubieran hallado asilo en la misma indulgencia del santuario! no se os vería caer en las mismas miserias y en las mismas flaquezas después de tantos años, como hace que las estais confesando. No estaríais cubiertos de esa lepra que habeis tenido casi desde vuestra infancia, si como la hermana de Moisés, hubiérais hallado un legislador prudente y severo, que sin tener respeto al puesto que ocupais en vuestro pueblo, sin condescender con la carne y con la sangre, os hubiera separado del santo tabernáculo y del campo del Señor, hasta que vuestro abatimiento y vuestro dolor os hubiera dispuesto á recibir la salud y á venir á presentar vuestras ofrendas con los demás fieles. Una sola confesion hecha con un sacerdote santo y docto, os hubiera renovado, y ahora después de tantos sacramentos y de tan inútiles pasos de penitencia, aun sois los mismos.

¡Pero qué digo los mismos! habeis añadido á unos desórdenes que nunca se perdonaron porque nunca os arrepentisteis como debíais, la horrible circunstancia de un gran número de sacrilegios. Luego hubiera sido menor mal, me direis, el permanecer siempre obstinado en la misma costumbre, sin hacer nunca esfuerzos para salir de ella. Sin duda hubiera sido menos malo perseverar pecador, que venir á profanar la sangre de Jesucristo. ¿Pero no teníais

otros arbitrios para evitar el sacrilegio? ¿no podíais disponer con una sincera penitencia para llegar dignamente al altar? ¿es acaso alternativa inevitable ó abusar de las cosas santas, ó apartarse de ellas? ¡Ah! no debemos huir de los remedios divinos, sino vencer las pasiones; no debemos evitar las profanaciones haciéndonos impíos, sino usando con devoción de las gracias de la Iglesia. No debemos mejorar nuestras costumbres sacudiendo el yugo, sino observando la ley con las disposiciones con que debe ser observada. No debemos decir con el impío: Pues la ley es ocasión de caída, ¿por qué me condenan cuando no la observo? Sino decir con una alma arrepentida:<sup>1</sup> Yo he lavado mis pies; ¿cómo los he de volver á manchar? Señor, vos rompísteis mis lazos, ya no me verán mas apretar sus funestos nudos. Vos me habeis sacado de las puertas del infierno, no volveré mas á bajar allí, temiendo que mi último estado sea peor que el primero. Y á la verdad, católicos, la recaída no solamente es un vicio que no admite excusa, por causa de la ingratitud, de la perfidia y del desprecio que en sí encierra, sino que tambien es un vicio del que no hay mal que no deba tener el pecador, por causa de la impenitencia y del estado tranquilo de la culpa á que tarde ó temprano le reduce.

#### SEGUNDA PARTE.

No hay cosa mas cierta, católicos, que el que las recaídas vienen por último á parar en un estado fijo y tranquilo de culpa, y no dudareis de esta importante verdad si quereis hacer conmigo tres reflexiones que claramente la de-

<sup>1</sup> Cant 5. v. 3.

muestran. La primera, que los medios de salud eterna que por lo comun obran la conversion de otros pecadores, son inútiles para el que recae. La segunda, que aun dado caso que pueda valerse de ellos, Dios se cansa de concederlos. La tercera, que aun cuando la bondad de Dios no se cansará, la malicia particular del pecado de recaída, junta con la natural disposicion del corazon humano, ha de conducir necesariamente al pecador á la obstinacion. Continúad escuchándome.

En primer lugar, los medios ordinarios de que Dios se vale para convertir á un pecador, son las nuevas luces con que le favorece; con éstas, como un rayo repentino que sale del seno del mismo Dios, se halla el alma ilustrada acerca de sus obligaciones, de sus infidelidades, de la vanidad de las cosas de la tierra y de la realidad de los bienes futuros; entonces atemorizado el pecador se indigna contra la torpeza de sus pasados errores y sigue la verdad que se le presenta. Pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros que habeis sido movidos de Dios en este santo tiempo, si volveis á vuestros primeros caminos os será inútil en adelante este medio de eterna salud. Porque os pregunto, ¿qué podrán descubrirnos de nuevo la voz de Dios y las verdades de la fe? Habeis visto claramente las santas máximas, las ilusiones del mundo, las verdades terribles de lo por venir; estas ya no son para vosotros luces nuevas, ó á lo menos han perdido para vosotros aquel terror y aquel efecto de la novedad que es tan feliz para otros pecadores; luego ya no os podrán asustar, atemorizar ni derribar. Y á la verdad, ¿qué es lo que pueden enseñarnos estas verdades? ¿que el mundo es un engaño? Esto ya lo decíais vosotros mismos en vuestros momentos de compuncion. ¿Que Dios es quien merece solamente ser servido? Poco tiempo ha que lo

confesábais al pié de los altares. ¿Que la salvacion debe ser el importante negocio de los cristianos? Ya lo habeis asegurado delante de Jesucristo. ¿Que el pecado es el mayor mal que puede suceder al hombre? pero esto lo visteis con tanta claridad, que os parecia imposible haberlo hasta entonces ignorado. ¿Pues qué podrá enseñaros de nuevo el mismo Dios? Bien sé que aun puede ilustraros; pero como un hombre que camina al medio del dia, no haríais caso de esta nueva luz; ya os habeis familiarizado con ella y con vuestras pasiones, habeis conciliado en vuestro corazon la claridad con las tinieblas. ¡Ah! antes un solo rayo de gracia, una sola verdad manifestada, hubiera ganado vuestro corazon; pero hoy las mas vivas luces no harán impresion en un espíritu tan acostumbrado á ver. La primera vez que los israelitas vieron por la noche la columna luminosa que debia guiarlos, quedaron admirados con la novedad del espectáculo, temieron la majestad del Dios que residia en medio de ellos. El terror, la admiracion y el respeto los hizo dóciles á las órdenes de Moisés; pero cuando recayeron en sus murmuraciones, por mas que aquella luz celestial volviere á manifestarse, siempre la miraron como un comun espectáculo que en nada mudó sus costumbres. Y este mismo será el efecto que produzcan en vosotros las eternas verdades y las luces del cielo despues que os háyais acostumbrado á ellas.

El segundo medio de salvacion para los demás pecadores, es el gusto de la gracia. Este es un nuevo consuelo que acompaña los principios de la justificacion, y un divino atractivo que lleva tras de sí al corazon. Pero tú, alma infiel, que has experimentado estas santas impresiones, que has dicho al Señor como aquel apóstol: Aquí estamos bien con vos, ¿qué gusto podrá ofrecerte una nueva y santa vi-

da que ya no le hayas experimentado? Una sola obligacion de piedad cumplida con gusto, un solo deseo amoroso de salvacion, triunfa las mas veces de la dureza de un pecador; pero vosotros, ¡ah! os habeis formado un corazon acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y despues de esto á recaer; teneis una alma tierna que nació con algunos sentimientos de religion, que todo la mueve, pero nunca lo bastante; la obstinacion no será la que os condene, sino una sensibilidad de conciencia que os entretiene y no os corrige: si tuviérais un corazon de piedra, como aquellos pecadores tranquilos y obstinados, un golpe de la gracia podria á lo menos herirle, romperle y ablandarle; pero teneis un corazon de cera, dice el profeta, en el que las últimas impresiones son siempre las mas vivas, fácil de moverse, difícil de fijarse, vivo en un instante de gracia y aun mas vivo en otro instante de placer. ¡Ah! amados oyentes míos, si supiérais cuál es el peligro de vuestro estado y lo poco que hay que esperar de vuestra eterna salud, temblaríais; no intento moveros á desesperacion; pero os digo temblando que son muy raras y casi imposibles las conversiones de las almas semejantes á las vuestras. La sentencia de Jesucristo en este particular es terrible. Aquel, dice, que despues de haber puesto la mano en el arado mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios: *Non est aptus regno Dei*.<sup>1</sup> No dice Jesucristo este pierde el derecho que tenia al reino de Dios, corre peligro de ser excluido de él para siempre, sino que no á es á propósito: *Non est aptus*. Esto es, sus inclinaciones, su natural, la disposicion particular de su corazon, le hacen inhábil para la eterna salud. Cuando se suele decir que un hombre no es á pro-

<sup>1</sup> Luc. 9. v. 62.

pósito para las ciencias, para la milicia, para la toga, se quiere dar á entender que nació con unos defectos incompatibles con las funciones de estos estados, y que no podrá adelantar cosa alguna en ellos, y esto es justamente lo que dice Jesucristo del pecador que recae, en órden á su salvacion, que entre todas las disposiciones del hombre no hay otra que sea menos á propósito para el reino de Dios: *Non est aptus regno Dei.*

Un deshonesto puede arrepentirse; David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser movido de Dios y sentir el peso de la majestad que habia blasfemado; Manasés en las cadenas adoró al Dios de sus padres, cuyos altares habia arruinado. Un publicano puede arrepentirse de sus injusticias; Zaqueo, despues de restituir lo que habia usurpado, reparte liberalmente sus bienes con los pobres. Las personas que viven entregadas al mundo y á los deleites pueden ser repentinamente iluminadas; la Magdalena llora á los piés de Jesucristo sus pecados, mas con su amor que con sus lágrimas. Pero un Acab, que avisado por Elías, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á Bethél á sacrificar á Baal, y tan pronto oye al profeta como sacrifica á sus falsos dioses; un Sedecías, que movido de tiempo en tiempo por las reprensiones de Jeremías, le envia á llamar ocultamente, le consulta acerca de la voluntad del Señor, y al salir de allí vuelve á caer en sus tinieblas, manda arrojar al profeta en un foso, y le vuelve á llamar otra vez para volver á consultarle y ultrajarle al dia siguiente; un Saúl, que movido unas veces de la inocencia de David le dice: vos sois mas justo que yo, y en el instante siguiente le busca para perderle; ¡ah! en ninguna parte se lee que estos hiciesen penitencia, y en todas partes nos los representa la Eseritura como príncipes reprobados y aborrecidos de Dios.

¡De qué proviene esto, católicos! de que la piedad cristiana supone un espíritu maduro que se determina con reflexion, un entendimiento firme capaz de resolverse, y que habiendo conocido una vez el camino derecho, entra en él y no le deja tan fácilmente. Supone una alma fuerte, superior á los disgustos, á los obstáculos, á los peligros y á su propia flaqueza; una alma generosa que sabe despreciar un deleite; una alma prudente que no se gobierna por gusto, por aprension ni por antojo, sino por las reglas de la fe y de la prudencia; en una palabra, para formar una alma cristiana se necesita no sé qué grandeza, elevacion y solidez superior á las flaquezas vulgares; pero vuestras recaídas provienen de una desigualdad del entendimiento que no sabe determinarse, de una flaqueza de corazon que cede al primer obstáculo, de una inconstancia de espíritu que siempre está fluctuando, para quien la novedad tiene unos encantos inevitables, que se enfada muy presto de un mismo género de vida, y que solamente tiene talento para justificarse á sí misma sus mudanzas; pareceis prudentes á los ojos de los hombres porque la vanidad sostiene vuestras exteriores acciones; pero juzgad de vosotros mismos por vuestra conducta interior y oculta, y vereis que sois el mas inconstante de todos los hombres, que sois una de aquellas nubes sin agua que llevan los vientos hácia todas partes, como dice San Judas;<sup>1</sup> uno de aquellos astros errantes que jamás tienen direccion segura; un mar inconstante y borascoso que despues de haber arrojado de su seno los cadáveres, se vuelve á hinchar y á recogerlos de las mismas playas donde acaba de dejarlos: *Fluctus feri maris, desputantes suas confusiones.* ¡Pero qué es lo que yo intento,

<sup>1</sup> Epist. Judæ v. 13.

católicos, con probaros que no sois á propósito para el reino de los cielos? ¿acaso el desanimaros y disuadiros para que no trabajéis para vuestra salvacion? No lo permita Dios. Lo que intento es haceros temer las recaidas, que son como el funesto pronóstico de vuestra reprobacion.

No quiero añadir que el medio de los Sacramentos, tan útil para otros pecadores, es inútil para estos de quienes hablo. Esta es una verdad que ya queda probada; muchas veces son felices nuestros cuidados en el tribunal de la penitencia con aquellas almas pecadoras que hasta entonces habian vivido en un entero olvido de Dios; pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros venís á este sagrado tribunal con unas lágrimas ya acostumbradas á mentir, como dice un santo padre, y con unos vicios mil veces detestados; llevais el peso de vuestros delitos de tribunal en tribunal; á cada nueva recaída se os ve buscar nuevo confesor, para excusaros la vergüenza que acompañaria á la confesion de las mismas flaquezas, y haceis gemir á los ministros del Señor, á los que solamente parece que venísteis á decir vuestras vergonzosas fragilidades para, abandonándolos despues, dejarles mas tiempo de llorarlas en la presencia de Dios. ¿Pues qué medio de eterna salud puede quedar para vosotros? ¿el conocimiento de vuestras obligaciones? nadie las conoce mejor que vosotros. ¿El gusto á la piedad y los movimientos de la gracia? jamás hubo corazon que mas fácilmente se moviese que el vuestro. ¿El uso de los Sacramentos? ¡ah! que ha mucho tiempo que vuestros males están acostumbrados á estos divinos remedios. ¡Gran Dios, que conocéis vos á los hombres que os pertenecen y los habeis señalado en la frente con un sello que no se puede borrar, contais en este número muchas almas de estas de quienes hablo! Temblad, pues, católicos, si sois pru-

dentes, y permaneced constantes en el santo camino si la gracia de los Sacramentos os ha puesto en él; temed no se retire de vosotros el Señor, y que volvais á caer últimamente para nunca mas levantaros.

Con la segunda reflexion se prueba que las recaidas tarde ó temprano vienen á parar en un estado fijo y tranquilo de pecado. Dios se cansa de seguir los pasos de un pecador que continuamente está recayendo, y de alargarle tantas veces una mano favorable; aquella sensibilidad que aun os queda á las verdades de eterna salud, se apagará; calmarán aquellos movimientos que no os dejan vivir tranquilo en la culpa. No se os concederán mas aquellas gracias que aun os mueven algunas veces. Ya he dicho otra vez que no hay cosa que mas aparte á Dios de una alma que cuando el pecador se deleita en reparar continuamente la obra del demonio, y en edificar todos los dias de nuevo lo que en él acababá de destruir la gracia. En los libros santos está escrito que incurra en una maldicion eterna aquel que quisiere levantar los muros de Jericó, que habia arruido el Señor solamente con el ruido de las trompetas de los sacerdotes de Judá. ¡Ah! cuando la sonora palabra del Evangelio, figurada en las trompetas de Judá, puesta en la boca de los ministros santos, ha destruido en un corazon la delincuente Jericó que habia edificado el demonio, se indigna la divina misericordia de que el ingrato pecador se atreva á levantarla sobre sus propias ruinas, y regularmente una maldicion terrible es la pena de este atentado.

Y á la verdad, ¿qué motivo podreis tener para quejaros cuando Dios use con vosotros de esta justa severidad? ¿no es el dueño de sus dones? Y por otra parte, ¿no os ha esperado bastante tiempo á penitencia? ¿de qué medios no se ha valido para fijar las eternas inconstancias de vuestro co-

razon? Os ha dispuesto aflicciones, os ha herido con enfermedades, os ha hecho experimentar la perfidia de aquellas personas de quien os fiábais, ha derramado á manos llenas sobre vuestros placeres infinitas amarguras, os ha iluminado, os ha llamado á sí con vivos remordimientos, y de esta causa han provenido aquellos intervalos de penitencia que han suspendido por algun tiempo vuestros desórdenes. ¡Ah! ¿no es preciso que tenga tambien sus tiempos de justicia como de misericordia, y que despues de haber esperado tanto tiempo con bondad para ver si el árbol cultivado y regado da fruto, le maldiga finalmente, viendo cuando vuelve á visitarle que han sido inútiles todos sus cuidados?

Pero aun cuando Dios no se retirara del pecador que recae, bastaba solamente la malicia de la recaida y el carácter del corazon humano para poner á el alma en el estado de que hablo. A la verdad, sucede en las recaidas del alma lo que en las del cuerpo; ya os he dicho y debeis saberlo que por lo comun acaban con una extincion absoluta é irrevocable de la vida; para la primera caida se hallan alivios en la fuerza de la edad y en el vigor del temperamento y es fácil el repararse; pero si las caidas se repiten, el cuerpo se cansa, la salud se debilita, la naturaleza se arruina, y cualquiera golpe casi es mortal. Del mismo modo en la vida cristiana es fácil levantarse de la primera caida; la fe que aun no está apagada, los movimientos de lo gracia que aun se sienten, la salud del alma que no está absolutamente arruinada, todo esto puede facilitar la conversion del pecador; pero si volveis á caer, ¡ah! poco á poco se apagan las luces, se pierde la fuerza del alma, perecen los dones de la gracia, y finalmente, recaeis tantas veces, que llegais á caer para nunca mas levantaros, y que-

da como oprimida el alma bajo el peso de la última caida.

¿Quereis ver en los libros santos una imágen bien terrible y bien natural, y leer en ella la triste suerte de una alma que recae en la culpa? Acordaos de la historia del ídolo de Dagon; cayó delante del arca, corren apresurados los sacerdotes de los filisteos, y su cuidado se logró por esta vez; levantan inmediatamente el ídolo, y sus piés y sus manos están aún en su lugar, y esta primera caida no le puso en estado de no poder volver á ser puesto en el altar. Pero vuelve á caer Dagon. ¡Ah! los sacerdotes que acuden á este nuevo accidente se esfuerzan en vano para levantarle; Dagon está malamente tendido en tierra, inmóvil para siempre en el lugar en que cayó, con la cabeza y las manos separadas del tronco; ya no es mas que una masa informe que no deja esperanza alguna de que se la pueda levantar, y una figura mutilada que solo puede servir para el fuego: *Porro Dagon, solus truncus remanserat in loco suo.*<sup>1</sup>

Esta es vuestra historia, amados oyentes míos; vuestras primeras caidas no destruyeron ni rompieron en vosotros, por decirlo así, la imágen celestial del Criador; todavía se mantenian en buen estado las potencias de vuestra alma; no estábais separados de Jesucristo, vuestra divina cabeza, y los cuidados de sus ministros os hubieran levantado y restituido á vuestro primer lugar; pero si volveis á caer se romperá finalmente la imágen del Criador, Jesucristo vuestra divina cabeza se separará de vosotros para siempre, caereis para no volveros á levantar, no sereis en adelante mas que un tronco informe que no se pueda volver á colocar en su lugar, y cuyo destino no pueda ser otro mas que un fuego eterno: *Porro Dagon, solus truncus remanserat in loco suo.*

<sup>1</sup> 1. Reg. 5. v. 5.

Católicos, este es el carácter de las recaídas; la última siempre añade alguna cosa á la antecedente, siempre recaeis con alguna nueva circunstancia que os adelanta un grado mas al precipicio; son como las llagas mal curadas, que abren una llaga antigua ya cerrada, irritan el mal, y por último, le hacen incurable.

Entonces, católicos, el demonio se halla pacífico poseedor del alma, *in pace sunt ea quæ possidet*.<sup>1</sup> Además de que vuelve á ella con siete espíritus mucho peores que él, como dice el Evangelio, y así se halla mas fuerte y mas en estado de mantener su nueva posesion que cuando fué arrojado de ella la primera vez, porque está más instruido, reconoce los parajes de vuestra alma por donde habia acostumbrado Jesucristo á entrar en ella y arrojarle vergonzosamente. Ha estudiado las inclinaciones de vuestro corazon, que conservaban todavía alguna inteligencia con la gracia. Se atrinchera, por decirlo así, fortifica las avenidas y las hace inaccesibles: por eso si antes sentiais algunos movimientos de la gracia al acercarse una solemnidad, ya no los sentireis. Una muerte repentina os asustaba; en adelante la vereis sin hacer reflexion alguna acerca de ella. Las conversaciones devotas hacian alguna impresion en vosotros; ahora aunque truene no lo oireis. La presencia de un hombre justo excitaba en vosotros secretos deseos de virtud, y ya sereis el primero que se burle de la santidad de sus ejemplos. Conservábais aún algunos ejercicios de devocion que despertaban vuestra fe, y ya vivireis sin yugo y sin regla, y de este modo vuestro último estado vendrá á ser peor que el primero. En otro tiempo teniais destinados algunos dias para los Sacramentos; de cuando en cuando haciais algu-

<sup>1</sup> Luc. 11. v. 21.

nos esfuerzos para vencer vuestras viciosas inclinaciones; pero despues que Dios se ha retirado y que el espíritu impuro ha vuelto á entrar en vuestra alma, vais amontonando monstruosidades, no reflexionais, ni aun levemente, acerca de vuestro estado; no padeceis mas turbaciones que las que os ocasiona el no satisfacer vuestra pasion; no tendreis mas temor que de que os falten ocasiones de pecado, mas movimientos en vuestro corazon que los que ocasiona el nacimiento de una pasion nueva, mas disgusto que para la piedad y la justicia. De este modo vemos todos los dias que no hay pecadores mas extremados en sus desórdenes que los que despues de haber hecho por algun tiempo profesion en la devocion y seguido los santos caminos, se entregan de nuevo á los deleites y se dan otra vez al mundo y á sus encantos. Parece que Dios indignado de su apostasía maldice á estas almas inconstantes y ligeras, que las castiga con un vértigo y una ceguera, que las entrega á la reprobacion y á toda la corrupcion de sus deseos, y estos ya no son pecadores, son mónstruos sin fe, sin religion, sin vergüenza, sin freno alguno que los sujete. No, católicos, la piedad nunca degenera en un vicio mediano. El maná, aquella vianda formada en el cielo, cuando llegaba á corromperse en la tierra, dice la Escritura que arrojaba de sí un hedor insufrible, y aquel pan celestial se convertia en un monton de gusanos y podredumbre: *Scatere cepit vermibus, atque computruit*.<sup>1</sup> Pues este es el estado de una alma que elevada al cielo por una sincera conversion, recae indignamente y se corrompe en la tierra; esta alma no es mas que un espectáculo horroroso, un sepulcro lleno de infeccion, exhala un olor de muerte, fatal para todos los que

<sup>1</sup> Exod. 16. v. 20.

se le acercan. No hay corrupcion peor que la suya, como dice Miqueas: *Corrumperetur putredine pessima.*<sup>1</sup>

Recopilemos antes de acabar, amados oyentes míos, estas importantes verdades; el fruto que de ellas debemos sacar es este: estais de pié, cuidad de no caer; acordaos de que llevais en un vaso de tierra el tesoro de la gracia recibida; huid de las apariencias del mal, orad mucho, desconfiad de vosotros mismos, aprended en vuestras pasadas caídas los medios de evitarlas, y sacad bien del mal, á ejemplo del mismo Dios; cuando uno ha sido pecador, es tan fácil el volverse al vicio y son tan resbaladizos los pasos, que nunca pueden ser excesivas las precauciones para evitar estas desgracias. Pero si aun vivís en alternativa de gracia y de pecado, declaraos por último; ya habeis balanceado bastante tiempo entre el cielo y la tierra. Si Baal es Dios, adorad á él solo en hora buena; pero si el Señor es el Dios verdadero, no adoreis á otro mas que á él. ¿Para qué son esos esfuerzos que haceis para volveros á él, y esas flaquezas con que os apartais? ¿para qué esas continuas variaciones de culpa y de virtud en vuestro corazon? ¿para qué esos deleites y esas lágrimas? ¡Ah! ó enjugadlas para siempre y recibid vuestro consuelo en este mundo, ó no sigais mas placeres que los de la gracia y la inocencia; fijaos de una vez. No hablo mas que por el interés de vuestro sosiego. ¡Qué vida tan penosa es el vivir en estas eternas inconstancias de vicio y de virtud! Bien lo sabeis, continuamente os hallais combatidos de aquellas amargas turbaciones que os llaman á la inocencia, y de las inclinaciones infelices que os vuelven á arrastrar al pecado; siempre ocupados ó en llorar vuestras flaquezas ó en vencer los remor-

<sup>1</sup> Mich. 2. v. 10.

dimientos; nunca felices, ni en el vicio, en el que nunca hallais paz, ni en la virtud, de la que no podeis hacer un estado permanente. Compadeceos, pues, de vuestra alma, amados oyentes míos, estableced por último una paz sólida en vuestra conciencia; aprovechaos de estas saetas de misericordia que aun tira Dios á vuestro corazon. Acaso llegais ya á la última recaída que ha de poner fin, con la obstinacion, á todas las ingratitudes de vuestra vida, y como un árbol muerto vais á quedar para siempre del lado de que caigais; fijad en él bien todas las agitaciones de vuestra alma, para que fundada y radicada en la caridad, no seais ya un hombre temporal, y podais ir algun dia á recoger en el cielo la corona de inmortalidad destinada á los que perseveran hasta el fin. Amen.





## SERMON

PARA EL JUEVES

### DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

#### SOBRE LA ORACION.

Miserere mei, Domine fili David.  
Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí.

MATTH. 15. v. 22.

De este modo gime una alma movida de sus miserias que recurre al Médico soberano en cuya misericordia solamente espera hallar su remedio. De este modo oraba antiguamente una mujer cananea, que queria alcanzar del Hijo de David la salud para su hija. Persuadida de su poder y esperándolo todo de su misericordia para con los infelices, no conoce medio mas seguro de ganarle que los clamores de su dolor y la sencilla relacion de su infortunio. Este es el modelo de oracion que hoy nos propone la Igle-

sía para animarnos y enseñarnos á orar. Esto es, para hacernos mas amable y familiar esta obligacion, la mas esencial de la piedad cristiana.

Porque católicos, orar es la primera condicion del hombre, y por hablar en frase del Espíritu Santo, es todo el hombre.

Sí, católicos, el mundo entero, en medio del que vivimos, no es mas que una continuada tentacion. Si todos los estados en que nos hallamos y todos los objetos que nos rodean parece que se unen con nuestra corrupcion, ó para debilitarnos ó para engañarnos; si las riquezas nos corrompen, la necesidad nos inquieta, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los negocios nos disipan, el descanso nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos extravía, las concurrencias nos distraen, la soledad nos cansa, los placeres nos engañan, las obras santas nos llenan de propia estimacion, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuraciones; en una palabra, si despues que cayó la naturaleza, todo cuanto nos rodea nos sirve de nuevo peligro; en un estado tan deplorable, ¡oh Dios mio! ¿qué esperanza de salvacion puede quedar al hombre, sino el dirigir continuamente hácia el trono de vuestra misericordia sus gemidos, para que vos mismo os digneis de venir á socorrerle, á poner freno á sus indómitas pasiones, á aclarar sus errores, sostener su flaqueza, suavizar sus tentaciones, abreviar las horas del combate y levantarle de sus caidas?

Luego el cristiano es un hombre de oracion; su origen, su estado, su naturaleza, sus necesidades, su mansion, todo le avisa de que debe orar. La misma Iglesia, con la que le incorporó la gracia de la regeneracion, es extranjería acá en la tierra y siempre está gimiendo y llorando. No

conoce á sus hijos sino por los suspiros que continuamente envian hácia su patria, y el cristiano que no ora, él mismo se separa de la congregacion de los santos y es peor que un infiel.

¿De qué proviene, pues, católicos, que una obligacion tan esencial y aun de tanto consuelo para el hombre, se halla hoy tan despreciada? ¿de qué proviene que se mira como una obligacion triste y molesta, ó como ocupacion que solamente pertenece á las almas retradas, de modo que los que nos oyen apenas hacen caso de nuestras instrucciones acerca de la oracion, persuadiéndose á que éstas son mas propias para los claustros que para la corte?

¿De qué proviene este abuso, católicos, y este universal olvido de la oracion en el mundo? Proviene de dos pretextos que pretendo hoy impugnar: primeramente dicen algunos, que no oran porque no saben orar, y porque en esto pierden el tiempo: en segundo lugar dicen otros, que no oran, quejándose de que no hallan en la oracion mas que distracciones del espíritu, que se la hace insípida é insufrible. El primer pretexto le deducen de la ignorancia en que se hallan del modo con que se debe orar; el segundo de los disgustos y dificultades de la oracion; y así primeramente es preciso enseñaros á orar, pues no lo sabeis; en segundo lugar, facilitaros el uso de la oracion, pues hallais en ella tanta dificultad y trabajo. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Los preceptos que yo os intimo, decia el Señor en otro tiempo á su pueblo, no exceden vuestras fuerzas ni la capacidad de vuestro espíritu. No son unos secretos escon-

didados en el cielo, de modo que podais decir: ¿Quién podrá llevarnos allá para descubrirlos y comprenderlos? Ni tampoco son una ciencia que se halla de la otra parte de los mares para que podais decirme: ¿Cómo los hemos de atravesar para instruirnos en ella? Son unas obligaciones proporcionadas á vuestras fuerzas y que están cerca de vosotros, que las podeis cumplir con vuestra boca y con vuestro corazón, de modo que no teneis excusa que alegarme si dejais de observarlas: *Sed juxta te est sermo, in ode tuo, et in corde tuo, ut facias illum.*<sup>1</sup>

Lo mismo que dice el Señor hablando en general de todos los preceptos de su santa ley, esto es, que no es menester ir á buscar su ciencia fuera de nosotros y que podemos cumplirlos todos con nuestra boca y con nuestro corazón, se puede con mas particularidad decir del precepto de la oracion que es como el primero y mas necesario de todos.

No obstante, regularmente opone el mundo á este precepto, que no sabemos qué decir á Dios cuando vamos á la oracion, y que ésta es un secreto del que hasta ahora nada hemos podido conocer. Digo pues, que este pretexto tiene su raíz en tres injustas disposiciones. La primera, en que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. La segunda, en que no conocemos suficientemente nuestras miserias y necesidades. La tercera, en que no amamos á nuestro Dios.

Digo primeramente, que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. A la verdad, católicos, la oracion no es un esfuerzo extraordinario del alma, una coordinacion de ideas y una penetracion profunda de los mis-

<sup>1</sup> Deuter. 30. v. 14.

terios y de los consejos de Dios; es un simple movimiento del corazón, un gemido del alma vivamente movida á vista de sus miserias, un sentimiento vivo y oculto de nuestras necesidades y de nuestra flaqueza, y una humilde confianza con que nos ofrecemos al Señor para alcanzar la libertad y el remedio. La oracion no supone en el alma que ora, ni grandes luces, ni conocimientos raros, ni un entendimiento mas sublime y mas cultivado que el de los demás hombres; solamente supone mas fe, mas compuncion, mas deseo de librarse de sus tentaciones y miserias. La oracion no es un secreto ó una ciencia que se aprende de los hombres, un arte y un método desconocido acerca del cual se necesite consultar maestros hábiles para saber las reglas y los preceptos. Los medios y las máximas que en nuestros dias han querido darnos sobre este asunto, son unos caminos singulares, que no deben proponerse por modelos, unas vanas especulaciones de entendimientos ociosos, ó un fanatismo que guía á todos los desórdenes, y que lejos de edificar á la Iglesia, merece sus censuras, y ha dado á los impíos motivo para burlarse de ella, y al mundo nuevos pretextos de desprecio y de disgusto de la oracion. La oracion es una obligacion acerca de la cual todos nacemos instruidos; las reglas de esta ciencia divina solamente están escritas en nuestros corazones, y el espíritu de Dios es el único maestro que las enseña.

Una alma sencilla é inocente que está penetrada de la grandeza de Dios, acobardada con el terror de sus juicios, movida de sus infinitas misericordias, que no hace mas que humillarse en su presencia, confesar con la sencillez de su corazón sus bondades y sus maravillas, adorar las órdenes de su providencia para con ella, aceptar en su presencia la cruz y los trabajos que la impone la sabiduría de sus

consejos, que no conoce oracion mas sublime que el contemplar en la presencia de Dios la corrupcion de su corazon, gemir por su dureza y su oposicion á lo bueno, pedirle con una fe viva que la convierta, que destruya en ella aquel hombre de pecado, que á pesar de sus mas firmes resoluciones la hace cometer todos los dias tantas faltas en los caminos de Dios; esta alma se halla infinitamente mas instruida en la ciencia de la oracion que los mismos maestros y doctores, y puede decir con el profeta: *Super omnes docentes me intellexi.*<sup>1</sup> Habla con su Dios como un amigo con otro, se aflige de haberle desagradado, se reprende el no tener todavía valor para dejarlo todo por servirle, no se ensalza por lo sublime de sus pensamientos, deja hablar á su corazon, se entrega á todos los excesos de su amor en presencia del objeto que únicamente ama: al mismo tiempo que se distrae su espíritu, vela su corazon y habla por ella; aun sus mismos disgustos la sirven de oracion por los deseos que entonces se forman en su interior; se enternece, suspira, no puede sufrirse á sí misma, siente el peso de sus cadenas, se anima como para salir de ellas y romperlas, renueva mil veces sus protestas de fidelidad, se avergüenza y se confunde de estar siempre prometiendo y hallarse siempre infiel, y este es todo el secreto y toda la ciencia de su oracion; y en todo esto ¿qué cosa hay de que no sea capaz una alma fiel?

¿Quién enseñó á orar á nuestra pobre mujer cananea? Una extranjera, una hija de Tiro y de Sidon que ignoraba las maravillas de la ley y los oráculos de los profetas, que aun no habia oido de la boca del Señor las palabras de vida eterna, que todavía estaba sentada en las tinieblas de la

<sup>1</sup> Psalm. 118. v. 99.

ignorancia y de la muerte; con todo eso ora, no busca á los apóstoles para aprender de ellos las reglas de la oracion, su amor, su confianza; el deseo de ser oida la enseñan á orar, y todo el mérito y excelencia de su oracion consiste en la ternura de sus afectos.

Y á la verdad, señores, que si para orar fuera preciso levantarse á aquel estado de oracion á que Dios eleva á algunas almas santas, si fuera menester ser arrebatado como San Pablo hasta el tercer cielo, para oír allí los inefables secretos que Dios no descubre al hombre y que no es permitido al mismo hombre revelar, ó ser colocado como Moisés en la montaña santa sobre una nube de gloria, y ver á Dios cara á cara; esto es, si fuera menester haber llegado á aquel grado de union íntima con el Señor, en que el alma, como si estuviera ya despojada de su cuerpo, se levanta hasta el seno del mismo Dios, contempla despacio sus infinitas perfecciones, se olvida, por decirlo así, de sus miembros, que deja en la tierra, no la inquietan ni divierten las fantasmas de las sentidos, está fija y como absorta en la contemplacion de las maravillas y de las grandezas de Dios, y participando ya de su eternidad, la parecería un siglo entero pasado en este feliz estado un breve y rápido instante; si para orar, vuelvo á decir, fuera preciso estar favorecidos de estos dones raros y excelentes del Espíritu Santo, nos podríais decir como aquellos nuevos fieles de quienes habla San Pablo, que no los habeis recibido, y que aun ignorais qué espíritu es el que los comunica.

Pero la oracion no es don particular reservado á ciertas almas privilegiadas. Es una obligacion comun impuesta á todos los fieles; no es solamente una virtud de perfeccion reservada para ciertas almas mas puras y mas santas, sino una virtud indispensable, como la caridad, tan necesaria á

los perfectos como á los imperfectos, tan perceptible á los sábios como á los ignorantes, mandada tanto á los sencillos como á los mas ilustrados; es la virtud de todos los hombres, la ciencia de todos los fieles y la perfeccion de todas las criaturas; todas las que tienen corazon capaz de amar al Autor de su ser, todas las que tienen razon capaz de conocer la nada de la criatura y la grandeza de Dios, deben saber adorarle, darle gracias, recurrir á él, aplacarle cuando está irritado; llamarle cuando se aleja, mostrarse agradecidas cuando las favorece, humillarse cuando las castiga y exponerle sus necesidades ó pedirle gracias.

Por eso cuando los discípulos pidieron á Jesucristo que los enseñase á orar: *Doce nos orare*,<sup>1</sup> no los descubre lo alto, lo sublime y profundo de los misterios de Dios; solamente los enseña que para orar es preciso mirar á Dios como á un padre amoroso y benéfico, tratarle con una familiaridad respetuosa, con una confianza mezclada de amor y de temor, hablarle el idioma de nuestras flaquezas y de nuestras miserias, no buscar mas expresiones que las de nuestro corazon, no querer subirnos hasta él, sino traerle á nosotros, exponerle nuestras necesidades, implorar su amparo, desear que todos los hombres le adoren y bendigan, que establezca su reino en todos los corazones, que el cielo y la tierra estén sujetos á su voluntad santa, que vuelvan los pecadores á los caminos de la justicia, que los infieles lleguen al conocimiento de la verdad, que nos perdone nuestras ofensas, que nos defienda en las tentaciones, que alargue la mano á nuestra flaqueza y nos libre de nuestras miserias. En esta divina oracion todo es sencillo, pero todo es grande, todo llama al hombre á sí mismo, y para imitar-

<sup>1</sup> Luc. II. v. 1. *habitus et quocumque aliquid dixerit in terra...*

la no hay mas que hacer que conocer nuestras flaquezas y desear librarnos de ellas.

Por eso dije que la injusticia de la segunda disposicion, de donde nacia el pretexto fundado en que no sabemos orar, consiste en no conocer suficientemente las infinitas necesidades de nuestra alma; porque decidme, católicos, ¿hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud á un hombre que padece hambre á que solicite el alimento, á un desgraciado combatido de la tempestad y á pique de naufragar, á que implore el socorro? ¡Ah! ¿no efrece entonces expresiones por sí sola la necesidad? ¿no se hallan solamente en el dolor de los males que se padecen aquella viva elocuencia, aquellos movimientos persuasivos, aquellas demostraciones expresivas con que se solicita el remedio? ¿un corazon que padece necesita de maestro que le enseñe para saber cómo ha de quejarse? Todo habla en él, todo explica su dolor, todo anuncia su pena, todo solicita su alivio; aun su mismo silencio es elocuente.

Decidme los que os quejais de que no sabeis lo que habeis de hacer para orar; en vuestras aficciones temporales, cuando una enfermedad peligrosa amenaza á vuestra vida, cuando un acaecimiento no esperado pone en peligro vuestros bienes y vuestra fortuna, cuando veis que la muerte está para quitaros una persona, ó querida ó necesaria; entonces levantais las manos al cielo, enviais á él vuestros gemidos y oraciones, os encomendais al Dios que hiere y sana; entonces sabeis orar, no vais á buscar fuera de vuestro corazon lecciones y reglas para aprender á exponerle vuestra pena, ni á consultar maestros hábiles que os enseñen lo que habeis de decir; no necesitais mas que de vuestro dolor, y vuestros males solos bastan para instruiros.

¡Ah, católicos! si sintiéramos las miserias de nuestra al-

ma como sentimos las de nuestro cuerpo, si nos interesara tanto nuestra salud eterna como una fortuna de barro ó como una salud frágil y perecedera, seríamos muy hábiles en el divino arte de la oracion, no nos quejariamos de que no se nos ofrece qué decir en la presencia de un Dios á quien tanto tenemos que pedir; no necesitaríamos de fatigar nuestro entendimiento para hallar asuntos de conversacion con el Señor; nuestros males hablarían por sí solos, nuestro corazon se desharia, aun á pesar nuestro, en santos afectos, como el de la madre de Samuel delante del arca del Señor. No seríamos dueños de nuestro dolor y de nuestras lágrimas, y la señal mas segura de que no tenemos fe y de que no nos conocemos á nosotros mismos es, que no sabemos qué decir al Señor en el corto tiempo de la oracion.

Y verdaderamente, católicos, ¿es posible que en la miserable condicion de esta vida humana, hallándonos rodeados por todas partes de tantos peligros, llenos de tantas flaquezas y á pique de ser engañados cada instante por los objetos de la vanidad, corrompidos por las ilusiones de los sentidos, arrastrados por la fuerza de los malos ejemplos, entregados á la tiranía de nuestras inclinaciones, al imperio de nuestra carne, á la inconstancia de nuestro corazon, á las desigualdades de nuestro entendimiento, á los caprichos de nuestra imaginacion, á las eternas variedades del génio, abatidos con las desgracias, ensoberbecidos con la prosperidad, entorpecidos con la abundancia, molestados con la necesidad, arrastrados de los abusos, consternados con los malos sucesos, lisonjeados con las alabanzas, enfurecidos con los desprecios, siempre indecisos entre nuestras pasiones y la obligacion, entre nosotros mismos y la ley de Dios; ¿es posible que en un estado tan deplorable no sepamos qué pedir al Señor ni qué decirle cuando vamos á

ponernos en su presencia? ¡Oh Dios mio! ¿cómo no haceis, ó que el hombre no sea tan miserable, ó que conozca mejor sus miserias?

Si me dijerais, amados oyentes míos, que no sabeis por dónde empezar en la oracion, si me dijerais que son infinitas vuestras necesidades, que son tantas vuestras pasiones y miserias, que nunca acabaríais si quisiérais exponerlas todas al Señor; si me dijerais que cuando mas registráis vuestro corazon mas llagas descubrís en él, y hallais en vosotros mas corrupcion y mas desorden, y que desesperando de poder contar al Señor las infinitas circunstancias de vuestras flaquezas, le presentais vuestro corazon todo entero, dejais á vuestros males que hablen por vosotros, y haceis que todo el arte de vuestra oracion consista en vuestro abatimiento, en vuestro silencio y vuestra confusion, y que por tener mucho que decirle no le decís cosa alguna; si hablaríais de este modo hablaríais el idioma de la fe y el lenguaje de un rey penitente, que no atreviéndose á hablar á Dios en la oracion á vista de sus delitos, decia: Señor, yo he callado en vuestra presencia, pero mi abatimiento y confusion han hablado por mí: *Obmutui, et humiliatus sum.*<sup>1</sup> Y entonces con esta confusion y esta vergüenza se renovó el dolor de mis delitos: *Et dolor meus renovatus est.* Mi corazon, penetrado de mis ingratitudes y de vuestras misericordias, se sintió inflamado de un nuevo amor á vos: *Concaluit cor meum intra me, in meditatione mea exardescet ignis.*<sup>2</sup> Lo mas que pude deciros, ¡oh Dios mio! en el profundo abatimiento con que me tenia en vuestra presencia la vista de mis miserias, fué que todo hom-

<sup>1</sup> Psalm. 38. v. 3.

<sup>2</sup> Ibid. 4.

bre no es mas que un abismo de flaqueza, de corrupcion, de vanidad y de mentira: *Locutus sum in lingua mea: Veruntamen universæ vanitas, omnis homo vivens.*<sup>1</sup> Este es el silencio de compuncion que forma en la presencia divina la verdadera oracion.

¿Pero quién puede quejarse, amados oyentes míos, de que no tiene qué decir cuando quiere orar? ¿pues qué! ¿vuestros pasados delitos, no os representan qué temer de los juicios de Dios ó qué esperar de su misericordia, cuando os poneis en su presencia? Acaso toda vuestra vida ha sido un abismo de desórdenes, acaso habeis abusado de todo, de la gracia, de vuestros talentos, de vuestra razon, de vuestros bienes, de vuestras dignidades y de todas las criaturas; acaso habeis pasado la mejor parte de vuestra vida en el olvido de Dios, en el desórden del mundo y de las pasiones; habeis envilecido vuestro corazon con unas amistades injustas, manchado vuestro cuerpo, empleado mal vuestros sentidos, desarreglado vuestra imaginacion, debilitado vuestros talentos y aun extinguido el bien que en vuestra alma habian puesto unas inclinaciones naturales; ¿y es posible que esta memoria no os ofrece nada en la presencia de Dios? ¿no os inspira cómo debeis recurrir á él para alcanzar el perdon de tantos delitos? ¿y no teneis qué decir á un Dios á quien tanto tiempo habeis ultrajado? ¡Oh hombre! es preciso, ó que no tenga remedio tu salvacion, ó que tengas otros medios para conseguirla mas que el de la clemencia y misericordia divina.

Pero paso mas adelante, amados oyentes míos; si haceis una vida cristiana, si habiendo renunciado al mundo y á los placeres habeis por último entrado en los caminos de

1 Ibid. 5. et 7.

la salvacion, aun sois mas injustos si os quejais de que no hallais qué decir al Señor en vuestras oraciones. ¿Es posible que el singular favor que os hizo en abriros los ojos, en desengañaros del mundo, en sacaros de lo profundo del abismo, un beneficio tan raro negado á tantos pecadores, no ha de formar en vuestro corazon, cuando estais á sus piés, algunos deseos de agradecimiento? ¿puede esta memoria dejaros frios é insensibles? ¿no ha de despertar afecto alguno de amor en vosotros la presencia de vuestro bienhechor, cuando por otra parte os preciais de no haber olvidado jamás un beneficio, y ponderais tanto lo afectuoso y excesivo de vuestra gratitud para con las criaturas?

Por otra parte, si aun sentís aquellas infinitas inclinaciones, que no obstante vuestra mudanza de vida se oponen en vosotros á la ley de Dios, aquel trabajo que todavía experimentábais en obrar bien, aquella fatal inclinacion que hallais dentro de vosotros á ejecutar el mal, aquellos deseos de una virtud mas perfecta que se quedan siempre sin efecto, aquellas resoluciones que siempre os hallan infieles, aquellas ocasiones en que siempre os hallais los mismos, aquellas obligaciones en que vuestro corazon halla siempre la misma repugnancia. En una palabra, si conocéis aquel inagotable caudal de corrupcion y flaqueza que conservais aun despues de vuestra conversion y que tantas veces asusta vuestra virtud, no solamente tendreis de qué hablar al Señor en la oracion, sino que toda vuestra vida será una oracion continua. Todos los peligros que amenacen á vuestra flaqueza, todos los sucesos que hagan temblar vuestra fe, todos los objetos que renueven las antiguas heridas de vuestro corazon, todos los secretos movimientos que os avisen que el hombre de pecado vive todavía dentro de vosotros, os harán que dirijais vuestros interiores suspi-

ros á Aquel de quien esperais la libertad; orareis en todas partes, como dice el apóstol; todo os llamará á Dios, porque en todas partes háreis reflexiones cristianas sobre vosotros mismos. Por otra parte, amados oyentes míos, aun cuando vuestras propias miserias no pudieran llenar el vacío de vuestras oraciones, acordaos en ellas de los males de la Iglesia, de la disension de los pastores, del espíritu de cisma y rebelion que parece se forma en el santuario; de la relajacion de los fieles, de la depravacion de las costumbres, de los funestos progresos de la incredulidad y de la extincion de la fe entre los hombres; llorad los escándalos de que todos los dias sois testigos, quejaos al Señor, como el profeta, de que todos le han abandonado, que cada uno busca sus propios intereses, que la misma sal de la tierra se ha vuelto insípida, y que aun la devocion se ha hecho comercio. Pedid al Señor la consumacion de sus escogidos y el cumplimiento de sus fines para con su Iglesia, que la dé príncipes religiosos, pastores fieles, doctores humildes é ilustrados, directores instruidos y desinteresados, solitarios fervorosos, vírgenes puras y santas; pedid la paz de las iglesias, la extirpacion de los errores, la conversion de los pueblos engañados con el espíritu de la herejía, que en lugar de la religion de sus padres han abrazado nuevas doctrinas.

¿Qué mas diré? pedidle la conversion de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros enemigos, de vuestros protectores y de vuestros señores; la conversion de aquellas almas á quienes vosotros mismos habeis servido de motivo de ruina y de escándalo; de aquellas á quienes apartásteis en otro tiempo de la piedad con vuestras burlas y censuras, de aquellas que acaso deben su irreligion y su libertinaje á la impiedad de vuestros pasados discursos, de aquellas

cuya virtud ó flaqueza pervertísteis ó engañásteis con vuestros malos ejemplos ó con vuestras sollicitaciones. ¿Es posible que unos objetos tan grandes, tan funestos y de tanto interés no han de poder excitar por un instante la atencion en vuestra alma, ó alguna sensibilidad en vuestro corazon? Todo cuanto os rodea os enseña á orar, todos los objetos, todos los sucesos que veis al rededor de vosotros os proporcionan nuevas ocasiones de levantar vuestro espíritu á Dios. El mundo, el retiro, la corte, la ciudad, los justos, los pecadores, los sucesos públicos y particulares, la desgracia de unos y la prosperidad de otros, y todo cuanto se presenta á vuestra vista, os da motivo de gemir, de orar y de agradecer; todo sirve de instruccion á vuestra fe, todo excita vuestro celo, todo contrista vuestra piedad, todo avisa á vuestro agradecimiento. Y entre tantos motivos para orar, ¿no sabeis en qué emplear un instante de oracion? ¿y cercados de tantas ocasiones para levantar vuestro espíritu á Dios, no hallais qué decirle cuando os poneis en su presencia? ¡Ah! católicos, qué lejos está Dios del corazon que tanto repugna el conversar con el, y qué poco se ama á un superior y á un amigo á quien no hallamos nada que decir!

Y esta es la última y principal razon de que seamos tan inhábiles para orar. No sabemos orar ni hablar con nuestro Dios porque no le amamos. El corazon que ama sabe muy bien lo que ha de hacer para hablar y granjearse la atencion del objeto amado, y no se detiene mucho en pensar lo que le ha de decir, ni aun puede decirle todo lo que siente. Ordenemos, pues, católicos, nuestro corazon, pongamos en él á Dios en el lugar del mundo, y entonces no se hallará como extraño en la presencia de Dios; el desorden de nuestros afectos es únicamente el que nos imposibilita para orar; no sabemos pedir los bienes eternos porque no

los amamos; no sabemos meditar en las verdades porque no nos gustan; no sabemos qué decir á Dios porque casi no le conocemos; ignoramos cómo hemos de pedir las gracias que no deseamos; no sabemos instar para obtener la libertad de las pasiones porque no las aborrecemos; en una palabra, la oracion es el idioma del amor, y no sabemos orar porque no sabemos amar.

Pero acaso, me direis, ¿depende de nosotros el tener gusto para la oracion? ¿y cómo hemos de orar cuando nos hallamos con unos disgustos y unas distracciones de espíritu de que no somos dueños y que nos hacen insufrible la oracion? Segundo pretexto sacado de los disgustos y dificultades de la oracion.

#### SEGUNDA PARTE.

• Uno de los mayores desórdenes del pecado es sin duda aquella repugnancia y natural disgusto que tenemos á la oracion; el hombre en el estado de la inocencia hubiera tenido todas sus delicias en conversar con su Dios, todas las criaturas serian para él un libro abierto en que continuamente meditaria sus obras y maravillas, sus sentidos estarían sujetos á su razon, y nunca podrian distraerle contra su voluntad de la dulzura y suavidad de su divina presencia; toda su vida hubiera sido una continua contemplacion de la verdad, y la felicidad de su inocencia hubiera consistido en que el Señor se le estaria continuamente comunicando, y él nunca le perderia de vista.

Es preciso, pues, que el hombre esté muy corrompido y que el pecado nos haya mudado extraordinariamente, pues nos ha convertido en trabajo lo que debiera ser nuestra felicidad. Es verdad, ¡ojalá no lo fuera! que casi todos nos-

otros tenemos en lo profundo de nuestra naturaleza este disgusto y esta repugnancia á la oracion, y que esté es el pretexto mas comun que oponemos al cumplimiento de una obligacion tan esencial á la piedad cristiana. Aun las mismas personas á quienes la práctica de la virtud debiera hacer mas suave y familiar el uso de la oracion, se quejan todos los días de los continuos disgustos y distracciones que padecen en este santo ejercicio, de modo que le miran como una obligacion onerosa ó como una molestia inútil; procuran abreviar los instantes, y cuando ven acabarse este tiempo molesto y repugnante, les parece que se han libertado de un pesado yugo.

Pero yo digo que no hay cosa mas injusta que el apartarse de la oracion por causa de los disgustos y distracciones de espíritu, que nos la hacen penosa y desagradable, porque estos disgustos y estas distracciones nacen ó de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades, ó del poco uso que hacemos de la oracion, ó finalmente, de la misma sabiduría de Dios que nos prueba y quiere purificar nuestros corazones, negándonos por algún tiempo los consuelos sensibles de la oracion.

Sí, católicos, la primera y mas comun raiz de los disgustos y sequedades de nuestras oraciones es la tibieza y la infidelidad de nuestra vida. Verdaderamente es injusticia el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada y libre de todas las vanas fantasmas que la agitan, con un corazon movido y dispuesto á gustar de la presencia de su Dios, cuando toda nuestra vida, aunque parezca virtuosa á los ojos de los hombres, es una distraccion continua, cuando vivimos en medio de unos objetos los mas á propósito para alterar la imaginacion y para hacer en nosotros unas vivas impresio-

nes que nunca se borren. En una palabra, cuando conservamos en nuestro corazon mil injustas aficiones que no nos parecen del todo culpables, pero nos perturban, nos dividen, nos ocupan y entibian en nosotros, ó nos quitan del todo el gusto de Dios y de las cosas eternas.

¡Ah, católicos! si las almas mas retiradas y mas santas, si los solitarios penitentes, si un Antonio en lo mas retirado de los desiertos, si un Gerónimo extenuado con continuas maceraciones y con trabajosos estudios, si un Benito purificado con un largo retiro y con una vida absolutamente celestial, hallaban solamente en la memoria de sus pasadas costumbres imágenes molestas que hasta en lo mas retirado de sus soledades turbaban la dulzura y tranquilidad de su oracion, ¿cómo hemos de querer nosotros que en una vida que aun quando sea regular toda está llena de iniquidades, de ocasiones que nos arrastran, de objetos que nos distraen, de tentaciones que nos turban, de conversaciones que nos inquietan, de deleites que nos lisonjean, de temores ó esperanzas que nos agitan; ¿cómo hemos de querer hallarnos repentinamente en la oracion unos nuevos hombres, purificados de todas aquellas imágenes que poco antes mancharon nuestro espíritu, libres de todas aquellas aficiones que acababan de dividir, y acaso corromper nuestro corazon, tranquilos y sin aquellas agitaciones que acaban de hacer tan violentas y peligrosas impresiones en nuestra alma, y que olvidándonos por un instante de todo el mundo y de todos los vanos objetos que acabamos de dejar, quando todavía los llevamos en la memoria y en el corazon, nos hallemos repentinamente elevados en la presencia de Dios á la meditacion de las cosas celestiales, penetrados del amor de los bienes eternos, llenos de compuncion por las infinitas infidelidades que aun amamos, y con

una tranquilidad de espíritu y de corazon que algunas veces no se logra ni aun en medio del mas profundo retiro y del mas riguroso desasimiento? ¡Ah, católicos! ¿qué injustos somos y cómo algun dia las quejas que continuamente damos contra las obligaciones de la devocion, se volverán en terribles cargos contra nosotros mismos!

Quiero profundizar mas esta verdad y circunstanciarla de modo que se os haga mas patente. Os quejais primeramente de que vuestra imaginacion, que es incapaz de estar un instante atenta en la oracion, se distrae continuamente en ella y huye contra vuestra voluntad. ¿Pero cómo quereis que esté atenta y recogida, si todo lo que haceis la distrae y la disipa, si en ninguna de las acciones de vuestra vida os acordais de vosotros mismos, y si no os acostumbrais á aquel recogimiento interior y á aquella vida de fe, que aun entre las distracciones del mundo halla motivos de sanas reflexiones? Para que el espíritu esté recogido en la oracion, es necesario ir á ella con recogimiento, es necesario que el mismo comercio de los pecadores, quando estamos precisados á vivir con ellos, la vista de sus pasiones, de sus inquietudes, de sus temores, de sus esperanzas, de sus alegrías, de sus pesares y de su miseria, ofrezcan á nuestra fe motivos de pensar en Dios, y reflexiones que nos dispongan para el recogimiento y tranquilidad de la oracion. Entonces, aun en el mismo tiempo de salir del mundo y de las conversaciones mundanas, á las que solamente os habrá llevado la obligacion, no os costará trabajo el recogeros en la presencia de Dios y olvidar á sus piés las vanas agitaciones de que acabais de ser testigos: al contrario, las reflexiones de fe que allí habreis conservado, la ceguedad de los mundanos que habreis llorado allí en secreto, os hará hallar nuevos consuelos á los piés de Jesucris-

to; allí descansareis de la molestia de las distracciones é inutilidades mundanas, allí gemireis con nuevo gusto por la locura de los hombres, que corren con tanto furor para conseguir un humo y una felicidad que huye de ellos y nunca pueden hallarla, porque el mundo, que es donde la buscan, no se la puede dar; allí dareis gracias al Señor con mas viveza por haberos ilustrado y distinguido, no obstante vuestros delitos, de aquella multitud que ha de perecer; allí vereis como con una nueva luz, la felicidad de las almas que le sirven, y que desengañadas de las vanidades solamente viven para la verdad.

Os quejais, en segundo lugar, de que vuestro corazon se halla insensible en la oracion, que no siente ningun vivo movimiento hácia su Dios, y que no se halla en él mas que un fatal disgusto que se la hace insufrible. ¿Pero cómo quereis que vuestro corazon, que está todo ocupado en las cosas de la tierra, lleno de pasiones injustas, de gustos del mundo, de amor á vosotros mismos, de proyectos de elevacion, y acaso de deseos de agradar; ¿cómo quereis que un corazon preocupado con tantos afectos terrenos halle en sí disposicion alguna para las cosas del cielo? En él todo se halla lleno y ocupado por las criaturas; ¿pues dónde quereis que se coloque Dios? Es imposible gustar á un mismo tiempo de Dios y del mundo. Por eso luego que los israelitas pasaron el Jordan y gustaron los frutos de la tierra, dice la Escritura que cesó de llover maná, como dando á entender que no podian participar á un mismo tiempo del sustento del cielo y del de la tierra: *Defecitque mana postquam comederunt de frugibus terra.*<sup>1</sup>

El amor del mundo, dice San Agustin, como una peli-

<sup>1</sup> Jos. 5. v. 12.

grosa calentura, derrama sobre el corazon una amargura universal que nos hace insípidos y desagradables los bienes invisibles y eternos. Pues si vais siempre á la oracion con un disgusto insufrible, es señal de que vuestro corazon está enfermo, que alguna calentura oculta y acaso ignorada de vosotros mismos, le hace desfallecer, le consume y le quita el gusto, por estar poseido de algun amor extraño. Averiguad la raiz de vuestros disgustos, para con Dios, para con todo aquello que se ordena á él, y la hallareis en las injustas pasiones de vuestro corazon; mirad si aun teneis demasiado apego á vosotros mismos, al cuidado del adorno, al amor propio, á las amistades frívolas, á los ódios peligrosos, á las envidias secretas, á los deseos de elevacion y á todo cuanto os rodea: esta es la raiz del mal; aplicad á ella el remedio, venceos cada dia en alguna cosa, trabajad seriamente en purificar vuestros corazones, y entonces gustareis de las suavidades y consuelos de la oracion; entonces, no ocupando ya el mundo vuestros afectos, os parecerá Dios mas amable, porque muy presto se ama con viveza lo que únicamente se ama.

Y si hemos de decir verdad, ¿no es cierto que los dias en que habeis vivido con mas cuidado de vosotros mismos, los dias en que habeis hecho al Señor algunos sacrificios de vuestros gustos, de vuestra pereza, de vuestro génio y de vuestras aversiones, no es verdad que en aquellos dias habeisorado con mas paz, con mas alegría y con mas consuelo? Aquel que ha dado algunas señales muy distinguidas de fidelidad á su soberano parece con mas gusto en su presencia; pero el que conoce que tiene de qué reprenderle severamente, siente mucho el ponerse delante de él, se halla allí disgustado, está forzado y violento y se oculta de su vista como el primer pecador; no habla con aquella sin-

ceridad de corazón, y con aquella confianza que inspira una conciencia pura, que de nada se halla reprehensible, y así cuenta los instantes en que tiene precisión de sufrir la violencia y la molestia de su presencia divina.

Por eso cuando Jesucristo nos manda orar, empieza mandándonos que veamos: *Vigilate, etc.*<sup>1</sup> En lo que quiere darnos á entender que la vigilancia es la única preparacion para la oracion, que para orar es necesario velar, y que en la oracion no se conceden los gustos y los consuelos sino al recogimiento y á la vigilancia: *Vigilate et orate*. Bien sé que si no orais no podreis velar sobre vosotros, ni vivir santamente; pero tambien sé que si no vivís con esta vigilancia, que hace vivir con santidad, jamás podreis orar con gusto y con consuelo. Es verdad que la oracion nos alcanza la gracia de la vigilancia; pero aun es mucho mas cierto que sola la vigilancia puede adquirírnos el don y la facilidad de la oracion: *Vigilate et orate*.

Y de aquí se puede inferir fácilmente, católicos, que aun cuando en la vida del mundo, la mas regular, esto es, aun cuando en los deleites, en los continuos juegos, en las distracciones, en la diversion de los teatros, que llamais inocente, no hubiera otro daño que el de inhabilitaros para la oracion, aun cuando en esta vida del mundo, que tanto justificais, no se hallara mas delito que el disgustaros de la oracion, dejar el corazón seco, disipar vuestra imaginacion, debilitar vuestra fe y turbar y agitar vuestro espíritu, aun cuando no juzgáramos de la seguridad de este estado mas que por lo que nos decís vosotros mismos todos los dias, esto es, que no sabeis lo que habeis de hacer para orar, y que la oracion es para vosotros una molestia y un enfado que no podeis sufrir, digo que solamente por esto la

<sup>1</sup> Matth. 26. v. 41.

vida del mundo mas inocente es una vida de pecado y de reprobacion, una vida para la cual no hay salud eterna, porque ésta solamente está prometida á la oracion; la salud eterna no puede conseguirse sin el socorro de la oracion, no está concedida sino á la perseverancia en la oracion; luego en cualquiera género de vida que sirva de obstáculo á la oracion, no se puede aspirar á la salud eterna; el que una vida llena de distracciones, de juego, de deleites y de espectáculos sirva de estorbo para la oracion, que ponga en nuestros corazones, en nuestra imaginacion y en nuestros sentidos un disgusto invencible para orar y una distraccion incompatible con el espíritu de oracion, bien lo sabeis vosotros, todos los dias os quejais de ello y aun os valeis de este pretexto para no orar, y de aquí debeis inferir que no puede haber salud eterna para la vida del mundo, aun la mas inocente, pues en todos los estados en que es imposible la oracion, lo es tambien la salud eterna. Primera razon de los disgustos y distracciones de nuestra oracion; la tibieza é infidelidad de nuestra vida.

La segunda es el poco uso que hacemos de la oracion. Oramos con disgusto porque oramos pocas veces. Porque primeramente, la costumbre de orar calmará por sí misma poco á poco vuestro espíritu, desterrará insensiblemente las imágenes del mundo y de la vanidad, y disipará todas esas nubes que forman los disgustos y distracciones de vuestra oracion. En segundo lugar, es necesario pedir mucho tiempo antes de conseguir; es necesario instar, solicitar, importunar: las dulzuras y los consuelos de la oracion son fruto y recompensa de la misma oracion. En tercer lugar, para que guste es necesario que haya familiaridad en ella; si orais pocas veces, siempre será el Señor para vosotros un Dios extraño y desconocido, por decirlo así, en

cuya presencia experimentareis siempre alguna molestia y violencia; no le manifestareis con franqueza el corazón, no tendreis aquella confianza, aquella libertad santa que proviene únicamente de la familiaridad, y en la que consiste todo el deleite de este divino comercio. Dios antes de ser amado quiere ser conocido. El mundo pierde en ser muy conocido, porque solo tiene de agradable la superficie y la primera vista, y si pasais mas adelante está vacío y no hallais mas que vanidad, enfado, inquietud y miseria. Pero al Señor es necesario conocerle y gustarle, dice el profeta, para recibir lo amable que es: *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus.*<sup>1</sup> Quanto mas le conozcais, mas le amareis, cuanto mas os unais con él, mas conoceréis que no hay otra verdadera felicidad en la tierra que el conocerle y amarle: *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus.*

Luego solamente el uso de la oracion nos la puede hacer amable. Por eso vemos que la mayor parte de las personas que se quejan de los disgustos y distracciones de su oracion, oran pocas veces, les parece haber cumplido con esta obligacion esencial cuando han dedicado al Señor algunos breves momentos de distraccion y de violencia; al primer instante de disgusto la abandonan, no hacen esfuerzo alguno por sujetar su espíritu, y en vez de mirar la invencible oposicion que tienen á orar como una razon que les hace mas necesaria la oracion, la miran como una excusa legitima que les dispensa de ella.

Pero direis, ¿cómo se ha de hallar en el mundo tiempo bastante para dedicarse con tanta frecuencia á la oracion? ¿No teneis tiempo para orar, amados oyentes míos? ¿Para qué os parece que se os ha dado el tiempo sino para pedir

<sup>1</sup> Psalm 33. v. 9.

á Dios que olvide vuestros delitos, que os mire con ojos de misericordia y que algun dia os coloque en el número de sus santos? ¿No teneis tiempo para orar? ¿luego no teneis tiempo para ser cristianos? Porque un hombre que no ora es un hombre sin Dios, sin culto ni esperanza. ¿No teneis tiempo para orar? Pues sabed que la oracion es el principio de todo bien, y que si no orais no habeis hecho ni una sola obra digna de la vida eterna. ¡Ah, católicos! ¿nos falta tiempo acaso para solicitar las gracias de la tierra, para importunar al soberano, para molestar á sus ministros, para entregarnos á los placeres ó á la pereza? ¿cuántos momentos inútiles y cuántos dias pesados y molestos hemos tenido solamente por la tristeza que acompaña á la ociosidad? ¿cuánto tiempo hemos perdido en vanos cumplimientos, en conversaciones ociosas, en un continuo juego, en obsequios vanos y en seguir unas quimeras que siempre huyen de nosotros? ¡Gran Dios! ¿y ha de faltar tiempo para pedirnos el cielo, para aplacar vuestra ira y granjearnos vuestras eternas misericordias? ¡Qué poco caso hacemos de nuestra salvacion! ¡Oh Dios mio! cuando nos falta tiempo para pedir á vuestra misericordia que nos salve, ¡y qué dignos somos de lástima por hallar tanto tiempo para el mundo y no hallar un solo instante para la eternidad! Segunda razon de los disgustos y distracciones de nuestra oracion, lo poco que la frecuentamos.

Es verdad, católicos, que esta razon no es tan general que no veamos muchas veces á las almas mas fieles padecer en la oracion estos disgustos y distracciones de que hablo; pero digo que entonces estos disgustos provienen de la sabiduría de Dios, que quiere purificarlas y las lleva por este camino para cumplir los eternos designios de su misericordia para con ellas. Ultima razon, y así en vez de des-

preciar la tristeza y molestia que las ofrece la oración, deben perseverar en ella con mas fidelidad que, si el Señor las llenara de consuelos sensibles y abundantes.

Primeramente porque debéis mirar estos disgustos como justo castigo de vuestras pasadas infidelidades. ¿No os parece cosa razonable el que Dios os haga expiar las culpables delicias de vuestra vida mundana con los disgustos y amarguras de la piedad? Puede ser que la debilidad de vuestra complexion no os permita el castigar con maceraciones corporales el desorden de vuestras primeras costumbres, y así parece muy justo que Dios supla este defecto con las penas y aflicciones interiores del espíritu. Quisiérais que Dios os llevase en un instante de los deleites del mundo á los de la gracia, de las viandas de Egipto á la leche y miel de la tierra de promision, sin haberos hecho experimentar antes las sequedades y fatigas del desierto, y en una palabra, que no castigase, si es lícito decirlo así, las delicias de la culpa mas que con las de la virtud.

En segundo lugar, os habeis negado á Dios por tanto tiempo, no obstante las mas vivas inspiraciones de su gracia con que os llamaba á la verdad y á la luz; le habeis dejado que esté tanto tiempo llamando á la puerta de vuestro corazon antes de permitir que se apodere de él; habeis por tanto tiempo disputado, combatido, titubeado y diferido antes de entregaros á él; ¿pues no será justo que se retire por algun tiempo antes de entregarse á vosotros con todos los consuelos de su gracia? Las dilaciones y tardanzas del Señor son justo castigo de las vuestras.

Pero aun quando no fueran tan sólidas estas razones, ¿qué sabeis si acaso quiere Dios con eso haceros mas aborrecible este destierro y la distancia en que vivís de él, y haceros suspirar mas vivamente por aquella eterna patria,

en la que la verdad vista claramente siempre nos parecerá amable, porque siempre la veremos como es en sí? ¿qué sabeis si acaso de este modo quiere inspiraros mas compuncion de vuestros pasados delitos, dándoos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que dejaron en vuestro corazon para la verdad y la justicia? Por último, ¿qué sabeis si con estas sequedades quiere Dios acabar de purificar aquellas reliquias de afecto humano que pueden haber quedado en vuestra piedad? ¿qué sabeis si quiere fundar vuestra virtud sobre la verdad, que es siempre la misma, y no sobre el gusto, que se muda á cada instante, sobre las reglas que son eternas y no sobre los consuelos que son pasajeros, sobre la fe que sacrifica constantemente las cosas visibles á las invisibles, y no sobre la sensibilidad que deja al mundo casi el mismo imperio que á la gracia sobre nuestro corazon? Una piedad que toda es gustos, nunca pasa muy adelante si no la sostiene y asegura la verdad. Es muy peligrosa la fidelidad que depende de las tiernas disposiciones de un corazon que nunca permanece el mismo ni un solo instante, y en el que todos los objetos hacen nuevas impresiones. Las obligaciones que solo agradan mientras consuelan, no agradan por mucho tiempo, y la virtud que consiste solamente en el gusto, no puede mantenerse, porque solo estriba en nosotros mismos.

Porque finalmente, si en vuestra oracion no buscáis mas que á Dios que os guie por los disgustos ó por los consuelos, como el camino por donde os lleva os guie á él, así como será el mas seguro para vosotros, debe pareceros tambien el mas proporcionado. Si solamente orais para alcanzar del cielo los socorros para vuestras necesidades y flaquezas, enseñándoos la fe que la oracion, aun quando está acompañada de estos disgustos y de estas sequedades, al-

canza las mismas gracias, produce los mismos efectos y es tan agradable á Dios como cuando está acompañada de los mas sensibles consuelos. ¿Pero qué digo? y que aun puede ser mas del agrado del Señor por la aceptación de estas penas, que en ellas padeceis enseñándoos esto la fe, debeis ser tan fieles á la oracion, como si en ella hallárais los mas sensibles consuelos. De otro modo no buscáis á Dios en ella, sino á vosotros mismos; no buscáis los bienes eternos, sino consuelos vanos y transitorios; no buscáis los remedios de la fe, sino el apoyo de vuestro amor propio.

Y así, amados oyentes míos, seais quien fuéreis, imitad á la mujer cananea; no dejéis de orar y hallareis en el cumplimiento de esta obligacion socorros y facilidad para las demás; si sois pecador, orad; con este medio alcanzaron el publicano y la pecadora del Evangelio movimientos de compuncion y la gracia de una perfecta penitencia, porque la oracion es el único principio y el único medio para la justificacion. Si sois justo, orad tambien, porque solamente á la oracion está prometida la perseverancia en la fe y en la piedad, y con ella perseveraron hasta el fin Job, David y Tobías. Si vivís entre los pecadores y no os permite vuestra obligacion faltar á los espectáculos de sus desórdenes y de sus malos ejemplos, orad, porque cuanto mayores son los peligros mas necesaria es la oracion; los tres niños en medio de las llamas y Jonás en el vientre de un mónstruo, hallaron su seguridad únicamente en la oracion. Si las obligaciones de vuestro nacimiento ó de vuestro estado os colocan en las cortes de los reyes, orad, porque Estér en la corte de Asuero, Daniel en la de Darío y los profetas en los palacios de los reyes de Israel, solamente debieron á la oracion su vida y su salud. Si vivís en el re-

tiro, orad, porque la misma soledad sirve de escollo si no nos defiende contra nosotros mismos la continua conversacion con el Señor, y Judith en el retiro de su casa, la viuda Ana en el templo y los Antonios en lo mas interior de los desiertos, hallaron solamente en la oracion el fruto y la seguridad de su retiro. Si estais destinado en la Iglesia para instruir á los pueblos, orad, porque solo en vuestras oraciones consiste toda la fuerza y toda la felicidad de vuestro ministerio, y los apóstoles convirtieron á todo el universo por haberse entregado á la oracion y á la predicacion del Evangelio: *Nos vero orationi, et ministerio verbi instantes erimus.*<sup>1</sup> Finalmente, vuelvo á decir, seais quien fuéreis que os halleis en prosperidad ó en miseria, con alegría ó con aflicciones, con turbacion ó con paz, con fervor ó con tibieza, en los caminos de la justicia ó con deseos de entrar en ellos, adelantados en la virtud ó dando los primeros pasos de penitencia, orad; la oracion es la seguridad de todos los estados, el consuelo de todas las penas, la obligacion de todas las vocaciones, el alma de la devocion, el apoyo de la fe, el principal fundamento de la religion y la religion toda entera. ¡Oh Dios mio! derramad sobre nosotros aquel espíritu de gracia y de oracion que debia ser la mas distinguida señal de vuestra Iglesia y la herencia de un pueblo nuevo, y purificad nuestros corazones y nuestros lábios, para que podamos ofrecer alabanzas puras, suspiros fervorosos y votos dignos de los bienes eternos que tantas veces habeis prometido á los que os los pidan como se deben pedir. Amen.

<sup>1</sup> Actor. 6. v. 4.

## NOTA ACERCA DEL SERMON SIGUIENTE.

*El sermón que se sigue es también sobre la oración; no tiene exordio, porque no se halló en el manuscrito del ilustrísimo señor Massillon, por lo que ha parecido conveniente poner la división al principio. El sermón antecedente no hace menos apreciable al que se sigue, porque en él se hallan muchos rasgos propios de la elocuencia del autor.*

## SERMON II.

PARA EL JUEVES

## DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA ORACIÓN.

DIVISION.

No pedir en la oración más de lo que se debe  
y pedirlo como se debe.

La necesidad y utilidades de la oración se hallan tantas veces repetidas en los libros santos, y el mismo hombre lleva tan vivamente impresa esta verdad en lo íntimo de su propio ser y en la flaqueza de sus inclinaciones, que casi parece inútil el instruir en este asunto á los fieles. Y á la verdad, católicos, si hay un Ser Supremo y superior á nosotros, autor de este mundo que habitamos, que le mantiene con la fuerza de su palabra, y que quiere ser conocido y adorado de sus criaturas, debe ser la primera obligación

TOM. III.—P. 37.

## NOTA ACERCA DEL SERMON SIGUIENTE.

*El sermón que se sigue es también sobre la oración; no tiene exordio, porque no se halló en el manuscrito del ilustrísimo señor Massillon, por lo que ha parecido conveniente poner la división al principio. El sermón antecedente no hace menos apreciable al que se sigue, porque en él se hallan muchos rasgos propios de la elocuencia del autor.*

## SERMON II.

PARA EL JUEVES

## DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA ORACIÓN.

DIVISION.

No pedir en la oración más de lo que se debe  
y pedirlo como se debe.

La necesidad y utilidades de la oración se hallan tantas veces repetidas en los libros santos, y el mismo hombre lleva tan vivamente impresa esta verdad en lo íntimo de su propio ser y en la flaqueza de sus inclinaciones, que casi parece inútil el instruir en este asunto á los fieles. Y á la verdad, católicos, si hay un Ser Supremo y superior á nosotros, autor de este mundo que habitamos, que le mantiene con la fuerza de su palabra, y que quiere ser conocido y adorado de sus criaturas, debe ser la primera obligación

TOM. III.—P. 37.

del hombre levantar los ojos al cielo, reconocer al Señor de quien depende, rendirle homenaje de todo cuanto halla en sí, ofrecerle todo cuanto ha recibido de su mano, y establecer con él un santo comercio de amor, de adoracion, de servidumbre y de accion de gracias. ¿Qué puede ser un hombre que reconociendo á este Ser Supremo no le dirige sus oraciones? Será un infeliz sin Dios, que vive solo en el universo, que no conoce dependencia de otro sér mas que de sí mismo, que registrando su propio corazon se halla solo con sus penas, sus disgustos, sus inquietudes y sus errores con quien poder conversar; es un desgraciado que limita todas sus esperanzas al sepulcro, que ciñe á la tierra todos sus deseos, que se mira como un vapor formado por el acaso, pronto á desvanecerse y perderse para siempre en los inmensos espacios de la nada; que no cree haber sido formado mas que para los breves días que ha de vivir en la tierra; que vive en el universo como un hombre á quien solamente la casualidad hubiera arrojado á una isla remota é inaccesible, en la que estaria sin dueño, sin soberano, sin cuidado, sin disciplina, sin esperar alivio, sin prometerse mejor fortuna, sin cansar al cielo con inútiles súplicas, sin tener á quien dirigir sus votos y sus deseos fuera de aquel confuso abismo en que se veria sepultado, y sin buscar mas consuelo en la desgracia de su suerte, que una torpe inaccion; pues tal es el hombre que nunca trata con el Señor que le hizo.

En segundo lugar, si no podemos formar por nosotros mismos ni un solo deseo que sea digno de la atencion de Dios, si las inclinaciones violentas y continuas precipitan incesantemente nuestro corazon hácia los placeres ilícitos, si todos nuestros caminos están sembrados de escollos y somos acometidos en ellos de enemigos invisibles, si las ri-

quezas nos corrompen, la prosperidad nos ensorbece, la afliccion nos abate, los negocios nos distraen, el sosiego nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos descamina, las compañías nos engañan, la soledad nos molesta, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuracion; en una palabra, si despues de nuestra caída cuanto nos rodea nos sirve de lazo, de error ó de tentacion, ¿qué esperanza de salud le puede quedar al hombre en un estado tan peligroso, sino el llamar á su Dios en su socorro y dirigir continuos suspiros al cielo desde lo profundo de nuestra miseria, para que venga el mismo Señor á refrenar nuestras indómitas pasiones, á fijar nuestras inconstancias, á aclarar nuestros errores, á sostener nuestras flaquezas, á despertar nuestra negligencia, á separar los peligros, á mitigar las tentaciones, á abreviar las horas del combate y á levantarnos de nuestras caídas?

Sí, católicos, la oracion es el manantial de todas las gracias y el remedio de todas nuestras necesidades: Si el estímulo de Satanás rebela la carne contra el espíritu, en ella se fortifica la enfermedad: si la figura del mundo nos divierte y deslumbra, en ella se perfecciona la fe; si no obstante nuestras mas vivas resoluciones nos dejamos arrastrar de la ocasion, por ella se nos da la fidelidad; si los cuidados del siglo entibian nuestro fervor ó distraen nuestros sentidos, con ella se renueva la devocion y se halla el recogimiento; si la inconstancia de nuestro corazon nos hace experimentar aquellos peligrosos instantes de disgusto en el servicio de Dios, en ella se aviva el gusto del don celestial y se conoce lo suave que es el Señor; si las máximas de los insensatos y los errores del mundo han debilitado en nuestro espíritu las verdades de eterna salud, en ella se aumentan las luces y se disipan todas aquellas vanas fantas-

mas que habia formado en nosotros el espíritu de tinieblas; si no podemos permanecer con nosotros mismos, si el retiro nos horroriza, si el juego, las concurrencias, los placeres se han hecho diversiones inevitables contra la molestia que nos persigue, en ella aprendemos á vivir sin el mundo, á no podernos sufrir y hallar solamente en Dios nuestras mas suaves delicias; si las cruces, las lágrimas, las amarguras de una vida cristiana asustan nuestra flaqueza y nos impiden el que nos convirtamos al Señor, en ella se nos presenta la inocencia con todas sus gracias, se abre el seno de la gloria, y las tribulaciones transitorias no parecen nada comparadas con los bienes futuros con que han de ser coronadas; si gemimos con el peso de nuestras cadenas, en ella nos conforta poco á poco una mano invisible; si estamos en lo profundo del abismo y de la disolucion, y si parece que nuestras iniquidades, como una piedra fatal, han cerrado la entrada y nos quitan toda esperanza de socorro, en ella un rayo de luz empieza á penetrar el horror de estas tinieblas, y resuena la voz celestial aun en la morada de la muerte; si nos hallamos en aquellos nuevos combates de la penitencia, en que la gracia y el apetito disputan entre sí nuestro corazon, y en que somos tentados pero no vencidos, inclinados al bien pero no convertidos del todo, en la oracion se acaba la victoria, se fijan las irresoluciones y queda el Señor por dueño. Si la perfidia ó la injusticia nos han despojado de nuestros bienes y de nuestras dignidades y han trastornado nuestras mas bien fundadas esperanzas, con la oracion hallamos en lo mas profundo del retiro á donde nos ha arrojado una fatal desgracia, un amigo mas fino que el que perdimos, un dueño mas poderoso que aquel á quien serviamos, unas recompensas mas seguras que las que esperábamos; si nos ha infamado la

calumnia, en la oracion nos consolamos de los injustos juicios de los hombres con aquel Señor que á todos nos conoce; si nos aflige la enfermedad, en la oracion derrama el Señor aceite sobre nuestras heridas; si hemos perdido un padre, un esposo ó un protector, en la oracion empieza Dios á servirnos de todo. Los hombres que no pueden remediar nuestras pérdidas, tampoco pueden consolarnos en nuestro dolor, son unos débiles consoladores que en vez de aliviarnos nos cansan, que nos exhortan á la paciencia, pero no la pueden introducir en nuestro corazon; y si no orais, ninguna de vuestras aflicciones tiene remedio. En una palabra, contemplaos en el estado que quisiéreis; la oracion os consuela si es triste, os proporciona el alivio si es penoso, os asegura si es incierto, os preserva si estais expuestos en él; pero aun cuando solamente nuestros intereses no nos hicieran de la oracion el ejercicio mas suave y de mas consuelo por la fe, aun cuando en el destierro en que vivimos apartados de nuestro Dios, sujetos á tantas miserias, esclavos de tantas necesidades, entregados á tantas flaquezas, pudiésemos hallar fuera de él algun verdadero deleite y algun consuelo para nuestros males, ¿no debiéramos adorarle, pues somos obra suya, y él fué quien nos sacó del seno de nuestras madres y no ha cesado despues de añadir á este otros nuevos beneficios? ¿tenemos acaso otras obligaciones mas esenciales que las de darle continuamente gracias por ser el remunerador de nuestras penas y el Juez eterno de nuestras acciones? ¿no debiéramos pedir que se interesase su misericordia en nuestra eterna salud, aplacar su justicia por nuestros pasados delitos y rogarle que no se acuerde de ellos en su indignacion?

Finalmente, católicos, el cristiano es un hombre de oracion; su origen, su estado, su naturaleza, sus esperanzas,

el país de su habitación, todo le avisa que debe orar. La misma Iglesia, en la que nos ha incorporado la gracia del Evangelio, aunque extranjera acá en la tierra, no es mas que una triste paloma cautiva en Babilonia, que siempre gime y se queja, y solo reconoce á sus hijos por los suspiros que continuamente envian hácia su patria, y el cristiano que no ora, él mismo se separa de la congregacion de los santos, y es peor que un infiel.

Pero cuanto mas necesaria y útil es la oracion, mas importa orar como se debe. Las utilidades de esta obligacion, tan esencial á la vida cristiana, están vinculadas al modo de cumplirla, y si orais mal, no orais. La fe, pues, dice San Agustin, es la primera condicion y como la raiz de la cristiana oracion: *Fides fons orationis*. Cuando ora la fe empieza haciéndonos aborrecer todo cuanto en nosotros desagrada á Dios, á quien queremos aplacar; no pide mas dones que los que nos pueden hacer agradables á su vista, y respecto de los bienes temporales y de los demás dones perecederos; se remite á los eternos designios que Dios ha formado en orden á nuestra suerte, igualmente dispuesta á bendecirle, ya sea que nos los conceda ó que nos los niegue; esto es, es sincera, desinteresada y sumisa.

Pero os suplico que advirtais estas tres condiciones en la oracion de nuestra santa cananea. Primeramente empieza saliendo de su país y de en medio de un pueblo que era maldito. *Egressa a finibus illis*.<sup>1</sup> Aparta su corazon de todo lo que puede apartar de ella la vista de su Salvador; deja do lo que puede apartar de ella la vista de su Salvador; deja allí los ídolos que sus padres la habian enseñado á adorar, y ya no cuenta con su débil proteccion; tampoco la detiene

<sup>1</sup> Math. 15, v. 82.

su hija, aunque la deje en los últimos instantes de su vida, entre crueles tormentos, y cuando su cuidado y su presencia la serian mas necesario. No espera como la mujer de Samaria á que el hijo de David venga á buscarla en medio de su pueblo y de sus desórdenes; renuncia desde luego á los dioses de Canaán y á los desórdenes de sus primeros caminos, y corre apresurada á reconocer al deseado de las naciones, al destruidor del imperio de Satanás, y á aquel que habia de levantar la maldicion pronunciada contra la descendencia de Cham. *Egressa a finibus illis*. ¿Nos valemos nosotros, católicos, de estas precauciones cuando venimos á presentarnos á Jesucristo en la oracion? ¿salimos de entre nuestros ídolos y de nuestro pueblo? Dios nos manda que sacudamos el yugo de la iniquidad que está en nuestras manos, antes de atrevernos á levantarlas hácia él: *Si iniquitatem, quæ in manu tua est, abstuleris a te... tunc levare poteris faciem tuam absque macula*.<sup>1</sup> Y pues vamos á pedir, no debemos presentar á la vista de nuestro bienhechor cosa alguna que pueda detener sus gracias; si vamos á adorar, no hemos de conservar en nuestro corazon cosa alguna que desmienta nuestros respetos; si vamos á humillarnos por nuestros delitos, no debemos llevar ya á la presencia de nuestro juez nuestros culpables afectos; á lo menos es preciso que aborrezcamos nuestras llagas, dado caso que aun no podamos cortar hasta lo vivo para curarlas. Es necesario á lo menos gemir por nuestra miseria, dado caso que aun no podamos alcanzar de nuestra flaqueza aquel generoso esfuerzo que debe libertarnos; y así toda oracion debe nacer de algun principio de penitencia y servir de paso á la conversion; toda oracion debe ó mudar el

<sup>1</sup> Job. 1, v. 14 15.

corazon ó nacer de un deseo de mudanza, porque si no, no orais; vais á insultar á la santidad del Ser Supremo; y con todo, católicos, todos los dias nos presentamos á la vista de la divina Majestad con unos vergonzosos lazos, con pecaminosos deseos, con odios crueles y con proyectos quiméricos de fortuna; le pedimos que nos perdone nuestras ofensas, y nosotros no solamente no nos arrepentimos de ellas, sino que acaso meditamos otras nuevas; le pedimos que nos libre de la tentacion y queremos caer en ella; deseamos que sea santificado su nombre y nos hallamos con ánimo de volver á ultrajarle; le pedimos que nos sea dado su reino y aun queremos ser del número de los fornicarios, de los injustos y de los adúlteros que no le han de poseer. En una palabra, deseamos que se cumpla su voluntad y no queremos obedecerle. ¿Son estos por ventura, ¡oh Dios mio! pretendientes que os piden gracias, pecadores que esperan su perdon, necesitados que os representan su miseria ó profanos que os insultan? ¿Qué hay en estas oraciones que no provoque vuestra ira en vez de solicitar vuestros favores? Delante de vuestra Majestad están conversando con sus pasiones, en vez de hacerlas callar siquiera en vuestra presencia, y muchas veces salen de la oracion con el corazon mas encendido y con el espíritu mas ocupado en algun designio, en alguna empresa ó en alguna passion, que cuando entraron en ella. La única cosa de que está vacío, ¡oh mi Dios! es de vuestras verdades y de vuestra gracia.

Pero no basta, católicos, el ponerse en la oracion á vista de Dios sin estorbo alguno que pueda apartar las gracias que vamos á pedirle; es necesario que la fe regle y purifique nuestros ruegos. Segunda condicion de la oracion cristiana, señalada en la conducta de la santa mujer de nues-

tro Evangelio. Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí: *Miserere mei, Domini fili David.* Permitidme, católicos, que haga aquí dos reflexiones. La primera, que no dice, como repara San Juan Crisóstomo, curad á mi hija; sino tened misericordia de mí. Lo primero que se la ofrece en la oracion son sus propias necesidades; conoce que su alma está bajo la tiranía de un demonio invisible, y su libertad la parece mas importante que la salud corporal de su hija; por eso pide desde luego el reino de Dios y su justicia, persuadida á que todo lo demás se la dará como accesorio. Pues esta es la regla, amados oyetes míos; ¿pero la observais en las calamidades que os afligen? ¿empezaís invocando la misericordia del Señor sobre las ocultas miserias de vuestra alma, ó sobre los males temporales que exteriormente os molestan? ¿pedís la caridad que siempre permanece, antes que otros dones menos excelentes y que han de perecer con vosotros? ¿os interesa mas vivamente vuestra conversion que vuestras desgracias? Cuando un revés de la fortuna, ó por mejor decir, un órden secreto de la Providencia os ha hecho decaer de aquel estado de prosperidad en que os habian colocado vuestro nacimiento y las riquezas de vuestros mayores, ¿cuál fué la primera súplica que vuestro corazon afligido dirigió al Señor? Libradme, le dijisteis, de los que me persiguen; no hicisteis memoria de su gracia, de vuestra eterna salud, ni de vuestros enemigos domésticos. Cuando aquel esposo, aquel amigo, aquel jefe, de cuya vida dependia vuestra fortuna, estuvieron á pique de faltaros, y teníais ya por inútiles todos los humanos socorros, y os fué preciso levantar los ojos al cielo y poner toda vuestra esperanza en el Señor, ¿qué fué lo primero que le pedisteis? ¿que os librase de las calamidades que os amenazaban, ó que os perdonase los pe-

cados con que las habíais merecido? Cuando cargó su mano sobre vuestra propia persona, y cuando unas enfermedades largas y crueles marchitaron poco á poco vuestra lozanía y vuestra salud, ¿qué remedios pedísteis entonces al soberano Médico? ¿Cuando sentíais tanto las enfermedades de vuestra carne, os acordábais, por ventura, de las de vuestra alma? ¿Qué pocos serian, ¡oh Dios mio! los que os pidiesen, si no tuvierais que distribuir mas dones que los del cielo, ni mas tesoros que los espirituales. Pero no digo bien, católicos: ¿no es el Señor á quien invocais cuando deseais alguna otra cosa mas que él? Pedís la salud, la prosperidad y la fama, pues solamente le rogais para alcanzar algunos de estos dones; le buscáis como aquellos judíos carnales, movidos de los panes terrenos que multiplica, y vuestra oracion solo es una súplica injusta de un bien perecedero, que haceis al Autor de todos los bienes.

La segunda reflexion es que la verdadera oracion siempre hace que nos acordemos de nosotros mismos, sin permitir que nos olvidemos de nuestras propias necesidades con pretexto de elevarnos sobre nuestra miseria. *Hijo de David, tened misericordia de mí.* Porque orar es conocer nuestra miseria, confesar nuestra injusticia en la presencia de nuestro Dios, y suspirar por la gracia de una perfecta libertad. Orar es querer aniquilar en nosotros todo cuanto desagrade al Ser Supremo, animarse á serle en adelante mas fiel, confundirse á vista de sus beneficios y de nuestra ingratitud; orar es comparar nuestras costumbres con la santa ley, medirlas siempre con esta regla, cortar sin piedad todo cuanto se halla en ellas que la sea contrario, y adelantar en el ejercicio de las cristianas virtudes. En una palabra, la oracion es la perfeccion de nuestras

costumbres. ¡Ah, católicos! El hombre estando como está tan corrompido, sustentándose con la soberbia, con la sensualidad, con la ignorancia, y estando sujeto á tantas flaquezas, por mas que haya adelantado en la virtud, ¿podrá nunca pedir favores á su Dios sino para sí mismo? ¿podrá proponerse otro objeto de su oracion mas que las infinitas necesidades de su alma? ¿podrá tener tiempo para entregarse á especulaciones vanas en las que se desvanezca? ¿La oracion es acaso un esfuerzo del entendimiento, ó la lengua del corazon? ¿Se puede nunca adorar á Dios de un modo mas digno de su Majestad, que cuando postrada la vil criatura delante de su Soberanía, reconoce que en su presencia no es mas que polvo y ceniza? El pecador solamente debe usar de este estilo con su Dios: *Hijo de David, tened misericordia de mí.* En esta expresion se encierra lo mas sublime de su oracion; de este modo adora á su Señor, le ama, espera en él, reconoce sus beneficios y confiesa su propia miseria.

En tercer lugar, la fe de nuestra cananea la inspira en su oracion una resignacion perfecta en la voluntad de su Salvador; se contenta con decirle: Mi hija está cruelmente atormentada del demonio: *Filia mea male á dæmonio vexatur.* No añade, dice San Juan Crisóstomo, libradla, Señor; no impone ley alguna á su misericordia, no se la oye gritar como á aquel soldado del Evangelio: Venid, Señor, y curad á mi criado; no como el ciego de Jericó: Señor, haced que yo vea; no como á la madre de los hijos del Cebdeo: Mandad que se sienten mis dos hijos, uno á vuestra diestra y otro á vuestra siniestra; sino que contentándose con manifestar el motivo de su dolor, remite lo demás á la prudencia y piedad del Hijo de David, y deja únicamente á la disposicion de su voluntad los efectos de

su suerte: *Filia mea male á dæmonio vexatur*. De este modo quiere Dios que le pidamos, católicos; él conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, porque nosotros regularmente no sabemos lo que le pedimos; muchas veces le pedimos favores, los que nos concede su justicia por castigo, y porque se indigna de que en nuestras oraciones no hagamos caso de su voluntad, de que tengamos tan poco respeto á las eternas órdenes de su providencia para con nosotros, y de que el antojo de nuestros deseos quiera dar la ley á su sabiduría: con todo eso, amados oyentes míos, este es el universal defecto de nuestras oraciones; casi nunca sirve de regla á nuestros ruegos y súplicas el cumplimiento de su santa voluntad. Cuando os ha castigado en vuestros bienes ó en vuestra persona, ¿le habeis dicho: Señor, si este estado de aflicción me hace mas agradable á vuestros ojos y me pone en una feliz imposibilidad de desagradaros, no me libreis de unos males tan preciosos? ¿le habeis rogado de este modo? ¡Ah! que os parecian pocas vuestras lágrimas y vuestros suspiros para pedirle la restitucion de la salud ó de la fortuna. ¿Pero qué es lo que os ha sucedido? Os oyó el Señor, y los efectos os han hecho conocer muy á costa vuestra que os ha castigado con oiros, y que fué para vosotros un Dios justiciero cuando os pareció propicio. Os servísteis de la salud que os concedió para los delitos y para los desórdenes de las pasiones; los bienes que os restituyó no han sido en vuestras manos mas que funestos instrumentos de vuestros delitos. Cuando hirió con su poderosa mano á aquel hijo á quien tan desordenadamente amábais, y al que mirábais como único sucesor de vuestras grandes riquezas y apoyo de vuestras esperanzas, ¿os contentásteis con decirle, como la santa mujer de nuestro Evangelio,—Mi hijo se halla cruelmente

atormentado, su muerte está en vuestras manos, bien veis mi aflicción, y conoceis en lo que ha de venir á parar, no hagais caso de mis deseos si no son conformes á vuestros eternos consejos: *Filia mea male á dæmonio vexatur?* ¡Ah! no sabeis pedir al Señor mas que su vida y que alargue sus días. Le concedió la vida, le alargó los días, y despues los infinitos pesares con que sus licenciosas costumbres han contristado vuestro amor, y acaso la desnaturalizada desobediencia contra vosotros mismos, y el olvido del respeto y de la piedad paternal, os han dado á conocer que entonces no debia haber sido oida vuestra súplica, y que el beneficio con que entonces consoló el Señor el exceso de vuestro dolor, fué el castigo mas terrible. Como nosotros ignoramos, católicos, si el Señor quiere santificarnos por el camino de las aflicciones ó por el de la prosperidad, por el de la salud ó por el de la enfermedad, con la fama ó con los oprobios, debemos siempre pedirle en nuestras oraciones que se cumpla en nosotros su voluntad eterna, y que nos guie por el camino que nos preparó desde el principio de los siglos, y no pedirle los bienes temporales sino en cuanto parezca á su sabiduría que son convenientes para nuestra eterna salud; pero los bienes de la gracia, la conversion del corazon, el que nos libre de nuestras pasiones, la fidelidad en la ocasion, la perseverancia en la virtud, todo esto se lo debemos pedir sin condiciones ni restriccion alguna. La voluntad del Señor, dice el apóstol, siempre es que seamos santos, y nunca pueden ser excesivas nuestras súplicas en pedir lo que nunca se nos puede conceder con exceso. Pero en esto es en lo que muchas veces nos engañamos, y ó por justificar las oraciones interesadas y carnales confundimos los intereses de eterna salud con los del amor propio, ó en las enfermeda-

des habituales pensamos que si el Señor nos restituyera la salud seríamos menos tibios en su servicio y tendríamos mas proporción de excitarnos en buenas obras y tratar del negocio de la eternidad, y por eso no cesamos de pedirle que nos libre de nuestros males: en la desgracia nos persuadimos á que si aun gozáramos de una halagüeña fortuna socorreríamos á los pobres, favoreceríamos á los justos, mantendríamos los intereses de los pueblos, defenderíamos á los desvalidos é inocentes contra la opresion y la injusticia, y de este modo formamos mil deseos de restituírnos á la fortuna y á la prosperidad. Si vivimos ocupados en grandes negocios, nos parece que un estado mas tranquilo nos dejaria mas tiempo para pensar en nuestra salvacion, y no cesamos de decir al Señor: no abandoneis, ¡oh Dios mio! á los que os quieren servir y glorificar en vuestros dones: todo esto es ilusion, católicos; el estado en que nos ha puesto la Providencia es siempre el mas á propósito para nuestra salvacion; cuanto mas nos desagrade este estado, mas medios halla la gracia para la santificacion; el pedir al Señor que nos saque de él, con pretexto de servirle en otro con mas fidelidad, es querer excusar á su vista el abuso que de él hacemos. Pero no basta pedir en la oracion lo que se debe, sino que es necesario pedirlo como se debe, y para esto nos servirá tambien de ejemplo nuestra cananea.

#### SEGUNDA PARTE.

No hay oracion, dice San Agustin, cuando no es el corazon el que ora, porque Dios solamente oye al corazon. El idioma de éste siempre es fervoroso y abrasado; el corazon no conoce la tibieza ni la negligencia, y esta es la primera instruccion que encierra en sí la historia de nues-

tro Evangelio. Persuadida la santa mujer á que hablaba con el dueño de los corazones, que la abundancia de palabras era propia de los adoradores de los dioses de Tiro y de Sidon, y que una sola expresion de viva fe agradaba mas al Dios verdadero que los mas abundantes discursos, casi solamente se vale de su amor y su dolor en lugar de las palabras. Es verdad que gritó *clamavit*; pero aun fué mas fuerte el grito invisible de su corazon. Lloró, pero sus lágrimas no fueron mas que una leve expresion de su pena; movia á los asistentes con el espectáculo de su desconsuelo, pero al mismo tiempo ofrecia á la vista de Jesucristo un corazon mucho mas compungido, y en su fervor consistia todo el mérito de la oracion. A la verdad, católicos, cuando nos presentamos delante de nuestro Dios tibios, flojos, distraidos, cuando le exponemos nuestras necesidades como si fueran ajenas, cuando parece que no tenemos interés en el negocio que tratamos con el Señor, cuando dejamos hablar á nuestra lengua sin juntar á ella los religiosos movimientos de un corazon conmovido, ¿qué es lo que hacemos entonces? Escogemos la vista de Dios para que sea testigo de los desórdenes de un espíritu ociosa y de las tibiezas de un corazon infiel. Nos ponemos en su presencia para decirle que no le amamos, nos prostamos á sus piés por no pensar en él y para conversar solamente con las criaturas. En una palabra, le irritamos en el lugar de la propiciacion, y convertimos en delito el ejercicio mas útil y de mas consuelo que tiene la fe. Católicos, el fervor es esencialísimo á la oracion; lo primero por razon de la Majestad del Señor á quien suplicamos, y así los respetos tibios son indignos de su grandeza, y si maldice al que hace su obra con negligencia, ¿qué otro acto de religion puede llamarse con mas propiedad su obra

que la oracion? Lo segundo, por lo estimables que son las gracias que pedimos: ¿pues cómo es posible que háyamos de pedir los bienes eternos, las promesas de la vida futura, el don inestimable de la perseverancia, la posesion inmortal de Dios, bienes todos tan preciosos; cómo es posible, vuelvo á decir, que los hayamos de pedir con tibieza? ¿no seria esto declarar que ó no nos mueven estos bienes, ó que no los deseamos? ¿puede bastar todo el corazon para desearlos? ¿es posible que hayamos de ser en todo lo demás tan diligentes, y que para quedarnos frios y disgustados, baste el ponernos en la presencia de Dios y pensar en los bienes eternos? Finalmente, por la misma naturaleza de la oracion. Esta es un comercio amoroso con vuestro Dios; ¿pues cómo podeis estar en ella con una alma de hielo? Es la consideracion de sus infinitas perfecciones; ¿pues cómo podreis contemplarlas sin devocion? Es pensar en todos los bienes con que os ha favorecido; ¿pues qué cosa puede mover mas á un buen corazon que la memoria de las gracias recibidas? Es gemir por los pasados defectos; ¿pues cómo es posible el acordarse con indiferencia, en la presencia del objeto que se ama, de las infidelidades que contra él se han cometido? Luego todo nos enseña á orar con fervor, y sin esta condicion la oracion no es mas que un desprecio del Señor, ó una ocupacion inútil de un espíritu ocioso y poco mortificado.

En segundo lugar, esta mujer de Tiro únicamente quiere deber la gracia que solicita á la misericordia del Hijo de David, y así la humildad de su oracion corresponde á lo vivo de su fe. No alega á su favor, ni el valor con que sale de su nacion, ni la fe con que abandona sus ídolos y viene á buscar á un extranjero; no alega mas mérito que su propia miseria para mover á Jesucristo: *Hijo de David,*

*tened misericordia de mí:* la comparan con los mas viles animales, y en este oprobio halla nuevo motivo de confianza; la dicen que primero son las ovejas de Israel, y se conforma con esta ignominia; no alega por excusa de sus pasadas supersticiones, ni para suavizar el odioso título que le dan, la casualidad del nacimiento en que tan poca parte tenemos nosotros, y el que en ella mas era desgracia que pecado; no opone á la preferencia con que Jesucristo honra á los judíos, su ingratitud, su envidia y su obstinacion, la que les hace aun mas culpables que á los habitantes de Tiro y de Sidon; la humildad es sencilla y no ve mas que su propia nada; y á la verdad, católicos, no hay cosa que tanto aparte de nosotros las gracias del cielo, como el buscar en nosotros mismos las razones de la divina liberalidad; en el principio de la conversion solemos algunas veces mirar con complacencia delante del Señor que allí adoramos, un natural feliz que nos ha preservado siempre de muchos excesos, aun cuando seguimos los caminos del delito; un caudal de religion y de temor de Dios que en el mismo tiempo de nuestros desórdenes nos inspiraba cierto respeto á la devocion y á los que la practicaban, y un secreto horror á aquellos hombres de pecado, que de la impiedad y del desprecio de las cosas santas hacen la diversion de sus desórdenes; nos representamos en nuestro interior la idea de aquellos pecadores para hacer honor á la que formamos de nosotros mismos, y nos decimos sin pensar al pié de los altares, como el fariseo: yo no soy como los demás hombres, si estamos algo mas adelantados en la virtud; en vez de bendecir la mano que rompió nuestras cadenas, nos parece hallar en nuestra justificacion las razones que ha tenido el Señor para separarnos de tantos pecadores como se pierden, y de llamarnos á sus santos caminos: por

eso cuando clamamos al Señor en nuestras aflicciones, casi siempre mezclamos con nuestras súplicas la memoria de lo que hemos hecho por él, y mas parece que pedimos justicia que gracia; ponemos á su vista con complacencia una barca y algunos anzuelos olvidados, como los apóstoles; esto es, las obras mas leves que hemos hecho en su nombre. Le decimos en el corazón secretamente: ¿no nos habeis de dar algo por esto? *Quid ergo erit nobis?*<sup>1</sup> Nos acordamos de haber dado una limosna, de haber hecho una obra de misericordia, de haber ejercitado algun acto de religion, y al mismo tiempo que con una mano ofrecemos nuestras calamidades, con la otra hacemos presentes nuestros méritos, cuando en ella debiéramos adquirir otros nuevos; no nos gloriamos en la presencia del Señor ni le decimos claramente: Vos, Señor, debeis mostrar algun agradecimiento á mi fidelidad, no puede ser que mis obras santas se hayan borrado absolutamente de vuestra vista, pues todo persevera vivo en vuestra presencia, pero en la desgracia que me aflige he de conocer que no han sido vanos mis servicios; no le decimos esto á las claras, pero lo decimos en nuestro interior; no hacemos alarde de nuestros méritos, pero los ponemos de modo que se vean; nos cubrimos con nuestras buenas obras y miramos á la Majestad del Altísimo por entre el velo lisonjero de nuestras virtudes, sin acordarnos de que Moisés en la montaña levantaba el velo cuando hablaba con el Señor, como para exponer mejor sus miserias, y no se valia de él sino cuando se volvía hácia el pueblo y como para ocultarse á sí mismo la memoria de las acciones heroicas y de los prodigios que habia obrado entre sus hermanos. Nunca puede el pecador presentar mejor título para alcanzar favores, que su indignidad y la

clemencia de un Dios que no le debe mas que el castigo de sus culpas.

Por último, la santa cananea añade al fervor y á la humildad de su oracion la perseverancia. Al principio no respondió Jesucristo á sus súplicas, tan sumisas, tan humildes y tan fervorosas, mas que con un silencio indiferente. *Qui non respondit ei verbum.* Habia esta santa mujer abandonado sus dioses, su país, hasta su hija, que se estaba muriendo, por venir á buscarle, y no se dignó ni aun de mirarla. Le manifiesta su dolor de un modo tan vivo, tan tierno, tan lleno de fe y capaz de mover todos los corazones; los asistentes se enternecen, y solamente Jesucristo la mira con indiferencia; Jesucristo, que habia de llorar por la rebelde Jerusalem, Jesucristo, á quien únicamente la confusion de una mujer adúltera le halló tan indulgente y tan misericordioso, que se representaba á sus discípulos bajo la figura de un amoroso pastor, ocupado en buscar por las montañas las ovejas descarriadas; Jesucristo niega su amor y su atencion á esta mujer que le viene á buscar desde una region tan distante! ¿Tanta fe, tantas lágrimas, tantos pasos merecian ser pagados con un silencio que así la desconsolase? ¿qué otra fe no se hubiera acobardado con semejante rigor? *Qui non respondit ei verbum.* Con todo eso, esta mujer fuerte persevera y no se rinde su grande alma. Hasta ahora no se habia atrevido á presentarse al Salvador y se habia contentado con levantar su voz desde lejos: *Dimitte eam, quia clamat post nos.* Pero á proporcion de la repulsa se va acercando, y los rigores son los únicos atractivos de que se vale Jesucristo para ganarla. ¿Pero qué quiere decir, por último, con postrarse á los piés de Jesucristo? ¿Va acaso movida de una secreta envidia á acordarle los muchos prodigios que ha obrado en otras par-

tes, ó á decirle como los habitantes de Nazareth: Hemos sabido por las públicas noticias las cosas que habeis hecho en Cafarnaum? ¿Va acaso á recoger todas las fuerzas que la habia dejado su afliccion, á valerse de los mas tiernos y elocuentes afectos del amor maternal, y hacer el último esfuerzo para que el Señor se mueva y se la muestre propicio? Esto era lo mas que podia esperarse de una mujer infiel. Con todo eso, miradla á los piés del Salvador, cómo adora en silencio los eternos consejos de su sabiduría para con ella: *At illa venit, et adoravit eum, dicens; Domine adjuva me;* cómo se conforma en su interior con las severas disposiciones de su penitencia; cómo se humilla bajo la poderosa mano que la castiga: queda tranquila acerca de la suerte de su hija y no vuelve á hablar palabra; la ha puesto mucho tiempo antes en las manos de su libertador, y ya no pide que la libre de su afliccion, sino que la dé fuerza para poderla sufrir: *Domine, adjuva me;* Señor, ayudadme; se niega á sí misma hasta las lágrimas, que son el único consuelo de los desgraciados, ahoga en sí los mas tiernos afectos de madre, hace que sus deseos se conformen con los decretos del Señor que adora, solamente porque no la oye se cree indigna de ser oida, y todas sus súplicas se reducen á que le dé una alma mas fuerte que su dolor: *Domine, adjuva me;* Señor, ayudadme; no concedais la salud á mi hija si se oponen á ella vuestra justicia y mi infidelidad; pero arracad de mi corazon el amor que aun la tengo: *Domine, adjuva me.* ¿Quién no creeria que este último paso habia de triunfar de la tardanza del Salvador? Con todo eso, no responde á esta tan constante mujer sino con rigurosas reprehensiones. No es justo, le dice, tomar el pan que está destinado para los hijos y darle á los perros; pero no se ofende con un desprecio tan terrible; aumenta las ins-

tancias al paso que se aumentan las dificultades, y perseverando constante, arranca, por decirlo así, de las manos de Jesucristo la gracia que el Señor la habia dilatado tanto tiempo: *¡Oh mujer!* exclama, no pudiendo dejar de alabar en público lo que habia tanto tiempo que estaba admirando en secreto; *grande es tu fe; hágase lo que desees.* Y esto, católicos, es para nosotros otra instruccion acerca de la perseverancia en nuestras oraciones; muchas veces no nos oye el Señor, nos deja en la afliccion de que le pedimos que nos saque, en las flaquezas que son causa de nuestros gemidos, en las tentaciones de que siempre salimos medio vencidos. Entonces ya cesamos de pedir, nos parece inútil el repetir las súplicas que no oye, y aun mas tranquilos algunas veces en nuestras pasiones, despues de haber pedido en vano la libertad, nos parece que nada hemos omitido por nuestra parte y que en adelante la gracia debe obrar lo que falta. Pero no quiero deciros que acaso no sois oidos porque pedís mal, que vuestra oracion lleva consigo misma las razones de negaros Dios lo que le pedís, y que es necesario corregir sus defectos y no interrumpir su ejercicio. No quiero deciros que acaso en una vida absolutamente mundana solicitais gracias que solamente son recompensa del retiro, de la penitencia y de la oracion; que pedís el don precioso de la continencia y de la castidad, cuando caminais á perderla con vuestras conexiones, con vuestra leccion y con vuestras conversaciones; pedís la paciencia en los trabajos, cuando al mismo tiempo estais continuamente buscando vuestras comodidades, y muy poco acostumbrados á sufrir; pedís gusto en la virtud, cuando vuestras costumbres tibias y sensuales destruyen todas las gracias; fidelidad en las ocasiones, cuando no velais sobre vuestro corazon, y despreciáis las mas

esenciales precauciones de la piedad cristiana. ¡Ah! no me admiro de que entonces os responda Jesucristo como hoy á la cananea: *Que no es licito tomar el pan de los hijos para echarlo á los perros.* Y que los favores que solicitais no son para los pecadores como vosotros, sino que están reservados para la fidelidad de las almas justas: *Non est bonum.* Supongo que pedís como se debe; pero digo que procedéis injustamente en retiraros cuando no sois oídos. ¿Os parece, amados oyentes míos, de tan poca importancia la salvacion, que no merezca ser pedida mas de una vez? ¿os parais al primer paso que dais para conseguir las cosas que deseais con ansia? ¿los obstáculos en vuestras pretensiones temporales sirven mas que de avivar y despertar vuestros deseos? Vosotros contais vuestros pasos con Jesucristo; ¿pero los contó acaso el Señor con vosotros, aun en medio de haberle despreciado tantas veces? ¿no vuelve todavía á presentarse á la puerta de vuestro corazon con tanto deseo de vuestra salud, cuando os llama á la hora undécima del dia como cuando os llamaba á la primera? ¡Ah! si despues de algunas inspiraciones de su gracia se hubiera retirado absolutamente de vosotros, si solamente porque no le pudiéseris atribuir la culpa de vuestra perdicion, se hubiera contentado con avisaros una vez y os hubiera dejado despues en manos de vuestra corrupcion, ¿qué seria de vosotros? ¡Oh hombre! ¿podrá haber exceso en pedir el único bien que necesitas? ¿ignoras que tu Dios quiere ser instado, solicitado, importunado, y que tanto su gracia como su reino únicamente son premio de la violencia? Por otra parte, Dios os niega lo que le pedís, pero es para obligaros á que le rogueis por mas tiempo. Conoce el carácter de vuestro corazon; si no tuviérais cosa alguna que desear de su liberalidad, jamás os encomendaríais á él; si os hubiera oído

la primera vez, el beneficio os hubiera hecho olvidar del bienhechor. Dios os niega lo que le pedís; ¿pero qué sabeis si vuestra misma oracion es mas agradable á Dios que la virtud que le pedís? ¿Si gusta mas de oir vuestros gemidos por vuestra impaciencia, por vuestras flaquezas, que de veros mas paciente y mas fiel? ¿si la compuncion con que le ofreceis vuestras faltas en la oracion os purifica mas á su vista que la enmienda de esos mismos defectos? Y finalmente, ¿qué sabeis si os cansásteis de orar al mismo tiempo que estábais para alcanzar lo que pedíais, y cuando el Señor no esperaba mas que una nueva instancia? Orásteis y no os oyó, volvísteis á clamar de nuevo y calló; otra vez volvió á subir al Señor la voz de vuestro corazon y fué en vano; y entonces parásteis aquí como aquel rey de Israel despues de haber herido tres veces la tierra con su lanza; ¿pero por qué no proseguís? como respondió el profeta Eliseo á aquel imprudente príncipe: *Si hubieras herido hasta cinco veces quedaba destruida la Asiria, y hubieras conseguido una completa victoria de tus enemigos.* Dios habia señalado el instante de su gracia á una nueva súplica, vuestros primeros votos le habian ya dispuesto y no faltaba mas que acabar la obra. Desfallecísteis cuando estábais para recoger el fruto de vuestros trabajos: *Si percussisses quinques.*<sup>1</sup> Si hubiérais tenido un poco mas de perseverancia, hubiérais alcanzado lo que pedíais, si hubiérais llamado otra vez á la puerta, os hubieran abierto: si hubiérais hecho un nuevo esfuerzo hubiérais triunfado de la lentitud del mismo Dios, y con retiraros perdeis las gracias que ya habíais merecido y las que estábais para alcanzar; os suplico que hagais aquí una reflexion, y es que no basta el

<sup>1</sup> 4. Reg. 13. v. 19.

continuar simplemente y no desanimarse, sino que es necesario aumentar los esfuerzos despues de haber pedido é instado; si no habeis conseguido es necesario llamar.

Y á la verdad, católicos, Dios solo dilata el oirnos para hacer que sean mas fervorosas nuestras súplicas; parece que las desprecia para inflamar mas nuestros deseos. Esta es una de aquellas ficciones del amor divino, el que parece se nos niega para avivar mas nuestro afecto, y muchas veces renuêva para con las almas fieles la historia de los discípulos que iban á Emmaús; esto es, parece que se retira de ellas para que le insten mas á que se detenga. Este es el fin de Dios en suspender sus gracias. Pero me direis que no habeis dejado de pedir desde el fatal instante en que pereció vuestra inocencia; desde aquel dia funesto que mudó vuestra alegría en tristeza, y en que perdisteis los medios de vuestra fortuna, y desde que la mano del Señor os hirió con aquella cruel enfermedad que os hace tan amarga la vida; no habeis cesado de pedirle fuerza para levantaros de vüestra culpa, fe para llevar la adversidad, una paciencia cristiana que os haga poseer vuestras almas, haciéndoos dueños de ellas, que os deje sufrir sin quejaros ni murmurar, y con todo eso, hoy os hallais tan frágil, tan triste, tan inquieto, como en el primer instante en que empezásteis á orar al Señor; vosotros perseverais y el Señor no os responde. Pero os pregunto, ¿habeis hecho mas vivas instancias por haber tardado el Señor? ¿habeis añadido á la oracion el socorro del ayuno y de la penitencia? ¿habeis tentado nuevos caminos para vencer al Señor? ¿se ha ayivado vuestro fervor, se ha aumentado vuestra fidelidad, se han multiplicado vuestras obras cristianas? Finalmente, ¿habeis enviado al cielo mas penetrantes clamores despues que vísteis que los primeros fueron inútiles, y como

los israelitas, despues de haber dado vueltas al rededor de las murallas de Jericó por espacio de seis dias, habeis añadido al sétimo el ruido de las trompetas y los alaridos, como para triunfar del mismo Dios con este nuevo esfuerzo, y ver caer á vuestros piés la pasion de que tantas veces habíais deseado libertaros? ¡Ah! el Señor no os oye porque siempre pedís de un mismo modo; por mas que se niegue á vosotros, no sentís suficientemente su desvío, y así no clama vuestra voz con nuêvo esfuerzo.

¡Ah! bien pudiera yo decir aquí con realidad lo que en otro tiempo decia por burla Elías á los profetas de Baal congregados en Bethél para sacrificar á su Dios; gritad mas, porque vuestro Dios se duerme algunas veces, y necesita de que le despierten. La cananea no siempre se contenta con decir: Hijo de David, mi hija se halla cruelmente atormentada; sino que se acerca, hace nuevos esfuerzos; finalmente, obliga tambien á los discípulos á que intercedan por ella con Jesucristo. Y este, católicos, es el modelo de nuestra perseverancia. Dirijamos á Dios nuestras súplicas y nuestras oraciones; si no nos oye, volvamos á este santo ejercicio con nuevo fervor; si continúa manifestándose sordo á nuestros gritos, en vez de acobardarnos debemos volver á instarle y hacerle una especie de violencia para arrancarle sus gracias; interesemos á los justos en nuestra causa; ellos son amigos de Dios y pueden mucho con su divina majestad. Pero no fíemos en las oraciones de los justos cuando nosotros no oramos por nosotros mismos. Los apóstoles que piden por la cananea no son oídos, y la cananea alcanza despues la gracia por sí misma, enseñándonos en esto, dice San Juan Crisóstomo, que las súplicas que nosotros mismos hacemos á Dios, por mas pecadores que seamos, le mueven mas que las que otros ha-

cen por nosotros, por mas puras que sean en su presencia. Con todo eso, la piedad de cierta clase de personas consiste solamente en honrar á los siervos de Jesucristo, en encomendar á su piedad y al mérito de sus oraciones las necesidades de su alma. ¿Pero de qué sirve, católicos, el interesarse á los justos en vuestra eterna salud, si no quereis trabajar en ella vosotros mismos? ¿de qué sirve que las almas santas digan todos los días: Señor, convertid aquella alma que rescatásteis con vuestra sangre, si por otra parte decís vosotros: Yo todavía no puedo convertirme á vos; no rompáis unos lazos que me agradan y que todavía no puedo aborrecer? Os parecis á aquel desgraciado Simon, que no queriendo participar de la gracia del Evangelio y de la predicacion de los apóstoles, ni salir de sus desordenados caminos, pedia no obstante á los discípulos que rogasen á Dios por él: *Precamine vos pro me ad Dominum.*<sup>1</sup> No pongais obstáculos á las gracias que se solicitan para vosotros, y entonces serán poderosas las oraciones de los justos. Pedid continuamente al Señor que os dé un nuevo corazon, que aniquile vuestros injustos deseos, que oiga las súplicas de sus siervos, que no se cansen éstos de pedir vuestra conversion; orad, os vuelvo á decir, y no os canséis de orar; si sois pecador no os queda otro arbitrio para recobrar la gracia; si sois justo, únicamente la podeis conservar por este medio.

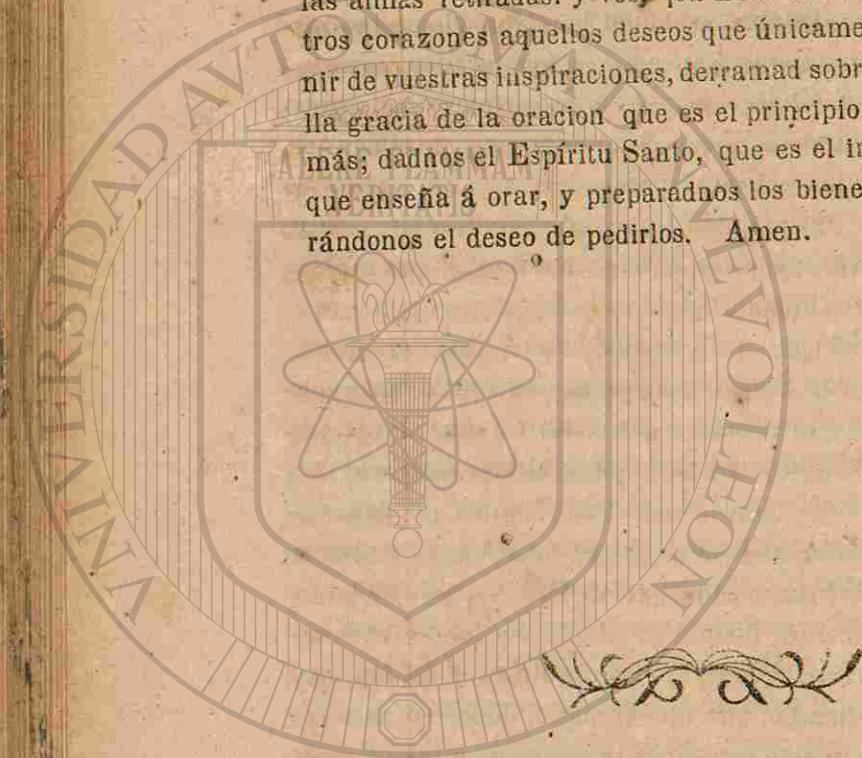
¡Ah! ¿no es felicidad el que la divina misericordia os haya abierto un camino de salvacion tan fácil y de tanto consuelo? El Señor es aquel hombre del Evangelio que despues de algunas dificultades no puede negar tres panes á un amigo que se los pide con instancia; es aquel padre que

<sup>1</sup> Act. 8. v. 24.

no puede dar un escorpion á sus hijos cuando le piden el sustento; en una palabra, es aquel juez vencido de las instancias de la viuda, que concede por último á su importunidad lo que antes habia negado á sus primeros clamores; y el mismo Jesucristo, que es el autor de estas parábolas de tanto consuelo, las aplica al Juez celestial. Dios mio, vos mismo convidais al pecador á que os pida gracias; parece que teneis interés en hacer feliz al hombre, y que no sois bastante para vos mismo.

¡Ah, católicos! ¿de qué proviene, pues, que un ejercicio tan útil para la humana flaqueza sea tan despreciado de nosotros? ¿de qué proviene que todos los días se recurra en el mundo á nuevos artificios para aliviar las molestias de la vida mundana, para ocupar los instantes que deja vacíos la variedad de los deleites, y que no se haya de hallar tiempo para orar? ¿Es posible que un Dios á quien debieran consagrarse todos los instantes del dia, no ha de tener alguna parte en ellos? No os quiero argüir aquí del mal uso que haceis del tiempo, que tan precioso debe ser para los cristianos, dedicándole á juegos excesivos, á entretenimientos vanos y á unas casi continuas inutilidades; pero á lo menos separad algunos instantes para llorar delante de vuestro Dios por lo mal que habeis empleado los demás. No os pregunto en qué empleais vuestros dias y vuestros años; pero á lo menos no los paseis todos sin acordaros del Autor de vuestro sér y del juez de vuestras acciones; consagradle algunas horas, que no se las disputen ni las ocupaciones ni los placeres. Acordaos de que Daniel quiso mas exponerse á perder la vida, que faltar á la hora de su oracion; ofrecedle en compañía de vuestra familia oraciones comunes; no tengais á la oracion, que debe ser la ocupacion continua de los cristianos, por ejercicio solamente de

las almas retiradas: y vos, ¡oh Dios mi! formad en nuestros corazones aquellos deseos que únicamente pueden venir de vuestras inspiraciones, derramad sobre nosotros aquella gracia de la oracion que es el principio de todas las demás; dadnos el Espíritu Santo, que es el invisible Maestro que enseña á orar, y preparadnos los bienes eternos, inspirándonos el deseo de pedirlos. Amen.



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

#### SOBRE LA CONFESION.

In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, aridorum, expectantium aquae motum.

En los pórticos ó galerías de la Piscina estaban echados en tierra muchos enfermos, cojos, ciegos y paráliticos, y todos estaban esperando el movimiento del agua.

JOAN. 5. v. 3.

¿Qué Piscina es esta, católicos, situada cerca de la puerta de las víctimas? ¿qué enfermos son estos que veo al rededor y cuya mayor parte espera en vano la salud? ¿en qué consiste que solamente un parálitico de treinta y ocho años recobre una perfecta sanidad, y que entre tantos enfermos escoja Jesucristo al mas desesperado, cuando niega su socorro á otras enfermedades mas comunes y menos inveteradas?

Ya se os ha dicho muchas veces, católicos, que aquella misteriosa Piscina, teñida con la sangre de las víctimas, representaba el sagrado baño de la penitencia, teñido con la sangre del Cordero, la que purifica nuestras conciencias y cura todas nuestras enfermedades: aquellos enfermos que padecían todo género de males, que esperaban en las galerías, y entre los cuales apenas se halla uno que merezca ser curado, nos representan la multitud de fieles que todos los días llegan á este Sacramento con tan poco fruto. En el paralítico que recobró la salud teneis la imágen de un pecador envejecido, el que movido de la desgracia de su estado, merece la atención de Jesucristo, y consigue la gracia de una perfecta libertad.

¿Pero de qué proviene, católicos, el que este divino remedio sea tan inútil para muchos pecadores que llegan á recibirle? ¿Acaso las gracias de los sacramentos han perdido algo de su primera virtud con la sucesion de los tiempos ó con la duracion de los siglos? ¿acaso las primicias de la sangre de Jesucristo recientemente derramada, eran mas poderosas para la conversion de los pecadores en el nacimiento de la fe que en estos últimos tiempos? ¿Sucede por ventura á la virtud de Dios lo que á las cosas humanas, que aunque sean perfectas en sus principios, siempre padecen por la fatal ley de los tiempos y se debilitan con los años? ¿De qué proviene que no habiéndose visto nunca tantos pecadores al rededor de nuestros confesonarios, tampoco se hayan visto menos penitentes? ¿de qué proviene que un siglo en que la decadencia de las costumbres ha hecho tan necesario este remedio, en que la condescendencia de los ministros y las mismas mitigaciones de la disciplina le han hecho tan fácil y tan familiar, falta poco para que sea inútil? ¿de qué proviene, finalmente, que en aquellos felices

siglos en que los penitentes postrados en los pórticos de nuestros templos esperaban tanto tiempo la gracia de la reconciliacion, casi ninguno bajaba á la Piscina que no hallase en ella una segunda inocencia, y que hoy cuando ninguno espera á las orillas de este sagrado baño, en que los ángeles del Señor casi no conocen la dilacion y conceden á las primeras súplicas de los pecadores la virtud de su ministerio; de qué proviene que el mismo remedio parece que dilata los males en vez de curarlos?

Yo hallo para esto tres razones, figuradas en los tres géneros de enfermos de que hoy hace mencion el Evangelio. Los primeros eran ciegos, *cæcorum*, y estos son aquellos pecadores que viniendo á manifestarse en el tribunal de la penitencia, no se conocen á sí mismos. Los segundos eran cojos, *claudorum*, y son aquellos pecadores que no guardan rectitud y sinceridad en la confesion de sus culpas. Los últimos eran los paralíticos, *aridorum*, y son los pecadores insensibles que no llevan al sacramento de la penitencia afecto alguno de verdadero dolor.

Y ved aquí los tres defectos que hacen que la mayor parte de las confesiones sean inútiles, por no decir sacrilegas; una falta de luz en el exámen, *cæcorum*; una falta de sinceridad en la manifestacion de los pecados, *claudorum*, y una falta de dolor en el arrepentimiento, *aridorum*. Sigamos esta idea, fundada en nuestro Evangelio, la que nos dará instrucciones muy importantes en una materia de tanta utilidad para los fieles. Imploramos, etc. *Ave Maria*.

## PRIMERA PARTE.

La ceguera es entre todas las penas del pecado la mas universal. No hay hombre que no sea ciego en ciertos asuntos y que no se engañe á sí mismo por algun lado. El hombre casi siempre es un misterio para sí mismo; siempre reside el amor propio en su corazon y en su entendimiento; todo lo que vemos de nosotros mismos, lo vemos por entre una engañosa nube: solamente la vista de la fe puede disiparla y leer en este oscuro libro, como dice el apóstol; pero como no hay cosa mas rara que el valernos de la fe, tampoco la hay mas rara que el conocernos á nosotros mismos.

Esta falta de conocimiento de sí mismo, que pone un obstáculo tan grande á la multitud de nuestras confesiones, y que está figurado en aquella multitud de ciegos que están echados á orillas de la Piscina, *multitudo magna cæcorum*, nace de tres principios; el primero, que no nos examinamos con tiempo y madurez; el segundo, que solo nos examinamos segun nuestras propias preocupaciones; finalmente, el tercero, que nunca nos examinamos acerca de todas nuestras obligaciones.

No nos examinamos con bastante tiempo. Sí, católicos, toda la vida del cristiano debe ser un exámen y una censura continua y secreta de sus acciones, de sus deseos y de sus pensamientos. Como la inconstancia es el verdadero carácter de nuestro corazon, y como cada instante y cada objeto ve renacer en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos de vista un instante á nosotros mismos, ya no nos conocemos. En nuestro interior se forma una suce-

sion continua y rápida de deseos, envidias, temores, esperanzas, alegrías, pesares, ódios y amores, y si no observamos continuamente estos diversos y ocultos caminos de nuestras pasiones, no volvemos á ver ni los principios ni los fines. Ellas se confunden, por decirlo así, con su multitud, y nuestro corazon se hace un abismo que no podemos sondear y del que nunca vemos mas que la superficie.

Luego es abuso el persuadirse que para ir al tribunal de la penitencia con un exacto conocimiento, despues de una vida distraida y mundana, basta dedicar, antes de presentarse al sacerdote, algunos breves instantes á examinar la conciencia. Unicamente la continua vigilancia sobre todas nuestras acciones puede disponernos para la confesion de nuestras culpas, porque ella sola nos puede hacer patentes á nosotros mismos. Es necesario acostumbrarse á tomarse cuenta continuamente á sí mismo, entrar en juicio con nuestro corazon casi sobre cada una de nuestras acciones, y á lo menos en el silencio de la noche, como dice el profeta, y despues que se han acabado cada dia las inutilidades, las cortesías y las obligaciones de nuestro estado, presentar en nuestras manos nuestra alma al Señor, pensar en su presencia el uso que hemos hecho del dia que ha pasado, y con estos diarios exámenes de nuestra conciencia, familiarizarnos, por decirlo así, con nosotros mismos y disponernos para llevar á los piés del confesor un corazon probado y unas inclinaciones mil veces examinadas.

Este es el exámen con que nos debemos disponer á la confesion de nuestras culpas; una atencion diaria sobre nosotros mismos: permitidme ahora, católicos, que os pregunte si habeis llegado hasta ahora al tribunal de la penitencia con una conciencia probada de este modo. Toda vuestra vida es un continuo olvido de vosotros mismos, una

vida llena toda de cuidados, de deleites y de inquietudes. Toda vuestra atencion se reduce á no estar un instante solos con vosotros mismos, á buscar diversiones que impidan el reflexionar sobre vuestro estado; el único instante que dedicais á este exámen es un instante de mortal enfado que os consume y cuya tristeza no podeis sufrir: ¿pues cómo quereis que un breve intervalo de tiempo que dedicais antes de la confesion á examinar vuestra vida, un intervalo que apenas bastaria para calmar vuestra imaginacion, para desterrar las tumultuosas imágenes que en ella han dejado el mundo y los placeres, baste para registrar vuestro corazon, para aclararle, para conocerle é ir á manifestarle al sacerdote? ¿cómo quereis que tantos deseos injustos como habeis formado, casi sin saberlo, tantas complacencias culpables de que no habeis hecho caso, tantas intenciones sospechosas que nunca habeis conocido, tantos cuidados por vuestro cuerpo que procedian de un principio dañado y que no habeis examinado jamás, tantas pasiones que naciendo en vuestro corazon bastaron para mancharle, pero por faltar las ocasiones mas bien que los deseos se han borrado ya de nuestra memoria? ¿Cómo quereis que este abismo en el que jamás habeis entrado la luz, se ilumine en un instante, y una conciencia con la que nunca habeis vivido, por decirlo así, se os haga desde luego conocida y familiar?

Y así, ¿qué otra cosa vemos todos los dias en el tribunal de la penitencia sino ciegos que no se conocen á sí mismos? *Multitudo magna caecorum.* ¿Qué otra cosa oimos mas que pinturas vagas y superficiales? La historia pública y exterior de los pecadores, lo público de sus desórdenes y ciertas caidas manifiestas que siempre son efectos de mil caidas invisibles en que nunca han reparado, nos dicen, como

hoy del paralítico, el número de años que hace que están encenagados en su enfermedad. *Triginta et octo annos habens in infirmitate sua.*<sup>1</sup> Nos refieren la historia de su vida, pero ignoran la de su corazon: este es el primer defecto de nuestros exámenes; no gastamos mas tiempo en examinarnos que el instante que precede á la confesion, y cada dia debiera ser un exámen que nos dispusiera para ella.

El segundo defecto de nuestros exámenes consiste en que nunca nos examinamos mas que según nuestras propias preocupaciones; porque ¿qué es examinarse? es poner á un lado las máximas de Jesucristo, y á otro aquella parte de nuestra vida que queremos conocer; ver en cada accion lo que el Evangelio manda, permite ó prohíbe; cotejar estas reglas santas con nuestras acciones, y por este paralelo por el cual hemos de ser juzgados algun dia, juzgarnos anticipadamente nosotros mismos.

Pero en el exámen de la conciencia cada uno sustituye á estas santas reglas las preocupaciones de su amor propio; porque éste opone en secreto á todo lo que nos obliga, unas preocupaciones que ó lo impugnan ó lo mitigan; unas preocupaciones del nacimiento, de las dignidades, de la ambicion, del uso de las riquezas, de los peligros, de las costumbres; finalmente, unas preocupaciones contra todos los preceptos.

En punto del nacimiento, la regla es que en Jesucristo no hay noble ni plebeyo, y que no proponiendo el Evangelio mas que unas mismas obligaciones á los grandes y al pueblo, la elevacion del nacimiento, en vez de ser privilegio, mas sirve de obstáculo, y por consiguiente debe considerarse como desgracia en orden á la salud eterna, porque

<sup>1</sup> Joan. 5. v. 5.

nos hace mas difícil el cumplimiento de estas obligaciones. Esta es la regla por donde debemos examinarnos; pero la preocupacion dice que cuanto mas distinguido es el nacimiento, mas debemos mirarle como una prerogativa que mitiga para con nosotros las penosas obligaciones de la ley que nos dispensa del aborrecimiento del mundo, del huir de los deleites y de las austeridades de este santo tiempo, y nos permite el que sintamos las injurias, el disimulo y el doblez en las conversaciones, la altivez en la autoridad y la relajacion en las costumbres; y este es el modo con que nos juzgamos á nosotros mismos.

En punto de las dignidades, la regla es que éstas están establecidas para defensa y utilidad de los pueblos, y no para mantener la soberbia y servir de fomento á los placeres de los que las poseen, y que el que es príncipe, ministro, magistrado, hombre de república, lo es para los otros y no para sí mismo. Esta es la regla; la preocupacion es que los cargos deben medirse por la costumbre y no por su institucion. Nos atenemos á lo que hicieron nuestros predecesores, no examinamos lo que debieran haber hecho, nos parece que por ser legítimos sucesores de su autoridad, lo somos también de los abusos que siempre cometieron, y que los públicos desórdenes que han llegado á nosotros por la tradicion, son derechos inseparables de nuestros cargos, y de este modo nos examinamos acerca de las públicas obligaciones.

En punto de la ambicion, la regla es que estando obligados á vivir como extranjeros en la tierra y á no amar al mundo ni á las cosas que en él hay, debemos temer todo lo que puede hacer demasiado amable nuestro destierro. Esta es la regla, y la preocupacion es pensar que los cuidados, los arbitrios y los medios para elevarse, el senti-

miento vivo y profundo de verse atrasado, la oculta disposicion de sacrificar nuestros coopositores á nuestra fortuna, si no podemos elevarnos sino sobre sus ruinas, la oculta aversion á los que nos son preferidos; en una palabra, pensar que aquella ambicion dominante en que propiamente consiste toda la vida de la corte y que es el alma de toda nuestra conducta, es una noble emulacion que nos inspira nuestra sangre, ó que son inclinaciones arregladas y prudentes, mas dignas de la razon que los frívolos deleites y los excesos á que se entregan los que no piensan con solidez y sacrifican su fortuna á sus deleites, y examinamos nuestro corazon en la presencia de Dios por estas falsas ideas.

En punto de las riquezas, la regla es que no sois dueños absolutos de ellas; que vuestra abundancia es el patrimonio de los necesitados; que el Evangelio, y no el mundo, debe reglar el porte de vuestro estado. Esta es la regla; la preocupacion es no tener jamás por excesivas las profusiones que puede mantener nuestra renta, ni aun aquellas que exceden á nuestras fuerzas si las autoriza la costumbre: bien conocemos que atrasan nuestras casas, pero no que sean perjudiciales á la conciencia, y fundados en esta seguridad, nos examinamos acerca del uso que hacemos de las riquezas.

Finalmente, en punto de las costumbres, la regla es que hemos de ser juzgados por los preceptos de Jesucristo y no por las costumbres de nuestro siglo; que los malos ejemplos, por mas universales que sean, nunca autorizan los abusos que condena la ley; y al contrario, que conformarse con la multitud es seguir el camino que guía siempre á la muerte. Esta es la regla; la preocupacion es que todo lo que está autorizado con el ejemplo público no puede ser

culpable. Todas las personas de nuestra clase y de nuestra edad, suele decirse, usan de estos adornos, se valen de este artificio para que sobresalga mas una vana hermosura, y para añadir á la obra del Criador una gracia que él no quiso poner en ella, y no hacen escrúpulo de esto. Todos los de nuestro estado pretenden y solicitan los honores del santuario, dicen unos; les parece que este es el único medio para conseguirlos. Casi todo el mundo, dicen otros, se vale de este medio para adelantar su caudal, y ya se tiene por lícito, y así todos viven tranquilos teniendo por lícitas sus acciones, fiados en el comun ejemplo; la costumbre es nuestro único Evangelio, y pasa tan adelante la ilusión, que nos desdeñamos de acusarnos en la confesion de estas faltas, y nos parece razonable el violentarnos en algun modo para despreciarlas, porque las miramos como escrúpulos pueriles de almas flacas y tímidas.

Esta es, señores, una de las principales causas de la inutilidad de nuestras confesiones. Nadie se examina con las luces de la fe y con las reglas del Evangelio; cada uno presenta en la confesion sus preocupaciones, en vez de presentar sus pecados. Nuestros errores son las únicas luces que nos sirven de guia, y el exámen de la conciencia sirve, para la mayor parte de los fieles, de esparcir sobre ella nuevas tinieblas. Por eso oimos todos los dias en el confesionario á unos pecadores que mezclan con la confesion de sus culpas las máximas del siglo y el idioma de las pasiones, que hablan como el mundo en un lugar destinado á condenarle, y que en el modo con que se confiesan culpables dan bien á entender que aun ignoran sus delitos.

Finalmente, el último defecto de nuestros exámenes es que nunca nos examinamos en orden á todas nuestras obligaciones, de padre de familias, de persona pública, de

miembro del cuerpo de los fieles. No conocemos en nosotros sino los defectos personales.

Como padre de familias, ¿habeis hecho de vuestra casa una iglesia doméstica? ¿se os ha visto nunca á la cabeza de vuestros hijos ó de vuestros criados, ofrecer á Dios, como los patriarcas, el sacrificio de la tarde y de la mañana y las inocentes y comunes súplicas de una santa familia? ¿habeis cultivado en vuestros hijos la gracia de su bautismo, fiada á vuestros cuidados, criándolos en la fe y en la devocion? ¿habeis confirmado vuestra doctrina con vuestro ejemplo? ¿En el destino que les habeis dado, habeis atendido mas á su salvacion que á vuestros propios intereses? ¿no han sido vuestras disposiciones las que han decidido de su vocacion, y no las órdenes del cielo? ¿os habeis mirado como padre y pastor de vuestra familia? ¿no os habeis olvidado de que el despreciar su alma es ser peor que un infiel? ¿Dónde están los que en el exámen de su conciencia reparan en todas estas circunstancias de la fe y de la religion?

Como miembro del cuerpo de los fieles, debeis servir á vuestros prójimos de edificacion y de espectáculo de una vida arreglada é irreprehensible. Quanto mas ensalzados esteis, mas rigurosa es vuestra obligacion en este particular, porque vuestro ejemplo es por esa misma razon mas útil ó mas peligroso. Ahora bien, ¿qué de imitadores no ha dado vuestra clase á vuestros desórdenes? ¿cuántas almas han perecido por haber servido á vuestros placeres y á vuestras pasiones? ¿já cuántas habeis engañado con vuestras persuasiones, arrastrado con vuestra autoridad y entibiado con vuestras irrisiones y censuras? Mujer del mundo, ¿cuántos corazones ha corrompido la libertad de tus conversaciones, la indecencia de tu porte y el escándalo de

tus costumbres? ¿Aquellos hombres débiles que han perecido tantas veces á tu vista y cuya flaqueza tanto lisonjeaba á tu vanidad; aquellos infelices criados, delante de los cuales te presentabas sin precaucion, ó á quienes empleabas en unos cuidados de tu cuerpo, de los que nunca salia entera su inocencia? ¡Qué delitos estos! ¡y con todo eso, ni aun escrúpulo hacemos de ellos!

Finalmente, sois hombre de república; ¿qué desgracias no han ocasionado á los pueblos vuestra inaccion, vuestra flaqueza, vuestra complacencia, vuestra obstinacion, y aun acaso vuestros particulares intereses? ¿á cuántos malos protegísteis? ¿á cuántas personas honradas despreciásteis? ¿á cuántos inocentes oprimísteis? ¿á cuántas violencias é injusticias ha servido de pretexto vuestro nombre por la excesiva confianza con que os habeis entregado á unos subalternos inicuos y corrompidos? ¿de qué infinidad de delitos, que nacen unos de otros, no habeis sido causa, los que os ha de imputar el mismo Dios? Sondéad ese abismo si podeis; ¡y con todo eso, ni siquiera le mirais!

Estos son los ciegos que están echados sobre la orilla de la Piscina, los que no curó el Salvador: *Multitudo magna cæcorum*. Por eso nos admiramos todos los dias de que unas personas que viven en aquel género de mundo que condena Jesucristo, en la ociosidad de las conversaciones y en los peligros de las concurrencias, en los deleites del juego y de los espectáculos, en la vanidad é indecencia de los adornos, en los movimientos de la ambicion y en las locuras de las concurrencias, en la sensualidad y muchas veces en el exceso de los banquetes; nos admiramos de que estas personas no tengan casi nada que decirnos cuando vienen al tribunal de la confesion á manifestarnos las llagas de su conciencia; que les cueste trabajo el hallar de qué acusar

se, y que reduzcan la relacion de un año entero de vida mundana á tan corto espacio de tiempo, que apenas bastaria para referir las culpas que han cometido en un solo dia. Nos admiramos, vuelvo á decir, cuando al mismo tiempo una alma justa repasa á nuestros piés, en la amargura de su corazon, algunas leves imperfecciones que la aumenta su piedad; descubre, aun en sus virtudes, materia de acusacion y penitencia; nunca acaba de referir sus flaquezas; la parece que los movimientos involuntarios de la naturaleza son actos libres de la voluntad; la parece ver en unos movimientos que empiezan á nacer, toda la vergüenza del consentimiento, y no ve en el repentino sacrificio que ella hizo, todo el mérito de una fiel resistencia. Desconfía aun de las luces del sagrado director que la gobierna y asegura; y como Pedro en el exceso de su oracion en Joppé, cree ver objetos inmundos y prohibidos por la ley, aun cuando un embajador celestial condena sus temores y le permite que use de ellos.

¿De qué proviene esta diferencia? De que el uno vela continuamente en guarda de su propio corazon, y el otro no se examina hasta que ha de ir á confesarse. El uno se juzga con las luces de la fe y el otro con las preocupaciones de su amor propio. Finalmente, el uno conoce todas sus obligaciones y las reflexiona; el otro no se examina mas que acerca de algunas obligaciones mas palpables y mas conocidas, de las que tambien ignora la extension y consecuencias. Por eso, ¡oh Dios mio! derramais vuestras luces sobre el justo y castigais los desórdenes del alma mundana, permitiendo que los ignore. Pero no solamente falta la luz necesaria á nuestro exámen, sino que tambien faltamos á la sinceridad en la manifestacion de nuestras culpas.

## SEGUNDA PARTE.

Nada le cuesta al hombre mas repugnancia que el confesarse culpado. Como la soberbia es nuestra principal inclinacion, y por otra parte, el interior conocimiento de nuestras culpas no nos permite el ignorar que si nos manifestamos como en la realidad somos, merecemos el mayor desprecio, tenemos una grande inclinacion al disimulo en orden á lo que pasa en nuestro interior; toda nuestra vida es un continuo disfraz, en todas nuestras acciones fingimos lo que no somos, y nunca somos lo que manifestamos. Esta es la condicion del hombre. Como nació soberbio y miserable, no puede parecer grande sino mostrando lo que no es, y el disfraz es el único recurso de su vanidad.

Pero lo mas deplorable es que nuestra soberbia toma tambien parte en nuestras humillaciones, que la confesion de nuestros delitos es las mas veces un artificio culpable que los desfigura, y llevamos el disimulo hasta los mismos piés del tribunal terrible á donde vamos á manifestar los secretos de nuestras conciencias y á juzgarnos delante de Jesucristo. Esta es la segunda especie de pecadores, figurados en los cojos de nuestro Evangelio: *Multitudo magna claudorun.* Esto es, de aquellos pecadores que no caminan á Dios por el camino derecho, y que no llegan al sagrado baño de la penitencia con aquella rectitud y aquella sencillez de corazon que cura la herida descubriéndola. Confieso que se hallan pocas de aquellas almas infames y malditas de Dios, que deliberadamente vienen á mentir al Espíritu Santo, á ocultar al sacerdote los horrores de una conciencia corrompida, á insultar á la religion hasta en el

mismo lugar del arrepentimiento y de la misericordia, y á hacer del sacramento que nos absuelve, el mayor de todos sus delitos. Para unas almas de esta especie se necesitaba de rayos y no de instrucciones, ó no hablarlas sino como habló en otro tiempo San Pedro á Ananías y á Saffira que fueron el funesto ejemplar de los que vienen á los piés de los ministros á mentir al Espíritu Santo. Este género de disimulo supone una total extincion de la fe y del temor de Dios, de lo que pocas almas son capaces.

Pero hay otra especie de disimulo de que no se hace escrúpulo, que mezcla con la confesion del delito los artificios y disfraces de la soberbia, que no manifiesta del todo la conciencia y juzga haberla manifestado suficientemente, que descubre el pecado y oculta, por decirlo así, el pecador. Este defecto, pues, de rectitud y de sinceridad, tan frecuente en el tribunal de la penitencia, consiste ó en no usar de expresiones claras, ó en callar los motivos y principios de las acciones, ó en manifestar por la parte que nos es mas favorable aquellos puntos dudosos que admiten varios sentidos.

Dije ó en no usar de expresiones claras: sí, católicos, el primer cuidado de la mayor parte de los pecadores cuando se disponen á la penitencia, no es el conocer sus defectos, sino meditar en qué términos se los han de dar á conocer al sagrado ministro que los ha de oír. La cuidadosa disposicion de tales expresiones que suavicen el horror de sus delitos, es casi el único exámen y la única preparacion que precede á sus confesiones, y el hallarse dispuestos para recibir el sacramento, consiste precisamente en esta especie de pecadores, en haber hallado, despues de muy secretas pesquisas, aquel modo de confesarse culpados que dé menos á conocer sus faltas.

Lo primero, pasan rápidamente por las mas vergonzosas llagas de su alma, temiendo detener mucho en ellas la atención del ministro; encierran en una sola palabra las mas vergonzosas caídas, las refieren en unos intervalos tan felices, que se le escapan al sacerdote aun casi antes de que pueda conocerlas, y quedan muy contentos cuando han conseguido confesarle sus delitos, de modo que él quede ignorante de ellos.

En segundo lugar: callan unas circunstancias y unos incidentes aun mas vergonzosos que el mismo delito, y los que solamente pudieran dar á conocer todo el exceso de su corazón y toda la indignidad de su estado. No hablo aquí de aquellas circunstancias que mudan la naturaleza del pecado; hablo de las que le agravan y descubren toda la bajeza de nuestras inclinaciones y toda la vergüenza de nuestras flaquezas; los vergonzosos medios de que se valieron para inspirar una pasión, los pasos detenidos y otras tantas veces renovados, las elecciones indignas que solamente puede justificar el furor, los deseos de que se avergonzaban y que procuraban ocultarse aun á sí mismos; ¡y qué sé yo? suprimen todas aquellas circunstancias que los darian bien á conocer, y sustituyen con destreza á aquellos términos precisos que sugiere la simple verdad y con los que manifestarian su alma, unas expresiones vagas y generales, que aunque descubren sus acciones, no manifiestan su corazón.

En tercer lugar: nos acusamos de buena gana de ciertos defectos que nos son gloriosos segun el mundo, introducimos en la confesion de nuestras culpas la renerosidad de nuestro corazón, los talentos del cuerpo y del espíritu, los títulos del nacimiento, las utilidades del favor ó de la fortuna; mezclamos con destreza lo que nos ensalza á vista

de los hombres con lo que nos humilla delante de Dios, y casi sentimos mas vanidad en estas frívolas distinciones que no son nuestras, que confusión y dolor de los delitos que nos son propios.

Finalmente, por no descubrir toda la vergüenza de una larga y antigua costumbre, buscamos para cada confesion una nueva guia y un nuevo testigo de nuestras flaquezas, las contamos como culpas sucedidas despues de la última penitencia; no manifestamos mas que las extremidades y los mas nuevos progresos de la herida, no cuidamos de sondear toda su profundidad y manifestar la antigua corrupción; sepultamos lo pasado en un disimulado silencio, tememos que nos conozca demasiado el médico de nuestra alma; quitamos, como temblando, la mitad del velo que cubre los vergonzosos misterios; ocultamos con unas hojas, como el primer pecador, su vergüenza y su ignominia, y yendo á manifestarnos, conseguimos el no ser conocidos.

Pues, católicos, además de que el lenguaje del dolor es un estilo humilde, sencillo, natural y sincero, además de que una alma verdaderamente movida no sabe disimular sus faltas ni excusarse de ellas y que el confesarlas con estos rodeos y disimulos, es confesar solamente que no nos arrepentimos; además de esto, si esta confesion se hiciera á los hombres que no ven lo íntimo del corazón, y solamente á ellos manifestaseis vuestras conciencias, pudiérais sacar por fruto de vuestro disimulo y de vuestros artificios el haberos ocultado á vuestro juez; pero venís á hablar con Jesucristo que os conoce, que ha sido invisible testigo de toda la historia secreta de vuestra vida, que lee en vuestro corazón, como en un libro abierto, lo mas vergonzoso que ocultais en él, y que al mismo tiempo que vosotros procurais con vuestros disfraces ocultaros á su vista, está insul-

tando á los ridículos esfuerzos de vuestra vergüenza, y os dice, como en otro tiempo un profeta á aquella reina de Israel, que disfrazada con vestidos ajenos creyó poder ser desconocida del hombre de Dios, y engañar la luz del ministerio profético. *Quare aliam te esse simulas?*<sup>1</sup> ¡Oh alma tan indigna de mi vista! preséntate como en la realidad eres y como yo te conozco: no eres tú lo que pareces por esas exterioridades con que te disfrazas; quita la máscara á ese corazón, cuya miseria estoy yo viendo; manifiesta esas obras de tinieblas del mismo modo que mi vista las ha iluminado en tu interior; destruye todo ese estudiado aparato que engaña á los hombres, pero no puede engañar al que penetra los corazones. *Quare aliam te esse simulas?* ¡Qué necio eres en creer que unos lienzos delgados pueden ocultar tu vergüenza á la vista de aquel que penetra hasta los mas profundos abismos; aun mas necio eres en ocultar la antigüedad y corrupcion de tus males á aquel Señor de quien solamente puedes alcanzar la libertad! *Quare aliam te esse simulas?* Primer defecto de sinceridad, que consiste en no usar de expresiones claras.

El segundo se halla en los motivos y en los principios de las acciones, á los que nunca llegamos. Y á la verdad, como la disposicion del corazón es la que decide de nuestras obras, debemos examinarla para conocer el mérito ó demérito de ellas. Del tesoro de nuestro corazón, dice Jesucristo, se saca la realidad, tanto de nuestras virtudes como de nuestros vicios; allí están nuestras acciones como son en sí mismas y á la vista de Dios; y así debemos considerar todo lo que hacemos segun el motivo porque lo hacemos, y pesar todas nuestras acciones dentro de nuestro co-

<sup>1</sup> Reg. 14. v. 6.

razon. Esthér es inocente, aunque en los dias solemnes se pone los mas ricos ornamentos de su dignidad real, porque esta vana pompa la molestaba, y su corazón era sencillo y sincero. Jezabel es delincuente cuando se deja ver rodeada de fausto en las ventanas de su palacio de Samaria, porque aunque era el mismo el cuidado del adorno, ocultaba muy distintos deseos. Salomon no desmerece los favores del cielo por exponer toda la gloria y magnificencia que le rodea á vista de una reina extranjera, porque en el esplendor y abundancia de su reino no contemplaba mas que la proteccion y beneficios del Dios de sus padres. Ezequías provoca la indignacion del Señor sobre toda su posteridad, por descubrir con complacencia á los embajadores de Babilonia los tesoros del templo y las riquezas de su palacio, porque su corazón se ensoberbecia con esta prosperidad; ponía en ellas una vana confianza y fundaba en ellas mas que en los socorros del cielo la seguridad de Jerusalem y la esperanza de sus victorias. El corazón, pues, es el que decide de todo el hombre; pero este mismo corazón es el que nunca descubrimos en el tribunal de la penitencia; decimos las acciones pero no sus motivos, referimos los pecados pero no manifestamos la conciencia.

Y así, os acusais de que habeis hablado mal de vuestro prójimo, pero no decís que todo su pecado para con vosotros consiste en sus talentos, en su reputacion ó en su fortuna; que siempre habeis sido envidiosos, que todo lo que os hace sombra ofende á vuestra soberbia, y que este es el motivo de vuestras censuras, de vuestros enfados y de las sátiras que haceis contra aquellos de quienes no gustais porque son mucho mas que vosotros.

Nos contais vuestros excesos y vuestras antipatías contra aquella persona á quien estais unidos con un sagrado

lazo; pero no decís que son unas aficiones frívolas y extrañas las que os inspiran ese mal humor, que estais sosegado en los excesos de los placeres é insufrible en la tranquilidad de vuestra casa, y que vuestro corazon, demasíadamente entregado al mundo y á las diversiones, no puede entregarse á la obligacion.

Os confesais culpables de algunos deseos de agradar, pero no decís que toda vuestra atencion y cuidado y todos los pasos que dais no tienen mas fin que el de inspirar la infame pasion á un objeto por quien interiormente está ya apasionado vuestro corazon; que este veneno se derrama en todas vuestras acciones, y que todo lo que haceis está contaminado con esta intencion.

Finalmente, nos manifestais aquellos secretos combates que pasan entre la flaqueza de vuestra carne y vuestro corazon, y aquellos movimientos dudosos de la ley de los miembros en que tanto trabajo cuesta, aun á vosotros mismos, el distinguir de qué parte ha estado la victoria: ¿pero acaso decís que amais todo lo que aviva y enciende aquella funesta pasion? ¿que vivís entre las ocasiones que la despiertan? ¿que fué como la primer herida de vuestro corazon y el primer escollo de vuestra conciencia? ¿que todas las infidelidades de vuestra vida han tenido su origen de esta fatal inclinacion, y que ella es el fundamento y el alma de todas vuestras costumbres?

Y así, concluida la confesion de vuestras culpas, ¿os conoce el confesor como vosotros os conocéis á vosotros mismos? ¿no se engañará en la idea que forma de vosotros? ¿ve acaso la raíz de vuestras pasiones y los motivos de vuestros sentimientos? ¿ve la ocasion y la temeridad de las tentaciones y peligros? ¿ve vuestra flaqueza en las recaidas y vuestras infidelidades en las resoluciones que mil veces

habeis violado? en una palabra, ¿os ve á vosotros en vosotros mismos?

¡Ah! casi siempre es necesario que el ministro de la confesion adivine el estado de vuestra alma; que se aproveche de algunas expresiones que se os escapan á pesar vuestro, para conocer vuestro corazon, y aclarar los misterios que le habeis ocultado; es necesario que solamente con veros, y sin que vosotros se lo digais, como hoy Jesucristo viendo al paralítico, conozca con las luces de su ministerio que vuestros males han echado profundas raíces y que ha mucho tiempo que vivís encenagados en las vergonzosas pasiones: *Hunc cum vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet.*<sup>1</sup> No os manifestais vosotros, sino que el sacerdote con los santos artificios de su caridad y con la piadosa experiencia de su celo, os descubre, y es preciso que el confesor cuide de que no le engañen, en un lugar donde solamente debiera estar ocupado en consolar vuestro dolor y enjugar vuestras lágrimas.

El último defecto de sinceridad se halla en las acciones dudosas, las que siempre exponemos á favor nuestro. Y á la verdad, como por una parte no queremos romper con las pasiones, y por otra queremos tener tranquila la conciencia, en este estado de infidelidad buscamos autoridades y sentencias á nuestro favor, y las exponemos de tal modo, que el ministro de Jesucristo no se atreve á condenarlas.

Por eso no queremos apartarnos de una ocasion de pecado ni romper una amistad que escandaliza. Exageramos lo imposible de este rompimiento, los inconvenientes que nacerian de él, los vínculos de la sangre, los intereses de la fortuna, las razones de la obligacion y de la cortesía

<sup>1</sup> Jeann. 5. v. 9.

que oponen un obstáculo invencible. Hacemos ver que en la realidad no hay gran peligro, que la pasión está ya resfriada, que no son ya los mismos los motivos; y engañado de este modo, el confesor consiente, no insta mas sobre el precepto de sacarse el ojo que escandaliza, le parece que la verdad oscurecida con estas mitigaciones admite en este caso excepcion de la regla, y nos tenemos por seguros con su consentimiento alcanzado de este modo, y nos levantamos de los piés del sacerdote contentos de haberle engañado y de habernos engañado á nosotros mismos.

Por eso nunca vemos acabarse el escándalo de un divorcio público ni reunirse los sagrados lazos que habia unido la gracia del sacramento. Nos valemus de especiosas razones para colorear la resistencia, nos servimos de pretextos de honor, de obligacion, de conciencia, de incompatibilidad y de intereses domésticos; decimos que nos hemos valido de todos los medios para precaver el mal, y que solamente hemos llegado á este extremo por evitar mayores males, y de este modo el confesor, mal informado, permite un escándalo para el que no le dejan ver remedio alguno, y el alma engañada cree tener mas segura su conciencia despues que ha añadido á la culpa de su estado la de haber ganado con engaños el parecer de su juez.

Por eso no vemos cesar los tratos usurarios; figuramos como presentes unos peligros quiméricos, nos aseguramos con la tolerancia de las leyes y con la autoridad de los ejemplos, representamos como imposibles todos los demás caminos de asegurar nuestras rentas, ponemos unas tinieblas sobre el caso particular de que se trata que le oscurecen, y como somos mas hábiles en los negocios del siglo

que el ministro de la penitencia, que muchas veces nada entiende de ellos, celebramos el haberle hecho consentir cuando no hemos hecho mas que engañar su caridad.

Estas son las ilusiones del amor propio en el sagrado tribunal; faltamos á la sinceridad en las expresiones porque las mitigamos, en los motivos porque los suprimimos, en las dudas porque las exponemos á favor nuestro; esto es, siempre nos manifestamos con una falsa apariencia, ocultamos lo que en la realidad somos y manifestamos lo que quisiéramos ser, hacemos ver una conciencia que no es mas que una falsa imagen de la nuestra, y como Michol, en vez de exponer á la vista el verdadero David, quiero decir, á nosotros mismos y nuestra pasión dominante, sustituimos en su lugar una fantasma y un simulacro. *Et inventum est simulacrum solum.*<sup>1</sup>

Y así, católicos, ¿sentís al salir del tribunal de la penitencia aquella paz y aquella serenidad de conciencia que es el fruto de la confesion sincera y perfecta? ¿sentís aquella tranquilidad y aquel alivio que experimenta el alma compungida cuando se ha descargado el corazón de sus delitos? ¿no os quedan interiormente ciertas inquietudes secretas que procurais disimularos á vosotros mismos, y ciertos estorbos que turban toda la dulzura de vuestra penitencia? ¿no os prometeis para sosegaros que rompiendo del todo algun dia con el mundo, os confesareis por último para convertirlos verdaderamente, esto es, que aclarareis esas dudas que os fatigan, que manifestareis con claridad esos embarazos acerca de los cuales no han podido hasta ahora tranquilizaros tantas absoluciones como habeis recibido? ¿habeis podido conseguir

<sup>1</sup> 1. Reg. 19. v. 16.

hasta ahora el persuadiros que estos son unos vanos escrúpulos, y á pesar de toda la condescendencia de vuestro amor propio, que continuamente os entretiene con esta ilusión, no vence la voz de vuestra conciencia y os reprende continuamente en vuestro interior vuestro disimulo y vuestro silencio? Dejad responder á vuestro corazon, y sed aquí vosotros mismos vuestros jueces. ¡Qué necios sois en criar en vuestro seno unas serpientes que os despedazan, en no atreveros á presentar unos mónstruos que desaparecen luego que ven la luz, en descubrir una parte del mal y ocultar aquella á la que se debia aplicar el remedio! ¡qué necios sois en padecer toda la vergüenza de una confesion y privaros de los consuelos de una confesion sincera, en venir á declararos pecadores y hacer de una declaracion tan penosa á la naturaleza, el mayor de todos vuestros delitos!

¿Pero qué teneis que temer en contaros la historia de vuestras desgracias y vuestras caidas? ¿es acaso el perder con nosotros la vana reputacion de probidad y virtud que conservais entre los hombres? ¿Por qué nos habeis de tener en el tribunal de la penitencia por lo que parecemos? Allí ocupamos el lugar de Jesucristo; no tenemos allí ni oidos, ni sentidos, ni pensamientos de hombres; nunca podreis decir tanto que nos admire. ¡Ah! nosotros sabemos muy bien, por nuestra desgracia, de qué tanto es capaz el corazon humano; tenemos en nosotros el principio y las inclinaciones á las mismas flaquezas de que os avergonzais; cuanto mas culpables os manifesteis á nosotros, mas movereis nuestra piedad; cuanto mas intereseis nuestra caridad, sereis mas digno objeto de nuestro cuidado, de nuestro amor y de nuestras lágrimas; mas gemidos de celo y mas oraciones de compasion ofreceremos al Señor para

que se digne miraros con misericordia, derramando con abundancia su gracia en donde ha abundado el pecado. Este es nuestro ministerio. No creais que hemos de insultar vuestra flaqueza, pues Jesucristo, en cuyo lugar os escuchamos, recibe con tanto agrado á los publicanos y á las pecadoras; no agravaremos vuestra confusion; lo que sí haremos será ayudaros, confortaros, consolaros y lastimarnos de vosotros. Pero no basta el declarar sinceramente los delitos; es necesario detestarlos con constancia y añadir á la sinceridad de la confesion el dolor en el arrepentimiento.

#### TERCERA PARTE.

Todas las disposiciones de que acabamos de hablar, no son mas que las disposiciones exteriores de la penitencia; el dolor es el alma y la verdad de ella: la virtud del Sacramento puede suplir á la confesion exterior de nuestras culpas cuando esta está impedida con algunos obstáculos involuntarios; pero no puede suplir por el sentimiento interior que las detesta, porque este sentimiento es el que forma el penitente; el dolor puede suplir por todo, pero nada puede suplir por el dolor.

Con todo eso, no hay cosa mas rara entre los pecadores que van á confesar sus culpas al tribunal de la penitencia, que este dolor, al que únicamente está prometida la remision de los pecados; y este es el tercer género de enfermos de que hoy habla nuestro evangelista, que no recibieron de Jesucristo el inestimable beneficio de la salud, *aridorum*, los paráliticos, esto es, los que van al tribunal de la penitencia con un corazon seco, con un alma insensible, y que despues de haber experimentado las mas vi-

vas impresiones y las pasiones mas extremadas, no hallan en sí movimiento alguno para la penitencia.

Pero como en este asunto es cosa muy peligrosa el engañarse, y cada uno se lisonjea de ir al tribunal de la penitencia con el dolor suficiente para la justificacion, es muy importante el declarar aquí en lo que consiste.

Primeramente, este dolor es un movimiento de la gracia y no de la naturaleza. Es preciso que la turbacion que nace del horror de nuestros delitos, sea una operacion invisible del espíritu de Dios, como dice el Tridentino, que nos mueva á detestar todo lo que puede desagradarle; que sea una luz de la fe que nos descubra en el pecado la ofensa que con él hacemos á Dios y las desgracias en que precipita al hombre; que sea, finalmente, un principio de nuevo amor que nos haga aborrecer la culpa, solamente porque empieza á hacer que amemos al Señor, fuente de toda la justificacion: primera condicion que se señala en nuestro Evangelio. Era menester que el ángel del Señor bajase y moviese el agua para que sanasen los enfermos: *Angelus autem Domini descendebat, et movebatur aqua.*<sup>1</sup> Es preciso que el espíritu de Dios baje á nuestros corazones y que obre en ellos movimientos saludables; cualquiera otro movimiento seria humano é inútil á los enfermos.

Pero la turbacion con que la mayor parte de los pecadores van al tribunal de la penitencia, es una turbacion de amor propio, en la que no tiene parte el espíritu de Dios. Unos tienen por dolor de penitencia aquellos sobresaltos secretos que opone siempre la soberbia á la manifestacion de nuestras culpas; aquel peso de iniquidades que fatiga al corazon, que tanto trabajo siente el confesarse culpado;

<sup>1</sup> Joan. 51. v. 4.

aquellos crueles dolores que hacen sufrir á la conciencia pecadora las obras de tinieblas al tiempo de manifestarse y salir á luz, semejantes á las víboras que no pueden nacer sin romper el seno de sus madres; en una palabra, aquellas inquietudes de una falsa vergüenza que no halla otra cosa aborrecible en el pecado mas que la pena de haberle de confesar. Confunden su soberbia con su arrepentimiento, la oposicion que tienen al abatimiento de la penitencia, con el sincero arrepentimiento que dispone para ella, y el ódio á la confesion, con el dolor de sus pecados; se hallan soberbios y confusos y creen estar movidos y penitentes.

No quiero decir que la misma gracia que obra el arrepentimiento no produzca tambien una confusion saludable, porque tambien hay una vergüenza que guia á la salud eterna, como dice el Espíritu Santo. Apartad de mí vuestra vista, ¡oh Dios mio! decia un rey penitente, pues no puedo sufrir en vuestra presencia la confusion de que me llenan mis culpas. *Et confusio faciei meae cooperuit me.*<sup>1</sup> Pero esta vergüenza que nace del dolor, solamente halla su motivo en el mismo dolor. No es el juicio del ministro de la confesion el que produce en nuestra alma esta vergüenza, sino la vista de Dios que la mira y conoce toda la ignominia de su estado: en nada tendria todo el desprecio de los hombres, si tuviera al Señor por testigo de su inocencia; al contrario, aunque estuviera sola en la tierra ó escondida en los mas profundos abismos, bastaba el saber que Dios la miraba, para cubrirse de la misma confusion; y siempre que se acordase de que Dios estaba mirando sus llagas, se hallaria igualmente confusa y avergonzada: las

<sup>1</sup> Psalm. 43. v. 26.

secretas y vergonzosas inquietudes de la soberbia no son las saludables turbaciones de la penitencia.

Otros juzgan que el dolor de que se forma el arrepentimiento es aquel temor que nace solamente del miedo de las penas eternas; aquel temor, que manifestando al pecador el infierno y todos sus tormentos, no le descubre en el pecado cosa mas odiosa que el castigo que le corresponde; aquel dolor que no es mas que un deseo de que el pecado pudiera quedar sin castigo; que detiene la accion, como dice San Agustin, sin mudar veluntrd; que nos hace tímidos sin hacernos penitentes; que nos hace temer el castigo sin hacernos oborrer la ofensa, y con el que nos importaria poco el ofender á nuestro Dios, si toda nuestra desgracia se redujera á la pérdida de su amor.

Bien sé que el temor del Señor es el principio de la sabiduría; que es muy útil el penetrar muchas veces con los ojos de la fe aquellos abismos de fuego y aquellas tinieblas eternas en donde se oyen los llantos y el crujido de los dientes, y bajar en vida al infierno para refrenar con esta memoria nuestras indómitas pasiones. Bien sé que este temor es don del Espíritu Santo, y no es mi intento quitar á los pecadores un medio de eterna salud y un motivo de compuncion que les propone Jesucristo, que les aconseja la Iglesia, que tuvieron continuamente presente los santos, y del que todos los dias nos valemos en los cristianos púlpitos para turbar la falsa paz de las almas pecadoras; y verdaderamente, ¡oh Dios mio! si no obstante vuestros rayos y vuestras vengadoras llamas no deja de prevalecer la iniquidad en la tierra; si no obstante el infierno y aquel eterno fuego que preparó vuestra justicia para los pecadores, toda carne corrompe su camino, me parece fue no quedaria ni rastro de fe, si imprudentemen-

te les propusiéramos como virtud el que cerrasen los ojos á estos terribles espectáculos, ó si les predicásemos como vicio el motivo mas comun y mas ordinario de la piedad. Hay pocas almas tan nobles y tan sublimes que os sirvan solamente por amor y por agradecimiento; esta es la ciencia de los perfectos; pero los flacos necesitan de alguna indulgencia, y vos quereis que aun nuestros propios intereses tengan tambien parte en nuestra fidelidad.

Y así, no es mi intento excluir de la verdadera penitencia el temor de los tormentos destinados al impío, pues á lo menos es disposicion, aunque no sea el alma y la sustancia de ella. Porque solo el amor que apartó de Dios nuestro corazon se le puede restituir. Solo el amor que fué la causa de todos los desórdenes de nuestra vida, puede restablecer en ella el orden y justificarnos, y nunca podreis reconciliaros con Dios si á lo menos no empezais por amarle mas que á las criaturas vanas que os apartaron de él, y si la virtud del sacramento junta á este amor, aún débil, no le perfecciona y obra en vosotros la verdadera justificacion. No por eso, vuelvo á decir, quiero excluir de la penitencia el temor de las penas, sino aquella culpable disposicion en que se hallan la mayor parte de los pecadores que se acercan al tribunal de la penitencia, los que si no hubiera infierno y tormentos, vivirian, como ateistas, sin fe, sin conciencia y sin sacramentos; los que no conocen de la religion mas que sus amenazas y que en lo íntimo de su corazon sienten el que Dios sea justo y que haya determinado las eternas llamas para los mas vergonzosos deleites.

Y no os parezca que esta disposicion de que hablo es rara y quimérica, pues no hay cosa mas comun y verdadera. Casi toda nuestra religion consiste en el temor; solamente

la memoria de las eternas penas es la que puebla los tribunales de la penitencia. En ellos nos divorciamos por un instante con nuestras pasiones, y nos separamos de ellas como de aquellos objetos que aunque nos son perjudiciales los amamos, y semejantes á la mujer de Loth, no aborrecemos á Sodoma, sino que tememos las llamas; nos separamos á mas no poder, y nuestro corazon se queda todavía en ella siempre que solo el temor del peligro nos aparta. El espíritu de la verdadera devocion es mas raro de lo que se piensa; todas las exterioridades del culto casi siempre caminan sobre falsas virtudes; únicamente contamos por ofensas de Dios aquellas á que se sigue un eterno castigo; no hacemos caso de las que solamente se reducen á desagradarle, y si queremos registrar nuestro corazon, veremos que ninguna de nuestras obras procede de amor ni de gracia, y que el infierno es la única divinidad á quien tememos.

Pero como en esto es fácil el engañarse, si me preguntais por qué señales se podrá distinguir este feliz temor que forma los verdaderos penitentes, de aquella vergüenza de la soberbia ó de aquel temor servil que solamente forma esclavos, os digo en segundo lugar que el dolor de penitencia incluye una resolucion real y sincera de acabar nuestros desórdenes y de empezar una vida cristiana y santa, lo que está figurado en la curacion de nuestro paralítico: ¿Quereis sanar? le pregunta Jesucristo: *Vis sanus fieri?*<sup>1</sup> Sin duda que parece inútil esta pregunta para un infeliz que gemia con el peso de sus males y que no habia que dudar en que despues de treinta y ocho años de enfermedad desearia la salud; pero Jesucristo quiso en esto en-

<sup>1</sup> Joann. 5. v. 6.

señarnos que el pecador que está sinceramente movido de sus males, como el paralítico, cuando va á presentarse al tribunal de la penitencia ha de poder darse á sí mismo testimonio de que real y verdaderamente desea sanar, esto es, que quiere renunciar sus inveteradas pasiones y seguir el camino de la piedad.

Ahora os pregunto yo, amados oyentes míos: ¿cuando llegais á los piés del sacerdote estais firmes en esta resolucion? *Vis sanus fieri?* ¿Podeis daros testimonio á vosotros mismos de que quereis romper sinceramente todos los lazos con que aun estais atados al mundo y á vuestros culpables deleites, y alistaros entre el corto número de almas fieles de vuestra clase y de vuestro estado que despues de haber vivido algun tiempo como vosotros, entregadas á sus pasiones, se han vuelto á Dios y obran su salvacion con el sólido y constante ejercicio de las virtudes cristianas? ¿Empezais á formaros un nuevo plan de vida? ¿seguís en las mismas costumbres, en los mismos deleites, en las mismas ilusiones despues de la confesion? ¿no decís en vuestro interior para sosegaros en punto de esa falsa penitencia, que algun dia os confesareis para convertirlos de veras y romper para siempre con el mundo? ¿no conoceis en vuestro interior que esa confesion que vais á hacer es muy distinta de la conversion que Dios os pide? *Vis sanus fieri?* Guardaos de que se os pueda preguntar si cuando venis á presentaros al tribunal de la penitencia formais aquellos propósitos vagos é indeterminados de conversion que nunca tienen efecto, y que solamente se forman para alucinarse acerca de la profanacion del sacramento y persuadirse á sí mismo á que se evita el sacrilegio, aquellos propósitos cuya falsedad conocemos nosotros mismos, que no satisfacen á la inquietud de la conciencia y dejan en lo íntimo del co-

razon no solamente la voluniad real del vicio, sino tambien el secreto conocimiento de que todavía no queremos renunciarle. ¡Ah! ¡qué otra cosa vemos al rededor de nuestros confesarios sino pecadores de esta especie?

Os pregunto: ¿si cuando vais á confesar vuestras culpas os quereis convertir con una voluntad firme, constante y sincera, que no forme unos propósitos vagos y distantes de la mudanza de vida, sino que ya derrame verdaderas lágrimas de penitencia? Os pregunto con Jesucristo: *Vis sanus fieri?* La conciencia no puede en esto engañarse á sí misma, y conoce muy bien si el propósito de una nueva vida es verdadero: los preludios de una conversion y de una eterna renovacion de costumbres tienen no sé qué viveza tan señalada, que desde luego se dan á conocer y no dejan razon de dudar; las lágrimas, los combates, las inquietudes, las nuevas ideas, los pasos sérios y penosos y algunas otras cosas que antes no se habian sentido y que no habian visto en nosotros los que nos tratan; una exterioridad que anuncia algo mas que el fruto de una confesion ordinaria; estos son los dolores del parto, que no pueden equivocarse con otros: *ibi dolores ut parturientis.*<sup>1</sup> En esto es imposible el engañarse, porque solamente cierta especie de dolores anuncia el nacimiento del nuevo hombre en nuestro corazon.

Acordaos de las conversiones de las pecadoras, de los Saulos, de los Agustinos; ved lo que les pasó en aquellos felices instantes que precedieron á su conversion. ¡Qué turbaciones! ¡qué ansiedades! ¡qué combates! ¡qué heróicos esfuerzos contra sí mismos! ¡qué nuevos pasos! ¡qué lágrimas! ¡qué excesos de amor y de compuncion! En medio de

<sup>1</sup> Psalm. 47. v. 7.

estas agitaciones es en donde se consuma la obra de la conversion. Pero unos pasos frios y tranquilos nada tienen que la anuncie ni que se la parezca. En medio de estas turbaciones, de estos vientos impetuosos, por decirlo así, baja el espíritu de Dios á un corazon penitente, como bajó en otro tiempo al cenáculo, y viene á darle la paz y la gracia, y entonces es cuando se puede decir que oye su voz cuando llega, y que sabe dónde va y de dónde viene. Decidnos ahora si conoceis por estas señas el dolor con que hasta aquí os habeis preparado para el sacramento de la penitencia.

Y no me respondais que este dolor oculto en lo íntimo del alma no siempre es sensible al corazon penitente; la mudanza de vida se eleva tanto sobre nuestras inclinaciones y nace de un amor tan vivo, que es imposible el que se halle en nuestro corazon sin que él mismo lo conozca; pero finalmente, dado caso que suceda así á ciertos corazones frios, tranquilos é insensibles que antes se romperán que se enternezcan, ¿cómo es posible que vosotros los que teneis naturalmente un corazon tan tierno y tan á propósito para moverse, vosotros cuya facilidad en las deplorables pasiones ha pasado á exceso, vosotros que tanto nos ponderais la bondad y ternura de vuestro corazon, háyais de carecer de ella para vuestro Dios? ¿El dolor del pecado ha de ser el único que os halle frios é insensibles? ¡las lágrimas, los sentimientos, los afectos, que son tan propios de vuestra natural disposicion, no lo han de ser del de vuestra penitencia? ¡Oh qué ilusion, amados oyentes míos! Si no sois tan sensibles al dolor de vuestro arrepentimiento como lo habeis sido á vuestros desórdenes, es señal de que fuisteis verdaderamente pecadores y no sois mas que fingidos penitentes.

Por último, el dolor de la penitencia no solamente es una resolución real y sincera de mudar de vida, sino también una atención actual que desde luego toma las medidas para ello. La principal de éstas es la elección de un ministro fiel, que coopere con Jesucristo á curar vuestra alma; elección difícil, pero es la más importante que podéis hacer, pues se trata de vuestra salvación, y lo que decide de nuestra eterna salud es la elección de aquel á quien hemos de confiar los secretos de nuestra conciencia. En la relación del presente Evangelio hallamos esta última reflexión. Señor, dice el paralítico á Jesucristo, no tengo hombre que me entre en la Piscina cuando está movida el agua: *Domine, hominem non habeo.*<sup>1</sup>

¿Os encomendais á Jesucristo antes de venir á presentaros en el tribunal de la penitencia, para que os ayude en una elección tan esencial y os provea de una guía fiel que os lleve con seguridad por el camino de la salvación? ¿buscáis un hombre lleno del espíritu de Dios que sepa echaros á tiempo en la Piscina y cultivar aquellos primeros movimientos de la gracia con que venís al tribunal de la penitencia?

¿Buscáis un hombre ilustrado que pueda juzgar de la lepra, conocer las heridas de vuestro corazón y no engañarse en la aplicación de los remedios? ¿un hombre experimentado que sepa distinguir en vuestra alma los caminos de la gracia, dirigir las operaciones de Dios en ella y no acelerar á las almas á quienes el Espíritu Santo mueve lentamente, ni detener á las que caminan en alas de la gracia, por decirlo así, y seguir el espíritu de Dios y no anticiparse á él?

<sup>1</sup> Joan. 5. v. 8.

¿Un hombre acostumbrado á hablar con Dios en la oración, á estudiar al pié de la cruz la ciencia de la eternidad, y cuyas palabras, llenas de aquel espíritu que ha adquirido en la presencia del Señor, introduzcan después la suavidad de la gracia hasta lo íntimo de vuestra alma, cuando ésta se le manifieste en aquellos felices instantes en que las más sencillas verdades hacen tanta impresión?

¿Un hombre desinteresado que no examine si sois grande según el mundo, sino si sois pecador en la presencia de Dios, que se mueva más de vuestros vicios que de vuestros títulos, y que no proporcione la indulgencia ó la severidad de sus sentencias á la elevación ó á la oscuridad de los pecadores, sino á la cualidad de sus delitos?

¿Un hombre celoso á quien nada puede apartar de los intereses de la verdad y de las santas reglas de su ministerio, y que sin hacer ostentación de severidad no busque su estimación en los excesos y singularidades ridículas de sus penitentes, sino en dar honor á la gracia y á la religión, inspirándolos aquella sóbria prudencia que cumple dignamente con las obligaciones de su estado, y que al mismo tiempo que condena al mundo, se granjea la estimación y el respeto del mismo mundo?

Finalmente, ¿buscáis un hombre caritativo que sepa mezclar el aceite de la suavidad con el vino de la fortaleza, que no altere las heridas con excesivos rigores, sino que atraiga los enfermos con las condescendencias necesarias; que no siempre sea juez, sino que algunas veces se acuerde de que es padre; que sepa mudar su voz como el apóstol, hacerse todo para todos, y tomar todas las figuras para formar á Jesucristo en el corazón?

¿Buscáis un director de estas cualidades? Al contrario, teneis por más á propósito los más desconocidos y por más

hábiles á los mas indulgentes. Manifestais indiscretamente las llagas de vuestro corazón al primero que os ofrece la casualidad; tomáis, como aquel Michas de quien se habla en el libro de los Jueces, el primer levita que se presenta y le decís: Sed mi padre y mi sacerdote.<sup>1</sup> Acaso poneis precio á sus cuidados y á su ministerio y le haceis á un mismo tiempo ministro y defensor, como aquel israelita, de los dioses y de los ídolos que habeis levantado en vuestra casa y á los que habeis entregado vuestro corazón; y si acaso usais en esto de alguna circunspeccion y haceis alguna diligencia, es para no encontraros con aquellos cuya fama de exactitud é integridad temen vuestras pasiones, y á los que solo buscan los que quieren con sinceridad convertirse y servir á Dios; y así, solamente la eleccion que haceis del juez de vuestra conciencia es prueba decisiva de que no quereis mudar de vida, de que vais á profanar el sacramento y á mancharos de nuevo en donde debiérais lavaros de vuestras manchas.

Estos, católicos, son los mas comunes principios de la inutilidad del sacramento de la penitencia. Nos falta luz en el exámen, sinceridad en la manifestacion de las culpas, dolor en el arrepentimiento, y por eso son hoy tan raras las conversiones en el tribunal de la penitencia; por eso entre la infinita multitud de ciegos, de cojos y de paralíticos, apenas halla Jesucristo uno, como dice San Agustin, que merezca ser curado: *Tot jacebant, et unus sanatus est.* En los cinco pórticos de la Piscina estaban figurados, segun dice este santo padre, los cinco libros de Moisés, que describian los males, pero no los curaban: *Sed illi ægros prodebant, languidos non sanabant.* Pero ¡ah! nosotros pu-

<sup>1</sup> Judic. 17. v. 20.

diéramos decirlo hoy con mas razon de la Piscina de los cristianos y de los misteriosos pórticos que rodean el baño de la penitencia, los que no sirven mas que de manifestarnos los males, pero no vemos curacion alguna: *Sed illi ægros prodebant, languidos non sanabant.* Vemos llegar una gran multitud de pecadores, pero no vemos salir casi penitente alguno; nos manifiestan allí las llagas, pero casi nunca las cierra el sagrado baño; nos dan á conocer los enfermos, pero no vemos el remedio: *Sed illi ægros prodebant, languidos non sanabant;* y si fuera lícito decirlo, sucede lo que con la ley de Moisés, que descubriendo los pecados los multiplicó, y no sirvió mas que de hacer prevaricadores en el sentido del apóstol. ¡Ah! este divino remedio en vez de curar los males de la Iglesia los ha aumentado, permítaseme esta expresion; ha dado motivo á las profanaciones, en vez de restablecer la piedad, y ha hecho sacrílegos en donde debia hacer penitentes. *Sed illi ægros prodebant, languores non sanabant.*

Entremos dentro de nosotros mismos, católicos, y particularmente en este dia, consagrado á la conversion de los mayores pecadores por la curacion de un enfermo desesperado. En este dia, en que las mismas oraciones de la Iglesia solicitan del Señor sus misericordias para las almas mas abandonadas, acordaos aquí delante de Dios de toda la serie de vuestra vida y de la historia secreta de vuestra conciencia; repasad el infinito número de confesiones, siempre repetidas y siempre inútiles, que serán indefectiblemente en el tribunal de Jesucristo el motivo mas terrible de vuestra condenacion. Decíos á vosotros mismos: ¿cuáles han sido hasta ahora mis caminos y la monstruosa conducta de mi vida? Las pasiones que hoy me dominan son llagas de la infancia que han envejecido conmigo; hoy me

hallo tan sensual, tan soberbio y tan disoluto como en la primera estacion de mi vida; mi destino me ha hecho experimentar en lo exterior diferentes estados, pero mi vergonzosa pasion me ha seguido en todas partes y siempre ha sido la misma; mi vida no es mas que un continuo pecado, distinto solo por los diversos estados y circunstancias. *Un dia ha enseñado á otro dia, y una noche ha manifestado su fatal ciencia á otra noche.*<sup>1</sup> Por mas de lejos que tome la historia de mi vida, ya hallo los excesos y principios de mis pasiones, y el principio de mi vida se me presenta con las primicias de los delitos de que aun estoy culpado.

Con todo eso, ¡oh Dios mio! aun no se ha declarado contra mí vuestra indignacion, y desde lo alto de vuestra justicia me veis errar despues de tanto tiempo en los culpables caminos, sin haberme herido de muerte y sin haberme hecho perecer, como á otros muchos, en medio de mi carrera. ¡Ah! algun fin de misericordia habeis tenido para conmigo en alargar mis dias y dilatar hasta ahora vuestra venganza; no me hubiérais librado de tantos peligros como han amenazado mi vida, si no quisiérais manifestar en mí algun dia las riquezas de vuestra gracia.

¡Gran Dios! ya empiezo á no amar mis males; acabad vuestra obra, y haced que busque yo el remedio; el estado de mi conciencia me turba, el desórden y la corrupcion de mi vida me cubren de vergüenza, los remordimientos del pecado me tiranizan y llenan de amargura todos los dias de mi vida. Acabad, gran Dios, de romper los lazos que ya están para desatarse; dad el último golpe á mi volun-

<sup>1</sup> Psalm. 18. v. 3.

tad rebelde; sostened mi flaqueza en un combate en que tantas veces me habeis visto vencido; no os aparteis de mí, haced que yo no vuelva á hallar la calma y la tranquilidad que he perdido, sino conservándoos siempre mi fidelidad. Amen.



## ANALISIS

DE LOS SERMONES

CONTENIDOS EN ESTE TERCER TOMO.

### MIÉRCOLES DE CENIZA.

PRIMER SERMON SOBRE EL AYUNO.

PROPOSICION.—Es muy importante el examinar las excusas que se suelen alegar para excusarse de la ley del ayuno y los abusos que se cometen en su observancia. Y así:

DIVISION.—I. *La obligación del ayuno contra los que quebrantan esta ley.*—II. *La extensión de esta ley contra los que mitigan su observancia.*

Primera parte. *La obligación del ayuno.* Es inútil el probar esta obligación á unos fieles que no la niegan, que saben que la religion nació en el seno del ayuno y de la

abstinencia, y que los gentiles conocian á los primeros cristianos por el abatimiento de su rostro. Supuesta, pues, la obligacion del ayuno, solamente la imposibilidad puede excusar su inobservancia, porque la Iglesia cuando fundó esta ley no quiso hacer una ley de muerte. Examinemos, pues, las excusas de los que se dispensan del ayuno: veamos 1.º si son legítimas; 2.º si aun en suposicion de que lo sean, son igualmente violadores del precepto por el modo con que usan de la condescendencia de la Iglesia.

1. ¿Son legítimas vuestras excusas? Nos decís que nacisteis con una complexion delicada, incapaz de sufrir el rigor de la ley del ayuno, y que vuestra salud pide infinitos cuidados y precauciones. Pero 1.º ¿no son estos mismos cuidados y estas mismas precauciones las que han debilitado vuestra complexion? ¿esa debilidad de temperamento no es efecto de la vida sensual y delicada en que siempre habeis vivido? Pues esa misma delicadeza es la que os hace la penitencia mas necesaria. El ser ella misma un delito que teneis obligacion á expiar, ¿cómo puede servir de título legítimo para excusaros de la ley? 2.º Aquellos cuidados y aquellas precauciones que juzgais ser tan necesarias para vuestra salud, ¿no son mas bien costumbres recibidas entre los de vuestra clase y nacimiento, que necesidades reales y verdaderas? Pues sabed que Dios no mide vuestras enfermedades y necesidades por vuestros títulos, sino por su ley. ¿Qué ejemplos de austeridad no han dejado á todos los siglos David, Estér y otros muchos, no obstante lo elevado de su clase? Si la Iglesia usara de distinciones y concediera privilegios, serian sin duda en favor de aquellos que apenas pueden, ni aun á costa de su trabajo, defenderse del hambre y la miseria, y que casi siempre tienen menos delitos que expiar, y no en favor de los ricos y

grandes, que no experimentan en su estado mas molestias que los disgustos y la saciedad, inseparables de una felicidad sensual, y regularmente necesitan mas penitencia porque son mas culpados. Con todo eso, el pobre ciudadano y el artesano infeliz respetan la ley de la Iglesia, y los ricos y grandes se dispensan de ella. Oponéis lo delicado de vuestra complexion, pero nunca os habeis privado ni de un solo deleite por razon de esta delicadeza; sufrís las vigiliass, la aplicacion y afan del juego, el desórden de los banquetes; aguantais las fatigas del servicio del monarca cuando se interesa en él la fama, el interés ó el deleite; solamente por Dios rehusais el sufrir; el servir al mundo no os cuesta nada, porque sois mundanos; pues sed cristianos y nada hallareis en el servicio de Dios que exceda vuestras fuerzas. Mirad aquella alma fiel á quien Dios sacó de sus desórdenes; cuando vivia como vosotros, miraba tambien la ley del ayuno como una ley de muerte, y ahora añade nuevas mortificaciones á los rigores de la ley; y consiste en que se ha mudado su corazon y no su temperamento.

Pero finalmente, aun cuando la abstinencia debilitara vuestro cuerpo, la intencion de la Iglesia es que sufrais, porque es muy justo que un cuerpo de pecado, como el vuestro, sea castigado, que unos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justificacion, y que se debilite el enemigo que teneis dentro de vosotros mismos. Y así, el fin que se propone la Iglesia en este precepto no puede servir de motivo para dispensaros de él.

Pero acaso me direis que estais dispensados de la ley del ayuno por la autoridad de vuestros legítimos superiores. ¿Pero no os avisa vuestra conciencia de que toda dispensa conseguida contra la intencion y el espíritu de la Iglesia es vana, y que por consiguiente si no os hallais en el caso

de la dispensacion, añadís al delito de la transgresion la culpa de la mala fe y del engaño?

Pero supongamos que son legítimas vuestras excusas. ¿No quebrantais igualmente el precepto por el modo con que usais de la condescendencia de la Iglesia? 1.º ¿Llorais en vuestro interior por la flaqueza de vuestra carne y por la imposibilidad en que os pone de satisfacer á las leyes de la Iglesia? ¿os avergonzais en la presencia de Dios de una distincion tan poco conveniente á vuestra vida pasada? ¿la mirais como una especie de anatema y de separacion del cuerpo de los fieles? ¡Ah! que estais contentos con tener razones para eximiros del camino comun. 2.º ¿Compensais con otras obras el ayuno que no podeis observar? ¿orais mas que en otros tiempos? ¿sois mas caritativos con los pobres? ¿os privais de ciertos placeres que acaso serian permitidos en otras circunstancias? Porque es preciso usar de alguna compensacion, y aunque esteis excusados de la ley del ayuno, no por eso lo estais de la penitencia; esto es justamente lo que dejais de hacer, y porque no podeis hacer todo lo que debeis, os parece que estais excusados de hacer lo que podeis. 3.º Finalmente, ¿atendeis solamente á la necesidad en el uso de las viandas prohibidas? ¿están selladas vuestras comidas con el sello de la mortificacion? Porque, por último, la Iglesia aunque quiere aliviar vuestra flaqueza, no pretende autorizar vuestra sensualidad.

Segunda parte. *La extension de la ley del ayuno contra los abusos que cometen los mismos que la observan.*

Para conocer los abusos que pueden introducirse en la observancia del ayuno, basta declarar cuál sea el fin de su institucion. 1.º, debilitar nuestras pasiones, mortificando la carne; expiar nuestras culpas pasadas y precaver otras nuevas. 2.º, purificar el alma mortificando el cuerpo, apar-

tarla de los sentidos, avivar su fe y elevarla al gusto de los bienes eternos.

Pero 1.º, el ayuno del modo que le han establecido el mundo y el público abuso, no mortifica al cuerpo ni á las pasiones de la carne, porque ¿en qué le han de mortificar? ¿acoso en lo dilatado de la abstinencia? Esa era bueno para el ayuno de los primeros fieles, que no le interrumpian hasta despues de puesto el sol, y despues de haberse preparado para la hora de la comida con muchos ejercicios santos y penosos: pero nosotros no debemos buscar en esto el mérito de nuestros ayunos; el haberse adelantado la hora de la comida nos excusa este rigor. Por otra parte, ¿de qué medios no nos valemos para llegar á la hora de comer sin haber conocido lo largo y riguroso del ayuno? Alargamos las horas del sueño, cuando debiéramos anticiparnos á la aurora para juntar nuestras oraciones con las de la Iglesia; usamos de mil bebidas autorizadas por la cossumbre, casi contra el espíritu de la ley; en una palabra, despues que la Iglesia ha llegado con su condescendencia hasta los últimos límites, continuamente estamos pensando en inventar mitigaciones que nunca pueden prescribir contra la ley.

2.º ¿Mortificamos las pasiones con lo simple de las viandas de que usamos? ¡Ah! que nos valemos de mil cuidados y artificios y suplimos con mil sainetes á la simplicidad de las viandas de que es preciso usar. Por otra parte, no ponemos mas límites á la única comida que permite la Iglesia, que los de una voraz sensualidad. Y así, todo el mérito de nuestros ayunos consiste el dia de hoy en la abstinencia de la noche, y lo que en el principio fué una relacion de la disciplina, ha llegado á ser nuestra única austeridad: ¡gran mudanza han padecido los tiempos! Anti-

guamente se terminaba el ayuno de todo el día con una sola comida hecha por la tarde; ¿y qué comida? yerbas, legumbres, una comida de lágrimas y penitencia. El haberse resfriado la caridad obligó á la Iglesia, ya ha algunos siglos, á que aflojase en este punto el rigor de su disciplina; y siendo estas unas gracias vergonzosas, de que no debiéramos usar sino llorando, ¿á qué exceso no ha llegado esta mitigación conseguida de la Iglesia? Nos olvidamos de que esta es una gracia concedida solamente á la necesidad, y consiguientemente que nunca pueden ser excesivas las precauciones. Estos son nuestros ayunos y estas las engañosas reliquias de aquellos ayunos tan famosos en otro tiempo entre los cristianos, de aquellas austeridades tan excesivas entonces que hacian pasar por locos á los fieles; ¿y cómo nos preparamos nosotros para estos ayunos? Con excesos y diversiones profanas.

Acordémonos, pues, de que la intención de la Iglesia es que la penitencia de este santo tiempo sea como una expiación de los placeres y culpas de todo el año. Acordémonos también de que pues vamos á satisfacer á la divina justicia durante esta santa carrera por nuestras pasadas infidelidades, no debemos añadir otras nuevas; aplacar á nuestro juez é irritarle al mismo tiempo. Acordémonos de que pues vamos á satisfacer á nuestro juez, no solamente se nos prohíben los delitos, sino también los placeres que acaso en otro tiempo serian inocentes. Acordémonos, finalmente, de que la Iglesia, durante estos días de penitencia, quiere disponernos á la gracia de la resurrección. Empecemos, pues, con tiempo á arrancar nuestras viciosas inclinaciones, y pongámonos en estado de poder alegar á los ministros del Señor lo pasado como seguridad de nuestras promesas en lo porvenir.

## MIERCOLES DE CENIZA.

SEGUNDO SERMON.

### MOTIVOS DE CONVERSION.

**PROPOSICION.**—Salid de vuestras iniquidades pasadas y convertíos al Señor.

*Primer motivo. Mas facilidad por parte de vuestras pasiones, las que debilitadas y oprimidas con los excesos y disgustos inseparables del pecado os han dado á conocer mil veces que no tenéis que esperar verdadera felicidad en la tierra sino en la justicia y en la inocencia.*

El estado en que os hallais en la presencia de Dios después de tantos delitos y la triste suerte de vuestra alma, debieran ser suficiente motivo para determinaros á mudar de vida. ¿Cómo habeis vivido hasta ahora? Habeis abusado de todo, de vuestra razón, de vuestro cuerpo, de vuestro corazón, de vuestra juventud, de vuestros talentos, de vuestros bienes, de vuestros empleos, de vuestras aflicciones, de los misterios, de las solemnidades, de las instrucciones y de todos los demás socorros que os ha ofrecido la religión.

guamente se terminaba el ayuno de todo el día con una sola comida hecha por la tarde; ¿y qué comida? yerbas, legumbres, una comida de lágrimas y penitencia. El haberse resfriado la caridad obligó á la Iglesia, ya ha algunos siglos, á que aflojase en este punto el rigor de su disciplina; y siendo estas unas gracias vergonzosas, de que no debiéramos usar sino llorando, ¿á qué exceso no ha llegado esta mitigación conseguida de la Iglesia? Nos olvidamos de que esta es una gracia concedida solamente á la necesidad, y consiguientemente que nunca pueden ser excesivas las precauciones. Estos son nuestros ayunos y estas las engañosas reliquias de aquellos ayunos tan famosos en otro tiempo entre los cristianos, de aquellas austeridades tan excesivas entonces que hacian pasar por locos á los fieles; ¿y cómo nos preparamos nosotros para estos ayunos? Con excesos y diversiones profanas.

Acordémonos, pues, de que la intención de la Iglesia es que la penitencia de este santo tiempo sea como una expiación de los placeres y culpas de todo el año. Acordémonos también de que pues vamos á satisfacer á la divina justicia durante esta santa carrera por nuestras pasadas infidelidades, no debemos añadir otras nuevas; aplacar á nuestro juez é irritarle al mismo tiempo. Acordémonos de que pues vamos á satisfacer á nuestro juez, no solamente se nos prohíben los delitos, sino también los placeres que acaso en otro tiempo serian inocentes. Acordémonos, finalmente, de que la Iglesia, durante estos días de penitencia, quiere disponernos á la gracia de la resurrección. Empecemos, pues, con tiempo á arrancar nuestras viciosas inclinaciones, y pongámonos en estado de poder alegar á los ministros del Señor lo pasado como seguridad de nuestras promesas en lo porvenir.

## MIERCOLES DE CENIZA.

SEGUNDO SERMON.

### MOTIVOS DE CONVERSION.

**PROPOSICION.**—Salid de vuestras iniquidades pasadas y convertíos al Señor.

*Primer motivo. Mas facilidad por parte de vuestras pasiones, las que debilitadas y oprimidas con los excesos y disgustos inseparables del pecado os han dado á conocer mil veces que no tenéis que esperar verdadera felicidad en la tierra sino en la justicia y en la inocencia.*

El estado en que os hallais en la presencia de Dios después de tantos delitos y la triste suerte de vuestra alma, debieran ser suficiente motivo para determinaros á mudar de vida. ¿Cómo habeis vivido hasta ahora? Habeis abusado de todo, de vuestra razón, de vuestro cuerpo, de vuestro corazón, de vuestra juventud, de vuestros talentos, de vuestros bienes, de vuestros empleos, de vuestras aflicciones, de los misterios, de las solemnidades, de las instrucciones y de todos los demás socorros que os ha ofrecido la religión.

¡Qué vacío, qué abismos, qué horrores los de una vida semejante! ¡Oh! ¡cuánto teneis que temer!

Además de que el fin de vuestra vida que se acerca, el poco gusto que ya hallais en la parte de los placeres, la pérdida de vuestros amigos y de vuestros parientes, todo esto debe hacerlos conocer con mas viveza la nada de todo lo que pasa y la infelicidad de una vida licenciosa y desahogada. Habeis gustado de todo y todo os ha cansado; Dios os llama á sí con los disgustos que ha derramado sobre la culpa, con el vacío que hallais en el mundo y en los deleites: ¿pues qué pretextos tendreis ya para dilatar vuestra conversion? ¿os parece que un solo movimiento de temor cuando esteis para morir, ha de expiar todos los delitos de vuestra vida? Bastante felicidad es que el Señor, siempre bueno y misericordioso, quiera aún aceptar las débiles reliquias de vuestras pasiones y el desprecio del mundo.

Segundo motivo. *Menos obstáculos por parte de la penitencia, facilitada con la ley de la mortificacion que impone la Iglesia á todos los fieles.*

Estais obligados á ayunar durante el tiempo de esta santa Cuaresma; pero ¿de qué os servirá el hacerlo si no os convertís al Señor? Ayunar sin convertirse es llevar el yugo de la ley con los justos y no participar con ellos de los consuelos y las gracias. No quiero decir que debais añadir al delito de vuestra impenitencia el de la trasgresion de la ley del ayuno, con pretexto de que la observancia de la letra de nada sirve al pecador obstinado: este es el modo de proceder del impío; pero vosotros á quienes acaso ha señalado Dios este tiempo de penitencia como momento de vuestra eterna salud, entrad con vuestros hermanos en esta santa carrera de penitencia, ofreced á Dios este corto sacrifi-

cio para alcanzar el de vuestras pasiones. Empezad por la letra para que se os dé el espíritu de vida, porque el cumplir con el precepto siempre es principio de eterna salud.

¿Pero qué vanos pretextos se alegan para excusarse de esta santa ley? Unas enfermedades quiméricas, una salud débil y quebrantada, alguna leve indisposicion que se ha padecido con el ejercicio de la abstinencia; pero cuando se trata de satisfacer las pasiones, ni se alegan estos pretextos, ni serian capaces de detener á nadie: soleis decir que la abstinencia de la Cuaresma no es punto tan esencial, y que es cosa muy indiferente el usar mas de una vianda que de otra. Es decir, que para calmar vuestros remordimientos buscáis modo de envilecer en vuestro interior la majestad de los preceptos divinos, como si Dios no fuera igualmente grande cuando manda á Cain que no derrame la sangre inocente, como cuando prohíbe al primer hombre que toque á la fruta vedada.

Tercer motivo. *Las gracias mas abundantes por parte de Dios y mas vivas con el ejemplo y por los méritos de Jesucristo, cuya memoria y misterios se os hacen presentes.*

El grande espectáculo de un Dios que derrama su sangre y que muere por nosotros, debe movernos á entrar en el camino de la penitencia. La cruz es el único patrimonio que dejó Jesucristo á su Iglesia. Ella es propiamente el principal carácter de los cristianos; éstos solamente se distinguen de los infieles por la cruz, y así es preciso que participen de la cruz de Jesucristo, si quieren participar de su gloria y de su inmortalidad. Es verdad que el mundo y las pasiones nos ofrecen cruces y trabajos; pero estos son castigos de nuestros malos deseos, y no remedios para nuestras culpas; llevamos la cruz del mundo

y no debiéramos llevar sino la de Jesucristo; para que ya no podamos menos de llevar las cruces, hagamos de modo que nos sean útiles. ¡Ah! la cruz de Jesucristo es menos amarga y menos pesada que la del mundo. El Señor suaviza el yugo que se lleva por él, y el yugo del mundo es un yugo de hierro, que mortifica y quebranta; aprovechémonos, pues, de las gracias que en este santo tiempo corren desde la cruz de Jesucristo.

Quarto motivo. *Mas socorros por parte de la Iglesia, cuyas lágrimas y oraciones, mas largas y fervorosas en este santo tiempo, solicitan la divina misericordia en favor de los pecadores.*

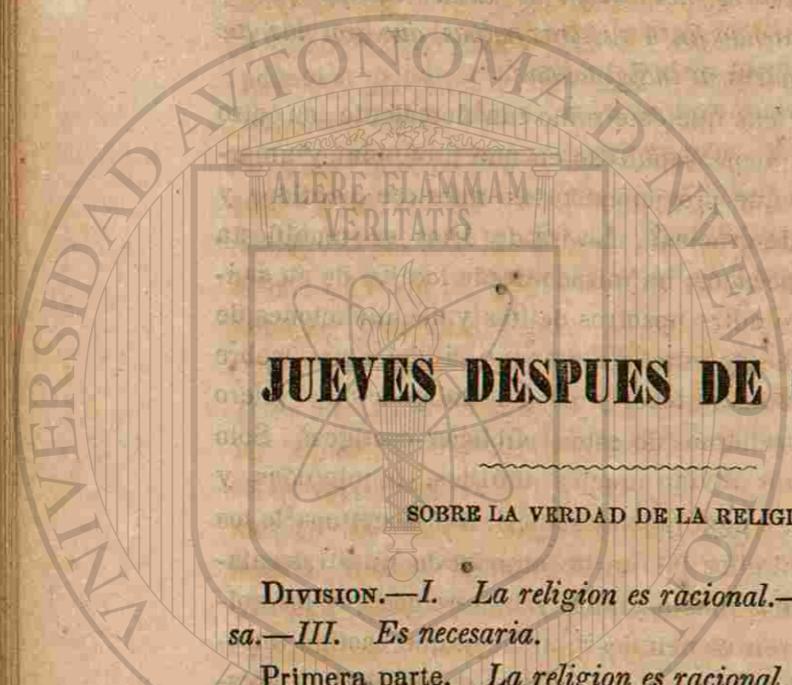
La Iglesia, aquella casta Esposa, no se ocupa en este santo tiempo mas que en la conversion de sus hijos; sus suspiros, sus largas oraciones, todo el cuerpo de los justos que ora y siempre es oído, los ayunos, las maceraciones, las austeridades que practican los verdaderos fieles en estos dias de salud, y las que ofrecen al Señor como un sacrificio de expiacion para reconciliarle con su pueblo, todo esto debe abrir los tesoros del cielo sobre las iniquidades de la tierra. Pues si Judith sola reconcilió al Señor con su pueblo, ¿qué no debemos esperar de tantas almas fieles que en todas partes ruegan por nosotros en este santo tiempo y ofrecen al Señor sus penitencias para alcanzar el perdón de nuestros delitos? Añadid á esto las instrucciones que os va á dar la Iglesia, las que son tan propias para excitar en vuestros corazones movimientos de compuncion si no los cerrais á la voz de Dios. No resistamos, pues, á Dios, que en este tiempo de propiciacion nos ofrece tantos medios de salud eterna.

Quinto motivo. *Muchas mas razones sacadas de las calamidades públicas, que naciéndonos sentir el peso de la mano*

*de Dios sobre nosotros, nos avisan al mismo tiempo que le aplaquemos, poniendo fin á nuestras culpas, que son las que atraen sobre nosotros su indignacion.*

¿De qué proviene que este reino tan floreciente en otro tiempo se halla ahora sepultado en una profunda y amarga tristeza? ¿de qué provienen todas nuestras pérdidas y todas nuestras desgracias? La ira de Dios se manifiesta sobre nuestros pecados; ha mirado desde lo alto de su santuario y ha visto entre nosotros delitos y abominaciones de toda especie, y desde entonces empezó á derramar sobre nosotros el cáliz de su furor y de su indignacion. ¿Pero cómo nos aprovechamos de estos públicos castigos? Solo oponemos al furor divino quejas inútiles, inquietudes y murmuraciones. ¡Qué necios somos! Nos quejamos de los hombres como si ellos fueran los autores de nuestras calamidades. Miremos mas adelante y hallaremos que los golpes que nos hieren vienen desde el cielo, que castiga nuestros delitos. Pongamos fin á nuestros desórdenes y presto se acabarán nuestras desgracias.





## JUEVES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE LA VERDAD DE LA RELIGION.

DIVISION.—I. *La religion es racional.*—II. *Es gloriosa.*—III. *Es necesaria.*

Primera parte. *La religion es racional.* La fe y no la razon es la que constituye al hombre cristiano, y el primer paso que se le pide á un discípulo de Jesucristo, es que crea lo que no puede comprender. Con todo eso, digo que la razon es la que nós guia á esta sumision, y que el fiel que cree usa mas rectamente de la razon que el infiel que no quiere creer.

1. El fiel cree movido de la mayor autoridad, la mas respetable y mejor fundada que hay en la tierra.

La antigüedad en materia de religion es un carácter á quien respeta la razon. A la verdad, si hay alguna religion verdadera en el mundo, debe ser la mas antigua de todas, pues la religion debe ser la primera y mas esencial obligacion del hombre para con el Dios que quiere ser adorado. La religion, pues, de los cristianos es la mas anti-

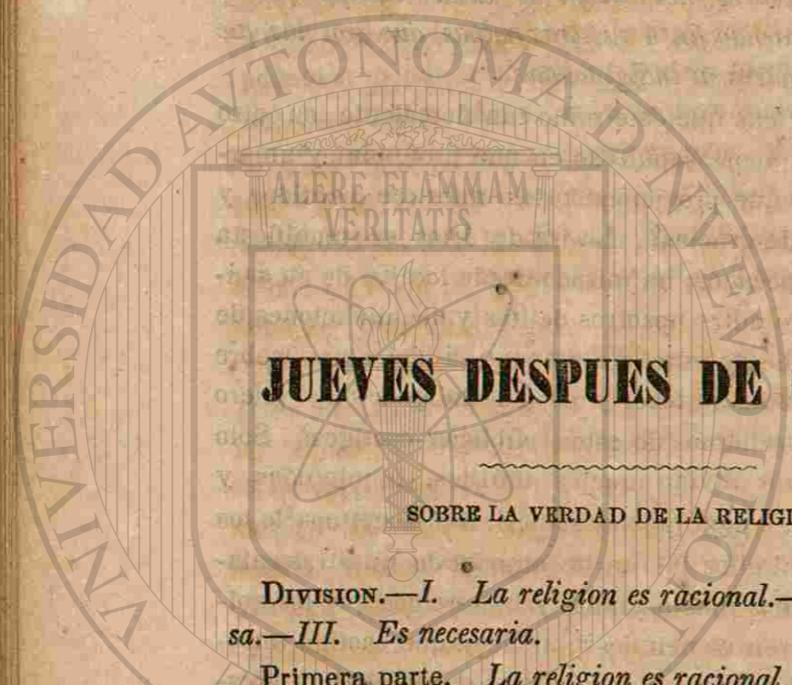
gua del mundo; los primeros hombres adoraron al mismo Dios que adoramos nosotros; la historia del nacimiento de esta religion es la historia del nacimiento del mismo mundo; los libros divinos en que se ha conservado hasta nosotros, contienen los primeros monumentos del origen de las cosas. Por otra parte, la religion cristiana presenta una série de hechos razonable y natural, y concordando consigo misma, se manifiesta la buena fe del autor que los escribió en la sencillez de su historia; las demás religiones no ofrecen sino relaciones fabulosas de su origen, unas relaciones que se desvanecen por sí mismas.

La religion cristiana tiene tambien en su favor la perpetuidad, lo que la da un nuevo grado de autoridad. Las demás religiones han durado cierto número de años, y han caido despues con el poder de sus sectarios; pero la religion de nuestros padres se mantiene desde el principio, sobrevive á todas las sectas y pasa siempre de padres á hijos. ¿Es acaso algun brazo de carne el que la ha conservado? El pueblo fiel casi siempre ha sido débil, oprimido, perseguido; luego no el hombre, sino Dios y el brazo del Todopoderoso, es el que ha conservado su obra, porque solamente las obras de Dios son eternas.

Añadid á su antigüedad y perpetuidad su uniformidad; las ocasiones, las diferencias de los siglos, la necesidad de los tiempos han introducido mil mudanzas en todas las leyes humanas; solamente la fe nunca se ha mudado.

2. Las verdades que se intentan persuadir al fiel son las únicas que se conforman con los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad y de la oracion.

Ninguna otra religion da tan sublimes ideas como la cristiana del poder de Dios, de su inmensidad, de su sabiduría, de su bondad y de su justicia. Excede en esto á la



## JUEVES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE LA VERDAD DE LA RELIGION.

DIVISION.—I. *La religion es racional.*—II. *Es gloriosa.*—III. *Es necesaria.*

Primera parte. *La religion es racional.* La fe y no la razon es la que constituye al hombre cristiano, y el primer paso que se le pide á un discípulo de Jesucristo, es que crea lo que no puede comprender. Con todo eso, digo que la razon es la que nós guía á esta sumision, y que el fiel que cree usa mas rectamente de la razon que el infiel que no quiere creer.

1. El fiel cree movido de la mayor autoridad, la mas respetable y mejor fundada que hay en la tierra.

La antigüedad en materia de religion es un carácter á quien respeta la razon. A la verdad, si hay alguna religion verdadera en el mundo, debe ser la mas antigua de todas, pues la religion debe ser la primera y mas esencial obligacion del hombre para con el Dios que quiere ser adorado. La religion, pues, de los cristianos es la mas anti-

gua del mundo; los primeros hombres adoraron al mismo Dios que adoramos nosotros; la historia del nacimiento de esta religion es la historia del nacimiento del mismo mundo; los libros divinos en que se ha conservado hasta nosotros, contienen los primeros monumentos del origen de las cosas. Por otra parte, la religion cristiana presenta una série de hechos razonable y natural, y concordando consigo misma, se manifiesta la buena fe del autor que los escribió en la sencillez de su historia; las demás religiones no ofrecen sino relaciones fabulosas de su origen, unas relaciones que se desvanecen por sí mismas.

La religion cristiana tiene tambien en su favor la perpetuidad, lo que la da un nuevo grado de autoridad. Las demás religiones han durado cierto número de años, y han caido despues con el poder de sus sectarios; pero la religion de nuestros padres se mantiene desde el principio, sobrevive á todas las sectas y pasa siempre de padres á hijos. ¿Es acaso algun brazo de carne el que la ha conservado? El pueblo fiel casi siempre ha sido débil, oprimido, perseguido; luego no el hombre, sino Dios y el brazo del Todopoderoso, es el que ha conservado su obra, porque solamente las obras de Dios son eternas.

Añadid á su antigüedad y perpetuidad su uniformidad; las ocasiones, las diferencias de los siglos, la necesidad de los tiempos han introducido mil mudanzas en todas las leyes humanas; solamente la fe nunca se ha mudado.

2. Las verdades que se intentan persuadir al fiel son las únicas que se conforman con los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad y de la oracion.

Ninguna otra religion da tan sublimes ideas como la cristiana del poder de Dios, de su inmensidad, de su sabiduría, de su bondad y de su justicia. Excede en esto á la

idolatría, que inspiraba al hombre pensamientos insensatos de la Divinidad. La filosofía, ó abatía al hombre hasta la clase de las bestias, ó llenándole de soberbia le ensalzaba neciamente hasta Dios. La religion cristiana remedia á estos dos inconvenientes, manifestando al hombre la excelencia de su naturaleza y dándole á conocer su miseria.

La concupiscencia hacia injusto al hombre para con los demás hombres. ¿Qué otra religion ha reglado mejor que la de los cristianos las mútuas obligaciones de los hombres?

3. Los motivos que persuaden al fiel son los mas decisivos, los mas triunfantes y los mas propios para sujetar los entendimientos menos crédulos.

Es verdad que la religion cristiana propone unos misterios que exceden á nuestra capacidad; pero estos misterios fueron predicados muchos siglos antes de que se cumpliesen, y profetizados con todas las circunstancias del tiempo, de los lugares y de los menores sucesos. Estos misterios están fundados en hechos milagrosos, patentes y públicos, confesados aun entonces por aquellos que tenian interés en negarlos, repetidos mil veces en distintos lugares; y estos hechos han llegado hasta nosotros por unos hombres que no podian engañarse ni engañarnos; la fe de estos misterios ha hallado dócil á todo el universo. ¡Oh Dios mió! ¡quién no conoce en esto vuestro dedo poderoso! ¡quién no conoce por estos rasgos el carácter de vuestra obra!

Segunda parte. *La religion es gloriosa*, 1.º, por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir. ¿Cuáles son estas promesas? La adopcion de Dios, una compañía inmortal con el Señor, la perfecta redencion de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas y el librarnos de las pasiones. Nadie puede avergonzarse de creer unas verdades que tanto honor hacen á la inmortalidad

de nuestra naturaleza; al contrario, el incrédulo se deshonra en tenerse por de la misma naturaleza que las bestias y en esperar el mismo fin.

2. La religion es gloriosa por parte del estado en que pone al fiel al presente. Representaos un justo que vive de la ley; en él se hallan todas las virtudes sin mezcla alguna de vicio. La filosofía no destruía el vicio sino con el vicio mismo; al mismo tiempo que destruía unas pasiones levantaba sobre sus ruinas otras mas peligrosas, quiero decir, la soberbia y el amor de la vanagloria. La fe eleva al justo sobre su misma virtud, y en esto no tiene mas interés que el amor á la obligacion. Ahora os pregunto si el hombre es mas glorioso y mas respetable cuando es esclavo de todos los vicios, cuando no distingue los mas infames delitos de las mas puras virtudes, en una palabra, cuando no reconoce otro dueño mas que sus deseos, otro freno mas que el temor de la autoridad, ni otro Dios mas que á sí mismo.

3. Finalmente, la religion es gloriosa por parte de los grandes modelos que nos propone para nuestra imitacion. Acordémonos de todos los grandes hombres que ha sujetado á sí en todos los siglos, príncipes y conquistadores, pastores, filósofos, sábios. La filosofía predicaba una sabiduría pomposa, pero su sabio no se hallaba en parte alguna, y la religion tiene una tradicion continuada de héroes cristianos desde la sangre de Abel hasta nosotros; ahora bien, poned á un lado todos los grandes hombres que la religion ha dado al mundo en todos los siglos, y á otro el corto número de espíritus infames y desesperados que ha producido la incredulidad, y ved si es mas glorioso para vosotros el colocaros entre los últimos.

Tercera parte. *La religion es necesaria para el hombre.*

Primeramente, porque su razon es flaca y la fe es el único socorro que la ayuda é ilustra: nosotros no conocemos ni nuestro cuerpo ni nuestra alma; todas las criaturas que nos rodean son otros tantos enigmas para nosotros. Pues si no conocemos los objetos que tenemos á la vista, ¿por qué hemos de querer ver con claridad las profundidades eternas de la fe? El universo, que ha entregado Dios á nuestras curiosidades y disputas, es un abismo en que nos perdemos; ¿y queremos que los misterios de la fe, los que solamente ha expuesto á nuestra docilidad y respeto, nada tengan que se oculte á nuestras débiles luces? Este secreto de Dios debe hacernos mas respetuosos y mas atentos, pero no mas incrédulos.

2. La religion es necesaria para el hombre, porque su razon está corrompida y la fe es el único remedio que la cura: era natural al hombre el conocer á Dios, que es su fin y su principio, y adorar todas sus divinas perfecciones; no obstante, ¿á qué punto no ha llegado el desprecio que ha hecho de su Criador? No hubo en la tierra cosa alguna, por vil que fuese, de que su impiedad no se formase dioses. Pasad á la moral: todos los principios de la equidad natural estaban borrados en el corazon del hombre; solamente la fe le ha enseñado á conocer á Dios y á adorarle, y ha vuelto á formar en su corazon los rasgos de aquella ley que habia grabado en él la naturaleza y que ya estaban borrados.

3. La religion es necesaria al hombre, porque su razon es inconstante y la fe es la única regla que la sostiene y fija: acordaos de las diferentes disputas que habia antiguamente entre los paganos; ¡qué cuestiones sin fin! ¡qué diversas opiniones sobre la naturaleza de Dios, sobre la inmortalidad y naturaleza del alma, sobre el soberano bien

del hombre! Mirad tambien entre los cristianos la infinita variedad de sectas que en todos tiempos han roto la unidad por seguir doctrinas extrañas; la fe fija todas estas variaciones porque siempre es la misma en todos los siglos, siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones y de los intereses.



## VIEBRES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

DIVISION.—I. *Injusticia de nuestros rencores.*—II. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.*

Primera parte. *Injusticia de nuestros rencores.* Los tres mas comunes principios de las amistades humanas son el gusto, el antojo y la vanidad. La religion y la caridad no unen á casi nadie, y así aborrecemos á los hombres.

1. Cuando nos disgustan. Pero es injusto este ódio, porque por no ser un hombre de vuestro gusto no deja de ser vuestro hermano, hijo de Dios, miembro de Jesucristo, etc. Su génio no puede borrar ninguno de estos augustos títulos. Si no tuviéramos obligacion de amar mas que aquellos que nos gustan y á quienes tenemos inclinacion, era inútil el que Jesucristo nos mandase amar á nuestros prójimos, porque para eso no necesitaba nuestro corazon de precepto. Por otra parte, un cristiano no debe gobernarse por gusto y por inclinacion, sino por los principios de la razon, de la fe, de la religion y de la gracia. Aun en

el mundo se tiene por flaqueza el regular nuestro amor y nuestro ódio solamente por el antojo de nuestro gusto. El Evangelio, que quiere que sacrifiquemos á la santidad de la fe y á lo sublime de sus reglas no solamente nuestros antojos, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones, ¿había de ser mas indulgente en este punto? Además, ¿os parece que vosotros gustais á todo el mundo? Y con todo eso, ¿no quereis que os disimulen las molestias de vuestro génio, atendiendo á la bondad de vuestro corazon? La causa de esa aversion que teneis á vuestro prójimo, ¿no proviene mas de vosotros mismos, quiero decir, de vuestra soberbia y de la oposicion de vuestro génio, que del suyo propio? ¿no consiste todo su delito para con vosotros en su talento, en su estimacion y en su fortuna? Finalmente, el Evangelio no os manda que gusteis de vuestro prójimo, sino que le ameis, esto es, que le sufrais, que le disimuleis, que oculteis sus defectos, que le sirvais; en una palabra, que hagais por él lo que quisiérais que él hiciera por vosotros, porque la caridad no consiste en un gusto ciego y antojadizo, sino que es una obligacion justa, discreta y racional.

2. Aborrecemos á los hombres cuando son contrarios á nuestros intereses y cuando buscan medios de ofendernos: digo, pues, que nuestro aborrecimiento contra estas personas es injusto, porque en primer lugar, cuando aborreceis á vuestro prójimo añadís á todos los males que de él habeis recibido, el de aborrecerle, que es el mayor de todos. Nunca habrá conseguido con todos los males que os haya hecho, mas que quitaros unos bienes frívolos y poco durables; pero si le aborreceis, perdeis vuestra alma y os privais para siempre del derecho que teneis al reino inmortal; mas ¿qué utilidad sacais de aborrecer á vuestro prójimo? ¿os restituye por eso los bienes que os ha quitado? Si quereis

consolaros con aborrecerle, es un modo muy bárbaro de consolarse: además de esto, si sois verdaderos cristianos, si tenéis fe, en vez de aborrecer á aquellos de quien se vale Dios para trastornar vuestras esperanzas y proyectos de fortuna, debéis mirarlos como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, que se vale de su perversa voluntad para salvaros, poniendo obstáculos á vuestras desgraciadas pasiones, y debéis pedir á Dios que los inspire un verdadero arrepentimiento y que no permita que se pierdan para siempre los que tanto han contribuido á vuestra eterna salud.

3. Aborrecemos á los hombres cuando ofenden á nuestra vanidad, desacreditándonos con murmuraciones y calumnias; pero este ódio es injusto, porque es injusticia el querer que aprueben todo lo que hacemos y que no vean los demás las flaquezas y defectos que nosotros conocemos en nuestro interior. Además de que no debemos creer todo lo que nos cuentan de nuestro prójimo, porque sabemos por experiencia que muchas veces nos aumentan unas cosas de poca importancia y que emponzoñan las mas inocentes conversaciones; pero demos caso que sean indubitables los hechos de que os quejais; ¿no tiene vuestro prójimo las mismas quejas contra vosotros? ¿habeis usado de caridad ni de indulgencia con sus defectos? Luego no es bien fundada vuestra queja. Pero supongamos que no tenéis cosa alguna que os arguya por parte de la moderacion que debéis usar con vuestro prójimo; ¿qué sacais de aborrecerle? Con eso no borrais las siniestras impresiones que pueden haber hecho sus dichos en el espíritu de los demás hombres, y haceis una nueva herida en vuestro corazón. Pero atended á una razon aun mas poderosa que todas las que se han dicho hasta ahora; el amor propio bastaria para

hacernos amar á los que nos aman y alaban; pero la religion pasa mas adelante; quiere que amemos á los que nos aborrecen y ofenden; este es el precio que señala Dios á sus misericordias para con nosotros, declarándonos que no debemos esperar perdón si no perdonamos á nuestros prójimos. Acaso me direis que en este punto convenís con las máximas de la religion, pero que es necesario atender á las leyes del honor, que cuentan por afrenta en un hombre el perdonar cierta especie de palabras y procedimientos injuriosos; pero 1.º, el príncipe ha declarado infames aquellas venganzas en que fundaba el público un falso honor; 2.º, una abominable máxima consagrada únicamente por la barbarie de las primeras costumbres de nuestros mayores, y derivada hasta nosotros por esta misma barbarie, no debe ser tenida en mas que todas las reglas del cristianismo y las mas inviolables leyes del Estado. Nadie puede padecer afrenta por obedecer á Dios y á su príncipe.

Segunda parte. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.* Nuestras reconciliaciones son falsas, ya se consideren en su principio, ya se examinen en sus medios ó en sus efectos.

1. Son falsas en su principio: una reconciliacion sincera debe nacer de la caridad; pero la raiz de nuestras reconciliaciones son unos motivos puramente humanos; nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros amigos, por evitar algun ruido desagradable, por condescender con alguno, por adquirir fama de moderacion y de grandeza de ánimo, etc.; pero en estas reconciliaciones no hay motivo alguno que no sea humano, y la prueba de que no tiene parte en ellas la caridad, es que unos pecadores en quienes no se advierte señal alguna de piedad, se reconcilian, no obstante, todos los dias con sus prójimos. ¿Pues cómo

es posible que los que no saben vencerse en las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, hayan de parecer héroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas?

2. Son falsas en sus medios: ha sido necesaria toda la industria y habilidad de vuestros amigos para reconciliarnos con vuestro prójimo, ¿Pues hubiera habido necesidad de todos estos arbitrios, se hubieran necesitado tantos medianeros si no aborreciérais aún á vuestro prójimo, y si le amárais sinceramente? Antes de reconciliarnos sacásteis mil condiciones, no quisísteis adelantaros mas que hasta cierto punto; pero la caridad no conoce estas medidas, no conoce mas que una regla, y es olvidar la injuria y amar al prójimo como á sí mismo. Es verdad que muchas veces dicta la prudencia que se tomen algunas medidas antes de reconciliarse públicamente; pero éstas las debe regular la caridad y no la vanidad: las reconciliaciones en que entran tantas precauciones y misterios, juntan las personas, pero no unen los afectos. Jesucristo nos dice simplemente: Vé á reconciliarte con tu hermano, y quiere que solamente la caridad se mezcle en esta reconciliacion.

3. Por eso son vanos los efectos de nuestras reconciliaciones. Decís que habeis perdonado á vuestro prójimo, pero que estais determinado á no verle mas; luego no le habeis perdonado ni le amais, porque nadie teme el ver lo que ama: ¿quisiérais que Dios os amase con la condicion de que nunca os habia de ver? La señal mas evidente de nuestro aborrecimiento á alguna persona, es el no poder sufrir su presencia.

Bien está, decís; le veré, no faltará con él á la correspondencia, pero en lo demás bien sé cómo me he de portar con él, y no debe contar mucho con mi amistad. Pero si pensais que esto es perdonar á vuestro prójimo y amarle,

os engañais; la caridad que os manda el Evangelio está en el corazon; no consiste ésta en una simple correspondencia y en una vana exterioridad; es un amor efectivo, porque los hombres no están unidos entre sí solamente con unos lazos exteriores, sino con los íntimos y sagrados lazos de la fe, de la esperanza y de la caridad; y así, consultad al público en orden á vuestras reconciliaciones; no obstante las apariencias que guardais con vuestro prójimo, es opinion comun en el mundo que no le amais. de lo que se infiere que el público os conoce mejor que vosotros á vosotros mismos.

ROBERTO LA TABARRA DE DIOS



## PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

### SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*DIVISION.—I. Disposicion que debe guiar á los fieles al templo para oír la palabra de Dios.—II. Con qué espíritu deben oirla.*

*Primera parte. Tres disposiciones os deben conducir al templo para oír la palabra de Dios.*

Primera disposicion. Un deseo de que os sea útil, y así, antes de venir á nuestros templos debeis encomendaros al Padre de las luces y pedirle que os dé aquellos oídos del corazon con los que únicamente se oye su voz; que forme en vuestros corazones gusto de las verdades que pone en la boca de sus ministros. Si los israelitas fueron obligados á usar de tantas preparaciones para ir á oír la ley que les dió el ángel de parte de Dios, ¿cuánto mas necesarias deben ser estas disposiciones para oír una ley mucho mas santa, que es la ley de Jesucristo? Con todo eso, venís á oír la palabra de Dios sin disposicion alguna; la curiosidad, un pasatiempo inútil, la costumbre, y acaso unos fines pecaminosos, son los que os traen aquí; no venís gobernados por motivo alguno de salvacion.

Segunda disposicion. Una disposicion de dolor y confusion fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oido. Acordaos de tantos movimientos de compuncion, de tantas piadosas reflexiones como se os ha inspirado en este santo lugar, aunque siempre sin efecto; pensad que aquellas verdades que no han hecho en vosotros mas que una ligera impresion, son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el tribunal de Jesucristo. ¿Qué reflexiones podeis hacer acerca de esto? ¿Qué motivo para temer! ¡Pero ay! que ni aun conoceis este sentimiento de dolor por el mal uso que habeis hecho de tantos sermones como habeis oido! Bien se deja esto conocer por el exterior con que venís á oír la divina palabra; en nada se distingue del que llevais á una concurrencia profana; ¡y cuántos pecadores, en vez de afligirse por el mal uso que han hecho de las verdades que han oido, acaso se hallan contentos por haberse manifestado insensibles á ellas! peores en esto que aquellos que aun en medio de una vida pecaminosa, á lo menos conservan siempre algun respeto y alguna sensibilidad á la verdad.

Tercera disposicion. Un agradecimiento á este medio que Dios os proporciona para que consigais la salud eterna, conservándoos el depósito de la verdad y continuando entre vosotros la sucesion de ministros legítimos, autorizados para que os la anuncien. El mas terrible castigo que antiguamente enviaba Dios á los judíos, era quitarlos los verdaderos profetas y permitir que entre ellos se levantasen falsos doctores; por el contrario, no obstante las iniquidades de los cristianos, las que parece han llegado á lo sumo, no deja de suscitarlos pastores que los anuncien una doctrina sana é irrepreensible. ¿Pero venís á oírlos con un corazon movido de agradecimiento? ¡Ahl venís aquí con un disgus-

to de irreligion y de vanidad; sois unos concurrentes llenos de ocio y de curiosidad, que no teneis mas fin en venir aquí que oír alguna cosa nueva, y así, aunque Dios no os castigue quitándoos sus profetas, os los suscita tales que os agradan, pero no os convierten, y de este modo ejerce con vosotros sus terribles y severos juicios.

Segunda parte. *Con qué espíritu debamos oír la palabra de Dios.*

1. Su autoridad es divina; nosotros no os anunciamos nuestra palabra, sino la palabra del que nos envía, y así, debéis oír esta divina palabra: 1.º con docilidad. Con todo eso, cuántos hombres hay, prudentes á su parecer, que siempre vienen aquí prevenidos contra las verdades que se les anuncian, que miran nuestro ministerio como un arte de exágeracion y de hipérboles, que oponen en su interior á las verdades que oyen, las máximas y preocupaciones del mundo que las contradice! ¡Ah! nos acusan de que exageramos, y acaso Dios nos juzgará de que hemos debilitado la virtud y la fuerza de su palabra. 2.º Siendo, como es, divina la autoridad de esta palabra, debéis oírla con un espíritu de sinceridad, aplicándola á vosotros mismos, esto es, debéis mediros por esta regla y juzgaros por esta ley; con todo eso, nadie se aplica aquí á sí mismo la verdad que le arguye y le condena, nadie descubre aquí otros defectos mas que los del prójimo.

2. El fin de la divina palabra es la conversion de los corazones, el establecimiento de la verdad, la destruccion del error y del pecado y la santificacion del nombre de Jesucristo; luego debéis oírla 1.º, con un religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos, y así, por mas instruidos que os halleis por otra parte, no debéis fundaros en vuestra ciencia para despreciar las instrucciones

que la Iglesia da á los fieles. La gracia del Espíritu Santo siempre os enseñará aquí lo que acaso aún ignorais; con todo eso, hay muchas personas que con pretexto de que saben bastante y que la leccion devota y un poco de contemplacion en el retiro son mas útiles que nuestros sermones, se destierran de estas santas concurrencias: 2.º, debéis oírla con un espíritu de fe, esto es, con un amor á la divina palabra, independiente de los talentos del hombre que os la anuncia, lo que hará que os parezca hermosa, divina y digna de vuestros respetos, aun cuando salga de una boca rústica y grosera; con todo eso, no venís aquí mas que á ser jueces y censores y para juzgar del mérito de los que os la anuncian. No debe traerlos aquí el espíritu de curiosidad, porque nuestro ministerio no es un arte vano y frívolo, que no se proponga mas objeto que el adorno de la oracion y la gloria de la elocuencia; y no obstante, en vez de venir aquí á buscar remedios para vuestros males, venís á buscar vanos adornos que divierten á los enfermos sin curarlos; venís á buscar la armonía y el adorno en las verdades serias de la moral de Jesucristo, olvidándoos de que nosotros estamos en la cátedra cristiana, no para agradaros y divertirlos, sino para instruiros, para reprenderos y para santificaros.



AL DE BIBLIOTECAS

## LUNES DE LA PRIMERA SEMANA.

### SOBRE LA VERDAD DE LA OTRA VIDA.

*DIVISION.—I. La certidumbre de la eternidad.—II. Su necesidad.—III. El interior dictámen de la otra vida.*

Primera parté. *Certidumbre de la eternidad.* Esta se halla justificada por las mas puras luces de la razon, y es la verdad de mas consuelo de la fe; pero al contrario, la incertidumbre que á ella opone el impío es:

1. Sospecha por el principio de que nace. Porque el impío nació con los principios de religion natural conocidos de todos los hombres, creyó una eternidad de recompensas para la virtud y de castigos para los pecados; ¿desde cuándo dejó de creer? ¿acaso examinó? ¿acaso consultó? Nada menos. La fe de estas verdades se fué debilitando en él á proporción que se fueron desarreglando sus costumbres. El origen de toda su incredulidad fué el desórden de su corazon. No se halla ningun hombre verdaderamente casto, prudente, templado, etc., que no espere la eternidad. Sirve de mucho consuelo á los fieles el ver que es

preciso renunciar á todas las virtudes antes de renunciar á la fe.

2. Esta incertidumbre es insensata por las razones en que se funda. Muy poderosas era menester que fuesen las razones para no creer nada; porque seria locura y extravagancia el aventurar un interés tan grande como el de la eternidad, sin mas fundamento que unas pruebas débiles y frívolas: ¿pero cuáles son las poderosas razones que han determinado al incrédulo á no creer nada? Unos discursos vagos, unas dudas despreciables y unas suposiciones quiméricas. Nadie sabe, suele decir, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan; ninguno ha vuelto de allá; pero el fiel cree la eternidad fundado en la autoridad de la Escritura, en el testimonio de los apóstoles que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, en el cumplimiento de las profecías y en la tradicion de todos los siglos. ¿Cuál de los dos usa mejor de su entendimiento? Mas: aun cuando las vanas razones del impío contrapesaran á las evidentes y sólidas verdades que nos promete la inmortalidad, debiera desear que fuese verdadero el dictámen de la fe: este dictámen hace honor al hombre, le enseña que su origen es celestial y sus esperanzas eternas; cuando por el contrario, no hay cosa mas funesta ni de mas abatimiento para el hombre que la doctrina que le confunde absolutamente con las bestias. Además de esto, su propio interés debiera mover al impío á creer la eternidad, pues en creerla nada aventura; si se engaña su sregulidad, no tiene ninguna funesta consecuencia; vivirá con honor, con probidad, con inocencia; lo mas que pudiera perder serian algunos placeres sensuales y rápidos, que le cansan muy presto con el disgusto que los sigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que encienden; pero si hay eternidad, pierde los bie-

nes eternos y la posesion del mismo Dios, y hallará en el fuego abrasador un suplicio sin fin y sin medida.

3. La incertidumbre del impío es terrible por sus consecuencias. 1.º Si todo ha de acabarse con nosotros, ¿de qué proviene que no seamos perfectamente felices en la tierra? Las demás criaturas, contentas con su suerte, parecen felices á su modo en el estado en que Dios las ha puesto. Solamente el hombre se halla inquieto y descontento entregado á sus deseos, sin hallar en la tierra en qué fijar su razon. 2.º Si todo muere con el cuerpo, ¿quién ha podido persuadir á todos los hombres de todas las edades y de todos los países que su alma es inmortal? Esto no ha sido secreta inteligencia entre ellos, porque es imposible el que todos los hombres de todas las edades y de todos los países convengan en una misma cosa, ni preocupacion de la educacion, la que es indiferente segun los distintos países, ni tampoco puede ser secta esta doctrina, porque no se la ha conocido jefe ni cabeza, sino que los hombres se la han persuadido á sí mismos. 3.º Si todo muere con nosotros, es preciso que el universo reciba otras leyes y otras costumbres, porque las leyes que nos unen y las mas sagradas obligaciones de la vida civil, únicamente están fundadas en la certidumbre de la eternidad, y así, todo estaria confundido en la tierra y se trastornarian todas las ideas de vicio y de virtud.

Segunda parte. *Necesidad de otra vida y su conformidad con la idea de un Dios sábio y con el dictámen de la propia conciencia.*

1. La necesidad de la otra vida es conforme á la idea de un Dios sábio. Pregunta el impío si será digno de la grandeza de Dios el divertirse con lo que pasa entre los hombres, contar sus vicios y sus virtudes, etc. Pero repa-

rad en que el mismo impío es quien degrada á la grandeza de Dios, como si su Majestad necesitara de cuidados y atencion para ver lo que pasa en el mundo. Pero tambien yo quiero preguntarle si seria propio de la grandeza de Dios el dejar sin castigo y sin recompensa los vicios y las virtudes; ¿puede ser lo mismo el ser vicioso que virtuoso? ¿no ha de amar Dios mas la virtud que el vicio? Los impíos casi siempre son felices en la tierra. Por el contrario, la afliccion y el oprobio son regularmente la suerte de los justos. ¿Pues qué Dios de tinieblas, de flaqueza, de confusion y de iniquidad es el que se forma el impío? Un Dios que pone su grandeza en dejar al mundo que crió, en un universal desórden.

2. La necesidad de la otra vida es conforme al dictámen de la propia conciencia: Dios crió al hombre, el que entre todas sus criaturas es la única capaz de conocer y amar al Autor de su ser; puso en él pensamientos altos, vastos deseos y conocimientos grandes; ¿y este hombre no habia de haber sido hecho mas que para la tierra? ¿para pasar un corto número de dias, como las bestias, en ocupaciones frívolas ó en deleites sensuales? Luego es muy propio de la grandeza de Dios el velar sobre este universo, amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable, aborrecer en ellas los vicios que desfiguran su imagen, hacer felices consigo á las almas que solamente han vivido para él, y entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de él la felicidad; este es el Dios de los cristianos.

¿Dice el impío que siendo Dios como es, justo, no debe castigar como delitos las inclinaciones á los placeres que nacieron con nosotros y que él mismo nos dió. ¡Qué blasfemia! porque si quereis justificar todas vuestras acciones

con las secretas inclinaciones que nos llevan á ellas, serian permitidos los mas atroces delitos, y nuestras inclinaciones y deseos serian la única regla que debiéramos seguir. Por eso sola la naturaleza dió á conocer á los paganos la necesidad de una luz superior á los sentidos, que arreglase su uso é hiciese de la razon freno para las pasiones humanas; luego estas inclinaciones viciosas, ó no vienen de la primera institucion de la naturaleza, ó no son mas que un desórden, pues todas las leyes no han sido hechas mas que para moderarlas; en todos los siglos, los que se han entregado abiertamente á sus inclinaciones, han sido mirados como monstruos y como el oprobio de la humanidad. Además de esto, hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir, al Autor que le formó. Si hallamos en nosotros inclinaciones al vicio y á la culpa, ¿no hallamos tambien pensamientos de virtud, de pudor y de inocencia? ¿Pues por qué ha de decidir el impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos lleva hácia los sentidos es mas conforme á la naturaleza del hombre, y que nada se halla en ella que sea culpable? Si todos los hombres fueran perversos, acaso tendria razon para decir que las inclinaciones que nos arrastran hácia los sentidos son inseparables de nuestra naturaleza; pero tambien hay justos en la tierra, hay almas castas, fieles, timoratas, que han heredado de la naturaleza las mismas inclinaciones que el impío; pero se aventajan á éste en que tienen fuerza para resistirlas. No atribuyamos, pues, á Dios una flaqueza que es obra de nuestros propios desórdenes; luego Dios es justo cuando castiga las trasgresiones de su ley, y se engaña el impío cuando por último recurso piensa que la recompensa del justo será la resurreccion á una vida inmortal y el castigo del pecador, la eterna aniquilacion de su alma; porque el de

jar de ser no seria castigo para el impío, pues es esto lo que desea. Dios no castiga de ese modo; la esperanza del impío perecerá, pero sus delitos no perecerán con él; la muerte pondrá fin á sus delitos, pero no á sus culpables deseos; sus tormentos serán tan eternos, como lo serian sus placeres si él hubiera sido dueño de su suerte.

## MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE EL RESPETO A LOS TEMPLOS.

*DIVISION.—Tres disposiciones que nos deben acompañar en nuestros templos.—I. Disposición de pureza y de inocencia.—II. Disposición de temor y de recogimiento.—III. Disposición de decencia y de modestia exterior.*

*Primera parte. Disposición de pureza y de inocencia.* La presencia de Dios derramada por toda la tierra es una razón que nos obliga á presentarnos en todas partes puros y sin mancha á su vista. Por eso el pecador que vive con una conciencia impura, es una especie de profanador de la tierra; ¿pues con cuánta más razón piden nuestros santos templos, que están particularmente consagrados á Dios y en los que reside corporalmente, por decirlo así, la misma Divinidad, que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, por no deshonrar la santidad del Dios que habita en ellos?

Cuando se edificó el templo de Salomon tomó Dios las

mas severas precauciones para que no se atreviesen los hombres á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicia. ¡Cuántas barreras y separaciones habia antes del Sancta Sanctorum! aquel lugar era inaccesible á todos los mortales, menos al soberano pontífice, el que no entraba en él mas que una vez al año, despues de muchas preparaciones. La bondad divina no ha puesto en la ley de gracia estas terribles barreras entre su Majestad y el hombre; permite á todos los hombres que se acerquen al Sancta Sanctorum, pero no por eso pide su santidad menos inocencia en los cristianos. Al contrario, nos quiere dar á conocer cuál debe ser la santidad del cristiano, obligado á sostener todos los dias, al pié de los altares, la presencia del Dios que invoca y adora: de donde se infiere que la santidad es la que únicamente nos abre estas sagradas puertas, y que no somos dignos de entrar por ellas si somos unos cristianos impuros. Y á la verdad, todo lo que pasa en nuestros templos, los misterios que allí celebramos, la hostia que allí se ofrece, los sagrados cánticos que allí se oyen, todo esto supone justicia y santidad en los asistentes; y de tal modo desea la Iglesia que sea santo todo cuanto hay en nuestros templos, que consagra hasta las piedras de estos sagrados edificios: antiguamente no permitia que los cuerpos de los fieles se sepultasen dentro del recinto de sus paredes, y aun los mismos penitentes públicos estaban excluidos por mucho tiempo de asistir á los santos misterios, hasta que sus lágrimas y maceraciones los abrian por último las sagradas puertas.

Es verdad que ya no usa la Iglesia de esta severa separacion; pero supone que si no estais justificados cuando venís al templo á parecer ante la presencia del Santo Dios, vendreis á lo menos con deseos de justificacion y de peni-

tencia, y estos deseos son solamente los que os pueden autorizar y dar derecho para presentaros en este santo lugar. Y á la verdad, el conocerse culpado de los mas vergonzosos delitos y venir aquí á poner os en la presencia de Dios, sin que á lo menos os mueva la vergüenza y el dolor, sin pensar por lo menos en los medios de salir de un estado tan deplorable, es profanar el templo de Dios, ultrajar su gloria, su majestad y la santidad de sus misterios, porque siempre que venís aquí con un corazón corrompido y obstinado, contradecís el ministerio del sacerdote, que está ofreciendo por vosotros; insultáis al amor de Jesucristo, que os ofrece á su Padre como una parte de esta Iglesia pura y sin mancha que lavó con su sangre; insultáis á la piedad de la Iglesia, que creyéndoseos unidos á su fe y á su caridad, os pone en la boca palabras de religion, de dolor y de penitencia; y así estais en el templo como un impostor y un anatema que niega en su interior todo lo que está pasando en público.

Pero no se ha de inferir de aquí que los pecadores deben retirarse de nuestros templos; no lo permita Dios; entonces es cuando deben venir á buscar su libertad á este lugar santo, pues solamente en él pueden hallar los pecadores asilo y remedio para todos sus males.

Pero si el estado de culpas sin remordimientos es una especie de irreverencia que profana la santidad de nuestros templos y de nuestros misterios, ¿qué será el hacer del templo casa de iniquidad, y mudar los sagrados asilos de nuestros santificacion en ocasiones de desórden y libertinaje?

Segunda parte. *Disposicion de temor y recogimiento.* Dios es espíritu y verdad, y quiere que principalmente le honremos en espíritu y verdad, y no solamente con la postura exterior de nuestros cuerpos; el espíritu, pues, con que

debemos ponernos en su presencia es un espíritu de adoracion, de oracion y de accion de gracias.

1. Un espíritu de adoracion. En nuestros templos es donde Dios manifiesta sus maravillas y su suprema grandeza, y á donde baja desde el cielo para recibir nuestros respetos; y así, la primera emocion que debemos experimentar cuando entramos en este santo lugar, ha de ser una emocion de terror, de silencio, de recogimiento profundo y de abatimiento interior á vista de la majestad del Altísimo y de nuestra propia bajeza; debemos no ocuparnos en mas que en el Dios que se nos manifiesta; pero ¡ay! ¿dónde se hallan en nuestros templos las almas penetradas de estos pensamientos? Algunos vienen á este templo santo, no á honrar al Dios que habita en él, sino muchas veces á honrarse á sí mismos con un vano exterior de devocion, ó hacerle servir á unos fines y á unos intereses que condena la devocion sincera.

2. Un espíritu de oracion. Quanto mas conocemos aquí la grandeza y el poder de Dios que adoramos, mas nos avisan nuestras infinitas necesidades que recurramos á Aquel de quien solamente podemos conseguir la libertad y el remedio; por eso el templo se llama casa de oracion, no porque no se pueda pedir á Dios en todas partes, sino porque el templo es el lugar en donde se muestra mas propicio y en donde nos ha prometido estar siempre presente para oír nuestras súplicas y recibir nuestros respetos; luego debeis venir aquí con un espíritu atento y recogido. Con todo eso, mientras que los ministros al rededor del altar levantan aquí las manos por vosotros y hablan al Dios santo en vuestro favor, no os dignais de acompañar sus oraciones con vuestra atencion y respeto, y deshonrais la santa gravedad de los gemidos de la Iglesia con un espíri-

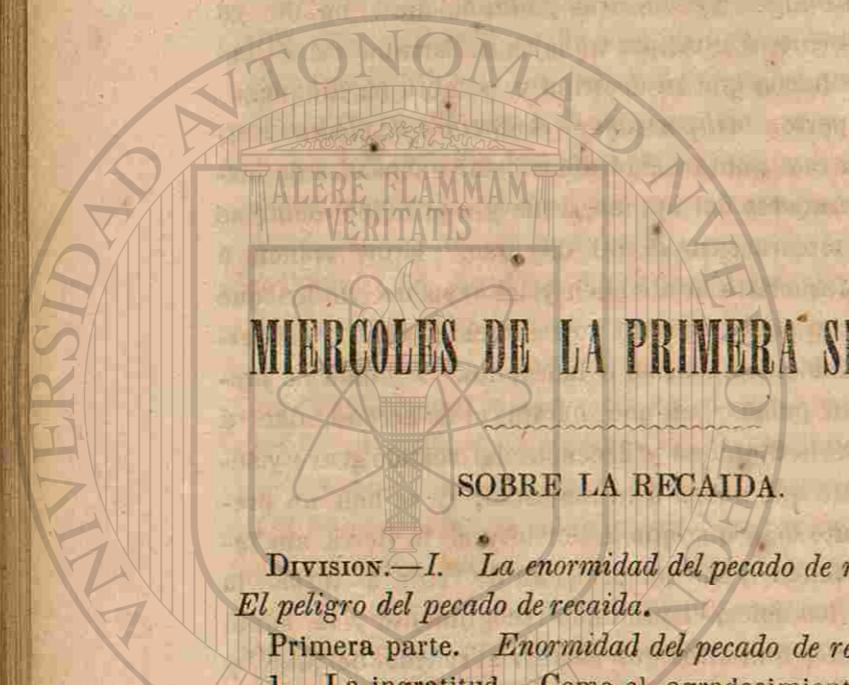
tu de distraccion y con vuestras indecencias. Por eso en vez de detener las oraciones públicas el brazo del Señor, que tanto tiempo ha está levantado sobre nuestras cabezas, ¡ah! duran aún los dias malos y no se acaba el tiempo de turbacion, de luto y de desconsuelo.

3. Un espíritu de accion de gracias, por ser este el lugar en donde el Señor no solamente derrama sus favores y sus gracias, sino que tambien nos acuerda las que hemos recibido. 1.º Aquí fué donde recibísteis la fe, y así, no debéis venir aquí sino para ratificar las obligaciones de vuestro bautismo y para dar gracias al Señor del inestimable beneficio que os hizo en asociaros á su pueblo y honraros con el nombre de cristiano, y así, cuando en vez de ofrecer al pié de los altares vuestras acciones de gracias por un beneficio tan singular, los deshonrais con vuestras irreverencias, sois unos hijos desnaturalizados que profanais el lugar de vuestro nacimiento segun la fe, y unos cristianos pérfidos que venís á retratar vuestras promesas delante de los mismos altares que fueron testigos de ellas. 2.º En este santo lugar teneis por todas partes tribunales de reconciliacion y de misericordia, en los que mil veces os ha dicho Jesucristo por boca de sus ministros: Hijo mio, tus pecados quedan perdonados: en donde tantas veces habeis dicho vosotros mismos: Padre mio, yo he pecado contra el cielo y contra vos; debéis, pues, venir á renovar á vista de estos tribunales aquellas promesas de penitencia, aquellos movimientos de compuncion de que tantas veces han sido depositarios, y venís á renovar en ellos vuestras ofensas. 3.º El templo es la casa de la doctrina y de la verdad, y aquí es donde se os anuncian los misterios del reino de los cielos, ocultos á tantas naciones infieles; nuevo motivo de agradecimiento para vosotros. ¡Pero ay! que os sirven de

nuevo motivo de condenacion, porque apartándose el Señor de este santo lugar por vuestras profanaciones, no da ya en él incremento á nuestros trabajos ni derrama en él las gracias que hacen que su doctrina y palabra fructifiquen.

Tercera parte. *Disposicion de decencia y de modestia exterior.* En este punto debiéramos estar excusados de instruir á las mujeres del mundo, á las que principalmente se dirige esta tercera parte de mi discurso. Estas vienen á disputar á Jesucristo la atencion y los respetos de los que le adoran, con aquel aparato no solamente vano y soberbio, sino tambien inmodesto ó indecente. Cuando se presentan en los palacios en que habita el soberano, dan á entender con la dignidad y decencia del vestido grave y sério, el respeto que deben á la majestad; ¿y se han de presentar delante del Soberano del cielo y de la tierra sin recato, sin decencia y sin pudor? ¿han de venir á turbar la atencion de los fieles, el profundo recogimiento y la santa gravedad de los ministros que asisten al rededor del altar, y á manchar con la indecencia de sus adornos la pureza de su vista, empleada en las cosas santas? ¡Qué abominacion!

Es verdad que tambien los ministros dan muchas veces ocasion á la irreverencia de los fieles, pues se dejan ver en los templos, distraidos, sin atencion y ejerciendo sus funciones precipitadamente; pero el mal ejemplo de los ministros, aunque autorice las irreverencias no las excusa. Por eso Dios nunca las ha dejado sin castigo, y es indubitable que las desgracias del presente siglo, el furor de las herejías, la profanacion de los altares y la ruina de tantos y tan augustos templos, son funestas consecuencias de las profanaciones é irreverencias de nuestros padres.



## MIERCOLES DE LA PRIMERA SEMANA.

### SOBRE LA RECAIDA.

DIVISION.—I. *La enormidad del pecado de recaída.*—II. *El peligro del pecado de recaída.*

Primera parte. *Enormidad del pecado de recaída.*

1. La ingratitude. Como el agradecimiento es la mas esencial obligacion de la criatura para con el Criador, la ingratitude es el pecado mas abominable y del que mas se ofende su bondad. El pecado de recaída os hace ingratos con unas circunstancias abominables. 1.º Quanto mayor es el beneficio recibido, mas fea es la ingratitude con que se olvida. ¿Pues qué mayor beneficio que el de haberos libertado de vuestras culpas? Eráis hijos de ira, miembros del Ante-Cristo, unos mónstruos de iniquidad, etc. Y llegásteis á ser hijos de Dios, miembros vivos de Jesucristo, herederos del cielo y de las futuras promesas. ¿Puede pagarse este beneficio aunque se emplee toda la vida en agradecimientos? ¡Y vosotros apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude! 2.º Acordaos

del modo con que se os concedió este tan señalado beneficio. El peligro en que estábais cuando Dios os movió; estábais para caer en el último grado de la insensibilidad, del que no se puede volver á salir. ¿Y qué tiempo escogió Dios para concedérosle? Acaso en la misma circunstancia del delito. Nada mueve tanto como el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le ultraja. El Señor escogió el tiempo en que estábais entregados á aquellos amargos disgustos que siguen á las pasiones, en que os hallábais abandonados de las criaturas y cansados de los deleites. Estas circunstancias os debieran mover á un agradecimiento y á una fidelidad eterna. Con todo eso, al primer vislumbre de fortuna ó de placer con que os lisonja el mundo, os volveis á alistar bajo sus estandartes, os olvidais del beneficio y de vuestro bienhechor. ¿Puede haber ingratitude mas digna de todos los castigos? 3.º El gran número de delitos que os ha perdonado el Señor: cuantas mas eran las ofensas de que se habia olvidado, mas debíais conservar la memoria de su bondad y evitar otras nuevas. Con todo eso, volveis á recaer, y con vuestra recaída en la culpa vais á hacer que revivan todos vuestros pasados desórdenes, porque el acto con que recaéis es como un nuevo consentimiento que dais á todos vuestros primeros vicios, y como la retractacion de vuestras lágrimas y de vuestro dolor. Este es el horror de la ingratitude y las funestas consecuencias de una sola culpa.

2. La perfidia. El pecador que recae despues de haber jurado una eterna fidelidad á su Dios al pié de los altares, á vista del cielo y de la tierra, quebranta su fe y falta á su promesa. El hombre que se precia de ser fiel con las criaturas, no se avergüenza de ser pérfido con su Criador; esta perfidia es tanto mas culpable, quanto vuestras

promesas de fidelidad han sido acompañadas de mas señales de dolor y de buena fe. ¡Cuántos suspiros! ¡qué sinceros pesares! ¡Y despues de todo este amoroso aparato de reconciliacion, volveis á declarar de nuevo la guerra á vuestro Dios y á olvidaros de las promesas que le habeis hecho? Sereis condenados por vuestra propia boca. La historia de la perfidia del discípulo que entregó al Salvador, hace que la vuestra parezca mas infame, porque vosotros como que habeis entretenido á Jesucristo con todas las exterioridades de la mas fervorosa fidelidad, lo que no hizo Judas.

3. El desprecio. El pecador que recae se vuelve á Satanás despues de haber gustado y examinado lo mas precioso que hay en el servicio de Jesucristo. Compara á Jesucristo con Belial y se declara á favor del último. ¡Qué desprecio! Y así, en la eleccion que hace el pecador, prefiriendo Satanás á Jesucristo, se hallan las mas infames circunstancias. Esta eleccion no es ciega; en ella no se puede alegar engaño; es una eleccion tranquila; el interior aviso de la conciencia le detiene, y con todo eso, pasa adelante: ¿puede ultrajar mas infamemente á su Dios? Y lo peor es que una recaida tan pronta y repentina, es señal casi infalible de la poca sinceridad de los pasos que acaba de dar el pecador para reconciliarse con Dios, porque arrepentirse é inmediatamente recaer, mas es burlarse que ser penitente. ¿Puede haber cosa que mas ultraje á Dios que el que una vil criatura se humille exteriormente en su presencia, que le pida perdon y que casi al mismo tiempo niegue el que es su Señor y dueño? Despues de semejante afrenta ya casi no debe esperar perdon: es verdad que puede haber precedido una sincera conversion á la recaida; pero 1.º, ¡no se pasa en un instante del estado de justifica-

cion al de pecado! 2.º Cuando la conversion es sincera se reciben socorros en el sacramento de la penitencia, que facilitan el ejercicio de las obligaciones; pero si os hallais el mismo al salir del tribunal de la penitencia, no fué el dedo de Dios el que arrojó de vuestro corazon al demonio. Los milagros de la gracia son durables y en nada se parecen á los prestigios de los impostores. La verdadera penitencia es un nuevo estado del corazon, que muda nuestras acciones y corrige nuestros afectos. Por eso los santos miraron la penitencia de los pecadores que recaen continuamente, como una pública irrision de los sacramentos, y el fiel que recaia no volvía á ser admitido en el número de los penitentes públicos, aunque no se desesperase absolutamente de su salvacion. De toda esta severidad se usaba despues de una sola recaida; pues juzgad qué hubieran pensado los santos de las vuestras, que son continuas, y si teneis razon para quejaros de los ministros del Señor, que hallándoos siempre infieles, ya no se atreven á absolveros hasta hacer largas experiencias, temiendo dar lo santo á los perros.

*No se pone el análisis de la segunda parte de este sermón porque se puede ver en el de la inconstancia en los caminos de la salvacion.*



## JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA.

### SOBRE LA ORACION.

*DIVISION.—Dos son los pretextos que regularmente os apartan de la oracion.—I. Decís que no sabeis orar; pues es necesario aprender.—II. No hallais gusto alguno en la oracion; pues es necesario facilitaros su costumbre.*

*Primera parte. No sabeis orar; primer pretexto con que os excusais; pues es preciso enseñaros. Os excusais de la oracion porque decís que no sabeis orar; este pretexto nace de tres disposiciones injustas.*

1. De que os engañais en la idea que teneis formada de la oracion. La oracion no es un esfuerzo del entendimiento, sino un simple movimiento del corazon; es un gemir vivamente el alma movida á vista de sus miserias; por eso una alma sencilla é inocente se halla mucho mas instruida en la ciencia de la oracion, que los doctores y maestros. Habla á su Dios como un amigo á otro amigo, se aflige de haberle desagradado, deja hablar á su corazon, que vela y habla con ella, aun en el mismo tiempo que se distrae su entendimiento. ¿Qué cosa hay en todo esto de que

no sea capaz el alma fiel? Si para orar fuera preciso elevarse á aquel sublime grado de oracion á que suele Dios levantar algunas veces algunas almas santas, podríais excusaros de ella con decir que no habeis sido favorecidos con estos dones raros y excelentes del Espíritu Santo; pero la oracion no es un don particular reservado á ciertas almas, es una obligacion comun impuesta á todos los fieles; por eso cuando Jesucristo enseña á orar á sus apóstoles, no los descubre lo alto y profundo de los misterios de Dios, sino que el modelo que les da para orar es fácil aun para los mas simples.

1. ¿Por qué decís que no sabeis orar? ¿acaso no conoceis las infinitas necesidades de vuestra alma? ¿hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud, ni á un hambriento á que busque su sustento? ¿en vuestras aficciones temporales hay necesidad de enseñaros cómo habeis de exponer á Dios vuestra pena? Luego si sintiéseis las miserias de vuestra alma como sentís las de vuestro cuerpo, muy presto adelantaríais en el arte divino de la oracion. Decid que viendo en la oracion lo inmenso de vuestras necesidades, no sabeis por dónde empezar, y entonces hablareis el lenguaje de la fe. ¿Pero cómo os atreveis á quejaros de que no teneis que decir á Dios cuando quereis pedirle? Aunque no tuviérais mas que vuestros pasados delitos, ¿no os ofrecen éstos qué pedir á la divina misericordia? Si teneis la felicidad de vivir ahora cristianamente, ¿es posible que el singular favor que Dios os hizo en desengañaros del mundo, no ha de mover vuestro corazon al agradecimiento cuando estais á sus piés? Si no obstante vuestra mudanza de vida, conoceis que aun os hallais con aquel iaagotable principio de corrupcion que os debe traer siempre cuidadosos, ¿es posible que esto no os ha de

ofrecer materia de que hablar al Señor en la oracion? Por otra parte, si no teneis que pedir al Señor en la oracion, pensad en ella en los males de la Iglesia; pedid á Dios la conversion de vuestros prójimos, de vuestros amigos y de vuestros enemigos; cuanto veis, el mundo, el retiro, la corte, la ciudad, los justos y los pecadores, todo os enseña á orar.

3. Finalmente, decís que no sabeis orar, y esto consiste en que no amais á Dios. Cuando se ama sabe muy bien el corazon lo que ha de hacer para conversar y mover á la persona amada. Pongamos á Dios en nuestro corazon en el lugar que en él ocupa el mundo; restablezcamos en él el buen orden, y entonces no se hallará como extraño en la presencia del Señor.

Segunda parte. *No hallais gusto en la oracion; segundo pretexto para excusaros de ella; y así es necesario facilitaros la costumbre de orar.* Es cosa muy injusta el apartarnos de la oracion por los disgustos y distracciones de espíritu que nos la hacen penosa y desagradable.

1. Porque estos disgustos y distracciones nacen de nuestra tibieza y nuestras infidelidades. Es cosa muy injusta el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada y un corazon movido, cuando toda nuestra vida es una continua distraccion, y cuando conservamos en nuestros corazones mil afectos desordenados. Las almas mas retiradas y mas santas hallan muchas veces en la memoria de sus pasadas costumbres imágenes funestas, que turban la dulzura y tranquilidad de sus oraciones, aun en lo mas retirado de su soledad; y queremos nosotros en una vida, que aunque sea regular está llena de inquietudes, de ocasiones que nos arrastran, de deleites que nos entorpecen, hallarnos de repente en la ora-

cion unos nuevos hombres, con una tranquilidad de ánimo y de corazon que muchas veces no se halla en el mas profundo retiro y en el mas riguroso desasimiento? No hay cosa mas injusta que semejante pretension. Para tener recogido el espíritu en la oracion es necesario ir á ella con recogimiento; y si quereis que vuestro corazon se halle con alguna disposicion de sensibilidad para las cosas del cielo, es preciso arrojar de él todos los terrenos afectos que le ocupan. El amor del mundo, dice San Agustin, como una peligrosa calentura, derrama en el corazon una amargura universal que nos hace insípidos y fastidiosos los bienes invisibles y eternos. Trabajad sériamente en purificar vuestros corazones, y entonces gustareis las dulzuras y consuelos de la oracion.

2. Es cosa injusta el apartarse de la oracion por causa del poco gusto que en ella se halla, porque estos disgustos provienen de lo poco acostumbrados que estamos á orar. Oramos con disgusto porque oramos pocas veces. 1.º La costumbre de orar es la que únicamente puede disipar estas nubes que forman los disgustos y las distracciones de nuestra oracion.

2.º Las dulzuras y los consuelos de la oracion son fruto y recompensa de la oracion misma. 3.º No sucede con Dios lo que con el mundo; el mundo pierde mucho en que se le conozca íntimamente; pero al Señor es preciso conocerle y gustarle despacio para conocer las grandezas que en sí encierra; y así, la costumbre de orar es la que únicamente puede hacernos amable este santo ejercicio. Pero dirá alguno: ¿cómo se ha de hallar en el mundo tiempo para dedicarse con frecuencia á la oracion? ¿Es posible que no ha de faltar tiempo para solicitar las gractas de la tierra, y ha de faltar para las del cielo, para aplacar la ira de

Dios é implorar sus eternas misericordias? De aquí se infiere el poco caso que hacemos de nuestra salvacion, pues es imposible salvarnos sin orar. Un hombre sin oracion no es cristiano, no tiene Dios, religion ni esperanza, y no ha dado hasta ahora un paso hácia la vida eterna.

3. Finalmente, es cosa injusta el retirarse de la oracion por causa de los disgustos que la acompañan, porque estos disgustos las mas veces no son mas que una prueba con que Dios quiere purificar nuestro corazon; por eso en vez de quejarnos de las tristezas y molestias que nos ofrece la oracion, debemos perseverar en ella con mas fidelidad que si el Señor derramase allí sobre nosotros consuelos sensibles y abundantes. 1.º, porque debemos mirar nuestros disgustos como justo castigo de nuestras pasadas infidelidades. Os habeis negado á Dios por mucho tiempo, no obstante sus mas vivas inspiraciones, y así es justo que el Señor os deje solicitar por algun tiempo, antes de que se os dé con todos los consuelos de su gracia. 2.º Acaso de este modo quiere Dios hacernos mas aborrecible este destierro, y esta separacion en que vivimos de su Majestad. 3.º Acaso quiere inspirarnos mas compuncion de nuestros pasados delitos, dándoos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que han dejado en nuestro corazon á la verdad y á la justicia: acaso, finalmente, con estos disgustos quiere Dios acabar de purificar los afectos demasiado humanos que pueden aún haber quedado en nuestro corazon.

## VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.

### SOBRE LA CONFESION.

*DIVISION.—Tres defectos que hacen inútiles, por no decir culpables, la mayor parte de las confesiones.—I. Defecto de la luz en el exámen.—II. Defecto de sinceridad en la confesion.—III. Defecto de dolor en el arrepentimiento.*

Primera parte. La ceguedad es entre todas las penas del pecado la mas universal de todas, y únicamente la vista de la fe es la que puede disiparla; pero como no hay cosa menos comun que el usar de la fe, tampoco hay cosa mas rara que el conocerse á sí mismo. Esta falta de propio conocimiento, que sirve de obstáculo tan esencial á la utilidad de nuestras confesiones, nace de tres principios.

1. No empleamos el tiempo necesario en examinarnos; toda la vida cristiana debe ser un continuo exámen y una secreta censura de las acciones, de los deseos y de los pensamientos. Como en cada instante nacen en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos un momento de vista ya no nos conocemos, y se forma de nuestro corazon un abis-

Dios é implorar sus eternas misericordias? De aquí se infiere el poco caso que hacemos de nuestra salvacion, pues es imposible salvarnos sin orar. Un hombre sin oracion no es cristiano, no tiene Dios, religion ni esperanza, y no ha dado hasta ahora un paso hácia la vida eterna.

3. Finalmente, es cosa injusta el retirarse de la oracion por causa de los disgustos que la acompañan, porque estos disgustos las mas veces no son mas que una prueba con que Dios quiere purificar nuestro corazon; por eso en vez de quejarnos de las tristezas y molestias que nos ofrece la oracion, debemos perseverar en ella con mas fidelidad que si el Señor derramase allí sobre nosotros consuelos sensibles y abundantes. 1.º, porque debemos mirar nuestros disgustos como justo castigo de nuestras pasadas infidelidades. Os habeis negado á Dios por mucho tiempo, no obstante sus mas vivas inspiraciones, y así es justo que el Señor os deje solicitar por algun tiempo, antes de que se os dé con todos los consuelos de su gracia. 2.º Acaso de este modo quiere Dios hacernos mas aborrecible este destierro, y esta separacion en que vivimos de su Majestad. 3.º Acaso quiere inspirarnos mas compuncion de nuestros pasados delitos, dándoos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que han dejado en nuestro corazon á la verdad y á la justicia: acaso, finalmente, con estos disgustos quiere Dios acabar de purificar los afectos demasiado humanos que pueden aún haber quedado en nuestro corazon.

## VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.

### SOBRE LA CONFESION.

*DIVISION.—Tres defectos que hacen inútiles, por no decir culpables, la mayor parte de las confesiones.—I. Defecto de la luz en el exámen.—II. Defecto de sinceridad en la confesion.—III. Defecto de dolor en el arrepentimiento.*

Primera parte. La ceguedad es entre todas las penas del pecado la mas universal de todas, y únicamente la vista de la fe es la que puede disiparla; pero como no hay cosa menos comun que el usar de la fe, tampoco hay cosa mas rara que el conocerse á sí mismo. Esta falta de propio conocimiento, que sirve de obstáculo tan esencial á la utilidad de nuestras confesiones, nace de tres principios.

1. No empleamos el tiempo necesario en examinarnos; toda la vida cristiana debe ser un continuo exámen y una secreta censura de las acciones, de los deseos y de los pensamientos. Como en cada instante nacen en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos un momento de vista ya no nos conocemos, y se forma de nuestro corazon un abis-

mo que no podemos penetrar y del que no vemos mas que la superficie; luego es abuso el creer que para ir al tribunal de la penitencia con un conocimiento exacto de sí mismo, basta el dedicarse algunos instantes á examinar la conciencia. Solamente la continua vigilancia es la que puede disponernos para la confesion de nuestras culpas. Y así, ¿qué otra cosa vemos todos los dias en el tribunal de la penitencia mas que ciegos que no se conocen, que cuentan la historia de su vida y de sus desórdenes é ignoran la de su corazon?

2. El segundo defecto del exámen consiste en que no nos examinamos mas que segun nuestras propias preocupaciones. Examinarse es poner á un lado las máximas de Jesucristo y á otro aquella parte de nuestra vida que queremos conocer, y ver en cada accion lo que permite y prohíbe el Evangelio; pero en lugar de esta regla sustituye cada uno las preocupaciones de su amor propio. 1.º Acerca del nacimiento, la regla es que proponiendo el Evangelio unas mismas obligaciones á los grandes y al pueblo, la elevacion del nacimiento, en vez de ser privilegio sirve de obstáculo, y por consiguiente de desgracia en orden á la salvacion; la preocupacion persuade que cuanto mas elevado es el nacimiento, es mayor prerogativa para excusarnos de nuestras obligaciones. 2.º En orden á las dignidades, la regla es que solamente están establecidas para defensa y útilidad de los pueblos: la preocupacion, que la obligacion de los cargos públicos debe regularse por la costumbre y no por su institucion, y miramos los abusos que de ellos hacemos como derechos inseparables de estos cargos. 3.º Acerca de la ambicion: la regla es que estando obligados á vivir como peregrinos en la tierra, á no amar al mundo ni las cosas que en él hay, debemos temer todo lo que puede

hacer demasiado amable nuestro destierro; la preocupacion, que la ambicion no es mas que una emulacion que nace con nosotros, una inclinacion sábia, séria y digna de la prudencia. 4.º En orden á la riqueza: la regla es que los ricos no son dueños absolutos de sus bienes; la preocupacion, que no se deben tener por excesivos los gastos á que alcanzan las rentas, y que aun cuando lo sean, podrán perjudicar á nuestros intereses pero no á nuestras conciencias. 5.º Finalmente, acerca de las costumbres: la regla es que hemos de ser juzgados segun los preceptos de Jesucristo y no segun las costumbres de nuestro siglo; la preocupacion, que nada de lo que autoriza el ejemplo público puede ser culpable.

3. El último defecto de nuestros exámenes consiste en que nunca nos examinamos acerca de todas nuestras obligaciones, v. gr., de padre de familias, de persona pública, de miembro del cuerpo de los fieles, etc., no conocemos en nosotros mismos mas que los defectos personales.

¿Qué otra cosa vemos todos los dias en los confesonarios sino personas entregadas á todas las pasiones y que apenas hallan de qué acusarse, cuando al mismo tiempo una alma justa repasa en la amargura de su corazon las mas leves imperfecciones, las que la aumenta su piedad, y siempre teme el que no se reconoce suficientemente. ¿De qué proviene esta diferencia? De que la una vela en guarda de su corazon y se examina con las luces de la fe, y la otra, llena de las preocupaciones de su amor propio, no se examina mas que acerca de algunas obligaciones mas palpables, de las que tambien ignoran toda la extension.

Segunda parte. Nada cuesta tanto al hombre como el confesarse culpado, y lo mas deplorable es que nuestra soberbia tiene tambien parte en nuestras propias humillacio-

nes, y que la confesion de nuestros delitos, por lo comun, no es mas que un artificio culpable con que los disfrazamos. Es verdad que se hallan pocas de aquestas almas infames y malditas de Dios, que vienen determinadamente á mentir al Espíritu Santo y á ocultar al sacerdote los horrores de sus conciencias; pero hay otro género de disfraces, de los que no se hace escrúpulo, con los que no manifestamos todo lo que somos, y con los que descubriendo el pecado, ocultamos, por decirlo así, el pecador. Esta falta de rectitud y sinceridad suele hallarse en el tribunal de la penitencia.

1. En las expresiones, porque éstas se mitigan y disfrazan. El primer cuidado de la mayor parte de los pecadores no es el conocer sus culpas, sino pensar en qué términos se las han de referir al ministro que ha de oirlas; toda su atencion se dirige á estudiar las expresiones; pasan con velocidad por las mas vergonzosas heridas; muchas veces callan las circunstancias, que suelen ser mas infames que el mismo delito; en lugar de las expresiones que manifestarian claramente lo que en sí es, se valen de otras expresiones vagas que nunca descubren lo íntimo del corazon; se acusan con gusto de ciertas culpas que son gloriosas entre los mundanos; finalmente, por no descubrir toda la vergüenza de una larga y antigua costumbre, buscan para cada confesion un nuevo testigo de sus flaquezas, se las refieren como culpas nuevas y sucedidas despues de la última confesion, y sepultan lo pasado en un silencio de disimulo, con el que consiguen no ser conocidos; pero además de que el confesarse con estas mitigaciones y disimulos, es confesar solamente que no nos arrepentimos, además de esto es tambien olvidarnos de que estamos hablando con Jesucristo, testigo invisible de toda la historia se-

creta de nuestra vida, y que al mismo tiempo que procuramos nosotros con nuestros disfraces ocultarnos á su vista, nos dice como antiguamente un profeta á aquella reina de Israel, que disfrazada con vestidos prestados creyó poder ser desconocida del hombre de Dios, y engañar la luz del ministerio profético: *Quare aliam te esse simulas?*

2. El segundo defecto se halla en los motivos y en los principios de las acciones, los que nunca examinamos: como la disposicion del corazon es la que decide de nuestras obras, es preciso examinarla para conocer el mérito ó el defecto de éstas; y así debemos referir todas nuestras acciones al principio de donde proceden. El corazon es el que decide de todo el hombre, y este es el que nunca manifestamos en el tribunal de la penitencia; exponemos las acciones sin explicar los motivos, referimos los pecados, pero sin descubrir la conciencia; por eso aun despues de acabada la confesion de vuestras culpas, no os conoce el confesor y es necesario que adivine el estado de vuestras almas.

3. Finalmente, el último defecto de sinceridad se halla en las acciones dudosas, las que exponemos siempre á favor nuestro; no queriendo romper con las pasiones, buscamos arbitrios para exponerlas de un modo tan favorable, que no se atreve el ministro de Jesucristo á condenarlas; y así, ¿os hallais al salir del tribunal de la penitencia con aquella paz de la conciencia, que es fruto de una confesion sincera? ¡Qué locura, católicos, el padecer toda la vergüenza de una confesion y privaros al mismo tiempo de los consuelos de una confesion sincera; el venir á declararos pecador, y hacer de una declaracion tan desagradable á la naturaleza el mayor de vuestros delitos.

Tercera parte. Todas las disposiciones de que acabamos

de hablar no son mas que preparaciones exteriores de la penitencia; el dolor es el alma y la verdad de ella. Y así, 1.º Este dolor es un movimiento de la gracia y no de la naturaleza; es preciso que la turbacion que nace del horror de nuestras culpas, sea una operacion invisible del Espíritu de Dios, que nos mueva á detestar todo aquello con que hemos podido desagradarle, y que sea un principio de nuevo amor que nos haga aborrecible el pecado. La turbacion de la mayor parte de los pecadores es una turbacion de amor propio, en la que no tiene parte el espíritu de Dios: no quiero decir que la misma gracia que produce el arrepentimiento no produzca tambien una confusion saludable, ni que no haya una vergüenza que guia á la salud eterna; pero esta vergüenza formada por el dolor nace del dolor mismo; no la forma en nuestra alma el juicio del ministro de la confesion ni el desprecio de los hombres, sino Dios que la ve y que conoce toda la ignominia de su estado.

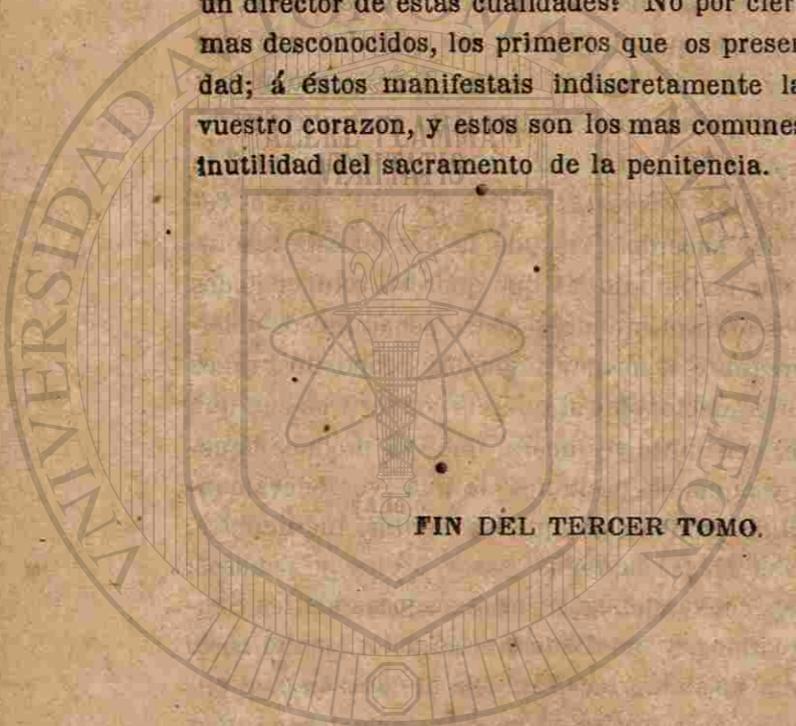
2. Otros juzgan que el dolor en que consiste el arrepentimiento es aquella turbacion que nace solamente del temor de las penas del infierno. Bien sé que el temor de aquel abismo de fuego y de aquellas eternas tinieblas es medio para la eterna salud y un motivo de compuncion que propone Jesucristo á los pecadores y que se le aconseja la Iglesia: no es mi intento excluir de la verdadera penitencia el temor de los tormentos destinados al impío, porque aunque no sea su alma ni lo principal de ella, dispone por lo menos, si no aquella culpable disposicion en que se hallan la mayor parte de los pecadores que vienen al tribunal de la penitencia, y que si no hubiera infierno y penas, vivirian como ateistas, sin fe, sin conciencia, sin sacramentos, y que en lo íntimo de su corazon sienten que

Dios sea justo y que haya señalado para los mas infames deleites las eternas llamas.

Pero como es fácil el engañarse en esto, si me preguntais por qué señales se pueden conocer los verdaderos penitentes, os respondo que el dolor de los pecados encierra una resolucion real y sincera de acabar los desórdenes y de empezar una vida santa y cristiana, lo que está figurado en la curacion de nuestro paralítico: ¿quieres sanar? le pregunta Jesucristo: *Vis sanus fieri?* Y así, cuando venís á los piés del sacerdote, ¿estais firmes en esta resolucion? ¿podeis dar testimonio de que quereis romper todos los lazos que os atan al mundo y á sus pecaminosos deleites? No os pregunto si formais aquellos propósitos vagos que nunca tienen efecto, sino si quereis convertirlos con una voluntad firme, constante y sincera, que ya produce aquellas lágrimas y aquellos preludios de una verdadera conversion; aquellos combates, aquellas santas inquietudes, aquellas nuevas ideas, aquellos pasos serios y penosos; acordaos de las conversiones de las pecadoras, de los Saulos, de los Agustinos, y no digais que el dolor oculto en lo íntimo del alma no siempre es sensible al corazon penitente; porque una sincera mudanza de vida nace de un amor tan vivo, que es imposible el que esté en el corazon sin que él lo sepa.

3. Finalmente, el dolor de la penitencia no solo es una resolucion sincera de mudar de vida, sino tambien una continua atencion que nace de las sólidas medidas que se toman para su mudanza. La principal de éstas es la eleccion de un ministro fiel, que coopere con Jesucristo á curar vuestra alma. Esta última reflexion se infiere de lo que dice nuestro Evangelio. *Domini, hominem non habeo.* ¿Os encomendais á Jesucristo antes de ir al tribunal de la peni-

tencia para que os suscite una guía fiel, que os lleve por el camino de la salvación? ¿un ministro lleno de piedad, de experiencia, de desinterés, de celo y de caridad? ¿Buscáis un director de estas cualidades? No por cierto; buscáis los más desconocidos, los primeros que os presenta la casualidad; á éstos manifestáis indiscretamente las heridas de vuestro corazón, y estos son los más comunes principios de inutilidad del sacramento de la penitencia.

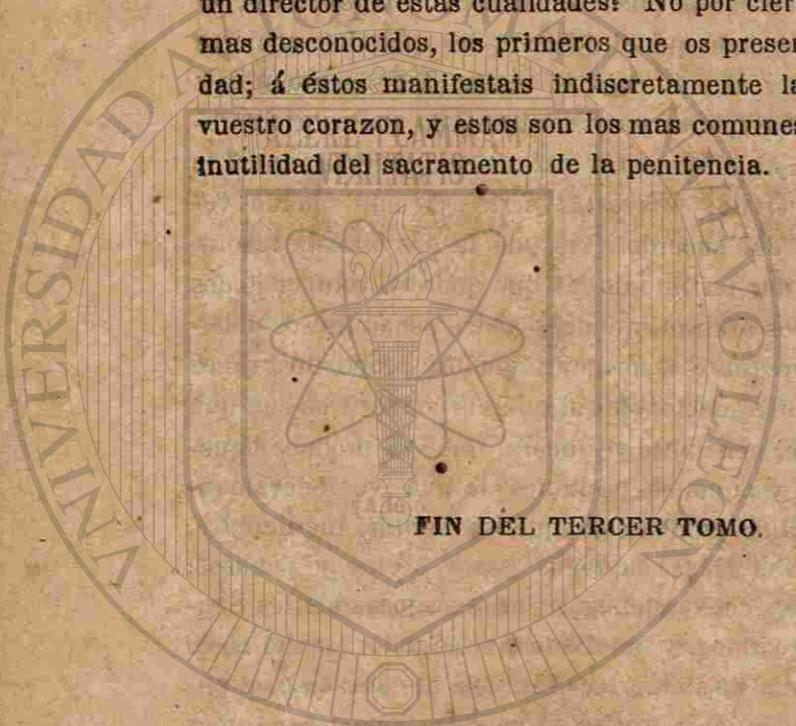


FIN DEL TERCER TOMO.

## INDICE DE ESTE TERCER TOMO.

Sermon para el Miércoles de Ceniza.—Sobre el ayuno.....	3
Sermon segundo para el Miércoles de Ceniza.—Motivos de conversión.....	33
Sermon para el jueves después de Ceniza.—Sobre la verdad de la religión.....	59
Sermon para el viernes después de Ceniza.—Sobre el perdón de las injurias.....	93
Sermon para el primer domingo de Cuaresma.—Sobre la palabra de Dios.....	125
Sermon para el lunes de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la verdad de otra vida eterna.....	157
Sermon para el martes de la primera semana de Cuaresma.—Sobre el respeto en los templos.....	187
Sermon para el miércoles de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la recaída en el pecado.....	221
Sermon para el jueves de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la oración.....	255
Sermon segundo para el jueves de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la oración.....	285

tencia para que os suscite una guía fiel, que os lleve por el camino de la salvación? ¿un ministro lleno de piedad, de experiencia, de desinterés, de celo y de caridad? ¿Buscáis un director de estas cualidades? No por cierto; buscáis los mas desconocidos, los primeros que os presenta la casualidad; á éstos manifestais indiscretamente las heridas de vuestro corazón, y estos son los mas comunes principios de inutilidad del sacramento de la penitencia.



FIN DEL TERCER TOMO.

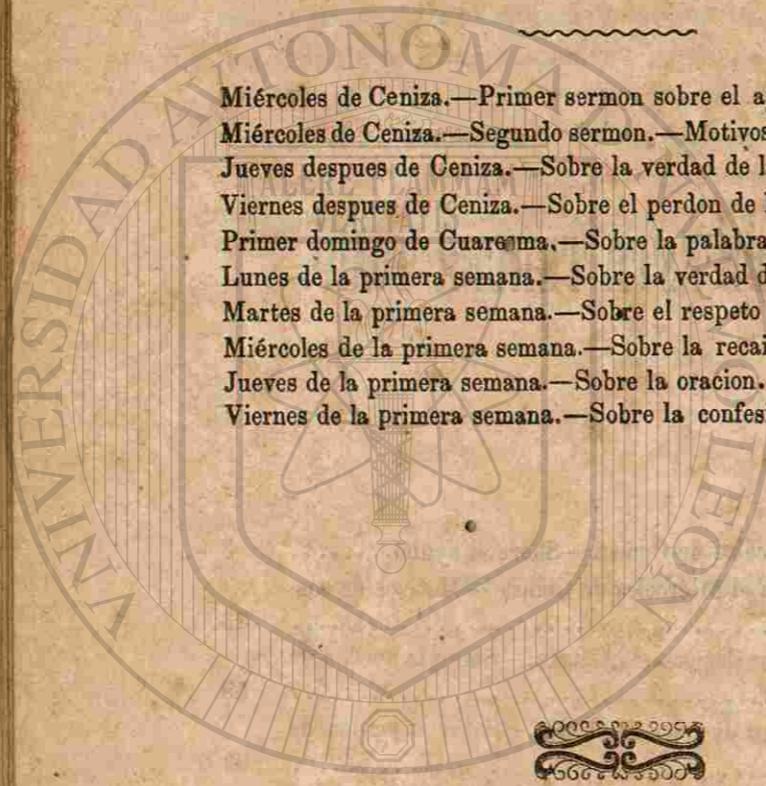
## INDICE DE ESTE TERCER TOMO.

Sermon para el Miércoles de Ceniza.—Sobre el ayuno.....	3
Sermon segundo para el Miércoles de Ceniza.—Motivos de conversión.....	33
Sermon para el jueves despues de Ceniza.—Sobre la verdad de la religion.....	59
Sermon para el viernes despues de Ceniza.—Sobre el perdon de las injurias.....	93
Sermon para el primer domingo de Cuaresma.—Sobre la palabra de Dios.....	125
Sermon para el lunes de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la verdad de otra vida eterna.....	157
Sermon para el martes de la primera semana de Cuaresma.—Sobre el respeto en los templos.....	187
Sermon para el miércoles de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la recaída en el pecado.....	221
Sermon para el jueves de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la oracion.....	255
Sermon segundo para el jueves de la primera semana de Cuaresma.—Sobre la oracion.....	285

ANALISIS DE LOS SERMONES CONTENIDOS EN  
ESTE TERCER TOMO.

~~~~~

|                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------|-----|
| Miércoles de Ceniza.—Primer sermón sobre el ayuno.....        | 353 |
| Miércoles de Ceniza.—Segundo sermón.—Motivos de conversión.   | 359 |
| Jueves despues de Ceniza.—Sobre la verdad de la religion....  | 364 |
| Viernes despues de Ceniza.—Sobre el perdon de las injurias... | 370 |
| Primer domingo de Cuareama.—Sobre la palabra de Dios.....     | 376 |
| Lunes de la primera semana.—Sobre la verdad de la otra vida.  | 380 |
| Martes de la primera semana.—Sobre el respeto á los templos.  | 386 |
| Miércoles de la primera semana.—Sobre la recaída.....         | 392 |
| Jueves de la primera semana.—Sobre la oración.....            | 396 |
| Viernes de la primera semana.—Sobre la confesion.....         | 401 |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



